CHRIS VUKLISEVIC

TÉ PARA LOS FANTASMAS

AdN

Chris Vuklisevic

Té para los fantasmas

Traducido del francés
por M.ª Dolores Torres París

AdN

Al que es el fin de toda frase,
el oro en cada fisura,
y el hacedor de todas las tormentas
en esos días que miden la holgura de una mano.

Antes, todos os caminhos iam.
Agora todos os caminhos vêm.
A casa é acolhedora, os livros poucos.
E eu mesmo preparo o châ para os fantasmas.

«Antes, todos los caminos iban.
Ahora todos los caminos vienen.
La casa es acogedora, los libros, pocos.
Y yo mismo preparo el té para los fantasmas.»

MÁRIO QUINTANA

El salón de los tés especiales

No hay que creer lo que se ve. Es una tontería de campeonato.

No: hay que creer lo que se mira.

Y no hablo de mirar el telediario o si queda leche en la nevera. Hablo de mirar con lo que tiene en el fondo de los ojos, detrás de la mirada, lo que le da ideas e historias y ansias de acantilados y de viento.

Hágame caso, joven, no hay que creer todo lo que se ve.

Por ejemplo, la jefa apostada detrás de la caja registradora. Al verla, lo primero que habrá pensado es que se trata de una bruja. Vale, no se lo discuto; tiene una pinta de bruja que tira para atrás. No le falta más que la manzana roja para imaginarnos en *Blancanieves.* Pero, se lo juro, cuando uno la conoce no es tan desagradable… Es más, yo diría que es la persona más amable de Niza. En fin, lo digo por lo bajini, porque, como me oiga, me larga con viento fresco del salón.

Sí, tiene usted razón, las sillas parecen vacías. Pero fíjese bien.

Las teteras, ¿usted cree que pueden subir y bajar solas? Y las tazas, ¿se vacían así, por arte de birlibirloque? Por favor. Un poco de seriedad.

Son los fantasmas, por supuesto. Los fantasmas de Niza que se sirven el té y se lo beben.

Ahora entenderá por qué la jefa lo sentó en mi mesa: aunque pueda parecerlo a primera vista, su salón nunca está desierto. Cuando estamos vivos, ocupamos los lugares que dejaron los muertos. Es la regla.

Pero, ¡alma de cántaro!, ¡a quién se le ocurre venir en esta época!… ¡Como para pillar una pulmonía! ¡Qué barbaridad!, está usted empapado, parece un *pan-bagnat*. Estoy seguro de que en su guía no dicen ni media palabra de que durante el Festival de Cannes siempre tenemos una lluvia que ríase usted de la de los irlandeses. A la gente

que viene a Niza por nuestras playas eso le da mucha rabia, lógicamente. Lo que habrían escrito en ese librito suyo si me hubieran preguntado a mí es que, aquí, el cielo se cela de que le hagamos más caso a una alfombra que a él. Con tal motivo, cada año nos monta su numerito.

Qué quiere que le diga: cada uno tiene el cielo que se merece.

Bueno, por lo menos ha venido al sitio indicado. Cuando llueve en Niza vale más pasar el día aquí que en cualquier otro lugar, se lo aseguro. Yo, desde luego, me siento como un bizcocho dorándose al horno. Bien arrellanado en el sillón, rodeado de pacíficos fantasmas, con las gotas de lluvia repiqueteando en la ventana, las teteras arriba y abajo y, al otro lado, si limpiamos el vaho, fíjese: la calle Saleya, el corazón palpitante de la vieja Niza. Ahora mismo está todo pingando, pero es igual de bonito. Tendría que ver nuestra calle cuando hace buen tiempo, con sus toldos a rayas cubriendo el mercado de las flores. ¡Un espectáculo! Espero que disfrute al menos de un día de sol para aspirar el olor a pimienta de las dalias y el perfume verde de los barreños.

Vaya, veo que duda cuál elegir. Yo le aconsejaría el té especial de la Masque, pero son todos excelentes y hacen honor a la zona de la que proceden: el valle de las Maravillas, a dos horas de aquí. ¡Cómo! ¿No ha oído hablar del valle?… A ver, déjeme un momentito su guía. Pero qué demonios es esto: «Caminos trillados, guía experta de tus paseos secretos…». ¡No me haga reír! ¡Qué experta ni qué niño muerto! De experta nada de nada, hágame caso. Guías como esta las hay a patadas, salen como setas.

Lo cual es una lástima para usted, ya lo creo. Porque, nada más verlo entrar con su cantimplora colgada de la mochila, me dije: Vaya, aquí tenemos a un joven al que le gustan los secretos. Los de verdad, no los que algunos leen en las típicas páginas de «Sabías que» para ilustrarse mientras se cuecen al sol como cangrejos. No, se ve a la legua que usted es de los que prefieren perseguir un misterio de verdad antes que correr tras un chiquillo con manguitos por los ardientes guijarros de la playa.

Si lo que está buscando es lo insólito, me tiene a su disposición para servírselo en bandeja. Con auténticos vestigios de pueblo encantado en su interior. Una clase de secreto que el autor de su guía ni en sueños sería capaz de imaginar.

Sin embargo, mucho ojo: la excursión de la que le hablo la conocen muy pocos seres vivos: yo, los que han leído mi informe en los archivos y, por último, la bruja que está detrás del mostrador. No mucha gente que digamos. Y que no se le ocurra ir contándolo por ahí, ¿eh? No nos gustaría subir allá arriba dentro de tres meses y encontrarnos con una tienda de recuerdos con llaveros I Love Bégoumas.

De acuerdo entonces.

Veamos, para llegar allí tiene que subir hacia el interior. Ya visitará Niza más tarde, no se preocupe; hace dos mil años que está aquí, no es probable que se mueva. Tendrá tiempo de sobra para ir a la colina del castillo, al paseo marítimo, al Fenocchio a comer helado de gianduja, de acelgas o de cualquier otra majadería que se le antoje. Pero antes suba tierra adentro.

Si logra salir vivo de los atascos y de la autopista, dé gracias a Dios, y luego cruce el puente que atraviesa el Vésubie. No tiene pérdida: parece el corpiño con cordones rojos de una gigantona desvestida. Una vez pasado el puente, diríjase a las montañas. Tome la ruta del Vésubie, la que serpentea por el desfiladero siguiendo el curso del río.

Al principio, el camino le parecerá precioso, ancho y apacible.

Disfrútelo.

Pronto, el nivel del río desciende, los barrancos se estrechan. El torrente corre al fondo del precipicio sobre restos oxidados y troncos partidos por la tormenta. En los barrancos, las rocas que amenazan con despeñarse apenas son retenidas por tenues redes.

Castagniers. Utelle. Le Colombier. Lantosque.

A partir de ahí, la gente de la costa ya no sabe los nombres de los pueblos. Excepto nosotros los archivistas, por supuesto, y el mayordomo-cartógrafo que conoce cada atolladero, cada senderuelo del país, el paso de los erizos que los atraviesan y hasta el crujido de conchas de los pajarillos al romper el cascarón.

La Bollène. Gordolon.
Roquebillière.

Desde hace casi cien años, los edificios de Roquebillière-Vieux

tienen perpiaños en las ventanas y grietas de más de una cuarta. En el valle abundan los pueblos abandonados, por culpa de la montaña, que a veces pega un respingo como si se despertara de una pesadilla, y el río Vésubie se traga un par de caseríos para consolarla.

En Rocca Sparvièra, por ejemplo, durante siglos apechugaron con pestes, plagas de langostas y terremotos; hasta que llegó un momento en que no les quedó más remedio que largarse. Parece que el fantasma de la reina Juana, condesa de Provenza, vaga por allí arriba desde que tuvo la ocurrencia de matar a su marido y devorar a sus propios hijos en un estofado.

No puedo dar fe de ello porque no he subido hasta allí.

En Tournefort también hubo un terremoto que lo sacudió todo. En este caso, fue hace ciento cincuenta años. Hoy solo quedan las ruinas de un castillo devorado por las jaboneras y las lavandas silvestres.

Roquebillière, en cambio, es otra cosa. Gentes tenaces, capaces de hacer dudar a una garrapata de su vocación. Tuvieron su cuota de desprendimientos e inundaciones como los demás, pero no se dieron por vencidos. Seis veces se mudaron y reconstruyeron su pueblo. Seis veces subieron y bajaron al valle, de un lado a otro de las gargantas. El antiguo nombre de Rocabiera pasó a ser Roquebillière; muchos murieron y otros nacieron, el río los empujó más lejos y se dejaron llevar.

Tal vez crean que, antes o después, el Vésubie se dará cuenta de que no va a librarse de ellos, de que son más testarudos que él, y dejará de echárseles encima. Se cansará antes que ellos. Tal vez. Por si acaso, siempre tienen un rinconcito en la cabeza haciendo las maletas. Y uno de los oídos siempre alerta por si resuena un estruendo desde lo más hondo de las gargantas.

Pero no es allí a donde quiero llevarlo. Tiene que subir mucho más arriba, a la aldea fantasma más secreta de la región: el pueblecito de Bégoumas.

Saliendo del casco viejo de Roquebillière, tome la curva que bordea un peñasco. Verá un ramo de flores secas y la foto descolorida de un niño blanqueándose al sol, esa clase de recordatorio que modera la velocidad de los conductores con más eficacia que un radar.

La carretera que sube a Bégoumas se estrecha hasta quedar reducida a una pista. Una pista larguísima plagada de baches que

desanima a los curiosos, o a los que no lo son bastante. Al final del todo, cuando acaba el camino, hay que dejar el coche para subir a pie por un camino de herradura. Acabamos de entrar en el valle de las Maravillas.

Espere; no hay que cantar victoria todavía.

Aquí, la maravilla, la *meraviglia,* no es de cuento de hadas: es lo extraño. Es la impresión de que alguien camina detrás de ti. Es la superficie del lago del Tremblement, que se agita sin brisa. Es la tormenta que se desata con un cielo azul de postal cuando se pasa al valle de la Masque. Es la espiral grabada en el paso del Diable, más vieja que este mundo y los mundos anteriores, capaz de embrujarte hasta hacerte olvidar el camino de vuelta.

Trepe por las laderas del monte Bégo. Atraviese las áridas pendientes, los bosques tenebrosos. Si nota que tiembla, no se preocupe, es normal. La sombra de la montaña cubre los alerces y enfría las rocas.

Después de dos horas de marcha verá, por fin, las ruinas de un pueblecito reflejadas en un lago negro. Ha llegado a Bégoumas, abandonado desde los extraños hechos acaecidos hace casi setenta años, la noche del 15 al 16 de agosto de 1956.

El epicentro del misterio se encuentra en lo alto del pueblo, bajo las piedras de una antigua majada. Entre sus muros desmoronados han crecido matas de tomillo.

Antaño, nacieron allí dos hermanas que perseguían fantasmas.

Monstruos

Corre el año 1940 y el verano se tiñe de invierno.

Carmine, la mujer del pastor, debería haber dado a luz hace más de un mes, justo el día en que murió su marido. Fue de repente, se desplomó sobre la mesa en plena cena. Los dos bebés que crecen dentro de Carmine debieron de sentirlo porque, desde entonces, se niegan a salir y su barriga no deja de expandirse. Ni siquiera puede levantarse sin caer hacia adelante, agobiada por el peso de las criaturas que la parasitan.

Los nonatos se pelean sin parar.

Carmine no quería gemelos, nada de doble camada. Un bebé, hijo único, niña o niño qué más da, pero uno solo. Es suficiente. El que salga segundo… Más vale no pensarlo. Solo con imaginarlo estalla la tormenta.

Con un poco de suerte, si no cejan en sus peleas, uno de los dos matará al otro antes de nacer.

Los primeros golpes empezaron la tercera semana de embarazo. «Demasiado pronto», dijo Mireille, la comadrona, que subía cada mes hasta la majada en lo alto del pueblo y cada mes se iba de allí un poco más pálida y desencajada.

Las entrañas de Carmine eran el campo de batalla de dos gatos salvajes.

Cuando la mujer del pastor salió de cuentas, la comadrona le apretó el vientre y le dio de beber las hierbas del parto. En vano. La partera juró no volver a subir a aquella casa de mamelucos. Nada bueno podía salir de semejante guerra intestina. Nada bueno.

Si hubiera sabido que dos horas después de su partida, aparte de todo lo demás, el padre exhalaría su último suspiro, habría enviado al cura de Belvédère a exorcizar la majada.

Así pues, hace diez meses que Carmine se despierta por la noche con los arañazos y puñetazos que agitan sus entrañas. Y, más recientemente, con las pesadillas que le produce el cadáver del pastor, que yace bajo una sábana detrás de la puerta. Preñada como está, apenas tuvo fuerzas para arrastrar el cuerpo hasta la entrada.

En consecuencia, a veces ve a su marido empeñado en reavivar el fuego, barrer las cenizas o enjugarle la frente. En su delirio, Carmine

se pregunta si esas visiones la aterrorizan o la reconfortan.

El día ha amanecido con niebla; no se ve un burro a dos pasos. Los remordimientos han hecho mella en la comadrona. Sabe muy bien que, con esa niebla que lo cubre todo, es un día propicio para que nazcan los demonios. Pero, demonios o no, ella no va a dejar que una joven dé a luz sola, ¿no? Sobre todo cuando uno puede congelarse, incluso en pleno verano, a la sombra del monte Bégo.

Carmine ya está gritando cuando Mireille salta por encima de la sábana pestilente bajo la cual prefiere no saber lo que hay. Los gritos la tranquilizan; la comadrona se mete en su papel y se pone manos a la obra: ha puesto el agua a hervir, las plantas a infusionar y a Carmine a cuatro patas. La enorme barriga se hunde en el colchón.

Mireille aún no ha acabado de decir «empuja» cuando, de repente, la cabeza de un bebé asoma entre los muslos de la madre y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡plop!, el cuerpecito se desliza fuera del conducto como una pastilla de jabón hasta aterrizar en los brazos de la comadrona.

La partera se queda patidifusa durante cuatro segundos. Dos para sorprenderse de aquella rapidez sin precedentes en una joven que nunca había dado a luz y otros dos para preguntarse si es normal que el bebé sea tan… normal. Ni cuernos, ni cola con púas ni lengua bífida. Enseguida se rehace, acerca la pequeña —porque es una niña— al rostro de su madre, la cubre con una piel de oveja y reanuda su trabajo.

La primera debería haber abierto el camino y facilitado la llegada de la segunda. Pero Carmine empuja una y otra vez y no sale nada. Se susurra a sí misma palabras de ánimo e insultos, nombres que no son el suyo. La comadrona introduce toda la mano en el cuerpo de Carmine para buscar a la remolona y la retira con un grito. En el dedo índice encuentra la marca profunda de un diente.

Mireille es mujer de proverbial bonhomía, pero todo tiene un límite. Hasta aquí hemos llegado, se dice. Está a punto de irse cuando Carmine deja escapar un aullido que estalla como un trueno y que, al día siguiente, más de uno dirá que se escuchó en todo el valle.

Con la mano en el picaporte, la comadrona emite un largo suspiro.

Obliga a la parturienta a beber la infusión de laurel. Le enjuga la frente. Le habla con dulzura o con violencia según las contracciones de su vientre y la insta a respirar. Carmine le aprieta la mano como si los pies le colgasen de un precipicio. Pobrecilla.

Detrás del redil, las ovejas balan hasta desgañitarse.

Al cabo de una hora, Mireille tira la toalla; está exhausta. Se sienta en una silla mientras Carmine gime débilmente. ¡Lo único que faltaba

es que tuviese que rajarla para salvar al maldito bebé! El padre, que en paz descanse, ni siquiera está aquí para cuidarla. Pensándolo bien… Podría preparar otra infusión, de tomillo y gaulteria. Sí, se dice convencida, es lo mejor que puedo hacer. La primera parece robusta, mantendrá bastante ocupada a su madre. Que sea lo que Dios quiera con la segunda, ya que se empeña en no salir.

Pero, mientras prepara de espaldas a Carmine sus hierbas abortivas, un nuevo cráneo asoma entre las piernas de la parturienta.

La pequeña mira a derecha e izquierda. Luego, convencida de que nadie la ha visto, se iza fuera de su capullo de carne, repta hasta la cabecera de la cama, se desliza bajo la piel de oveja y empuja a su hermana mayor, que cae al suelo berreando.

La comadrona se gira. Se queda mirando un momento y se encoge de hombros; ya nada la sorprende. Mireille coge al nuevo bebé, que debe de haber salido solo por algún milagro. Otra niña; son como dos gotas de agua. Es tal el parecido con la primera que resulta extraño.

La comadrona las coloca una al lado de la otra para compararlas. ¡Anda! Pues tampoco se parecen tanto. La que acaba de recoger del suelo tiene los ojos grises, la tez pálida; la otra, ya estirada, tiene el pelo oscuro. Se agarra al pecho de su madre, que está muerta de cansancio. De repente, Carmine se sobresalta y grita:

—¡Ay! ¡Me ha mordido!

Mireille reconoce entonces, en la boca de aquella mequetrefe, el incisivo que le ha dejado una marca en la mano. Agarra al monstruito, sosteniéndola con el brazo extendido mientras la bebé patalea y chilla mostrando el diente.

Pero, aparte de ese incisivo incongruente y de la insólita usurpación de lugar, la más pequeña no tiene nada de extraordinario. Es rosada, vigorosa, vulnerable.

La comadrona menea la cabeza preocupada. Tiene que cortar los cordones, bajar al pueblo lo más rápido posible y no volver nunca más. Aquí ocurren cosas que la sobrepasan y a ella no le gustan las complicaciones. Acto seguido arroja la placenta a los corderos.

Mireille acerca las niñas, lavadas y envueltas en pañales, a los pechos de Carmine. La mayor ya seduce a su madre con su dulce chupeteo; la benjamina, que pretendía ocupar su lugar, intenta abrirse camino hacia el pezón.

—Tan pronto como hayas recobrado las fuerzas, baja e instálate en el pueblo, Carmine. No puedes ocuparte tú sola de dos bebés y un rebaño.

Justo antes de pasar por encima del fardo hediondo que sigue en la puerta, Mireille se acuerda de preguntar:

—¿Cómo vas a llamarlas? Es para el registro municipal.

Carmine se sobresalta de nuevo; la segunda ha vuelto a morderla. La desteta y responde:

—A esta, Agonie.

Y, luego, acariciando la cabecita de la primogénita:

—Y a esta preciosidad, Félicité.

La comadrona asiente sin discutir. Pero, una vez junto al alcalde, en el momento de inscribir los nombres en el voluminoso cuaderno de páginas color crema, se dirá a sí misma que, visto lo visto, aquella niña ha tenido un comienzo bastante chungo en la vida como para marcarla todavía más. De modo que intercambia la primera y la última letra y, debajo del nombre de Félicité, escribe:

Egonia

Las niñas han crecido y las ovejas han ido muriendo. Carmine apenas se ha dado cuenta. Bastante tenía con aquellos dos monstruitos.

Félicité ordenaba siempre sus juguetes, coloreaba sin salirse del contorno, parloteaba sola, dirigiéndose al vacío, y acariciaba animales invisibles. Es un encanto, se felicitó su madre, aunque algo venada, es decir, entre loca y hada.

En cuanto a Agonie… Carmine había salvado de la hecatombe una oveja para amamantar a la pequeña. De lo contrario, su diente le habría desgarrado el pecho. La benjamina se alimentaba vorazmente y crecía el doble de rápido que su hermana mayor.

En el lugar donde Carmine vaciaba los pañales de Agonie, en el prado de detrás de la casa, crecían por la noche plantas que hasta entonces no existían, flores que el monte Bégo temía, gigantescas, demasiado exuberantes para ser decorosas, que invadían el suelo y abrazaban con sus raíces el viejo banco ya hendido. Sus pistilos azul eléctrico ondulaban como algas entre las fauces de color cárdeno que se cerraban de repente sobre los gorriones, clac, sin darles tiempo a decir ni pío. Cuando se volvían a abrir, las plantas emitían silbos de pájaros.

Pronto se vio detrás de la majada un prado entero de aquellas flores monstruosas y ni rastro de pájaros en los alrededores.

Pero las flores no dejaban de ser un original jardín, comparado con lo que le brotaba de la boca a la pequeña. Porque, en cuanto Agonie balbuceaba o tosía demasiado fuerte, había que esconderse: escupía mariposas. Sí, amigo mío, ha oído bien: mariposas. Escuchamos esa palabra y lo normal es decir: qué bonita. Bonita, no lo dudo, siempre que las alas sean de colores. Pero los insectos de Agonie salían, qué

perogrullada, de Agonie. Y no sembraban otra cosa sino agonía. Doquiera que se posasen, la leña verde se secaba, los cabellos se volvían blancos y las caras se llenaban de arrugas.

Para protegerse a sí misma, su casa y a su primogénita, su madre le ató a Agonie una mordaza en la boca.

Poco después de dar a luz, Carmine se había comprado un espejito ovalado con marco de plata, un lienzo, un caballete, un par de pinceles y una caja de pinturas. Cuando había acabado de ocuparse de las ovejas que le quedaban y de sus hijas, cogía el espejo, se ponía de pie y lo miraba de hito en hito. Parecía, me contó Félicité andando el tiempo, como si buscase algo allí, algo invisible a lo real que solo el reflejo podía revelarle. Mirándose en el espejo, trazaba en el lienzo los contornos del rostro, la espiral de los rizos, las virgulillas de las pestañas. El retrato daba la impresión de tener fondo, como si estuviese iluminado desde dentro. Al cabo de unos meses parecía haber cobrado vida. Te seguía con la mirada si pasabas delante. Cuando le preguntaban por qué seguía pintando aquel retrato terminado hacía tiempo, Carmine repetía que aún no se parecía a ella, o no del todo; que tenía que embellecerlo. Solo los ojos en el centro permanecían sin cambios, dorados, girando como canicas tan pronto como alguien cruzaba la habitación. El resto del cuadro, a su alrededor, seguía adquiriendo matices, cargándose de sombras y relieves.

Las gemelas crecieron. Las hijas de los pastores aprenden a ocuparse de sí mismas antes que las demás; a los cinco años, ordeñaban las ovejas e iban juntas al pueblo a por huevos para preparar tortillas. Y menos mal, porque, cuatro veces al año, Carmine se ausentaba unas dos semanas. Volvía con la ropa mojada y el semblante menos fatigado. Iba cerca del mar, le explicaba a Félicité, para abastecerse de frutas procedentes de un mundo lejano, pomelos y granadas; y de tesoros.

Fue al regreso de uno de aquellos viajes cuando Félicité recibió su primer juego de té, con todas sus piezas: una tetera en miniatura de color blanco nacarado, no mayor que el puño de un niño, decorada con motivos azules y ribetes de oro, tres tazas a juego con sendos platillos, una lechera y un azucarero. La porcelana era tan fina que, algunas tardes de tormenta, se podían ver a través de ella los relámpagos rayando la noche.

Advertencia

Le explico todo esto, muchacho, pero en el fondo no sé mucho, que digamos.

Le cuento las cosas como me las contaron a mí. O tal como las recuerdo, puesto que Félicité me habló de todo ello hace dos décadas y en aquel entonces habían transcurrido otros veinte años desde lo sucedido. Fue en el año 2003 y yo buscaba a los huidos del monte Bégo que habían escapado con su historia.

Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que la majada estaba embrujada. Y el pueblo, más abajo, vacío a causa de ello; que sus ocupantes habían salido arreando con sus asnos y sus críos para no volver jamás. En realidad, nadie sabía lo que había ocurrido. Esa es la razón por la que me enviaron a indagar sobre su paradero. Al final comprendí que no era el primero en los archivos al que se le encomendaba tal misión suicida. Cuando mis colegas vieron que heredaba el expediente Bégoumas, me dieron unas palmaditas en el hombro con expresión compungida.

Y qué quiere que le diga. Hice lo que se me había encomendado: buscar a los antiguos habitantes de las Maravillas.

Encontré a dos o tres, diseminados por la región. Y, cuando les pregunté qué les había pasado en el monte Bégo, todos me pusieron la misma cara. Una cara que decía: «Te hablamos de lo que quieras, del lobo que se nos comió tres corderos, de la cosecha que se quemó, de ese horrendo edificio que han construido justo al lado y que nos tapa las vistas al mar, incluso podemos darte nuestra receta de la sopa de pisto, pero de eso no; no vamos a hablar de eso contigo».

Les pregunté si la majada estaba embrujada, solo para verificarlo, porque era lo que había oído. Y todos, absolutamente todos, se lo aseguro, esbozaron una triste sonrisa para sí y murmuraron, bajando la cabeza:

—¡Cómo no iba a estarlo!… Si solo fuera eso, nos hubiésemos quedado. Ya se sabe que los pastores son hechiceros y tempestiarios, echan la suerte y son hacedores de tormentas. Si alguien tenía todas las papeletas para convertirse en fantasma era él. No; fue al morirse cuando las cosas se pusieron feas. Cuando él se fue y la majada se llenó de máscaras.

Al principio pensé que hablaban de brujas, porque allá arriba las llaman *masques,* o sea, máscaras. No entendí lo que querían decirme hasta mucho más tarde.

Era consciente de que debería haberlos dejado en paz y no darles la tabarra con mis preguntas, pero tenía una misión que cumplir, así que pedí más detalles. Insistí.

Ahí no todos reaccionaron igual.

¿Ve usted esta cicatriz blanca debajo de la ceja? Molinillo de pimienta. Lanzado por uno de los viejos que interrogué. Otro me retó mirándome fijamente a los ojos hasta que me entraron escalofríos y me largué.

Y un día, por fin, una mujer me respondió.

—La hija pequeña de Carmine. La segunda. No tuve el valor de dejarla morir al nacer. Ojalá lo hubiera tenido.

Cosa que no era del todo cierta, como Mireille me confesaría andando el tiempo y como ya le he contado, puesto que, si Agonie no hubiera acabado de nacer por su cuenta, la partera la habría abortado sin remordimientos.

—Egonia desapareció aquella noche. La noche en que huimos de Bégoumas. No sé dónde podría encontrarla. Dicen que su hermana abrió en Niza una agencia de detectives especializada. No tengo ni idea de qué demonios es eso, pero no creo que haya muchas a este lado del Var.

Y así fue como llegué a la historia de Félicité.

Fuera sigue lloviendo, una lluvia copiosa cada vez más recia. Hasta las gaviotas se han puesto al abrigo del temporal.

Por cómo pinta, tenemos para todo el día.

Ahora, si quiere matar el tiempo mientras nos tomamos el té, puedo contarle la historia de Félicité, que es también la de Bégoumas y el abandono del pueblo.

Intentaré recomponer lo que logré entender de ella, de su hermana, de su madre sobre todo, de su pueblo embrujado y del verano en que sus habitantes huyeron de él. No voy a engañarlo ni a mentirle. Le contaré todas las verdades de quienes han vivido esta historia. Y, como solo diré la verdad, es muy probable que no haya mucho de real en ello.

Que no se diga que no le he advertido.

La casa de la pasadora de fantasmas

La puerta de la casa de Félicité, sí, hombre, por fuerza tiene que haber pasado por delante, está justo en la esquina del salón de té, en una calle de Niza que se parece a cualquier otra. Si se aguza el oído, a la hora de la siesta se puede oír a lo lejos el rumor del puerto y el oleaje.

El día en que me la encuentro, llueve a mares. Es tal el diluvio que toda la ciudad retumba como un tambor gigantesco. Como hoy, de hecho. Jirones de nubes se aferran a los campanarios; ni siquiera se ven los relojes que despuntan por encima de los tejados. La lluvia barniza los adoquines con un almíbar transparente. En las esquinas de las cunetas convertidas en ríos, el mercado ha dejado mimosas bruñidas y restos de pescado que atraen a las gaviotas. El agua corre puertas abajo de las capillas, resbala por las rejas de las tiendas, se escurre por los picaportes, las aldabas, los timbres, las campanillas.

Pero en la puerta de esta calle de Niza la lluvia no tiene a qué agarrarse. Ni un picaporte, ni una aldaba ni una cerradura. Lo único que se ve en la pared es un letrero que tiembla bajo las ráfagas de viento. Su dibujo borroso podría confundirse con el símbolo de un barbero o con la hogaza de pan de un panadero, tal vez.

Pero es una calavera.

Un cráneo tocado con chistera y una lupa delante de la cuenca vacía. Y debajo, en caracteres tan pequeños que hay que entrecerrar los ojos para descifrarlos, está escrito:

DETECTIVE ESPECIALIZADA
FANTASMAS, ALMAS EN PENA, ESPÍRITUS ERRANTES
Pase sin llamar

Es la entrada reservada a los espectros.

Para los simples mortales como usted y como yo hay otra puerta. Debe ir a lo largo del edificio, pasar por delante del ventanal ante el que estamos sentados y llegar a la entrada principal del palacio Caïs de Pierlas.

Allí, desde el umbral, se divisa toda la calle Saleya. Las fachadas amarillo ocre y piedra, los postigos del color del mar embravecido, la

capilla azafrán de la cofradía de los penitentes negros, las palmeras que ya me dirá qué demonios pintan aquí, pero que les gustan a los turistas y, a su espalda, el viejo palacio, que se yergue con su silencio y su pintura desconchada: el recuerdo de gentes adineradas que murieron muy pronto y dejaron tras de sí este inmenso botón de oro marchito.

Los nizardos y los artistas que lo habían ocupado lo abandonaron, por lo que Félicité se instaló en él. O al revés, vaya usted a saber. La detective buscaba un lugar que se elevase por encima de la multitud.

La puerta que da a la calle Saleya tiene todo lo necesario para entrar: aldaba, cerradura y timbre. Pero, claro, a continuación hay que subir al cuarto piso y el ascensor funciona, con suerte, cada dos días. Con frecuencia, las rejillas metálicas se atascan o los botones no responden, y no queda otro remedio que subir a pie por la escalera, que se va estrechando a medida que ascendemos.

Francamente, si puede coger el ascensor, no lo dude. Le evitará llegar arriba sudando como un pollo. Félicité ya no está allí para decirle que apesta a sudor, pero hágalo por respeto. A ella no le gustaba nada que la gente apareciera en su casa sudando la gota gorda, porque eso le impedía disfrutar de su té. Y ya estuviese bebiéndolo o preparándolo, siempre había un té humeante en algún rincón de su casa.

Para servirlo seguía un ritual con movimientos de bailarina en su caja de música.

En primer lugar, llenaba el hervidor. Luego, mientras el agua alcanzaba el punto óptimo de ebullición, elegía una tetera de entre las docenas que se alineaban a lo largo de las paredes, sobre las cómodas y en los alféizares de las ventanas, con todo tipo de formas imaginables: una calabaza con asa vegetal, una dama en enaguas, un piano de cola, una choza con techo de paja, un cisne; redondas, ovaladas, en forma de pera; de cobre, de cerámica, de hierro fundido, de porcelana, de arcilla, esbeltas, achaparradas, blancas, pintadas, doradas… Vale, veo que lo pilla, un montón de teteras. A continuación sacaba las tazas. En este punto, era mucho menos quisquillosa: cogía las primeras que tuviese a mano y las posaba en platillos desparejados.

Salvo las de los fantasmas, por supuesto.

El juego de té reservado a los espectros lo guardaba en un maletín no más grande que un diccionario. Cuando lo abría, se apreciaba dentro el color de un corazón palpitante. Cada taza, cada platillo, cada cucharilla dormían en su coquilla de terciopelo. Los iba sacando del tejido esponjoso uno a uno, entre susurros, como frágiles huevecillos.

En la porcelana, unas líneas azules esbozaban dragones y nenúfares.

Un juego de té lo bastante antiguo como para complacer a la más decrépita de sus tías abuelas y lo bastante sublime como para imponer silencio.

Félicité depositaba en la tetera unos cuantos brotes de un té especial que tintineaban al caer. Cuando el hervidor del agua modulaba el acorde correcto, lo retiraba del fuego. Observaba cómo se desplegaban las hojas, cómo se estiraban bajo el agua humeante y cómo sus vapores diáfanos rodeaban la bandeja.

Lo llevaba todo al salón y se acomodaba frente a las ventanas. En verano, cuando abajo pesaba un calor de alquitrán derretido, nada la complacía más que recogerse al fresco, en lo alto de su torre, y beber su té por encima del mar como una gaviota en su nido. Entonces, a hurtadillas, sacaba de un cajón una bolsa que, entre las ilustraciones fluorescentes impresas en el plástico, dejaba ver una sarta de collares de caramelo. Masticaba las cuentas rosadas y blancas como pequeños cubitos de hielo, dejando aparte las azules.

Y, si llovía fuera, una lluvia como es debido, una lluvia de las de aquí, entonces estaba en su salsa.

Como ha podido comprobar, la lluvia aquí no es un chirimiri ni un tímido orvallo. Aquí no se contenta con lloviznar. Aquí llueve como Dios manda. La lluvia vacía Niza de sus veraneantes, de sus bocinazos, de sus coches en triple fila, del azul fondo de taza de váter que toma el mar los días en que hace demasiado buen tiempo, lo limpia todo, lava las chillonas capas de pintura de tarjeta postal y le devuelve a la ciudad el genuino gris de su lienzo.

Félicité siempre se tocaba con un sombrero de color antracita, un fular con reflejos de cuchilla afilada; vestía una blusa de color precipitación de pedrisco y un pantalón de tonos ciénaga de alquitrán; calzaba botas con tacón de acero y remataba su atuendo con una capa de lana de color pizarra. En las aceras proyectaba una sombra de tormenta.

Y, si alguna vez le sugerías que se pusiese un jersey morado o que se maquillase con un toque de carmín, por ejemplo, te dedicaba una sonrisa capaz de provocarte pesadillas de congelador.

El color gris es como Félicité. Hay que tener una mente más sutil que la media para apreciar los matices. Porque Félicité no era ni encantadora ni venada, a despecho de lo que había sentenciado su madre. Era temible.

Segunda advertencia

Antes de seguir, debo decirle un par de cosas sobre los fantasmas.

En primer lugar, puede que haya oído, en los reportajes que dan de madrugada en las cadenas de temática paranormal, que el sino de los espectros es andar errantes en un lugar preciso al que están unidos, es decir, que después de su muerte se encuentran atados a un lugar que marcó sus vidas.

Bueno, pues no sé de dónde sacan la información, pero todo eso es una verdad como un templo.

Es ahí, en ese punto ciego de la memoria, donde se esconden los fantasmas. En sus momentos de vergüenza, de culpa, de sus contriciones pendientes. En sus verdades bajo las máscaras. Hay que saber aprovechar los remordimientos del vivo para descubrir al espectro, y Félicité hizo de ello su oficio.

En segundo lugar, amigo mío, debe saber que no todo el mundo se convierte en fantasma. Eso solo podrá ocurrirle a quien sea interrumpido en plena cháchara por ese dechado de mala educación que es la muerte. Si usted quiere irse para siempre, sin arrastrar su desesperación eternamente, deje escrito en alguna parte —con preferencia a alguien que lo quiera bastante como para pagar sus tarifas desorbitadas— el número de un colega de Félicité. Porque un pasador de fantasmas tendrá que encargarse de terminar la frase por usted, y en voz alta, en los oídos de la persona a quien iba destinada.

Se lo advierto como amigo. Al menos ahora lo sabe: procure estar calladito cuando se muera.

Bosque de mármol

A Angèle-Victoire, desde luego, nunca se le pasó por la cabeza callarse. Desde hace dos siglos, la condesa que antaño vivía aquí no para de darle a la sinhueso. Félicité la oye sin escucharla mientras la mujer parlotea quejándose todo el santo día. Se queja de aburrimiento, del té que para su gusto no ha reposado lo suficiente, de las irritantes manías de Félicité: que si no hace más que limpiar en vez de ponerse de cháchara con ella; que si ordena el piso por enésima vez; que si le pasa la mano a través del estómago para ahuecar un cojín en el sofá… Cuando la condesa le pregunta por qué se empeña en bruñir un mueble que ya brilla impoluto, Félicité le responde:

—No me gusta que la gente vea este desorden. Y tengo un cliente a punto de llegar.

—¡Pues pare de una vez! ¡Señor, qué cruz! ¿Y quién es, si se puede saber?

—El presidente de la Diputación.

—¡El presidente de la Diputación! Entonces viene de Marsella… ¡Pobres de nosotras!

Sí. Lo que le cuento sucedió en verano. Corre el año 1986. Félicité tiene cuarenta y seis años y el pelo escarlata. Parece una cerilla sin encender con ese copete rojo que corona su larga silueta gris.

Ordena de nuevo las teteras adormiladas en sus estantes, apila los libros y recoge las tazas desperdigadas por todas partes, repasa la encimera con la bayeta, cierra la puerta de su dormitorio, coge un espejo ovalado de la mesilla de noche para comprobar que su sombrero está derecho y su traje no tiene arrugas.

—Venga, querida, está usted perfecta, como de costumbre. Y, ahora, haga el favor de escucharme: conozco muy bien Marsella, he estado allí muchas veces. Las calles son un auténtico asco, de un olor nauseabundo, y el viento, un horror. Su cliente nos va a contagiar el cólera. Le prohíbo que le abra la puerta.

—Demasiado tarde, ya está aquí. Haga el favor de callarse.

Abajo, en la calle Saleya, el político baja de su coche oficial. Contempla ante él el palacio que creía vacío. Nadie quiere tener como vecina a la dama que habla con los fantasmas. A ver, no me malinterprete, muchacho: no es que los nizardos tengan miedo de las

casas encantadas —un nizardo no le tiene miedo a nada—; solo es cuestión de sentido común. Y el sentido común aconseja mantenerse lejos de ellas, eso es todo.

El hombre vislumbra, detrás de los visillos del cuarto piso, a la detective, que lo está esperando, y entra en el edificio.

Cuando el ascensor llega al rellano, Félicité descubre en la mesita de café unos cuantos hilos salpicados de cuentas azules —los restos de los collares multicolores que mordisqueaba diez minutos antes—. Oculta los hilos pegajosos bajo el sofá y se sienta muy digna en su sillón de cuero.

Alguien debe de haberle dado instrucciones muy precisas al presidente de la Diputación, porque entra sin hacer ruido, se quita los zapatos, atraviesa el piso y se sienta en la silla de madera. Frente a él hay una taza, una tetera y varios montoncitos de hojas marrones. Félicité no se levanta para recibirlo.

La madre del cliente murió el mes pasado. Él encontró entre las pertenencias de la difunta las pruebas de una vida que no conocía. Una vida secreta con una primera familia, anterior a él y a su padre, un pasado que jamás había sospechado tras la máscara de una madre solícita y cariñosa. Buscó respuestas, explicaciones. Como era de esperar, los detectives que se ocupan de los vivos no le sirvieron de ninguna ayuda.

Félicité observa a este hombre al que los periodistas se refieren con el sobrenombre del Tiburón de la Costa y no entiende por qué todo el mundo lo teme. Aquí, en su sala de estar, sentado bajo la mirada atenta de las teteras, con el calcetín del pie derecho agujereado en la punta del dedo meñique, a la pasadora de fantasmas le parece, sobre todo, un niño perdido en un supermercado.

—¿El talón?

El presidente de la Diputación saca un cheque doblado del bolsillo y lo coloca entre ambos. Félicité no lo comprueba.

—¿Desea preguntarme algo? Lo escucho.

El hombre se aclara la garganta y se remueve incómodo en su silla.

—¿Es usted… cazadora de fantasmas?

—¡Cazadora! ¡Vamos, hombre! ¡Lo que me faltaba por oír! ¿Acaso tengo yo pinta de faisán? —Desde el sofá, Angèle-Victoire, a punto de ahogarse, protesta indignada.

—Las personas, vivas o muertas, suelen ofenderse si se las compara con una pieza de caza —corrobora Félicité—. No; yo soy detective especializada en espectros y «pasadora» de fantasmas: los encuentro y, si lo desean, los ayudo a pasar hacia un tránsito más… definitivo.

Ojos que se desvían hacia la izquierda, manos inquietas, carraspeos.

Félicité repasa uno por uno los tés alineados encima de la mesa. Todos le arrancarán a este hombre una verdad que él mismo ignora, pero cada uno tiene su efecto específico. Es una teinóloga quien recoge en el valle de las cosas extrañas esos tés especiales que huelen a musgo y viento, y surte de ellos a Félicité, una caja por cada lugar de origen: riberas del lago de las Millefonts, algas del lago de Fenestre, collado del Diable, valle de la Masque, collado de la Couillole, cabeza de la Lave… y, por supuesto, el té de las Maravillas, el que crece en un rincón secreto del monte Bégo y hace hablar a los muertos.

Félicité sabe exactamente cuál es el adecuado para el Tiburón: el lago del Tremblement. Prende el hervidor y el agua empieza a borbotear. Luego se vuelve hacia la pared donde aguardan las docenas de teteras y da dos palmadas.

No ocurre nada.

Félicité sonríe a su cliente y repite las palmadas. Más fuerte. Las teteras no se dan por aludidas. El presidente de la Diputación se gira a su vez: nadie. Se pregunta si es a él a quien aplaude.

Las teteras de Félicité siempre han sido así. Un hatajo de insolentes, eso es lo que son. Con esa insolencia de los adolescentes. Félicité ignora el porqué de la falta de autoridad sobre su rebaño, que la trae a maltraer, y no por repetida resulta menos molesta. Se levanta, coge una con forma de fortaleza medieval —torreón torcido para el caño, puente levadizo como asa— y la lleva a la mesa. Entre los platillos, elige el que contiene las hojas del Tremblement, aspira su perfume y lo vacía en la tetera.

Sin mirar al presidente de la Diputación, que en ese momento trata de ocultar el tomate de su calcetín tapándolo con el pie izquierdo, pregunta:

—¿Le han explicado mi método de trabajo?

—Me dijeron que se trataba de charlar.

—Primero beberá y luego hablaremos. Mejor dicho, hablará usted.

—Ya le envié todos los documentos…

—Chitón. Estese callado.

El cliente enarca las cejas, tiene ganas de replicar que en Marsella nadie se atrevería a tratarlo así, que no será la única pasadora de fantasmas al otro lado del Var, pero se muerde la lengua. Algo en la postura de Félicité, que aguza el oído cerca del hervidor de agua, le impide romper el silencio. Se diría que el futuro de los mundos se juega en los inminentes borborigmos del agua.

De repente, su anfitriona se incorpora y vierte el agua humeante en la tetera, que deja oír un siseo. Mientras las hojas se despliegan por efecto del calor, Félicité cierra los ojos, cuenta mentalmente hasta

ciento sesenta y cinco y, en ese preciso momento, llena la taza con un néctar dorado que gira con lentitud entre las paredes de la fortaleza medieval.

—¿Podría ponerme un poco de azúcar?

La pasadora de fantasmas finge no haberlo oído.

Si el hombre encuentra la bebida amarga o insípida, no lo demuestra. Félicité se cruza de brazos y se arrellana en su sillón: el verdadero trabajo empieza ahora.

—Cuéntemelo todo.

—¿Todo?

—Empiece por la primera imagen que le venga a la cabeza relacionada con su madre.

El té del Tremblement ya surte efecto. La respiración del político es menos entrecortada. Sus ojos miran fijamente el fondo de la taza. Al cabo de unos segundos, las palabras surgen solas.

—Era una mujer reservada. Parecía feliz.

—Beba antes de que se enfríe el té.

El cliente bebe. Con cada sorbo, el marsellés se concentra más en sí mismo y, poco a poco, los recuerdos insignificantes, justo los que le interesan a Félicité, ascienden como burbujas a la superficie de su memoria. Los momentos más banales vuelven a él con toda precisión: la caída del cacao en polvo desde la cuchara hasta la leche caliente; todos los primeros de noviembre a solas con su padre frente al televisor; el color beis de la fiambrera donde guardaba su almuerzo; la textura de las pantuflas que había que ponerse para subir al piso; el olor del pasamanos encerado de la escalera; el papel pintado del pasillo, rugoso bajo las palmas de las manos; su madre con los ojos enrojecidos el 31 de octubre; la lámpara con flecos en el techo del dormitorio de sus padres; el ramo de flores secas en la mesilla de noche, un ramo cada vez menos frondoso, cada año más desnudo; el ramo reducido a una sola flor cuando tiene trece años; el búcaro vacío el 1 de noviembre de sus quince años y su madre con ellos frente al televisor, con la mirada perdida más allá de la pantalla.

—¿Adónde iba su madre cada primero de noviembre año tras año?

—Mi padre decía que iba a ver a mi abuela. Me pregunto si él sabía lo del primer marido.

Félicité busca un secreto, un cambio. La labor de la pasadora de fantasmas es esa: desenterrar las mezquindades de los difuntos, las que sumen a los vivos en la desazón porque hay que santificar a los muertos. No puede hacer otra cosa. No sabe hacer otra cosa.

Pero en lo más profundo de su conciencia una voz le susurra: No es verdad. Sabes hacer otra cosa. Podrías haber hecho otra cosa. Las

investigaciones a las que renunciaste en las plantaciones de té por todo el mundo. Las variedades que nunca trajiste de los continentes azulados recorridos por los teinólogos. Aquella vida sin ataduras se fue con tu hermana hace casi treinta años.

Treinta años.

Tal vez Agonie haya muerto. Sí, sin duda. Probablemente la misma noche de su partida, o poco después, porque desapareció entre los árboles del bosque para no regresar jamás. Agonie nunca supo que, desde aquella noche, su madre no volvió a ser la misma. Que la había perturbado hasta el punto de trastornarla.

Félicité sacude la cabeza. Esta amargura, en el fondo, es infantilismo. Un capricho. Ella nunca se ha quejado de tener que limpiarle la boca y el culo. Y después de treinta años de paciencia y de cuidados no va a ceder como su hermana al cobarde egoísmo de la libertad. Pero, francamente, ¿por qué seguir pensando en Agonie?… Su gemela ya le ha arrebatado una madre. Y ahora no va a dejar que le chafe un buen cliente.

—¿Decía usted que su madre iba y venía en el mismo día? Entonces no podía ir muy lejos. ¿Iba en coche?

—No, no conducía. Supongo que cogería el autobús en la calle. La parada se llamaba Champfleuri. Un nombre curioso, porque nunca vi flores ni campos en aquel barrio, solo casas grisáceas casi todas iguales, apiñadas unas contra otras hasta el pueblo siguiente.

—Y ese autobús, ¿hasta dónde llegaba?

El político recita uno por uno los nombres de cada parada, como si tuviera el mapa desplegado ante sus ojos. Champfleuri. Les Bosquets. Saint-Joseph. Bateliers. Bateliers-Rive gauche. Rouget de Lisle. Cimetière.

Una hora más tarde, Félicité y su cliente se bajan del autobús en la parada del cementerio. Ella lo guía a través del bosque de mármol hacia una tumba que no tiene nada especial excepto por el ramillete seco, marchito pero completo, al lado de una inscripción.

A mi queridísimo hijo

Sentado en la lápida, el fantasma de la anciana elude las preguntas de Félicité. Su mirada sigue nublada, perdida en vidas extinguidas. La pasadora saca el maletín reservado a los muertos, con el termo que mantiene el agua a ochenta y tres grados, y prepara el té de las Maravillas. La madre se inclina hacia la porcelana muy a su pesar, esperando a que le sirvan una taza.

Agitar un objeto fantoprensil ante un espectro es mejor que ondear una cinta bajo los ojos de un gato. Su alma es magnetizada por esas

anclas, que les dan consistencia, casi vida. Los huelen de lejos y, si pueden, acuden. Eso explica, amigo mío, por qué el salón de té siempre está lleno de clientes invisibles.

La difunta pronto le hablará, cuando el té haya surtido efecto, del primer matrimonio, del primer hijo, de los pulmoncitos que respiran mal, de las semanas en una habitación blanca, del ramo de flores que no pudo depositar sobre el ataúd aquel 1 de noviembre, porque no es posible depositar todo tu dolor de golpe y una flor por aniversario hace que el duelo sea menos brutal. Hablará del matrimonio que se marchita, del segundo marido y del dolor que se sobrelleva mejor en secreto.

Félicité le preguntará por las últimas palabras que estaba diciendo en el momento de morir y a quién se las decía, qué frase interrumpida la condenó a su estado espectral. Se ofrecerá, si así lo desea, a dirigir en su lugar las últimas palabras inconclusas a quien tenía que escucharlas, a no ser que la anciana prefiera quedarse junto a sus flores marchitas.

El político-tiburón, consolado por las respuestas, se sacudirá los aires de niño perdido. Regresará a Marsella y Félicité volverá a Niza, donde cobrará su cheque.

En su decrépito palacio al final de la calle Saleya, la pasadora de fantasmas mordisqueará un collar de caramelos, se preparará un té, el del lago Petit, que la ayuda a remontar mejor los meandros del pasado, se beberá una tetera llena para traer a la memoria el recuerdo de su madre, de su madre tal como quiere recordarla, cuando Agonie no la había desequilibrado y aún era solo su madre, cuando no desaparecía detrás de tantos rostros, de tantas voces, cuando no compartía su cuerpo con cincuenta y seis desconocidas y solo respondía a su verdadero nombre, el nombre de Carmine.

Antes de dormirse, cuando las líneas de su libro bailen al final de las páginas, se girará hacia la mesilla de noche, donde no hay ninguna foto familiar. Junto al despertador, los dedos encontrarán el espejito ovalado con marco de plata. Y, como es demasiado mayor para dormirse acariciando un peluche, conciliará el sueño de ese modo, acariciando con la yema de los dedos el reverso del espejo, donde están grabadas estas palabras:

Para mi querida Félicité, mamá.

Última advertencia

Félicité murió después de contarme esta historia. Y se cuidó muy mucho de mantener la boca cerrada, así que no se haga ilusiones, joven: ya no existe en ninguna parte, bajo ninguna forma.

Su piso, todo el edificio en realidad, que los nizardos evitaban porque les parecía que Félicité exhalaba el perfume de la muerte, fue adquirido, rehabilitado y ocupado por personas vivas que hablan a gritos. No, no son italianos. Rusos, creo, o ingleses. A los del barrio no les gustan mucho más de lo que les gustaba Félicité, cosa que me consuela un poco.

Y, respecto a lo otro, no haga caso de las habladurías, porque Félicité olía muy bien. Hasta el fin de sus días desprendía un aroma a té blanco y azahar. ¡Qué olor a muerte ni qué ocho cuartos!

Pero vayamos al grano, porque lo que quiero contarle, mientras esperamos a que escampe, no es tanto el final de la historia como su comienzo. ¿Por qué el pueblo de Bégoumas se vació repentinamente de todos sus habitantes excepto de una, aquel mes de agosto de 1956? ¿Cómo es posible que se derrumbasen las paredes cuando en la región no se registraron tormentas ni terremotos? ¿Cómo puede ser que los alerces perforasen los tejados si el bosque comienza mucho más lejos, en la montaña?

Todo empezó con el nacimiento de las dos hermanas, no le quepa la menor duda. Solo que a veces el punto de partida de una historia no es el inicio. Encuentra sus raíces más tarde, en lo más alto del árbol; y desde lo alto hay que descender a lo largo del tronco, trepar a algunas ramas, volver hacia los nudos en la parte inferior, recoger las hojas muertas y coger los nuevos frutos para abarcar todos sus límites y dimensiones.

Félicité es quien me contó esta historia; por lo tanto, comienza con ella. Félicité, que el martes 22 de julio de 1986, como casi todos los martes desde hace treinta años, sube a casa de su madre en lo más remoto del pueblo sin sospechar que, ese martes, será la última vez que la vea con vida.

Corona de rubíes

Los floristas se abanican entre sus tiestos bajo los toldos de los puestos de la calle Saleya cuando, en medio de la algarabía del mercado, resuena un repiqueteo en los adoquines. La dama de los tacones de acero se acerca. ¡Rápido! Se incorporan como un resorte, cogen un tallo al azar. Las manos salen de la sombra.

Félicité avanza por el pasillo central, de luz cegadora, y va recogiendo al paso, sin dignarse a mirar a quién pertenecen las manos tendidas, un girasol, una pasiflora, un clavel, y se va con un floripondio que se parece a un ramo de flores como un huevo a una castaña, pero que alegrará a su madre.

Los floricultores resoplan y vuelven a sentarse preguntándose, como siempre, de dónde diablos les viene a ellos ese respeto teñido de escalofríos, ¡a ellos, que tienen el águila por emblema y no temen a nadie! Será culpa del palacio Caïs de Pierlas, que es espeluznante, se dicen entre sí, con esa pintura de color azafrán toda desconchada y esas molduras desfiguradas. Debe de estar harta de vivir sola allí arriba. Seguro que los observa agazapada en el último piso, desde donde se domina toda la calle… De modo que le ofrecen flores como si ofrecieran velas a un santo: por si acaso. Al volante de su Panther gris luna, Félicité sortea los obstáculos del casco antiguo de Niza, tocando la bocina en los embotellamientos del paseo marítimo; en el semáforo en rojo finge no ver el fantasma del mendigo que sigue pidiendo, ante la indiferencia de los vivos, una moneda para comer. Ha llenado el maletero del coche con latas de conserva para un mes. Y toallitas higiénicas. Su madre se olvida de asearse cuando Félicité no está allí para recordárselo.

Ah, y el espejo. Casi lo olvida, pero antes de irse, en el último momento, da un repaso a su habitación y se dice: ¿Por qué no? Vale la pena intentarlo.

Desde hace unos meses Félicité sube menos a Bégoumas. La decepción que allí la espera se ha vuelto insoportable. No sabe si podrá aguantarlo durante mucho más tiempo. La pasadora ya no es joven y está hasta la coronilla de las sombras que la distrajeron durante la consulta con su último cliente, paseándose por su cabeza como Pedro por su casa.

Vuelve a tocar el claxon y se enoja con los peatones; es la mejor manera de rechazar el irrefrenable impulso de dar media vuelta que se apodera de ella en cada intersección. No puede ceder a ese impulso. No puede dejarla allí arriba, luchando sola con los intrusos que la asedian. Es su madre, la que le abrió los ojos al mundo y le enseñó cómo encontrar un lugar en él, a codazos si hacía falta. Carmine aprendió de su vida sencilla en el pueblo la sabiduría de los lavaderos, el conocimiento del pastor y una profundidad astral. Conocía los recovecos del alma humana y tenía algo de hada.

Y no se deja a un hada, aunque no tenga alas, por muy vieja y demente que esté, pudrirse en un pueblo abandonado. Aunque se niegue a irse de allí.

El coche sale del atasco. Félicité emprende el trayecto tierra adentro, siguiendo la ruta de la que le he hablado hace un rato.

La pasadora de fantasmas no ve el paisaje: ha recorrido demasiadas veces esas gargantas como para fijarse en los reflejos rojizos en las copas de los árboles, o en los ecos reverberantes que se envían las piedras. El Panther va solo por allí, se sabe de memoria cada curva, cada túnel sobre el río seco. En cada giro, las latas de conserva chocan en el maletero. En el trayecto de casi dos horas hasta la entrada de las Maravillas solo hay un lugar que la distrae de sus pensamientos e, invariablemente, le despierta los mismos recuerdos.

Es en el camino que se bifurca hacia las montañas, poco después de Roquebillière-Vieux. En el arcén. Allí, el fantasma de una niña morena siempre la mira pasar, la falda al viento y los brazos en jarras. En cada ocasión, Félicité ve por el espejo retrovisor temblequeante la silueta de la niña que desciende por el camino en sentido contrario al de la marcha, hacia un viejo pozo oculto entre los acebuches.

El pequeño espectro, con su mirada descarada, le trae a la memoria el día del tinte de pelo rojo. El recuerdo se dispara como un resorte, un cortometraje proyectado, muy a su pesar, por su memoria mecánica.

Aquel día, su madre la había mirado con los mismos ojos de la niña fantasma.

Félicité vuelve a casa de la escuela, más callada que de costumbre. Si habla, dirá la verdad, porque es incapaz de morderse la lengua. Y se lo han advertido: que no se le ocurra contarlo. Así que se toma su tiempo para volver a la majada, con la esperanza de que las lágrimas se le sequen en las pestañas y que de su voz haya desaparecido el deje pastoso de quien ha llorado.

Sin embargo, lo que no podrá ocultar es el pelo. Quizá si llega a casa lo bastante tarde, si la luz se atenúa lo suficiente, mamá no verá

la diferencia. Y, si le hace algún comentario, Félicité solo dirá que le creció así durante el día. Sin más. Al fin y al cabo, no es una mentira.

Su hermana le sale al paso, cubierta de hollín desde las palmas de las manos hasta la frente. Se tapa la boca con las manos y abre unos ojos como platos. Félicité niega con la cabeza y sigue avanzando. Su gemela se planta frente a ella:

—¿Cómo?

Una gruesa mariposa negra se le escapa de los labios.

—No te diré cómo, Nanie. Ahora déjame pasar, por favor. Y no olvides tu bozal si quieres hablar. ¿Vale?

Félicité sabe que su hermana odia el bozal que le hizo, el que atrapa las mariposas contra su boca, hasta el punto de disolverle poco a poco los dientes. Aun así, es preferible a la mordaza de mamá. Y esa tarde Félicité no está de humor para la dulzura y la compasión.

Luego, mirando a su gemela, se le ocurre una idea.

Cinco minutos después, Nanie le ha llevado un poco de hollín y la ayuda a embadurnarse el pelo. Todo saldrá a las mil maravillas.

Félicité llega al aprisco, felicitándose por su plan infalible, mientras su hermana se encarama a las vigas de la casa entrando por la chimenea. La mayor ha preparado lo que tiene que decir: quiere irse a la cama enseguida, sin cenar, no tiene hambre, está muy cansada. Mamá apenas la verá cruzar la habitación. No se dará cuenta de nada.

En el interior, de espaldas a la puerta, mamá está pintando su eterno retrato. Cuando Félicité entra, Carmine interrumpe su trabajo y se gira.

—¿Se puede saber por qué te has tiznado la cabeza? Espero que no te hayan visto así en el pueblo…

Félicité siente que todo su aplomo la abandona de golpe. Mamá se agacha a su lado y le pregunta qué le pasa.

—Cualquiera diría que te has encontrado con la bruja del pan de jengibre —le susurra. Entonces Félicité se ríe, con una risa que se parece demasiado a un sollozo. Cuando era pequeña, nada la aterrorizaba más que la bruja de *Hansel y Gretel,* el cuento que su madre le leía por las noches.

—Ven, mi reina. Te lavo el pelo y me lo explicas todo.

Félicité no mueve un músculo.

—No quiero hablar contigo.

—Ah, ¿no? ¿Y eso?

—Es que… no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —replica su madre, divertida—. Eres la hija de Carmine. Nadie tiene que decirte lo que puedes o no puedes hacer. ¿Quién te ha metido en la cabeza semejante cosa?

Félicité se muerde con fuerza el interior de la mejilla para no llorar, pero no sirve de nada. La verdad brota sola junto con el torrente de lágrimas entrecortadas con hipidos: las niñas de la escuela, al ver su pelo blanco, se lo han arrancado.

Eso a su madre ya no le hace ni pizca de gracia. La mira con un fuego en las pupilas que suele reservar para Agonie.

Desde que cumplió diez años, unos hilos plateados cada vez más numerosos fueron cubriendo la cabeza de Félicité. Las burlas comenzaron tan pronto como se reanudó el curso, a la vuelta de las vacaciones. No necesitaban más que eso, una excusa, por fin algo tangible, para escupir su malestar en la cara de aquella extraña niña que hablaba sola afirmando responder al fantasma de su papaíto. Las burlas se convirtieron poco a poco en amenazas y, esa tarde, en mechones de pelo arrancados a puñados detrás de la fuente, en el patio de la escuela.

Por cada mecha blanca arrancada, le crecían diez al momento.

Las chicas se pusieron histéricas. Le tiraron de la melena unas por un lado y otras por el contrario, como en el juego de la soga, tira y afloja, hasta que hicieron sangrar a Félicité y sonó la campana de final del recreo.

Bajo el hollín, la cabeza está cubierta solo con cabello plateado, con manchas de sangre seca aquí y allá.

Carmine le besa la frente y sale de la majada. Cuando regresa una hora más tarde, ya ha anochecido. Sus ropas parecen haber sido quemadas en algunas zonas. Le dice a su hija:

—No te preocupes, esas niñas no volverán a tocarte, ni te dirigirán la palabra ni te mirarán; ni siquiera pensarán en ti, puedes estar muy tranquila porque te dejarán en paz.

Muy tranquila y muy sola, piensa Félicité.

Su madre le lava y le cura con mimo las heridas del cuero cabelludo. Luego saca un tarro lleno de un polvo verde oscuro y, tras humedecerlo, le aplica el ungüento en la cabeza, frente al espejo ovalado donde se reflejan sus dos rostros juntos.

—Mira por dónde, a mí también me apetecía teñirlos —asegura Carmine, y envuelve sus cabellos con la misma mezcla verdosa que huele a heno.

Una vez que se han enjuagado, aclarado y secado la cabeza, madre e hija se colocan de nuevo frente al espejo con marco de plata. Los cabellos de Carmine, castaños y rizados, son ahora de color rojo caoba. Los de Félicité, una melena lisa hasta la barbilla, se han vuelto carmesíes, más incandescentes que las brasas en el hogar casi extinguido.

El reflejo de Carmine en el espejo le asegura al de Félicité:

—Escucha atentamente lo que voy a decirte, hija mía. No permitas que nadie vuelva a hacerte daño. Jamás. Tú eres Félicité, la dicha de mamá. Si tú no eres feliz, mamá tampoco lo es. Y nunca olvides esto: la cara es el espejo del alma. Siempre. Las niñas del pueblo son unos cardos, achaparradas y culonas. La mayoría tienen el trasero tan grande como el Arco de Triunfo. Tú tienes el cuello largo, la cintura delgada y, desde ahora, tu propia corona de rubíes. Son los demás los que tienen que agachar la cabeza ante ti, Félicité. No al revés. Ahora mamá se va a la cama, que está cansadísima.

Las niñas de la escuela nunca más se burlaron de ella. El simple sonido de los pasos de Félicité les inspiraba semejante canguelo que los ojos se les llenaban de lágrimas.

Cada sábado por la mañana, hasta que cumplió quince años, ella y su madre dedicaban ese momento solo de las dos a teñirse el pelo frente al espejo ovalado. Mientras esperaban a que subiese el color, Carmine buscaba arrugas en el espejo, se probaba distintos vestidos y lamentaba no poder compartirlos con Félicité, demasiado delgada para su ropa. Por medio de sus reflejos se contaban cómo les había ido la semana, sus secretos, e inventaban historias plagadas de trampas de pan de jengibre y brujas espantosas con los dientes cariados.

Cómo empezó todo

Félicité deja atrás el pueblo en ruinas de Roquebillière, los esqueletos de las tiendas, la fotografía descolorida del niño, el fantasma de la niña, los núcleos dispersos de casas silenciosas y vacías, siempre en obras. A medida que sube, el paisaje se reduce a un quitamiedos, a la hojarasca de higueras y acebuches y a las montañas alrededor. El frío que se cuela por las rejillas de ventilación del automóvil se apodera de ella poco a poco.

Los socavones y los parches en el asfalto la sacuden en su asiento. Las higueras dejan paso a los abetos; las villas en construcción, a las casuchas abandonadas. El cielo también se ha oscurecido; las cumbres desaparecen en la niebla. El verano apenas llega hasta aquí.

En las proximidades del monte Bégo, todo se vuelve más hosco y brumoso: la luz, las aristas de las rocas, el aire enrarecido. Más cabañas. Más letreros. Solo quien conoce de verdad las Maravillas se aventura a subir hasta allí arriba, hasta ese espacio donde el camino penetra de repente en la sombra, por encima de los alerces, y atraviesa la inmensa alfombra de piedra y lagos.

El coche no puede subir más lejos: aquí comienza el territorio de los grabados, las liebres blancas y las gamuzas.

Ya lo verá cuando vaya allí, muchacho. Subir hacia las cimas de Niza es atravesar al otro lado del espejo, sumergir el cuerpo en la cara salvaje de la costa, lejos de su brillo, de su humedad y de sus ruidos.

Félicité apaga el motor. Cambia los zapatos de ciudad por unas botas de montaña, coge el ramo de flores, se guarda en el bolsillo el espejito ovalado y cierra la puerta del coche tras sacar del maletero su enorme mochila de senderismo —más grande incluso que la suya, imagínese, joven—, atiborrada de paquetes de pasta; por último, se ata a la cintura la cuerda que tira del carrito de ruedas, en el que no cabe una lata de conserva más.

Por el camino que serpentea entre los arbustos de espino emprende el ascenso a Bégoumas.

En unos minutos tiene el cuello perlado de sudor. La mochila pesa un quintal. La cuerda le rasga la piel de la cintura. Detrás, la caja de metal que lleva a rastras descarrila en los guijarros y vuelca.

Cuando era más joven, subía a Bégoumas en menos de una hora.

Pero ahora necesita varios descansos para remontar la montaña sin que le flaqueen las piernas y le fallen las rodillas.

Tantísimo esfuerzo, quizá, para no ver a su madre.

La pendiente se vuelve más pronunciada y le falta el aliento. Para luchar contra la creciente tentación de dar media vuelta, para no hacer caso de la punzada que le atraviesa el costado, fija la mirada en la cumbre del monte Bégo, más cerca a cada paso. Incluso cuando la violencia del sol hace dolorosa la contemplación de la cima, Félicité no aparta los ojos de ella. Se sumerge en ese otro mundo por el que durante seis mil años caminaron los pastores que precedieron a su padre.

A veces esquiva a un fantasma que está grabando un puñal, o un toro, en una roca de color de ancla oxidada. A propósito de los grabados, le dije más de una vez: «Félicité, debería avisar al museo de Tende… Allí les cuentan a los visitantes que esos grabados son sagrados, incluso místicos… Hay que explicarles que son anuncios del fabricante de armas y las ferias de ganado…». Pero Félicité no soportaba decepcionar a la gente.

Por fin, ve a lo lejos la majada donde creció. El aprisco domina, eterno, sobre el pueblo. Detrás, el viejo prado de las abigarradas flores de Agonie no es más que un campo de tallos negros. Incluso el banco que abrazaban con sus raíces está calcinado.

Bajando hacia al pueblo en ruinas, llama a su madre. Solo le responde su propio eco y el crujido de la grava bajo sus pies.

De repente, alguien sale de un callejón. En un abrir y cerrar de ojos, Félicité se ve arrinconada contra una puerta, con una ballesta apuntándole en el vientre.

Es Carmine.

Si no fuera por esa energía que la vuelve silenciosa y rápida, cualquiera diría que Carmine tiene el doble de la edad que confiesa. Con menos de setenta años, su piel se revela ya fofa y transparente por todas partes, como una gelatina cruda con vetas de color lavanda. En los ojos ya no tiene pestañas, ni en las muñecas fuerza para sostener el arma. Tiembla como un junco, minúscula y frágil, bajo un chaleco naranja con bandas reflectantes.

Su madre baja el arma y grita con voz de chivo:

—¡Qué susto me ha dado! La he confundido con la guardabosques. No le gusta que cace. Por lo visto está prohibido. Como si tuviera elección.

Félicité se alisa la ropa, se encasqueta el sombrero, suspira aliviada al descargar la mochila y desata la cuerda. Luego toma la frágil mano de Carmine con delicadeza:

—Solo soy yo. ¿Está mamá ahí?

La cazadora la observa. A Félicité le parece que su madre está a punto de hablar con ella, pero, bruscamente, Carmine retira la mano como para librarse de una trampa. Se pone en bandolera una bufanda tricolor sin dejar de farfullar. Su sonrisa se vuelve cálida, su voz más firme.

—Bienvenida, Félicité. Hacía mucho tiempo que no la veíamos por aquí. Su madre no puede recibirla en este momento. ¿Le he contado que me han reelegido por unanimidad? ¿No? Pues véngase conmigo a tomar una copa al Hydra y la pongo al día de las novedades. Ya verá, la dueña prepara unos cócteles cada vez menos malos.

La alcaldesa que ocupa el cuerpo de Carmine le estrecha la mano cortésmente. Tendrá que contentarse con eso.

Félicité la sigue entre las buganvillas secas que tiemblan bajo la brisa. Un herrerillo trina desde un tronco atravesado en un tejado. Detrás del escaparate de la panadería con fisuras en forma de estrellas, un cartel amarillento anuncia: ABIERTO CADA DOS JUEVES, DE 7:00 A 9:30.

Todo huele a humedad. Por las pocas paredes que todavía quedan en pie repta un moho verde, exudado por los cristales rotos. En dos o tres balcones se ven algunos tallos secos en macetas.

Félicité observa a Carmine, que camina delante de ella, antaño tan hermosa con sus rizos negros y su rostro en forma de corazón, y ahora una anciana demente. Desde que se replegó en lo más profundo de sí misma, solo queda su cuerpo menudo, agitado por demasiadas personalidades que lo habitan; y con él, su sombra. Una sombra deforme, desproporcionada, que proyecta en las aceras un número increíble de cabezas y brazos entremezclados.

La dispersión de su madre comenzó la noche del regreso de Félicité, después de su año de estudios con la teinóloga. Tenía dieciséis años. Agonie decidió irse. El pueblo se vació.

En los días siguientes, Carmine sentó sus reales en el pueblo desierto. Se hizo cargo de la panadería y horneó su pan; luego, como era necesario ganar lo suficiente para vivir, se lo vendió a sí misma; con el dinero del pan costeó la provisión del bar; aprobó leyes para regular la venta de alcohol y tabaco, y se eligió alcaldesa.

Con el tiempo, Carmine se convirtió en una ínfima parte de sí misma, una quincuagésima séptima, según el último cómputo. Cuando sube a Bégoumas, Félicité tiene una posibilidad entre casi sesenta de encontrarse con su madre. Carmine sigue siendo una habitante discreta de su cuerpo. Se borra ante las que aparecen por turnos, una tras otra, bajo sus rasgos: la afable alcaldesa, la policía recelosa, la panadera solícita y otras nuevas Carmines que no existían durante la

última visita —la basurera exhausta, la peluquera imaginativa, la música consumada—. A Félicité le parece que cada día que pasa, su madre se fragmenta, se multiplica y se le escapa un poco más.

En la plaza mayor, es decir, en torno a un cuadrado de hierbajos no más grande que esta mesa en la que estamos usted y yo, hay una cabina telefónica —nunca utilizada pero todavía en funcionamiento, Félicité se encarga de ello— y el Hydra, un bar-estanco que ya no recibe ningún cliente. Los taburetes están vacíos. Incluso los espectros se han largado.

Carmine pasa detrás del mostrador y exclama:

—¡Oh, la hija de Carmine! ¿Y qué le sirvo yo ahora? ¿Habrá probado mi nuevo cóctel?

La camarera pronuncia *coz-tél.* Paño al hombro, llena un vaso con una sustancia amarilla en la que chispean burbujitas y luego se sienta frente a Félicité.

—Lo he bautizado con el nombre de *obrero,* por el color. Dudé si llamarlo *girasol,* pero tu madre me dijo que no era nada gracioso y que no le gustaban los nombres de flores. A ver si adivinas qué lleva.

Félicité hace caso omiso del vaso, deposita el ramo de flores sobre la mesa y pregunta con cautela:

—Y ya que la mencionas, ¿cómo está mi madre? Le he traído flores de la calle Saleya. Y, de paso, comida. Y toallitas.

La camarera suspira. Su aliento le recuerda a Félicité el establo de su infancia. Bajo los párpados recorridos por flácidas venillas, unos ojos, en otro tiempo dorados, saltan en el rabillo, como si percibieran chasquidos fantasmas por todas partes.

—No irás a decírselo a la jefa, ¿eh?, que me siento aquí con los clientes. Tu madre… Hace tiempo que no la veo. Pero oigo lo que dicen de ella y por lo visto tu madre está cansada.

—¿Es decir?

—No sé los detalles. Te he dicho que oigo, no que escuche.

Durante la media hora transcurrida desde su llegada, Félicité ha visto desfilar a buena parte del pueblo, pero de su madre ni rastro. Ni se ha molestado en saludarla. ¡Ni un triste hola!

Félicité piensa en las dos horas de curvas que le esperan a la vuelta; en el sudor que le pega la ropa a la piel; en esa ascensión que le deja las rodillas doloridas, durante más tiempo cada vez —cuando el ascensor de casa hace de las suyas y hay que bajar a pie los cuatro pisos, tiene que pararse en medio de cada rellano para no caer; en una ocasión, no le quedó más remedio que bajar sobre las posaderas escalón a escalón. Las piernas no la sostenían—. Vuelve a sentir uno de esos reflujos de acidez en el estómago que sufre veinte veces al día,

en cuanto imagina a su anciana madre sola en este pueblucho abandonado del que, sin atender a razones, se niega a irse, obligando a Félicité a subir hasta aquí, a marchar y a volver a subir con las rodillas cada vez peor y la espalda encorvada para llevarle provisiones, lavarla, cambiarla y vuelta a empezar, sin recibir nunca una palabra, ni una sola palabra, de una madre a su hija.

Félicité no espera gratitud por lo que hace. Ni recompensa. Eso le importa un bledo. Ella solo quiere a su madre. Y esta mujer que la mira cortésmente sentada en su taburete hace mucho tiempo que no es su madre.

Y, justo en ese momento, observando a esa extraña que parlotea tras las facciones de Carmine, Félicité se da cuenta de que ya no puede más. Ya no tiene fuerzas. El viacrucis de la escalada, las discusiones absurdas… Sus maltrechas rodillas no soportan un ascenso más. Sobre todo, si al final del camino ya no está Carmine.

—Mamá, si quieres decirme algo, dímelo. Pero no uses la voz de la camarera para hablarme.

Los atormentados ojos de la anciana se inmovilizan.

—Me he acordado de ti, mira. Te he traído flores.

Su madre respira más agitada. Acaricia un pétalo amarillo. Félicité se ve sacudida por una oleada de piedad que tiene que rechazar con todas sus fuerzas.

Del interior de su chaqueta saca el espejito ovalado y lo coloca sobre la mesa entre las dos.

—Toma, cógelo. ¿Te acuerdas de las mañanas en que me teñías el pelo de rojo?

Carmine acerca los dedos temblorosos al marco de plata. Cuando está a punto de rozarlo, aparta la mano de repente, como si fuera a quemarse, y sacude la cabeza apretando los ojos.

Félicité también cierra los ojos un momento. Quiere volver a ver los dos rostros de ambas en el espejo, el pelo untado con el mismo emplasto verde, las peleas fingidas pintándose un borrón en la nariz la una a la otra. No este espejo vacío que ahora solo refleja el moho del techo.

—Ven, mamá, quiero enseñarte una cosa.

La toma de la mano, esta vez con más firmeza para que no pueda salir corriendo.

—Después te dejo en paz. Te lo prometo.

Coge el espejo con la otra mano, se levanta y saca a su madre del bar-estanco. La anciana duda, pero se deja llevar. Su mano permanece inerte en la de Félicité, que la aprieta con fuerza.

Una detrás de la otra, unidas por un brazo extendido y un brazo

inerte, con la tercera compañía de la sombra monstruosa que las sigue, suben hacia la majada. A medida que se acercan al edificio, el cuerpo de Carmine comienza a resistirse. Félicité no mira atrás. Avanza sin ceder a las amenazas, ni a los reproches, ni a los gemidos, ni al silencio.

Entrar en la casa, cuando fuera brilla un sol radiante, produce la misma impresión que deslizarse entre las paredes de una gruta. Helada, húmeda, oscura. A tientas, Félicité abre un ventanuco enmohecido; un rayo de luz baila en el interior, opaco, de partículas en suspensión.

Nada ha cambiado desde su última visita hace unos años. Salvo por las telarañas, todavía más tupidas, y el olor a cerrado. Por lo demás, todo sigue igual: la somera cocina con el hogar apagado; el colchón de paja en el altillo; el cardo clavado en la puerta trasera, la que da al establo donde no se oye un balido desde hace treinta años. Y, en medio de la pieza, una gran sábana grisácea.

La anciana, refugiada en un rincón, se tapa el rostro. Las cincuenta y siete personalidades que habitan en su interior saben lo que se esconde bajo la tela. Saben que Félicité va a desvelarlo y tienen miedo. Hace un montón de años que no lo han mirado de frente.

Félicité levanta la sábana y la deja caer al suelo. Detrás de la nube de polvo se alza, casi intacto, apenas agrietado, el retrato de Carmine en su caballete.

En su recuerdo, no se parecía nada a esto —es decir, casi nada, o no mucho—. Es un cuadro deforme, hinchado por miles de capas superpuestas que acabaron formando una escultura. Es como si una versión extraña de Carmine, más joven, más inhumana, hubiese pasado la cabeza a través de la tela y se hubiese fijado allí, una criatura decapitada colgando como un trofeo en la chimenea de una mansión.

En el caballete, el rostro —si se puede llamar rostro a aquel amasijo multicolor de chorretones, donde entre las fisuras se adivina una boca agrietada y entre los grumos los agujeros de las fosas nasales— parpadea como para despertarse. Solo los globos oculares, en el centro, son nítidos y brillantes. Vivos.

Giran a derecha e izquierda y se posan en la mujer que los ha pintado.

A Félicité le gustaría invitarla a acercarse, animarla a tocar el cuadro, incluso a retomar los pinceles, por qué no. Siempre la calmaba después de sus tempestuosos arrebatos. Pero no se atreve a elevar la voz. Algo está pasando entre la Carmine de carne y la Carmine de yeso.

Su madre ha bajado los brazos y camina hacia el retrato, que la sigue con la mirada. Expresiones fugaces agitan sus facciones. Con la yema del dedo índice marca el contorno de las ampollas sobre la nariz, la mandíbula hundida. Cuando su mirada se enfrenta a la de la escultura, Carmine parece a punto de despertarse a su vez. Luego, lentamente, levanta el rostro hacia Félicité.

Esboza una expresión que quiere decir: lo siento.

Lo siento, pero yo tampoco tengo fuerzas.

Da un paso atrás, el brazo cae a lo largo del cuerpo, el rostro es ahora inexpresivo. Su mirada huye a otra parte, muy dentro de sí misma.

Félicité corre hacia ella pero su madre la mira sin verla. Como a través de un fantasma, piensa Félicité, agarrándola por los hombros.

—Mamá, soy yo. Soy Félicité. ¿Estás ahí?

Se le quiebra la voz con las últimas palabras. Porque, obviamente, no, Carmine no está allí. Se culpa a sí misma por haber albergado esperanzas.

—Escúchame. Y, en caso de que haya otras personas, las que sean, escuchadme también. No pienso volver a subir a Bégoumas, ¿entendido? Nunca más, si me impedís hablar con mi madre o si ella se niega a salir. No vengo aquí por nadie más, y ella nunca está.

Los labios de Carmine se agitan temblorosos.

—Es por tu bien, mamá. Tú eres la única familia que me queda.

La anciana grita histérica, tapándose los oídos con las manos:

—¡Carmine está de guardia!

Se acabó. Si a Carmine le quedaba algo de cordura, Félicité ha conseguido que desvaríe del todo. De sobra sabe que no debe interferir con sus diferentes personalidades ni intentar dirigirse a una en concreto cuando Carmine elige mostrar otra cara. Su madre vive como una sonámbula que cambia de sueño y hay que cogerla sin despertarla cuando está en uno bueno.

Y, sobre todo, Félicité sabe muy bien que jamás debe, ni siquiera implícitamente, ni siquiera para señalar su ausencia, mencionar a su gemela. Pero, si Carmine ha desaparecido definitivamente en el abismo de su cuerpo atormentado, si Félicité ya no tiene madre, solo le queda su hermana —si es que no está muerta—. El recuerdo de Agonie y la realidad de su desaparición se le imponen de repente.

Demasiado tarde. La crisis adquiere proporciones incontrolables. Carmine grita, se lamenta, gime, con los ojos dirigidos a un punto invisible, clavados en él, imposible escapar, todo su cuerpo se sacude y tambalea, profiere sus delirios incoherentes:

—*nadie nadie me habla nadie me escucha querría no no puedes*

hablarnos costaría caro no lo entenderían cállate no debemos hablar no hablar cállate te hemos dicho guárdatelo para ti para nosotros esa hermana no pinta nada aquí nada de nada eso no debe salir de aquí eso es cosa tuya nuestra de nadie más de nadie más es cosa nuestra cállate cállate—

y Félicité no sabe cómo reaccionar, se siente triste e indefensa, o eso cree, porque no está acostumbrada a esos sentimientos, así que se levanta con cuidado, le pone una mano en el hombro y le promete, en medio de aquellos desvaríos, que volverá si su madre la llama, que solo tiene que dejarle un mensaje en el contestador, que subirá el día y a la hora en que su madre, y solo su madre, pueda recibirla. Ninguna otra.

Deja atrás los gritos y, encima de la mesa de madera, el espejo con marco de plata. Su óvalo solo refleja las vigas del techo entre tinieblas.

Félicité abandona la majada a toda prisa. Se engancha los pies en las malas hierbas plantadas por Carmine hace casi medio siglo para poner freno a la invasión de las flores de Agonie. Zarcillos de tallos secos se le enrollan en torno a los tobillos. Forcejea para liberarse y grita palabrotas que asustan a los pájaros.

Mientras baja la montaña sin mirar atrás, perseguida por la fría sombra del monte Bégo, Félicité echa cuentas y llega a la conclusión de que hace más de diez años que su madre no le dirige la palabra.

Si quiere saber mi opinión, joven, habían transcurrido muchos más, porque, al final, Félicité ya no tenía una noción clara del paso del tiempo. Y debo añadir que, cuando me mostró la foto ajada y descolorida de su madre todavía joven, su mirada me pareció ya febril bajo los rizos negros, como incendiada por una especie de exaltación.

Pero no soy yo el indicado para hablar de eso.

Quizá vi la locura que quería ver, influido por todo lo que me había contado Félicité.

Plañidera

Esa noche, Félicité a duras penas reúne fuerzas para preparar el té especial de la Couillole. Se deja caer elegantemente en el sofá mientras Angèle-Victoire, que no ha probado una gota desde la mañana para anclarse a la realidad, le cuenta los falsos acontecimientos de su jornada —siempre los mismos, los que le quedan de su vida: sus sobrinos, que pintan iglesias y plantan palmeras; las tardes en el bosque de Valdeblore, de las que vuelven con las mejillas arreboladas y las bolsas llenas de castañas; la aterradora dama de Rocabiera, como la bautizó su sobrina; sus hermanas monjas, a las que casi envidia cuando su viejo marido se desnuda—.

Félicité ni siquiera finge interesarse. Hace mucho tiempo que no escucha la retahíla de quejas de los fantasmas encerrados en una vida que no existe. Salvo por trabajo, por supuesto. Ella solo escucha si le pagan. En su letrero debería poner «SOY TODA OÍDOS SI ME LLENAN LOS BOLSILLOS», un eslogan que le iría de perlas. A lo mejor, si le pagasen para que subiera a ver a su madre, le incomodaría menos, ¿no? Puede que con un cheque se vea capaz de actuar decentemente. Esto es lo que eres ahora, Félicité, se dice a sí misma, una mujer que abandona a su madre senil, por unas molestias en la espalda, mientras que por tus clientes, faltaría más, te desplazas sin hacer preguntas. ¿Estás a gusto aquí, en tu pisito, en tu sofacito, con tus preciosas teteritas, mientras allá arriba una anciana lucha sola contra sí misma, con el dolor añadido de haber oído a su hija prometerle que no volvería? Por supuesto que volverás allí. Mañana a primera hora. Irás a pedirle perdón. A ver si así puede olvidar los horrores que le escupiste a la cara.

eso no debe salir de aquí eso es cosa tuya de nadie más

La letanía sobrevuela como una gaviota sobre su memoria. El recuerdo de aquellos gritos la acompañó todo el camino de vuelta, en los atascos del paseo marítimo, entre las callejuelas del casco viejo de Niza e incluso en el sofá en el que descansa.

Había algo extraño en aquella voz, que no era la de su madre, ni la de la camarera ni la de ninguna otra de las que habitan el cuerpo de Carmine que Félicité conozca, sino otra distinta. Una voz tiránica que

reunía en ella más de cincuenta personalidades, intimando a Carmine para que se callara.

no hay que hablar de eso no debe salir de aquí no lo entenderían

—Por eso mi sorpresa fue mayúscula —sigue con su perorata la condesa— cuando vino Joseph. Oh, querida, el artilugio ese ha estado parpadeando todo el rato. El caso es que Joseph vino a verme…

—¿Cómo? ¿Qué acaba de decir?

En medio de la logorrea de la condesa, Félicité pesca al vuelo una frase. La interrumpe, Angèle-Victoire porfía, empeñada en contar sus falsos recuerdos, su vida que ya no existe le parece mucho más emocionante y viva mientras el té aún no ha hecho efecto, pero acaba cediendo:

—Ese cachivache, la máquina que canta en el recibidor. Parpadea en rojo.

Félicité corre hacia el teléfono.

Tiene – un – mensaje – nuevo

Hoy – a las – 15 horas – y – 57 minutos

Félicité estaba en el coche a esa hora, de camino a casa.

BIP

Lo que sale del altavoz es un alboroto muy confuso. Ruidos estrangulados, golpes contra el micrófono. Un grito ahogado. Estrépito de cristales rotos, palabras jadeadas a toda velocidad:

—Soy yo, he conseguido escapar… He cogido los pinceles de nuevo. Las carceleras no querían, me arrancaron la pintura… He conseguido salir. Soy yo, ¿vale? Tienes que escucharme. Tengo muy poco tiempo para decirlo. Soy yo…

La frase es interrumpida por un grito.

Gemido. Respiración ronca.

Silencio.

Silencio prolongado, solo se aprecia el chirrido de la cinta.

BIP

Fin del nuevo mensaje

Para borrar – pulse 1 – Para guardar – pulse 2 – Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –

La segunda vez que lo escucha el mensaje no ha cambiado. Ni la tercera, ni la vigésima, ni la trigésima octava. Sin embargo, Félicité vuelve a rebobinar la cinta. Compulsivamente al principio, aguzando el oído. Luego tira del cable del teléfono para ponerlo en el suelo. Se sienta con el aparato en el parqué y continúa, maquinalmente, pulsando la tecla 3.

Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –

Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –
Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –

Félicité lo hace todo mejor y más rápido que los demás.

Todas esas cosas, que probablemente usted y yo conocemos bien, el shock y la negación, el terror, la angustia… Por todas esas fases debería pasar Félicité. Pero ella lo sabe *ipso facto.* No necesita ni cinco ni doce etapas para saber inmediatamente, sin andarse con circunloquios ni subterfugios, la verdad pura y dura.

Su madre acaba de morir. La muerte, que, dicho sea de paso, con su proverbial mala educación, la interrumpió.

Podría tratar de convencerse de que Carmine aún puede salvarse, pero Félicité no cree en las mentiras. Ella siente la verdad. La conoce como su propio reflejo. Su madre está muerta.

El mensaje telefónico que escucha una y otra vez imprime la verdad en sus tímpanos. Esa verdad de la que Félicité ni puede ni quiere escapar.

Carmine ha muerto. Ha muerto porque su hija se fue.

En la mesa del salón, el té de Félicité se ha enfriado en su taza. Angèle-Victoire se ha bebido el suyo por fin.

La luna está alta sobre el mar cuando la condesa, lentamente, se une a la pasadora de fantasmas sentada en el suelo del recibidor.

—El día que falleció mi madre, que en paz descanse, no lloré. Tenía once años.

En el regazo de Félicité, el contestador emite por enésima vez el chisporroteo estático que sigue al final del mensaje.

—Tampoco los días siguientes. Aprendí que mis hermanos tenían la prohibición de llorar, y yo el deber. Mi padre montó en cólera. Y no volví a llorar jamás.

Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –

La condesa espera a que pasen los gritos de Carmine y se callen de nuevo para continuar:

—Para el entierro, mi padre contrató plañideras. Escondí mi rostro bajo un velo negro, temerosa de que la gente viese mis mejillas secas… Las plañideras caminaban detrás de mí en el cortejo. Sus extraños lamentos resonaron durante mucho tiempo entre las tumbas y todavía más en mi mente cuando pensaba en mi madre.

Las manos enguantadas de la condesa alisan los pliegues del vestido, mientras añade en voz baja:

—Si lo desea, querida, puedo ser su plañidera.

Félicité no contesta. Se deja estar con los ojos perdidos en el vacío. Pero, cuando el largo chisporroteo del mensaje de voz termina con un

nuevo pitido, no vuelve a ponerlo en marcha.

Entonces, Angèle-Victoire, con los brazos colgando sobre el tafetán de su vestido, baja ligeramente la cabeza. Los hombros se vencen.

Una lágrima fantasmal cae en silencio y se desliza por su jubón. Otra se une a la primera, dejando en el tejido una mácula de color púrpura.

Abajo, en la calle, un grupo de gentes que no saben que Carmine ha muerto, ni siquiera que haya vivido, pide una botella de vino rosado en la terraza. El camarero dice algo que los hace reír.

A la condesa se le escapa un sollozo; se tapa la boca con la mano para ahogarlo. La nariz moja la seda del guante y no se molesta en limpiarla. Entre los labios deja escapar un largo y ahogado gemido que llena el pasillo.

Mañana, se repite Félicité.

Mañana por la mañana volveré a subir a las ruinas, caminaré entre las piedras, sin fatiga ni reproches, sin hacer caso a mis huesos. Será martes de nuevo, así que subiré como si me remontase a su recuerdo, sin llevar conmigo este pasillo, esta noche diluida en llantos de fantasma. Esos los dejaré aquí, en los desaguaderos del mercado, lo que hará las delicias de las gaviotas. Compraré un ramo, uno de verdad, uno negro y fuego que se le parezca, y se lo entregaré a mi madre. No tendré que decir nada. Ella me hablará y será suficiente.

Mañana.

Mañana volveré a ver a mi madre.

Mucho más tarde, en el silencio que ha vuelto, Angèle-Victoire decide incorporarse. Pasa una mano a través del hombro de Félicité y se aleja con lágrimas en los ojos.

Para volver a escuchar el mensaje – pulse 3 –

El reino de las mentiras

Félicité solía decirme: «La gente me rehúye porque huelen la muerte pegada a mis talones».

Puede ser. No digo que no. Pero creo que lo que les daba miedo, sobre todo, era su verdad. Félicité no podía proferir una falsedad ni creer en una mentira. Era incapaz. Todo lo que hacía era real. Hasta los tés especiales sacaban la verdad a la luz mucho mejor cuando ella los preparaba.

Entonces, me dirá usted con razón, la única persona a la que mentía muy bien era a sí misma. Había acabado por creer a pies juntillas en sus propias imposturas; tanto es así que ya ni siquiera mentía repitiéndoselas.

Pero, aparte de este pequeño reino de mentiras, Félicité conocía y ansiaba la verdad. ¿Por qué cree que buscó con tanto ahínco el fantasma de su madre durante los meses siguientes? Aparte del complejo de culpa por haberla matado más o menos, quiero decir. Porque Carmine resultó ser un pozo sin fondo de trapacerías y Félicité se había dejado engañar. Sin sospecharlo, había vivido casi medio siglo con la mayor embustera de toda la Provenza.

Y, por último, ¿por qué cree que me presté a escucharle esta historia tres tardes a la semana durante dos años? Pues porque ella me había prometido explicarme el abandono de Bégoumas. Y nunca dudé de que lo haría.

Vale, lo reconozco, también porque me gustaba su empaque de emperatriz. Y porque sus tés especiales me encantaban.

Por cierto, muchacho, ¿cuál era el suyo? ¿Lago de Fenestre? Excelente elección, amigo mío. ¿Pido que le preparen otra tetera? ¡Qué dice! No es ninguna molestia. Es un auténtico placer.

De todas formas, caen chuzos de punta. Como sigamos así, vamos a tener que salir en góndola.

Y, además, fíjese, nos han encendido la chimenea. Al amor de la lumbre y con una tetera recién servida en la mesa… ¡Los mismísimos príncipes de Mónaco se morirían de envidia! Espero que me escuche bien, porque entre el crepitar de los troncos y los chaparrones… Si no es así, me lo dice y hablo más alto.

En fin, ¿por dónde íbamos? Sí. Félicité y su verdad. Ese era el quid

de la cuestión. De lo contrario, ¿por qué iba a avisar a su hermana, la noche en que murió su madre, después de treinta años de un frío entre ellas más gélido que los inviernos de La Turbie?

El mensaje en la taza

Félicité se levanta a medianoche. Deja el teléfono en el mueble del recibidor, se sacude el polvo de los pantalones y se dirige a la cocina.

Tiene que ojear a un nuevo fantasma.

Con las manos extendidas rebusca en la alacena del té, detrás de las docenas de cajas forradas con papel japonés de adornos plateados. Las aparta apilándolas a los lados y, en el fondo, encuentra lo que no buscó desde que cumplió diecisiete años: un tarro de latón con cardenillo, sin etiqueta. El olor acre de un té infusionado muchas veces le pica la nariz.

Dos pizcas de hojas y un litro de agua caliente más tarde, Félicité espera, de pie apoyada en la encimera de la cocina, a que el viejo té se infusione de nuevo. Tendrá que beberlo y será repugnante. Bueno, en peores plazas hemos toreado.

Se lo bebe de un trago, haciendo de tripas corazón para no escupirlo. Un escalofrío de asco la recorre de arriba abajo.

En el fondo de la taza yacen empapadas las hojas negras. Con la punta de una cucharilla las va moviendo y colocando hasta que en la porcelana blanca se lee:

MAMÁ HA MUERTO

Félicité se ducha. Se lava los dientes durante tres minutos. Dobla cada una de las prendas antes de dejarlas en el cesto de la ropa. Se desliza entre las sábanas planchadas.

A punto de quedarse dormida, la mano se dirige involuntariamente hacia la mesilla de noche. No encuentra el espejo con marco de plata.

Al día siguiente, Félicité se despierta a las siete de la mañana. Se ducha, se lava los dientes durante los tres minutos de rigor, se enfunda en un traje gris y se dispone a prepararse el té de la mañana.

Al ver los restos de la noche anterior —el tarro de latón oxidado, la taza, el viejo té—, se detiene un momento en el umbral de la cocina e inmediatamente comienza a ordenar. Pero, cuando se dispone a devolver al recipiente del té las hojas todavía húmedas, algo llama su atención. El té, en el fondo de la taza, ya no dice que mamá ha muerto.

Las hojas se han movido. Félicité tiene que aferrarse a la encimera.

BOI

La casa de la bruja

Para llegar a la casa de la bruja, tendrá usted que salir de Niza, esta vez en dirección a Italia. Conduzca hacia Menton, cruce la frontera y salga de la autopista. Tome los senderos que ascienden a las colinas.

Cruce los sucesivos suburbios, los polígonos industriales, las vías del tren, los lugares ni habitados ni desiertos donde conviven los vertederos con las casas encaladas, los cámpines, los viaductos, los vendedores de fuentes y esculturas funerarias en el arcén, los pinos que se transforman en abetos, los caminos en pistas, las colinas en montañas.

Salude al pasar —lo cortés no quita lo valiente— a los pastores desdentados que lo miran como si nunca hubieran visto un automóvil —y probablemente sea así—.

Aléjese de los ruidos del mundo. Alcance el silencio y ¡equilicuá! Ha llegado.

Los pastos de montaña se detienen abruptamente ante los primeros árboles, muy negros y muy altos, que se alzan como un muro. Bajo sus agujas, entre los apretados troncos, se adentra un camino tragado por la oscuridad. Ahí es adonde va.

El monte Bégo es sombrío; este es lúgubre. A esta parte del macizo no han querido darle un nombre —al menos en los mapas—. Las gentes que viven a su alrededor lo llaman *il monte della Strega.*

No se preocupe si siente escalofríos y temblores, es lo normal. Todos los viajeros que emprenden este camino tiemblan un poco. Tal vez se deba a la humedad. O a la niebla, cuyos jirones se despliegan sobre el suelo. O quizá se deba a las tinieblas opacas que de repente rodean al caminante, que ve cómo, a su espalda, el lindero del bosque ha desaparecido.

Respire tranquilo: el camino desemboca enseguida en un claro.

Un rayo de sol ilumina un arroyo, un molino de agua y una casita. En la madera del techo y los balcones hay frutas y conejos tallados. Corazoncitos calados adornan las contras. En las paredes de la casa se ven personajes con tirantes y sombreros paralizados en extrañas poses.

Un cuadro encantador, ¿no?

Lo sería, sin duda alguna, si no se cayese a trozos. La hierba en torno a la casa está muerta. El entramado de madera, muy agrietado.

En la pintura descascarillada de las paredes, si se fija bien, las sonrisas congeladas parecen muecas. Además, no se oye nada. Ni brisa ni gorjeos; ningún ruido excepto el de las gotas en el musgo.

Acabamos de poner los pies en los dominios de la bruja.

La bruja se llama Egonia. Vive aquí desde hace tanto tiempo que se ha olvidado de la existencia de otros lugares. El mundo para ella es solo un bosque infinito que ha teñido con sus líquenes y helechos los harapos que viste. No se descarta que ella misma los haya teñido a propósito. Ya no se acuerda. Sea como fuere, es práctico para cazar ratones de campo. Basta con esperar en cuclillas en un rincón oscuro. En menos de tres minutos llega una presa. Y, en un abrir y cerrar de ojos, ¡zas!, manotazo en el pescuezo del animal, que huele de maravilla al asarlo en el fuego. Egonia no sabe lo que es el gusto. Todo lo que toca su lengua se pudre al momento y desciende ya en descomposición por su garganta. Le quedan los olores y gracias.

Los últimos rayos de la tarde atraviesan las persianas desportilladas, iluminando el polvo sobre la mesa. Hay sangre seca en las escudillas. Basura por todas partes.

Un solo objeto brilla intacto en medio del caos; parece una paloma dormida. Es una taza de porcelana.

Al anochecer, Egonia deposita en la taza una pizca de hojas negras y vierte sobre ellas agua hirviendo. Se moja los labios. Quema un poco. Tenía sed. La infusión la reconforta a medida que se desliza por la garganta y la barbilla.

Cuando posa la taza en la mesa observa que aquel montón de hierbas humedecidas ha adquirido una forma anormal. La acerca al fuego. A la luz de las llamas descifra, sílaba a sílaba, el mensaje que dibuja el té en el fondo de la taza:

MAMÁ HA MUERTO

Mamá.

Casi había logrado, a fuerza de olvidar todo lo demás, eliminar también esa palabra. Ahora el rostro de espantajo de su madre irrumpe en sus recuerdos. Incluso cerrando los ojos la ve, más patente que si acabase de pasar ante su ventana.

Mamá. Sin más explicaciones. Nadie mejor que una hermana para decir la palabra como una evidencia. En fin, si se le puede llamar hermana a alguien que te pone un bozal, te abandona, te traiciona y luego te ignora durante treinta años.

Muerta.

Respira y de repente los aromas a su alrededor parecen más vivos.

La luz que viene de fuera, menos fría. El aire, más cálido. Si supiera cómo expresarlo, diría: «¡Qué alivio!». Pero Egonia no sabe hacerlo. Ha olvidado muchas palabras. O nunca las ha aprendido. El caso es que respira mejor, eso es todo. Y ya es bastante.

Pero, cuando al minuto siguiente sus muñecas pierden fuerza, cuando tiene que posar la taza, que ha comenzado a oscilar entre sus dedos, esta vez no le hace falta emitir ninguna palabra. Sabe lo que le pasa. Porque esas palabras, esas preguntas que le hacen temblar las manos, las tiene pegadas al paladar desde hace treinta años.

¿Por qué ese nombre que lleva implícita la muerte?

¿Por qué tanto amor para Félicité y tanto odio hacia mí?

¿Por qué?

Su madre le parecía eterna. Egonia creía que tendría mucho más tiempo para preguntarle lo que, pese a la distancia, los árboles que la ocultan, el bosque que la rodea y la casa donde se esconde, jamás la ha abandonado.

Deja escapar un gemido. Su voz graja como el crascitar de un cuervo. Hace treinta años que no la utiliza.

Reorganiza las hojas en el fondo de la taza para responder al mensaje y, acto seguido, se va. Tiene la vaga impresión de que ha olvidado algo; luego recuerda que no posee nada que llevarse.

Fuera, en la fachada decrépita, la lechera, los niños que juegan y los hombres con mono de trabajo y cerveza en mano, inmóviles bajo el rielar gris de la luna, se agitan por primera vez. Los bebedores parpadean, guiñan los ojos. La pelota infantil, suspendida en el aire, cae y rebota. Alguien tira una botella al desperezarse. Todos se miran, pasmados, y siguen con la mirada a Egonia, que se detiene en el umbral.

A la bruja le hormiguean los dedos. Los pliega y los despliega. Las articulaciones crujen. Es como despertar de una larga siesta.

La lechera pintada recoge a los pequeñuelos, los hombres se ajustan los tirantes y ese mundo de imágenes se apretuja en la esquina de la casa para ver marchar a la bruja. En la fachada desnuda, tras ellos, solo quedan las cervezas a medio beber, un charco de leche y una pelota abandonada. Se han despertado para decirle adiós a Egonia, su bruja muda, que regresa esa noche al pueblo de su infancia, al otro lado de las montañas, para obtener respuestas a las preguntas que nunca ha hecho.

La porcelana y el bozal

No sabría decirle lo que se siente al encontrar a alguien a quien has amado y perdido. Supongo que lo que más se aproxima es lo que me ocurrió después del accidente de mi hijo, cuando perdí la esclava que me había regalado. Veinticinco veces me personé en la oficina de objetos perdidos preguntando por la pulsera. Veinticinco veces me dijeron: «No, señor, se lo juro, señor, no tenemos ninguna esclava, se le habrá caído en una alcantarilla».

Día tras día, los ojos se me iban a la estúpida marca de bronceado alrededor de la muñeca y se me hacía un nudo en la garganta.

Luego, una mañana, al cabo de dos años, casi por costumbre, los llamé por teléfono. Y de repente: ¡eureka!, pulsera encontrada. Todo aquel tiempo había estado allí, al otro lado de la ventanilla. La habían guardado en el cajón equivocado y hasta entonces a nadie se le había ocurrido la idea de buscar en el cajón de al lado.

Hay gente así, y uno duda si besar el suelo que pisan o romperles la cara.

Félicité ha vuelto a coger el Panther y remonta el Vésubie sin levantar el pie del acelerador.

Su hermana va a venir. Primero se preguntó si era ella —sí, qué tontería, nadie más puede utilizar el té de las Gravières—. Las preguntas se agolpan en su cabeza: ¿su hermana seguirá siendo tan guapa, con aquellos rizos y aquellos ojos dorados que heredó de Carmine?, ¿o habrá envejecido mal?; ¿con la edad se parecerán como verdaderas gemelas? Su hermana viene y, puesto que está vivita y coleando, habrá que preguntarle por qué, entre las cosas para las que encontró tiempo mientras vivía, consideró secundario señalar, por ejemplo, que no estaba muerta.

Félicité pisa con saña el acelerador.

Al pasar ante el fantasma de la niña en el arcén, en esta ocasión, le viene a la memoria un recuerdo distinto. Es la imagen de Agonie la que surge ese miércoles en el camino que lleva a las Maravillas.

Agonie, a la que todavía llamaba con un nombre más cariñoso, aquel con el que su madre fue dejando de llamarla poco a poco.

Tienen doce años.

Nanie, con una sonrisa desdentada detrás de su bozal, trepa hasta la ventana de la panadería como un insecto por una pared. Sonríe más cuando Carmine se va de viaje.

Félicité entra por la puerta que tintinea y saluda al Sr. Pietro, quien, como es lógico, no parece muy contento de verla. A nadie en el pueblo le gusta tratar con las dos chiquillas del pastor. Una porque repta y traquetea en las sombras cubierta de hollín, la otra porque habla con los muertos y dice verdades que nadie tiene ganas de oír. Pero el panadero disimula su aversión incluso menos que los demás. Así que las gemelas se ceban con él.

Félicité le pregunta, muy cortésmente, si recuerda la ocasión en que su hermana explotó allí mismo, en la panadería, y cómo tuvo que cerrar la tienda durante un mes entero para reparar los daños. La expresión demudada del hombre, en un rostro casi más blanco que la pintura todavía fresca de las paredes, responde por él.

Félicité suele vacilarlo así, a ráfagas, soltando verdades como puños, con sabor a fruta madura en la lengua: su calvicie, que disimula mal con la ensaimada que le rodea la cabeza; su pan, que se compra en el pueblo más por defecto que por elección; su hija, que se parece asombrosamente a su sobrina; su esposa, que en opinión de todo el mundo es demasiado guapa para él…

Un estrépito de cristales rotos interrumpe su retahíla.

Detrás del panadero, en cuclillas bajo las molduras como una enorme araña, Nanie hunde un brazo hasta el codo en una bombonera y se cuelga del cuello varios collares de caramelo.

Para cuando el panadero reacciona, la niña ya ha huido por la ventana. Félicité, haciendo gala de su exquisita educación, le da los buenos días y se va sin prisa, dejando tras ella el furioso repiqueteo de la puerta para unirse a su hermana en el lindero del bosque, pueblo arriba.

La primogénita se adentra entre los árboles, pasa el tronco tumbado, avanza hasta el tocón hendido y bordea una roca. Justo detrás, su hermana la espera con el botín.

Allí, la más pequeña puede quitarse el bozal sin miedo. Las gemelas han elegido ese rincón del bosque para establecer su cuartel general. Cada vez que su madre se va, pasan las tardes en ese valle en miniatura que solo les pertenece a ellas. Las mariposas de Agonie han destruido todo lo que era susceptible de serlo. Parece la guarida de un dragón, un vasto nido de huesos, madera muerta y musgo blancuzco, decorado únicamente con las flores gigantescas que crecen bajo los escupitajos de la pequeña. También con algunos libros que Félicité se

lleva en secreto de la escuela para enseñar a leer a su hermana. A modo de protección, las hermanas han colgado en torno a su círculo, sobre los troncos secos de los alerces, cráneos de pájaros pintados y grandes mariposas clavadas.

Cuando Nanie ve llegar a su hermana, señala el montón de chucherías con un amplio gesto, como para revelar el alcance de su tesoro. Sentada en la bombonera dada vuelta, con un cigarrillo de chocolate entre las encías, parece una niña pirata.

La carne, las frutas, el pan, todo se enmohece y se pudre bajo la saliva de Nanie. Todo excepto los caramelos. Félicité cree que es por los colores que les ponen.

—Mira, he cogido un montón de collares…

Nanie le muestra un montículo de cuentas de colores pastel. Los collares son las golosinas que más les gustan porque cumplen una doble función: caramelos y joyas. Dos tesoros en uno. Para no pelearse por ellos, se los rifan jugando a las cartas.

La mayor reparte los naipes mientras la pequeña finge fumar su cigarrillo de chocolate. Luego, sentadas frente a frente en medio del nido, se miran por encima de las manos. Nanie, bruscamente, recita algo así como «la que gane es la verdadera reina del monte Bégo para siempre jamás» y sin previo aviso coloca la primera carta sobre el tocón entre las dos.

Félicité baja las suyas y protesta: la otra vez ganó la partida que hacía ganar todas las partidas anteriores y posteriores hasta el fin del mundo. Ella es la verdadera reina del monte Bégo.

—Sí, pero, esta vez, la que gane habrá ganado verdaderamente todas las partidas del universo entero y será verdaderamente la verdadera reina de todo el valle de las Maravillas para siempre jamás.

Félicité reanuda el juego e imita la pose de su hermana: ojos entrecerrados, sonrisa depredadora en la comisura de los labios. Enseñan las cartas. Prorrumpen en gritos. Los collares se reparten al final de cada mano.

Félicité los gana todos.

Una hora más tarde, apoyadas en hojas anchas como cojines, abren el brillante celofán de los envoltorios. Egonia, como de costumbre, acusa a Félicité de haber hecho trampas, solo por principios. Y le pide que le deje al menos las cuentas azules.

Félicité le roba su cigarrillo falso para fingir a su vez que fuma.

—Sabes que todas las cuentas tienen el mismo sabor, ¿verdad?

—De eso nada. Las azules son mejores. Son de frambuesa.

—Tonterías. Y, además, ¿cómo vas a saberlo, si las guardas sin comértelas?

—¡Y a ti qué te importa! Un día tendré muchas cuentas azules, muchas muchas muchas, tantas que podré hacerme collares y me cubrirán de arriba abajo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué harás con ellos?

La pequeña recupera su cigarrillo y se acuesta bocarriba. Félicité la imita. Mirando las copas secas de los árboles mecerse bajo la brisa, Nanie responde:

—Subiré a lo más alto del monte Bégo y me volveré invisible. Me confundirán con el cielo. La gente se preguntará por qué hay un trozo de cielo que se mueve, pero no me dirán nada. Tampoco me harán nada, porque nadie se mete nunca con el cielo. Y es él quien decide sobre quién caen las tormentas.

Félicité la coge de la mano y, tras una larga pausa, añade:

—Para eso tendrías que empezar por ganarme a las cartas.

Cuando Carmine se iba de viaje, vivían allí, sin control, libres de ir y venir por la montaña. A Félicité le gustaban a medias esos períodos. La casa de la majada le parecía siniestra sin el calor de su madre. Añoraba que Carmine le leyese cuentos y le acariciase la frente. Pero veía a su hermana sonreír mucho más que de costumbre y no protestaba.

Nanie, es cierto, respiraba mejor. Podía dormir en el colchón con su gemela en lugar de hacerlo en el suelo delante del hogar, y entrar por la puerta en vez de hacerlo por la chimenea. Durante unos días, incluso, no estaba cubierta de hollín. Y Félicité, antes de irse a dormir, le leía cuentos y le acariciaba la frente.

A medida que se acercaba el regreso de Carmine, el silencio crecía entre ellas. Su madre pronto regresaría con maletas llenas de exquisiteces de un sabor y una abundancia inauditos. No había granadas ni pomelos en la montaña, pero Carmine traía docenas y docenas y no se zocateaban jamás.

Siempre y cuando la pequeña se mantuviera alejada de la fruta.

Su madre se refería así a Agonie, la pequeña, por haber nacido en segundo lugar. Al principio había intentado encontrar razones para querer a aquella hija de más, a aquella excrecencia, pero la mera presencia de la pequeña desencadenaba en Carmine una cólera que la desbordaba, unos accesos de ira cada vez más incontrolables. Nanie se había convertido en Agonie y, luego, en la pequeña. Las tormentas catastróficas que se desencadenaban contra ella fueron borrando sus nombres sucesivos; al final no quedó ninguno. A los cinco o seis años, Carmine ya no la llamaba por ningún nombre. Ya no la veía; su mirada la atravesaba como el cuerpo de un fantasma, invisible a los ojos de su propia madre.

De modo que la niña se contentaba con recoger las cáscaras de los pomelos y rasparlas con su único diente. Si le daban fruta fresca, se llenaba de gusanos antes de que pudiese probarla. No iban a desperdiciar productos que eran pura ambrosía, traídos de tan lejos.

La última oveja del rebaño, antes de morir, la había amamantado hasta que cumplió los siete años.

Siete años.

A principios de invierno, Carmine se trajo de uno de sus viajes, entre los lichis y los mangos, un juego de té en miniatura. La porcelana brilla contra el terciopelo de la caja.

Tan pronto como su madre se ausenta de nuevo, las dos hermanas preparan una mezcla a base de malas hierbas y juegan a servirla como el té del zar. Félicité sale de la majada, coge algunos dientes de león, se inclina para llenar la tetera en el lavadero y vuelve a casa agarrándola con fuerza para que no se le caiga. De vuelta en la cocina, bajo la atenta mirada del fantasma de su padre, machaca los tallos en el mortero antes de mezclarlos en el agua.

Agonie la sigue a todas partes como un perrillo faldero. Manos a la espalda, punto en boca. Carmine no necesitó decir nada al respecto, porque no hacía falta. Ambas hermanas saben que el precioso servicio de té pertenece a la primogénita.

—Ten cuidado —le repite Félicité adoptando un tono maternal—. No te acerques. Da otro paso atrás. Vale. Ya sabes que, si rompes algo, yo no podría mentir. Y si mamá se entera de que has tocado mis cosas te va a regañar. No quiero que te regañe, ¿vale? Y no quiero ponerla triste. Es mejor para todos que solo toques con los ojos.

Todavía no han construido su refugio en el bosque, de modo que juegan en la majada. Agonie mira ávidamente a su hermana, con esa mirada desorbitada que le devora la mitad de la cara.

—Ya está: una taza para Nanie, una para papá, una para mí. Papá dice que él tampoco puede beber el té, pero que no importa porque ya lo bebo yo por vosotros dos. Es casi lo mismo, ¿ves?

Y finge saborear por los tres la mezcla verduzca.

El problema es que Agonie no se contenta solo con mirar. A veces tiene tantas ganas de jugar con el servicio de té en miniatura que se tapa la boca con las manos, las lágrimas le enrojecen los ojos y de su garganta escapan sollozos de rabia. Félicité, en esos momentos, la rodea con los brazos y susurra mientras su hermana ahoga hipidos furiosos.

—Cálmate —le dice también el fantasma del padre a su hija, que no lo oye—, es solo para divertirse. Félicité, recógelo todo. Nanie está a punto de explotar.

Pero Félicité solo tiene siete años y no ve por qué va a dejar de jugar a ese juego que tanto le gusta. Bastante hace con evitar los prontos de mamá cuando está en casa, ayudando a Nanie a pasar inadvertida, y, ahora que mamá se va, ¿también tiene que fastidiarse y recoger por culpa de las rabietas de su hermana?

De vez en cuando Félicité solo quiere tener siete años y jugar a tomar el té.

Entonces se levanta, pone los brazos en jarras y ordena con una voz que espera que sea impresionante:

—Nanie, saca las manos de la boca. Respira. Muy bien. ¿Estás mejor? Nada de explotar, tienes que aguantarte, ¿me oyes?

La mayoría de las veces su hermana se contenta con llorar y temblar.

Pero en otras ocasiones vuelve en secreto a la caja del juguete y se imagina acariciando con la yema de los dedos la finísima porcelana, la delicadeza de las asas, el filete dorado de los platillos. Félicité lo sabe porque, después de esas incursiones, las tazas nunca están ordenadas como es debido. Podría enfadarse con ella, pero ¿para qué? Félicité reconoce ya, con una lucidez impropia de su edad, la amargura y la impaciencia que Carmine le lega a su hermana. Y la primogénita intenta, con lo poco que se posee a los siete años, darle alguna otra cosa.

Un día, mientras Félicité juega con su servicio de té en miniatura, Agonie no puede reprimir la violenta angustia que arde en su interior. Cuando su madre regresa, las huellas de la explosión siguen presentes en la casa.

La bronca es mucho peor que las otras, Félicité no quiere recordarla.

A raíz de esa última explosión, le fabricó el bozal a su hermana para permitirle respirar y hablar sin esparcir sus mariposas ni desatar los rayos de ira de Carmine. Félicité lo había decorado con bonitas cuentas azules. En pocos meses Nanie había perdido todos los dientes, excepto uno, el de su nacimiento.

Félicité oía a veces, en medio de su sueño, gritos demenciales que resonaban desde lo alto de la montaña, aullidos que hacían callar a los lobos y rezar a los habitantes del pueblo. Ella no tenía miedo. Veía entre las vigas del techo el bozal colgado de un clavo y reconocía, en el eco de los mugidos, la voz febril y libre de su hermana. Afortunadamente, los gritos no despertaban a Carmine.

Félicité no ha oído esa voz desde que cumplió los dieciséis años, desde aquella noche en que Agonie se desvaneció en las sombras del monte Bégo, más allá de los alerces. Nunca la volvieron a ver. Ni los

del pueblo, ni su madre, ni su gemela, que la creyó muerta durante treinta años y que empieza a preguntarse si, en el fondo, no preferiría seguir creyéndolo todavía.

Cuatro pájaros de mal agüero

La mañana todavía es fresca cuando Félicité llega a Bégoumas.

Mi joven amigo, prefiero advertirle de que lo que la pasadora de fantasmas va a encontrar allí puede darle arcadas. Yo mismo, el día que me describió el panorama, tuve que salir a tomar el aire. Beba un sorbo de té, pida un pastel y respire hondo. O, si lo prefiere, tápese los oídos. Pero si luego ha perdido el hilo no vaya a echarme a mí la culpa.

Bien.

Todo está inmóvil en el pueblo abandonado, aún más vacío que de costumbre. Félicité no nota la presencia habitual esperándola tras el silencio de las ruinas. Solo un silencio más profundo.

Una sombra pasa volando a sus pies: un ave rapaz planea sobre los tejados y deja caer desde lo alto un hueso que se rompe en pedazos contra los peñascos del monte Bégo.

Félicité camina entre las casas derruidas hasta la cabina telefónica. Al aproximarse, dos cuervos alzan el vuelo.

Carmine yace allí, bajo el teléfono que cuelga del extremo del hilo. El suelo está cubierto de brillos de cristal anegados en un charco de sangre coagulada. Su madre se tapa las orejas con las manos, un pincel le atraviesa la garganta, y el cuello y los brazos están cubiertos de laceraciones negras. Los ojos, abiertos de par en par; los labios lívidos. El último grito de Carmine dejó allí su huella.

Al notar el olor a carne tibia, Félicité retrocede. La cabeza le da vueltas. Intenta escupir la pestilencia que se le adhiere a las fosas nasales, al paladar, a las encías y termina vomitando en la plaza mayor.

Por mucho que Félicité esté acostumbrada a los cuerpos desfigurados de los fantasmas, los espectros no huelen. No atraen a los cuervos. Y no son su madre.

Llama en todos los tonos, irritada, implorante, autoritaria, a cada una de las cincuenta y seis personalidades que cobijaba su madre, agitando al mismo tiempo una taza fantoprensil como quien blande un hueso para atraer a un perro.

El espectro de Carmine permanece oculto.

Félicité se dirige, entonces, maletín en mano, hacia el único lugar

del pueblo que todavía no ha explorado: la majada. Mientras sube a la carrera, mira hacia arriba y lo que ve la paraliza. Cerca del edificio, a contraluz del cielo blanco, se dibuja una sombra.

—Félicité.

Una mariposa peluda despliega sus pesadas alas entre las hermanas gemelas.

Verdad coloreada

En realidad, Félicité no es la única que me contó esta historia. También recogí las impresiones de Egonia.

Félicité siempre me dijo la verdad, pero con sus propias tonalidades, con los grises y pardos a través de los que ella veía el mundo. La mirada de Egonia la vistió de colores. Aclaró los matices, reveló los huecos, devolvió al relato sus relieves y su profundidad.

Espero que, desde donde esté, Félicité no pueda oírme.

Agonie

Su madre está muerta. El pueblo, vacío. Nada ni nadie para encerrarla.

Durante toda la noche, Egonia caminó sobre sus propias huellas como si retrocediera en el tiempo. Volver a los lugares del pasado es casi rejuvenecer.

No le gusta en absoluto. Vuelve a ser aquella niña violenta y aterrorizada que creía desaparecida.

Su rostro, afortunadamente, sigue siendo el que eligió, una cara de bruja para reemplazar a la heredada de Carmine. Pero no hay escapatoria para los recuerdos de la infancia. Por más que los entierres, su dolor resurge siempre, peor que con un miembro amputado.

Tiene seis años y su madre ya ni siquiera la llama Agonie.

Desde la viga a la que se ha encaramado, observa tres metros más abajo a Carmine y a Félicité jugando con las piezas de porcelana que hacen bailar reflejos iridiscentes en las paredes. Observa la tetera y las dos siluetas de abajo con hambre de ogresa.

Félicité es apagada: ojos grises, piel pálida. Hay que colorearla. Por eso mamá le ha regalado el juego de color crema y oro. Agonie no necesita colores: ojos de avellana y mejillas sonrosadas. Tú ya eres muy guapa, no se puede tener todo, le repite Félicité. Y es verdad que tiene suerte. El mismo porte, la misma naricilla que Carmine, rizos negros, pecas.

Aunque todos los rasgos están ahí, en el autorretrato que su madre pinta y repinta sin parar, ella no se reconoce, esa no es ella.

En fin, mamá es guapa, Agonie también. Hay que conformarse con eso. Es una tontería soñar con que mamá la mime como a Félicité, como cuando todavía la llamaba Nanie. Cuando algunas veces incluso la cogía de la mano. No duraba mucho. Bastaba con que balbucease y dejase escapar una mariposa para que su madre diese un respingo, retrocediese y aplastase la polilla de un zapatillazo.

Sus insectos lo afeaban todo y a Carmine le horrorizaba la fealdad. La mera idea de que los insectos de Agonie pudieran posarse en su rostro y arrugarlo prematuramente le producía escalofríos.

Sé lo que está pensando, amigo mío.

Al principio, yo también me decía: ¡qué barbaridad!, ponerse en semejante estado por miedo a la fealdad, ¡menuda estupidez! Y, entonces, una mañana, me desperté con unos granos así de grandes en toda la cara y el cuello. ¡Imagínese! Y no vaya a creer que me picaban, que ni siquiera, solo me convertí en una asquerosa cabeza de *Amanita muscaria*. Bueno, pues me tomé dos días libres por enfermedad para que nadie me viese. Nunca antes de eso me había considerado presumido. A los tres días tuve que volver al trabajo, y allí me tiene: sombrero, gafas de sol, jersey de cuello alto y toda la pesca. Se tronchaban con mi disfraz de espía. Dejaron de bromear cuando me quité las gafas: la pequeña Brigitte corrió al baño; los demás regresaron a sus escritorios pretextando distintas ocupaciones. Incluso Sylvette, la de secretaría, una de cabeza entrecana y una verruga peluda en la comisura del labio que se meneaba como una bestezuela peluda cuando hablaba y ya no podías hacer otra cosa que mirar aquello, imposible escucharla. A la otra secretaria, Brigitte, una de moño rubio y boca tersa, le hacíamos más caso. Hasta entonces, no me había dado cuenta de que preferíamos escuchar a Brigitte y no a Sylvette.

Perdone, joven, que me haya ido por las ramas. Podemos creer que estamos por encima de eso. Podemos juzgar, pese a todo, que Carmine era una tonta superficial, allá cada cual. Pero quien haya tenido más compasión por un huerfanito de mejillas sonrosadas que por un vagabundo con dientes marrones lo entenderá. Mírese al espejo y analice la imagen que le devuelve. Si alguna vez ha querido vivir, aunque sea un instante, en la inaudita quietud de la llamada gente guapa, entonces entenderá a Carmine.

Si Carmine lleva a la majada cosas bonitas, siempre son para Félicité. Agonie no las merece. Todo lo que toca envejece a toda velocidad y muere. Lo sabe mejor que nadie: la tetera no duraría entre sus dedos. Adiós a los reflejos danzantes en las paredes, ni para ella ni para Félicité.

Pese a todo, el borde dorado de los platillos la atrae.

Félicité la deja jugar con ella cuando mamá no está. Pero no es lo mismo. Agonie quiere un juego de té para ella sola. Invitaría a mamá a jugar y mamá se acordaría de que existe y la llamaría Nanie de mi alma y de mi corazón, como cuando dice: «Félicité de mi alma y de mi corazón».

La mayor nunca rompe nada, siempre dice la verdad, tiene derecho a hablar dentro de la majada, a reír, a leer libros con mamá. Sabe cómo complacerla y conseguir lo que le pide. Incluso cuando hace alguna travesura, algo excepcional en Félicité, no hay reprimenda. Los

gritos de mamá son para la pequeña.

Aquel día, como tantos otros, Carmine besa a Félicité en la frente y sale al jardín con el caballete bajo el brazo. Su eterna pintura la llama.

Unos minutos de respiro. Hay que aprovecharlos. Agonie será prudente. Aunque sea por una vez, Félicité puede dejarla acercarse a la porcelana.

La pequeña se inclina hacia adelante y está a punto de caerse de la viga. Su grito de espanto la delata. La mayor levanta hacia ella los ojos de acero y, de pronto, percibe en su hermana la magnitud de los celos que la corroen. Félicité abraza la tetera contra su corazón.

No, no tengas miedo, piensa Agonie. No voy a tocar nada. Solo quiero observar un poco más cerca.

Desciende a lo largo de las cerchas reptando como un gran insecto, con la cabeza por delante y las garras en la madera. Su sombra se estira, inunda el pequeño salón y trata de extender los dedos sobre los pocillos.

Félicité no recula.

—Nanie, ¿qué haces? ¡Sube! Como entre mamá, te va a caer una buena…

Cuando mamá riñe, es terrible. Agonie no quiere que la regañen. Ella solo quiere ver de cerca, muy de cerca, las volutas azuladas en la porcelana.

—Papá también te dice que pares. El juego de té es mío. Tú tienes una oveja solo para ti, una de verdad. ¡Hasta tienes su leche! Una oveja viva es mucho mejor, ¿sabes? Vete antes de que mamá te vea. Jugaremos juntas a las casitas cuando se vaya unos días. Ahora es demasiado peligroso, ¿vale?

No hay ira en su voz: Félicité habla con la confianza de quien sabe que no miente. Cuando dice que el fantasma de papá le pide que se calme, es la verdad. Cuando dice que Agonie es impaciente y celosa, es la verdad. Cuando dice que su madre le echará la bronca, es la verdad. Cuando le dice que siempre será su hermana favorita, los días en que mamá está fuera y cuando inventan juntas juegos, guerras y reinos entre los alerces, es la verdad.

Ese día, a Agonie las verdades de su hermana la repugnan. Solo quiere que se calle. Ella quiere jugar a las casitas y servir el té. Si provoca que de la boca de mamá salgan rayos y truenos, que lo provoque. Al menos su madre la verá y recordará que tiene otra hija a la que llamaba Nanie.

Su sombra se contrae brutalmente. Agonie se lanza sobre Félicité y le arranca la tetera de las manos. La diminuta porcelana está ahora en las suyas, delicada, ligera y tersa, y tanto la ha deseado y está tan

contenta de tenerla por fin entre las manos que la aprieta, la aprieta fuerte, muy fuerte y, con un estallido, se le rompe entre los dedos.

—¡Qué te había dicho! —constata Félicité, llena de razón. Y de nuevo es la verdad—. ¡Ya verás la bronca de mamá!

Agonie gime. Los fragmentos nacarados yacen apagados en el suelo de baldosas. Está herida. Tiene miedo. Al romperse, un montón de astillas se le han clavado en las manos. Las tiene llenas de cortes.

—Venga, al baño —le susurra su hermana—. Vamos a enjuagarte rápidamente los dedos para lavar la sangre.

No. Agonie le da un manotazo. El cuarto de baño no. Carmine ya la ha encerrado allí otras veces para castigarla. Nunca más. Se acabó aporrear la puerta durante horas y horas, hasta desollarse los puños, mientras al otro lado su madre y su hermana gemela lamen el jugo de los mangos y las naranjas que les empapan las manos.

La pequeña respira más rápido. La explosión se acerca.

—Contrólate, Nanie, por favor…

Pero el calor ya está subiendo, demasiado intenso para contenerlo. Le pican los dedos, centenares de agujas a través de la piel; también le pican las piernas, todo su cuerpo enrojece, siente la quemazón en el vientre y en la cabeza, quemazón que hincha e hincha hasta hacerse una bola de plomo en la garganta que acaba en onda expansiva. El rugido peina hacia atrás los cabellos de Félicité, estrella los pocillos de porcelana contra las paredes, vuela los vidrios de las ventanas, acama la hierba en el exterior y cierra en cascada todas las puertas del pueblo.

En el silencio que sigue, Agonie se pone a temblar. Su hermana intenta tocarle un hombro; ella recula, presa del pánico.

—Ya limpio yo. Ve a esconderte antes de que llegue mamá.

Esconderse. Otra vez. Félicité tiene razón y Agonie querría odiarla por ello.

Carmine llega corriendo, con manchas de pintura en los dedos. Una astilla de vidrio le ha rozado la mejilla.

—Bonita mía, ¿estás bien?

Se arrodilla junto a su hija, la recorre frenéticamente con la mirada en busca de la más pequeña herida.

—Estupendamente —sonríe Félicité—. Me apetece salir, ¿me enseñas lo que has pintado?

Pero en ese momento los ojos de Carmine se clavan en el espejo ovalado que siempre lleva consigo y, tapándose la boca con las manos pintarrajeadas, contiene un grito de horror. Acaba de ver, en su reflejo, el rasguño que le cruza el pómulo.

Se le escapa un gemido. Cualquiera que la hubiese oído pensaría

que el cristal la ha desfigurado.

—Mamá, solo es un rasguño. Ni siquiera sangra. Voy a buscar un pañuelo…

Su madre no la oye. Acaba de ver tras ella los pedacitos de la tetera reflejados en el espejo. Los hombros se le hunden. La respiración se vuelve más lenta. Mira hacia el techo.

—Mamá…

Pero cuando Carmine ha tomado la decisión de regañar a la más pequeña, no atiende a razones. Félicité recula hacia un rincón oscuro.

Ya está, piensa Agonie. Se acabó.

—Baja —Carmine emite la orden con un suspiro—. Baja si no quieres que suba yo a buscarte.

Ante el temor de caer desde tan alto, mejor obedecer. Y Agonie obedece.

—Solo sabes destruirlo todo —le reprocha Carmine con una voz que silba y resuena como una borrasca—. Debería echarte a los lobos.

El fuego se extingue con un ronco soplido ahogado: en la majada reina la oscuridad. Aun así, Agonie cierra los ojos. Sabe lo que viene ahora.

Un relámpago surgido del cuerpo de Carmine rompe las tinieblas con un crujido de terremoto, la envuelve y la arroja al suelo. La niña, que ha aprendido a callar para sobrevivir, no puede contener un grito cuando se le erizan los cabellos y se desploma sacudida por violentos espasmos.

—Cierra esa bocaza —ruge su madre—, que vas a infestarlo todo con tus mariposas.

Entonces Agonie aprieta con fuerza los labios, los ojos, los puños, la mente. Espera que el estallido del relámpago pase sobre ella y que la tormenta se aleje.

Mucho más tarde, al otro lado de la pared, la vieja oveja le lame las heridas, el único recuerdo de la porcelana entre las palmas de Agonie. La saliva escuece pero la lengua le acaricia la piel.

Antes, cuando mamá se calmaba después de su furia, entraba sin hacer ruido en el establo y preguntaba en un susurro si Nanie se había hecho daño. Se tendía en la paja junto a su hija y le pasaba una mano por la frente, diciéndole: «Estoy muy triste, no me gusta enojarme, no hay que hacer esas tonterías y enfadar así a mamá».

La violencia de las tormentas fue en aumento, pero su madre ya no iba al establo. Agonie casi había aprendido a amar aquellos arrebatos desenfrenados de su madre. Al menos en esos momentos mamá recordaba que tenía otra hija.

En el interior de la casa oye a Carmine dando mimos a Félicité,

bromeando con ella, haciéndola reír.

Agonie mama de las ubres de la oveja. Como de costumbre, la leche se agria y se pone rancia a medida que baja por la garganta. La niña ve cosas en los ojos del animal, cosas que nadie más ve. Una sabiduría milenaria, tan superior a la de los hombres que se confunde con el vacío de la mirada. Agonie sabe sacar de ella consejo y consuelo.

—Los celos no son buenos —le dicen esa noche las pupilas rectangulares.

—Lo sé —responde Agonie sin hablar.

—Félicité hace lo que puede. Lo comparte todo contigo. Las golosinas, los juegos, hasta los libros que trae a escondidas de la escuela. Y también compartiría el cariño de Carmine si pudiera.

—Lo sé —piensa Agonie—. Sé que mi hermana no puede evitarlo. No es bueno ser envidioso.

Pero la cólera late en sus manos.

En las semanas siguientes, deja que se desborde a veces, solo para ver a su madre girarse hacia ella. Las tormentas de Carmine aumentan en brutalidad. Un día, piensa Agonie, me hará muchísimo daño, estará a punto de matarme y no le quedará más remedio que ocuparse de mí.

Eso mismo piensa su hermana y se lo advierte: como siga así, su madre la matará, sin darse cuenta siquiera, superada por una tormenta muy poderosa.

¡Qué más da! Morir, al fin y al cabo, ¿por qué no? Cuando se tienen seis años, morir no da más miedo que atravesar un pasillo a oscuras.

De modo que Agonie la provoca. Rompe un plato; suelta una mariposa en la majada; traza una línea de escupitajos en el suelo donde crece un reguero de sus flores carnívoras; añade un toque de pintura al retrato de su madre en el caballete.

Solo uno. Apenas un punto blanco en una esquinita.

Carmine no se enfada. Coge su cuadro y se pone a gemir. Agonie busca con los ojos a su gemela, que la mira aterrorizada. En el momento en que el rayo estalla en la majada con una explosión, Félicité pasa ante ella.

El resto no lo recuerda muy bien. El cuerpo de Félicité yace en el suelo. La tormenta se extingue enseguida. Carmine, presa del pánico, grita y trata de reanimar a su hija. Agonie se ve de nuevo de pie, paralizada, incapaz de pensar en otra cosa que no sea: ¡yo también fui arrojada al suelo como Félicité! Mamá no se arrodilló. Siguió fulminándome con sus rayos.

Esa noche, en el establo, los ojos de la oveja la condenan. Su gemela recibió el golpe que se merecía ella. Félicité no está acostumbrada a los rayos. Podría haber muerto.

Entonces, al día siguiente, Agonie le dice a su hermana que en adelante será mejor desviar la atención de mamá que protegerla de ella. Será más fácil para todos que Carmine se olvide un poquito de ella.

Cuidado con lo que se desea.

Eso me dijo Egonia cuando me contó esta historia. Porque vaya si la olvidaron. Y para siempre.

Félicité ponía la mesa para dos. Guardaba las sobras de la comida que luego dejaba a escondidas en el establo. Llevaba a su madre fuera con cualquier pretexto para que Agonie pudiera lavarse sin traicionar su presencia. A principio de curso, trató de matricularla en la escuela, pero se requería la firma de un adulto.

Agonie no volvió a clase nunca más.

La majada encontró la paz. Las tormentas casi desaparecieron. Las vigas de madera del techo donde se refugiaba se convirtieron en su reino.

Abajo, en los libros que Carmine le leía a Félicité había huérfanos. Sus padres habían muerto, o los habían echado de casa, o los dejaban en los tornos de los conventos. Nunca se hablaba de niños abandonados en sus propios hogares.

Ni de una hermana que fabrica un bozal a su gemela para hacerla callar. Un bozal con unos adornos preciosos, por supuesto, para que encima tenga que darle las gracias.

Egonia recuerda pero sabe que no dirá nada. Félicité no podría entenderlo.

A ella su madre le regalaba caricias y teteras de porcelana.

Dos hermanas

Hacía falta Dios y ayuda para sorprender a Félicité. Vivía en un universo de fantasmas mutilados. A veces, al coger un pack de yogures en el supermercado, metía la mano en un espectro que dormía la siesta en la estantería de los lácteos. Otras, en la carretera, se cruzaba con un autoestopista que vagaba por el arcén con las entrañas a cuestas. La pasadora de fantasmas apenas enarcaba una ceja.

Sin embargo, frente a aquella silueta negra aplastada por el sol del mediodía, sus tacones de acero se quedan pegados al suelo.

Félicité divisa a su gemela. La mujer que está en pie cerca de la majada no se le parece y, no obstante, es ella. Félicité lo sabe, como sabe cuándo parpadear y tragar saliva. Su cuerpo y el de su hermana se alimentaron de la misma carne durante más de diez meses.

Agonie parece casi bicentenaria. La espalda se le curva con una joroba y tiene la piel flácida. El cuero cabelludo está salpicado de mechones ralos.

La cara es el espejo del alma.

—Hola, Agonie.

—Egonia.

—¿Cómo?

—Me llamo Egonia.

Es bonito, piensa Félicité, suena casi como el nombre de una flor. No le pega nada.

Son cuatro las mariposas surgidas de la boca de Agonie, una por cada palabra que ha dicho. Se posan en sendas briznas de hierba, que se marchitan de inmediato.

—¿Ya no llevas bozal?

—No.

Un nuevo insecto, más grande que los anteriores, revolotea ante el rostro de la bruja antes de volar hacia el alerce más cercano. Las agujas del árbol pasan en un instante del verde al marrón, desde la copa hasta las ramas bajas, como un árbol de Navidad del que se desenrollan las guirnaldas.

—Deberías.

La pequeña se carcajea con su risa de corneja. No se molesta en decirle que quemó el bozal hace treinta años, la noche en la que

hablaron por última vez.

—¿Por qué has venido?

¡Ah, muchacho! Si las hubiera visto juntas, incluso a aquella edad en la que ya no se parecían, se habría dado cuenta rápidamente de que eran gemelas. Los modales, el rostro, el nombre…, nada las unía. A pesar de todo, permanecía el eco de una en las palabras de la otra, una cadencia común en el amago de un gesto, y entonces recordabas que las dos compartían su sangre. Incluso a ellas, me imagino, debía de hacerles gracia. Como ver de pronto tu reflejo moverse en un escaparate, a la vuelta de una esquina de la calle, cuando crees que estás solo.

—Me has llamado tú.

—Te he avisado, que no es lo mismo.

—Carmine está muerta.

Agonie se abstiene de añadir: «Ya era hora». A ella le importan un bledo los estados de ánimo de Félicité, pero ciertos reflejos de la infancia, al parecer, están más arraigados de lo que pensaba.

—¿Y acaso te importa? —pregunta Félicité.

Agonie se restriega las manos y se muerde la lengua con su único diente. Cuando se balancea cambiando el peso de un pie al otro, suena un estrépito metálico. Es como si bajo las capas de harapos arrastrase una cola de latas y cacerolas.

—Era mi madre, por si se te ha olvidado.

Félicité se yergue frente a ella al pie de la majada, tan elegante y serena como Egonia sucia y nerviosa. El cabello de un rojo vivo como en la adolescencia, brillando bajo un sol cegador. Como una gota de sangre en la yema de un dedo pinchado. Las facciones angulosas, los ojos felinos, los aires de marquesa. Un gato gris enroscándose en las piernas y arracimando caricias.

Egonia, en cambio, es el viejo cuervo infecto que se ahuyenta de los basureros, que vive emboscado en la sombra de las ramas esperando la noche, el pájaro negro que sobrevuela los olores de repulsión y las lluvias que están a punto de caer.

—Tu madre, muerta; tu hermana, viva. Pobrecita. Te gustaría que fuese a la inversa, ¿no?

Una percha de mariposas bate las alas y se despliega; la decimoquinta se acerca a Félicité, que recula. Egonia se ríe a carcajadas.

—Cálmate, Nanie. A ver si podemos hablar como adultas.

Incluso a esa distancia, Egonia nota los efluvios de pena y repugnancia. Detesta esos perfumes acres que saturaban su nariz hace varias vidas. En aquella época, Félicité no olía así. El olor de su madre

debe de habérsele contagiado. Tres décadas juntas dejan su impronta.

—No me llames Nanie —zanja Egonia. Ya no se ríe—. Poner nombres a los animales no impide que el criador los sacrifique. Guárdate tus diminutivos. Y baja esos brazos en jarras. No impresionas a nadie.

La pasadora de fantasmas baja lentamente los brazos.

—No has cambiado… Sigues igual que hace treinta años. Puede que hayas recibido dos o tres bofetadas desde… No, no lo parece. Se necesita más que eso para perturbar a santa Félicité.

La pasadora de fantasmas no mueve ni un músculo. Sabe exactamente lo que pretende Agonie y no va a darle ese gusto. Ni un insulto, ni una queja. Nada traicionará su desasosiego frente a esta hermana recobrada y ya perdida.

Entonces, la bruja se mete en la majada de improviso.

La niña bajo el tejado

Egonia observa la habitación. El retrato de su madre sigue ahí, todavía más deforme que en sus recuerdos. Es como si alguien hubiese intentado apuñalar el lienzo.

Cerca de la bomba de agua, reconoce la artesa a la que Carmine arrojaba las mondas de fruta. Félicité las recogía para dárselas.

Incluso se conservan las mismas hendiduras en las vigas por las que trepaba. Solo se sentía segura allí arriba, entre la sombra del tejado, las telarañas y los ecos de las voces que le llegaban desde abajo.

Es posible que el diario siga escondido en el mismo lugar.

Uno a uno, con su desmañado cuerpo que hace un estrépito de vajilla, sube los peldaños de la escalera hasta el altillo. Rara vez dormía allí, en la cama. Derecho de primogenitura. Pero Agonie sabe dónde escondía Carmine su diario: allí mismo, bajo el listón flotante oculto por el colchón de paja.

Sigue allí. Más pequeño de lo que recordaba. Más deteriorado. En la tapa, una mano ha escrito miles de veces una sola palabra: *Carmine.* La letra del medio, más repasada con tinta que las demás, se adorna con una corona.

Su madre lo sacaba algunos días, cuando Félicité se había ido a clase. Escribía en él mientras Agonie observaba desde su atalaya.

Luego, Carmine guardaba su diario, Félicité llegaba de la escuela y su madre la sentaba en el regazo para seguir con la yema del dedo índice las líneas de los grandes libros de colores. Desde allí arriba, la benjamina no seguía bien el trazado de las letras. Apenas podía oír las sílabas susurradas entre ellas. Pero estaba acostumbrada a las sobras.

Cuando salían de la estancia, Agonie descendía de las vigas para descifrar la página en la que había quedado abierto el libro. No era exactamente para entender, sino para imitar a su hermana. Se inventaba una maestra que le golpeaba los nudillos si dudaba. Una maestra severa que le enseñaba a leer, la castigaba con copias, la dejaba salir al recreo —solo cinco minutos—, le dejaba borrar el encerado con la esponja húmeda, sentarse más cerca de la estufa si estaba indispuesta, respirar sin bozal y llorar, pero en silencio, si se despellejaba las rodillas.

Terror. Soledad. Las vigas están impregnadas de los olores que dejó

allí. Le dan ganas de agarrar a la niña escondida en la oscuridad, abrazarla contra su pecho y susurrarle palabras, cualquier palabra con tal de que la pequeña deje de despedir esos efluvios rancios.

A su madre debía de gustarle sentir su miedo. El miedo es un olor tónico, fortificante, casi placentero para quien lo provoca. Egonia lo sabe por los meses en los que era la temida bruja del pueblo.

Nunca más intentó leer, y de eso hace más de treinta años. Su mirada recorre las líneas del diario, lo poco que capta entre las páginas la desconcierta.

Esa no es la vida de su madre. Tiene que ser la de alguna otra, tal vez la madre de Carmine. O, peor aún, un cuento chino. No puede haber nada de verdad ahí. Esos lugares y esas personas no existen. Los nombres son inventados.

No entiende del todo lo que está escrito en el diario porque la tinta se ha desvanecido. Porque no conoce todas las palabras. Porque la historia que allí se cuenta a retazos no tiene sentido. Porque las hojas están cubiertas de frases tachadas, de montones de garabatos, escritos con prisa, trazados por manos con distintas caligrafías. Y, sobre todo, porque encontrarse en este lugar, frente a esas letras que nunca aprendió, que tiene que descifrar una a una en cada página con las precarias herramientas de las que malamente se dotó, todo eso le nubla la mente y los ojos. Lo que entiende, de todas formas, es que hay páginas enteras que hablan de ella, de la segunda gemela a la que nadie quiere, la que no debería existir, la que hay que olvidar y relegar a las sombras. Los dedos empiezan a hormiguearle, pero Egonia no suelta el diario. Cuando el calor le sube por la garganta, tampoco suelta el diario. Ni siquiera lo suelta cuando la quemazón le va recorriendo como ondas eléctricas la piel de los brazos, de las palmas, y le explota entre las manos.

En el instante siguiente, cuando Félicité entra jadeando en la habitación, nada queda de la vida de Carmine consignada en su diario salvo un montoncito de polvo en el suelo de la majada.

Cien reflejos en las ruinas

Félicité se ha sentado.

—No sabía que mamá llevase un diario.

Pronuncia estas palabras en un tono más dolido de lo que habría deseado. Para recuperar su aplomo, añade:

—Estarás contenta. Acabas de destruir lo que quedaba de la vida de mamá. Ahora que has visto con tus propios ojos que está muerta, puedes volver por donde has venido, que no va a despertarse.

—No estoy aquí para eso.

—Es lo que esperabas, ¿no? Puedes irte tranquila.

—Tengo que preguntarle una cosa.

—Haberte acordado antes.

Félicité se fija en que su hermana es aún más fea de cerca.

—Necesito preguntarle… Que tú le preguntes por mí.

—No te responderá.

—Me importa un bledo.

Tiene que hablar cara a cara con Carmine, aunque solo sea una vez. Para consolar a la niña que sigue errante en las sombras, entre las vigas, para invitarla a bajar y dejarla dormir por fin al amor de la lumbre.

Félicité se levanta. Camina por la habitación pasando la mano por las superficies, lentamente, sin ningún propósito, solo para evitar la mirada de su hermana menor cuando se dirige a ella para decirle:

—No he encontrado su fantasma.

Egonia escupe en el suelo. Un tallo enorme revienta el entarimado, se despliega, eclosiona. Los pétalos de la flor se abren en la penumbra, como para derramar allí un poco más de noche.

—Es verdad. Sabes que siempre digo la verdad: no está en el pueblo. Habría que buscar en la montaña, por donde llevaba a pastar el rebaño. Pero dudo mucho que esté allí. Pasó toda su vida aquí; solo hay otro lugar adonde su espectro podría haber sido llamado…

—El lugar adonde iba de viaje —la interrumpe Egonia—. El lugar de las frutas y la lluvia.

—¿Qué lluvia? Mamá se iba a la costa. Siempre regresaba con la ropa húmeda de salitre.

Cuando se encoge de hombros, los harapos de la bruja hacen un

ruido de volquete descargando gravilla.

—Me acuerdo del olor de la lluvia. Sin más. Y no me mires así, no voy a decirte lo que he leído.

Egonia quiere encontrar el fantasma de su madre. Quiere entender. Quiere conocer. Quiere saber por qué fue ella la sacrificada. Pero, de momento, lo que ha sacado en limpio del diario no tiene mucho sentido. Necesitará otras pistas para captar lo esencial. Le dirá a Félicité lo que sabe cuando tenga la última pieza, el último territorio del mapa que les mostrará a dónde ir. No antes.

A Félicité le va a sentar como un tiro no conseguir lo que quiere por ser vos quien sois, es decir, por el mero hecho de ser Félicité. Por una vez en su vida, le servirá de lección.

Un efluvio agrio de exasperación recorre la majada. La primogénita pronuncia cada sílaba como si se dirigiese a un niño particularmente estúpido:

—Si no me dices dónde buscarla, no podré transmitirle tu pregunta.

—Y, si te digo lo que sé —replica la segundona en el mismo tono—, irás a buscarla tú sola.

Félicité hace auténticos esfuerzos para no enfadarse. Lo intenta de verdad. No ha olvidado las explosiones de su gemela. Pero allí, frente a aquel bloque de mala fe, lo que le pide el cuerpo es golpear con sus tacones de acero contra superficies duras y quebradizas. No está acostumbrada a que la contradigan. Agonie lo sabe y se divierte haciéndolo.

Después de una profunda inspiración, saca una cuchara fantoprensil de su maletín y se la da a su hermana. ¿Quiere ser útil? Muy bien.

—Llévala a la montaña, por los pastos a los que solía ir. Si está allí, tal vez te siga hasta aquí. Quedamos dentro de una hora.

En ese momento, Félicité todavía esperaba encontrar a Carmine sin muchas dificultades. Se equivocaba de medio a medio. No lo dude, mi joven amigo; de lo contrario, usted no se pasaría aquí toda la santa tarde escuchando mi historia mientras fuera llueve a mares.

Félicité desciende a grandes zancadas hacia el centro de la aldea. La sombra de su madre, aquella sombra desmesurada y múltiple, puede haber sobrevivido y la conducirá hacia las respuestas que busca, pero no hay nada en el revoque agrietado de las casas salvo postigos oxidados.

A medida que se acerca a la plaza mayor, la pestilencia le aguijonea la garganta. Los tufos que desprende el cadáver se han vuelto más pesados, más viscosos, con el calor del mediodía. Han atraído las primeras moscas. Tapándose la nariz con el fular, avanza hacia los despojos. Ahora que alcanza a ver mejor, observa unas botellas rotas

junto a la cabeza destrozada de Carmine. La sangre se ha mezclado con pastís, limoncello y *génépi*. Ve un trozo de cristal en la mano derecha de Carmine. Laceraciones profundas en la muñeca izquierda.

Nadie se molestó en subir hasta aquí para romper a botellazos el cráneo de una anciana en un pueblucho abandonado. Nadie terminó cortándole las venas para ir más rápido. No había otra voz en el mensaje del contestador automático.

nadie me escucha querría no no puedes hablarnos costaría caro

Las cincuenta y tantas personalidades bloqueadas en la misma piel estrecha, inevitablemente, acabaron destripándose unas a otras. Pero allí había algo más, presiente Félicité.

He conseguido escapar. He conseguido salir.

La pasadora de fantasmas distingue, sobresaliendo de la blusa de su madre, dos llaves colgadas de una cadena de oro y se dirige corriendo hacia el bar Hydra. En el interior, los estantes cubiertos de polvo y viejos folletos publicitarios han sido saqueados. Botellas de licor rotas diseminadas por el suelo y los asientos. La violencia de su olor mitiga un poco el que Félicité trae del exterior.

Detrás de la barra, bajo el fregadero, encuentra un guante de cocina con la textura de una lengua seca y se lo pone. Luego respira hondo y sale del café conteniendo la respiración. Si volviera a olerlo, el hedor del cadáver se le quedará en el fondo de la garganta para siempre y nunca volverá a oler nada más, ni las flores de la calle Saleya, ni la *socca* humeante, ni la maresía de la playa. De modo que la pasadora corre hacia la plaza mayor y, sin mirar, alarga su manopla rosa hacia el corazón de Carmine.

Las moscas se posan indiferentes en el guante, que toman por una inesperada carroña nuevecita del trinque con la que no contaban. Bajo la ropa, Félicité lo sabe mejor que nadie, los gusanos empiezan a bullir. De momento son solo larvas sin ojos ni patas. Se quedan donde se produjo la puesta.

Entre los insectos que vuelan y los que reptan, Félicité atrapa las llaves e intenta pasar la cadena por encima de la cabeza de Carmine. No quiere mirar demasiado y solo puede servirse de una mano —la otra la tiene ocupada en taparse las fosas nasales—. Los pulmones están a punto de estallarle en el pecho, no resistirán mucho más: ¡adiós al perfume de las flores, a los aromas de la *socca* y al yodo del mar!, ¡qué se le va a hacer! Se da toda la prisa que puede, pero, bajo los dedos gruesos y blandos como salchichas crudas, la joya se le escapa. Mientras su tórax es presa de espasmos que reclaman aire, arranca la cadena de un golpe seco y sale disparada hacia el bar.

Espera a haber dado tres pasos en el café para respirar de nuevo.

Las dos llaves que cuelgan de la cadena no se parecen en absoluto. La primera es dorada, diminuta; en la medalla tiene un corazón grabado. La otra, oscura y pesada, acaba en dos dientes del tamaño de incisivos. Solo un edificio del pueblo tiene puertas lo suficientemente grandes como para soportar cerraduras de semejante tamaño.

Cuando era más joven, a Félicité el ayuntamiento de Bégoumas le parecía demasiado edificio para un pueblo tan pequeño. Hoy día apenas se distingue la fachada color limón bajo las infiltraciones negras. Dos banderas apolilladas cuelgan del frontón.

Para entrar, tiene que dar tres patadas en la hoja de goznes oxidados. La puerta cede brutalmente. El eco del último golpe resuena bajo la cúpula central mientras los pájaros huyen entre batir de alas.

De la bóveda pintada en lo alto solo quedan unos jirones de nubes y el pie descalzo de la Libertad. En las paredes, los retratos de exalcaldes duermen bajo el polvo y los excrementos.

Con o sin llave, Félicité habría venido aquí. La experiencia le ha enseñado a comenzar siempre sus pesquisas o bien por los bancos —pero no es probable que su madre haya dejado ninguna pista financiera—, o bien por los archivos.

Los de Bégoumas deberían haberse conservado en Niza, como todos los de los municipios de menos de dos mil habitantes. Pero, sorprendentemente, nadie en los Archivos Provinciales ha logrado recuperarlos. A los alcaldes de Bégoumas no les gustaba ceder lo que consideraban de su propiedad. Si alguien hubiese querido quitarles una oveja enferma para llevarla al veterinario, le habrían dicho lo mismo. Incluso el cartero se las veía y se las deseaba para hacerse con el correo que había que enviar.

A veces, Félicité no necesita ir más allá de los archivos para sus investigaciones. Bastaba con encontrar el hospital de nacimiento, un certificado de matrícula en el liceo, un recibo de alquiler. Lugares oficiales en los que se aúnan los recuerdos más profundos con los remordimientos y secretos que los acompañan. Usted mismo, sin ir más lejos, ha debido de proferir las mayores burradas en un pasillo de un apartamento o de sufrir sus más terribles humillaciones en un comedor universitario. Eso es lo que rastrea la detective especializada en espectros: las puertas que la Administración abre a lo íntimo. En certificados y actas notariales sabe descubrir los lugares elegibles para el estatus de residencia eterna.

Félicité rodea el escritorio de madera de pino de la recepción, colocado en medio del vestíbulo como la última estatua de un museo olvidado. Ningún cajón posee una cerradura en la que entre alguna de

las dos llaves.

Detrás, la doble escalera helicoidal que sube hasta el primer piso. Los tacones de la detective repiquetean en el mármol de los escalones y resuenan en todo el edificio. Al llegar a lo más alto, ni siquiera necesita buscar la puerta idónea: solo una está cerrada. La gran llave marrón se desliza en ella, los engranajes traquetean. La cerradura se abre.

El suelo de la sala de los archivos está cubierto de trozos de pintura descascarillada y hojarasca. Dos paredes de la estancia están ocupadas de arriba abajo por sendos armarios con cajones cuadrados, como tableros de ajedrez gigantes apoyados contra los tabiques, cansados de jugar. Sus etiquetas muestran extraños códigos: AB-AL, AM-BE, BI-BO, BR-CE, CH-DA. Félicité tira de un pomo al azar: se abre un archivador estrecho y hondo. Entre sus carriles hay cientos de fichas de pie, en posición de firmes, listas para ponerse a sus órdenes. Las más antiguas están amarillentas, con los bordes ajados; otras, más blancas, están grapadas. No parecen clasificadas ni por año ni por apellidos, que, en realidad, nadie usaba en el pueblo. Les bastaba con el nombre de pila y un apodo por toda identificación.

En la sección CA-, varios nombres de pila llenan la hilera: Camille, Carla, Cassandra, Caterina, Catherine, Carmen, Carole, Caroline, Carmine. Algunos no le dicen nada, lo que se le antoja extraño en estas tierras donde casi no hay ningún nombre nuevo, porque se heredan los de las tías y abuelas desde el año de la pera. De todas formas, Félicité no puede decir que conociese mucho a las gentes del pueblo.

Extiende en el suelo las hojas que llevan el nombre de Carmine. Hay actas del Ayuntamiento firmadas por su madre, listas electorales realizadas por Carmine y un certificado de matrimonio.

El miércoles 8 de febrero del año de los fuertes calores, a las 16 horas.
El señor Germain, de profesión pastor, y su prometida, la señorita Carmine, comparecieron ante el señor alcalde de Bégoumas-sous-Mont para unirse en matrimonio.
Con su consentimiento y sin objeción alguna, el Sr. Alcalde declaró al Sr. Germain y a la Srta. Carmine unidos por el lazo matrimonial.

Aquel miércoles, Félicité lo sabe porque se lo contó su madre y los archivos lo confirman, hacía tanto calor como en pleno mes de mayo, el tomillo presentaba sus ramilletes de capullos malvas con los que se adornan las ensaladas y los niños se bañaban en el lago donde se fundían las nieves.

Félicité mete la mano en otro archivador, el de su propio

certificado de nacimiento. Firmado por Mireille, la comadrona. Debajo del nombre de Félicité hay una palabra que no reconoce de buenas a primeras, hasta que recuerda lo que había murmurado su gemela al saludarla: Egonia. Así que es de la partera de donde le viene ese nombre inventado de acentos florales.

Hundiendo la mano hasta el fondo del cajón para comprobar que no se hubiera deslizado ningún papel, Félicité encuentra el joyero.

Está escondido bajo las fichas CARMEN, justo al lado del compartimento CARMINE. Parece una perla vomitada por una ostra enorme, con el nácar atravesado por arcos de oro ennegrecido. La segunda llave entra como un guante en la cerradura central.

El interior, forrado con fragmentos de espejo, reproduce mil veces el rostro de Félicité. Todos sus reflejos se inclinan hacia el contenido del escriño, algunos inquietos, otros curiosos.

Entre las piezas de una moneda que ya no es de curso legal hay una alianza grabada con dos iniciales: G y C. Félicité encuentra también, entre varios billetes emitidos con una efigie que no reconoce, un papel marrón, doblado y desdoblado hasta casi deshacerse en los pliegues. La escritura está llena de perfiles, de emes y de enes que se parecen, de cruces de las tes y ojales de las ges que se enrollan en bucles. En aquel laberinto de tinta descolorida, mezcla de italiano y provenzal, Félicité logra descifrar:

> *El año de la gran helada y del derrumbe del puerto comparecieron ante nosotros el Sr. Gabriel, de profesión soldado, y la Srta. Carmine no habiéndose manifestado objeción alguna y hallándose ambos contrayentes de mutuo acuerdo y en plena posesión de sus facultades sellamos entre ellos el vínculo matrimonial el presente sábado 9 de agosto a las 11 horas de la mañana en el Ayuntamiento de Bégoumas-sous-Mont.*

Había que estudiar con el demonio para confundir a Félicité.

Ese día tuvo que sentarse en el resquebrajado suelo de los archivos.

El pueblo solo acogió a una Carmine. Y en estos dos documentos se casa la misma mujer.

Una paloma entra por la ventana con un susurro de plumas y se posa sobre el armario.

En un primer momento, Félicité se niega a dar crédito a lo que acaba de leer. Compara los dos certificados de matrimonio que llevan, como calcados uno sobre el otro, el mismo nombre, la misma firma. Trata de convencerse de que el más antiguo es una falsificación; de que otra Carmine vivió aquí y firmaba como su madre; de que solo era una copia del mismo certificado, con algunos errores de transcripción,

en un papel más frágil; de que alguien habría confundido Germain con Gabriel; de que hacía demasiado calor aquel mes de febrero y el alcalde creyó que era agosto.

Pero su mente siempre la lleva hacia la verdad. En la vida de su madre había un profundo abismo cubierto por una trampilla de mentiras. Y ella acababa de caminar encima.

Piensa en su último cliente y, de forma algo absurda, se pregunta si su propio rostro tendrá la misma mirada de niña perdida que el Tiburón de la Costa.

El joyero guarda algunos secretos más. Félicité extrae un libro poco más grande que su mano, con tres palabras grabadas en el cuero: ÁLBUM DE FOTOGRAFÍAS. El libro cruje y rechina cuando lo abre.

Página tras página de cartulina va descubriendo un universo extraño, un mundo que le resulta familiar con sus casas y sus geranios, sus calles y sus postigos, sin ser del todo el suyo. En las pequeñas y nítidas fotografías en blanco y negro, los modelos posan con dignidad, escasas sonrisas, galas de domingo. Félicité no reconoce ningún rostro, aunque alguno le evoque vagamente algo y, sin embargo, sabe que esos instantes escogidos, separados de la realidad —hay mucha vida después y antes: la madre que pide a los niños que paren de jugar, el hermano mayor que pellizca subrepticiamente a su hermana, el padre atusándose el bigote, el bebé que berrea, el fotógrafo que reúne y apacigua a todo el mundo como un pastor a sus ovejas…; pero en la imagen no queda nada de ello, solo una familia seria y un bigote atusado—, todos esos instantes fueron capturados allí, en el pueblo. Las fachadas todavía están en pie, los adoquines alineados. No hay troncos atravesados en tejados derrumbados, pero desde luego es allí. Al pie de cada fotografía, sobre la cartulina decorada con motivos vegetales, una mano ha escrito con pluma:

Familia Verdier, un domingo en Bégoumas,
año de las aceitunas secas
Corporación municipal, salida de la reunión semanal,
año de la gran batida del lobo
El Sr. Marius, médico, de traje, y su señora esposa.
Segundo día de un nuevo año sin catástrofe todavía,
después del año de los tres ahogamientos

Una de las fotografías llama la atención de Félicité. El lavadero está lleno de agua, mujeres y ropa. Entre las lavanderas que posan frente al pilón, con la cesta de la colada bajo el brazo, hay una, menuda y pizpireta, cuyos rizos negros enmarcan un rostro en forma de corazón, pómulos redondos y barbilla puntiaguda. Pero su mirada no es en

absoluto la de una muñeca. Se adivina feroz y pícara; de un oro acidulado bajo los tonos grises, parece burlarse del fotógrafo y es —Félicité está segura de ello—, la de su madre.

Lavanderas después del trabajo,
año de las flores carnívoras

En la última página, Carmine aparece de nuevo. De cuerpo entero esta vez, con un sencillo vestido adornado con un lazo en la cintura, una corona de margaritas en el pelo y un ramo de claveles en la mano. Va cogida del brazo de un novio de traje negro que la mira y sonríe como ningún hombre sonríe en las fotografías, como ningún otro hombre mira: encantado, hechizado, esclavo y feliz. Bajo la boina, su rostro es oscuro y gentil.

Gabriel y Carmine
Feliz día de nuestra boda
Año de la gran helada y del derrumbe de las gargantas

Félicité ahoga las suposiciones que se arremolinan en su cabeza. Es imposible. Ni ella ni su hermana se parecen ni remotamente a ese joven achaparrado de ojos negros. Félicité ha heredado la esbelta figura de Germain, su padre. Ella lo sabe mejor que nadie, ha crecido con su fantasma.

Y, luego, que esto no tiene ningún sentido. Carmine era demasiado joven. Si su madre hubiera celebrado un primer matrimonio, se lo habría dicho, porque lo compartían todo, hasta los sueños nocturnos más inconfesables.

Félicité, al menos, lo había compartido todo con su madre. Pensándolo bien, Carmine decía a menudo que no se acordaba de sus sueños.

La detective especializada en espectros se ve desde muy lejos y muy arriba, como a través de la mirada de la paloma, y lamenta estar ya sentada. Le habría gustado poder hundirse un nivel más. Su espíritu cae y se le escapa de las manos sin que pueda atraparlo.

Los reflejos en el joyero cobran vida, cada uno en su caja-espejo como entre las cortinas de un teatro en miniatura. Se inclina para distinguir sus gestos —reproducen escenas de su infancia—. Reconoce cada uno de esos momentos, los recuerda muy bien pero de repente los ve bajo una luz más cruda.

Una tarde. Félicité tiene ocho años. Juega con su hermana después de clase, en su guarida en medio del bosque, cuando empieza a llover. Casi se ha hecho de noche, ni se había dado cuenta. Corre hacia la

majada sobre la tierra fangosa y bajo la cortina de agua que la azota. Tropieza con una piedra, que le despelleja la rodilla. Cuando entra en casa, helada, chorreando, con la pierna ensangrentada, su madre no se levanta de la silla. La niña se queda delante del fuego. Tiene los ojos rojos y las mejillas mojadas.

—Tenías que estar en casa a las seis —susurra Carmine—. Estaba preocupada.

Después de un largo silencio, interrumpido solo por las ráfagas de lluvia en el tejado y las gotas que resbalan una a una del cabello de Félicité, Carmine se vuelve hacia ella y se lleva una mano al corazón.

—La mayoría de la gente siente las cosas aquí; aquí las viven y aquí les laten y de aquí les nacen las lágrimas o las canciones. Yo —y agarra con sus manos ardientes las gélidas de Félicité— las siento aquí, en este cuerpecito salido del mío.

Su voz se quiebra. Félicité, temblando de frío, acaricia la mejilla de su madre, que llora. Entonces Carmine se sobresalta.

—¡Pero debes de estar helada, cariño mío! ¡Y tu rodilla!

Pasa toda la noche cuidando y haciendo entrar en calor a Félicité; le prepara manzanas asadas con miel, la envuelve en toallas y carantoñas e historias que la hacen reír. Félicité está contentísima por haberse desollado la rodilla y haber corrido bajo la lluvia. Nunca se había sentido tan querida. Una auténtica muñeca que su dueña mima encantada.

El día del tinte rojo en el pelo. Tiene diez años. Cuando Carmine se da cuenta de que Félicité tiene la cabeza completamente blanca, en realidad no la besa en la frente. Primero abre mucho la boca en un grito silencioso. Luego recula con las nalgas y los codos apoyados en el suelo. Félicité se tapa la cabeza con las manos pero no puede ocultar todo el cráneo con aquellos deditos infantiles. No quiere poner a mamá en ese estado; mamá, que ahora cierra los ojos y respira demasiado fuerte, como si su hija se hubiera transformado ante ella en un cadáver viviente.

—Lo siento —se disculpa Félicité.

Carmine no la oye. Corre hacia el espejo, se pinta los labios de carmín, se peina los rizos, se ajusta el vestido y se va sin dirigirle una mirada.

Un sábado por la mañana. Félicité tiene trece años. Su madre se mira en el espejo ovalado mientras el tinte impregna sus cabellos. Carmine se ha quitado la ropa para no mancharla. En ropa interior, examina su figura, girando y girando sin parar: de espaldas, de frente, de perfil. Félicité la encuentra muy guapa, tan guapa que impresiona, y no se atreve a quitarse el vestido, porque es demasiado delgada y

torpe, como le repite mamá.

—Debes de pensar que soy horrorosa —susurra Carmine disgustada, sin apartar los ojos de su reflejo—. Con todas estas estrías del embarazo marcadas en el vientre. Tienes que decirte que vas a acabar igual. Vieja y fea. Yo me lo decía cuando veía a mi madre cambiarse en el cuarto de baño.

Félicité no entiende. Todo el mundo piensa que mamá es muy guapa y gracias a eso consigue el doble de pan que las demás pagando menos. Más tarde, cuando Carmine se ha ido, Félicité se mira en el espejo, donde descubre fealdades que nunca antes había notado.

Un mediodía en pleno verano. Tiene casi quince años. Esperaba los resultados y han llegado: admitida. El cartero acaba de entregarle la carta que lo confirma. Ha aprobado. Ingresará en el liceo de Niza. Las lágrimas brotan de sus ojos, primero de alegría, eso cree, antes de darse cuenta de que no, de que no es exactamente así. Es la imagen de su madre la que ve impresa en el papel. Su madre, que le regalará sonrisas exageradas al despedirse, que la verá alejarse hacia su nueva vida y que seguirá sonriendo durante mucho tiempo, sin dejar de agitar la mano después de su partida, para asegurarse de que Félicité no se dará la vuelta a fin de dirigirle un último adiós, y que, mucho después, cuando Félicité haya desaparecido definitivamente en una curva del camino, cerrará la puerta y solo entonces se permitirá dejar de sonreír. Félicité se seca las lágrimas de los ojos. No le dirá a mamá que se va a Niza. No inmediatamente. Eso puede esperar.

Una noche de invierno. Félicité tiene diecinueve años. Está en Vietnam con Marine, su profesora de teinología. Por fin encontrarán el árbol del té mágico que han estado buscando desde hace diez días en medio de la jungla. Mañana tal vez. Pero esa noche Félicité se despierta bañada en sudor.

—¿Tu madre otra vez? —le pregunta Marine somnolienta—. ¿Tienes que volver?

No es la primera vez que Félicité interrumpe sus viajes con la teinóloga. Su madre la necesita; lo presiente. Desde hace tres años, desde que Nanie desapareció, mamá no está bien. No es ella misma —o no lo es siempre—. No quiere dejar la aldea abandonada de Bégoumas. La otra vez, al volver de China, Félicité encontró a Carmine postrada, desnutrida. Le había llevado provisiones, pero su regreso se demoró. La imagen de su madre pálida, demacrada, muerta de ausencias, ya no se le va de la mente. Desde entonces viaja con menos frecuencia. Menos tranquila. Pronto, Félicité ya no se irá nunca más. Y, en lugar de convertirse en teinóloga, en lugar de ir a continentes desconocidos a la caza de preciosos tés, Félicité se

dedicará a pasar fantasmas. Se fabricará una vida de hábitos y rutinas ordenadas. Para quedarse en Niza. Para ocuparse de mamá.

Un martes cualquiera. Félicité tiene veinticuatro años. Treinta años. Treinta y siete. Cuarenta y cinco. El único viaje que sigue haciendo es el de subir a las ruinas de Bégoumas. Allá arriba la espera su madre, o lo poco que queda de ella. No gran cosa. Una silueta, una voz. A veces una trifulca cuando Carmine no la reconoce. Cuando la persigue fuera del pueblo lanzándole latas de conserva. Cuando la insulta si su primogénita trata de ofrecerle un té. De vez en cuando, muy raramente, Félicité encuentra durante unos minutos el calor de su madre tal como permanece viva en sus recuerdos.

O en una parte de sus recuerdos. La que ocupa la cara brillante y tersa de su memoria.

Esa moneda acaba de volverse de cruz.

—Tu madre te lo coge todo sin darte nada a cambio —le había escupido Agonie la noche en que el mundo se resquebrajó—. O solo lo suficiente para mantenerte a su lado. Te convierte en una auténtica adicta a la que se le ofrece un poco de coca, una pequeña dosis, para que se quede y siga currando. Y que encima lo agradezca.

Tras guardar en sus bolsillos la alianza de boda, el álbum y los dos certificados de matrimonio, Félicité mira por última vez sus mil reflejos dentro del joyero, con los ojos muy abiertos y las mejillas pálidas. Han dejado de representar las escenas de su vida.

Cierra la tapa de golpe; no volverá a abrirla.

El pastor-tempestiario

¡Qué práctico!, ¿no le parece?, las preguntas y la cólera. Eso hace olvidar la pena.

Así que Félicité se las lleva colgadas del cuello como un par de guantes de boxeo mientras vuelve a subir hacia la majada. Su cólera y sus preguntas aplastan en ella todo lo demás y es un aplastamiento bienvenido que ni siquiera espera respuesta, porque es más fácil preguntarse hasta dónde llegan los secretos y las mentiras, hasta dónde va esta historia, hasta dónde ahondan sus raíces y sus misterios, hasta cuándo y hasta dónde.

No muy lejos, Félicité.

No muy lejos pero sí muy hondo.

Su hermana, por supuesto, no trajo de vuelta un solo fantasma de la montaña. Se las ha arreglado para torcer la cuchara fantoprensil con el don que tiene para retorcerlo todo. Félicité, sin decirle una palabra, limpia el polvo de la mesa con el revés de la manga y posa allí su maletín.

En el fondo de la sala, por la puerta decorada con un cardo, asoma una cabeza. La de su padre.

—Ven a ayudarme. La Montauciel está a punto de parir, hay que empajar la paridera.

—Buenos días, papá.

—Sí, muy buenos. Venga, no perdamos el tiempo.

Félicité saca una a una las tazas, las cucharillas, los platillos. El fantasma se calma enseguida. Todo su cuerpo atraviesa la puerta.

—Un té juntos, ¿te apetece?

El fantasma asiente, se le van los ojos con el juego de té. Félicité prepara su hornillo portátil, coge un viejo cazo de una alacena y lo llena en la bomba de agua. Hay que cebarla una docena de veces para que el agua salga a borbotones, y otras tantas para que salga clara.

—Papá —prende el fuego Félicité mientras el agua se calienta lentamente—. Me gustaría hacerte unas preguntas sobre mamá.

—Ah.

—¿Podrías contestármelas?

—Ya sabes que tengo que estar ojo avizor. Debo proteger a los

animales de los lobos y los ladrones, y de los arrapiezos del pueblo, que no paran de tirarles piedras.

El agua canta enseguida la nota exacta que espera Félicité. Deja caer en la tetera —con forma de caballero sobre su montura— una pizquita de té de las Maravillas mezclado con el del lago de Veillos. Retira el cazo del hornillo y vierte el agua hirviendo sobre las hojas. Un vapor especiado perfuma la majada. Con las manos alrededor de la tetera, Félicité cierra los ojos.

Al menos le queda esto, piensa: el calor entre las palmas, las volutas, el aroma. Al menos el té.

Cuando el tiempo de infusión ha concluido, vierte el líquido humeante en la taza de té de su padre.

—Venga, puedes beber.

—Gracias. Este té es muy bueno.

Le deja sentir el calor que desciende a lo largo de las manos, los labios, entre los dientes, contra la lengua y en la garganta, hasta el fondo del estómago, que no ha saboreado ni una gota desde hace casi medio siglo.

Su padre nunca expresó el deseo de pasar. Al fin y al cabo, la eternidad en una majada no es peor que en cualquier otro lugar.

—Ayer mamá gritó. ¿La oíste?

—Sí, la oí.

—Luego se mató; sin más ni más. En la cabina telefónica de la plaza mayor, ¿no?

—Creí que se vendría aquí conmigo, después de todos estos años. Pero no vino. Ahora estoy solo para siempre. Hasta se han ido los animales.

El té hace su trabajo. Durante unos instantes, su padre es consciente del tiempo real en el que se encuentra. Los arrapiezos del pueblo ya no existen. Las ovejas están muertas.

—¿Sabes lo que intentaba decir?

—No. Solo la oí gritar, sin palabras concretas. ¿Puedo tomar otra taza de té?

—Después. Ya veremos.

Félicité se toma un respiro antes de hacer su pregunta.

—Mamá desaparecía a menudo cuando yo era pequeña. Se ausentaba alrededor de dos semanas, varias veces al año. ¿Ya se marchaba así antes de que naciéramos?

—Sí. Pero yo también me iba a la montaña, a los pastos, cada primavera.

—¿Sabes adónde iba?

—Nunca le pregunté. Volvía con la ropa mojada, así que pensé que

debía de ir a algún sitio donde llueve mucho. A la Bretaña, quizás, o cerca del océano. O más arriba en las montañas, donde nieva todo el tiempo. Pero lo que quiera que hiciese allí, de eso ni idea…

Félicité debe mostrarse paciente, reanudar el interrogatorio como acostumbra a hacerlo. Las rutinas son algo bueno, diga lo que diga la condesa. Si Félicité las conserva es porque han demostrado su eficacia.

—Piensa en mamá. En Carmine. Dime lo primero que te viene a la cabeza cuando piensas en ella. Vuestra vida juntos, vuestro primer encuentro, lo que te contó de su pasado, un instante que recuerdes… Cualquier cosa. Lo que se te ocurra.

Félicité no le muestra aún las fotografías. Si su pobre padre no sabe nada del primer matrimonio, prefiere ahorrarle el disgusto. Al menos mientras el té lo haga todo más sensible y verdadero.

Su padre sostiene la taza entre las manos, como un frágil gorrioncillo.

—Ya sabes lo que dicen aquí de los pastores. No me odiaban, pero tampoco me querían. Tanto podía serles útil como peligroso, así que me saludaban de lejos, manteniendo las distancias. El pastelero subía de vez en cuando por la leche, la hilandera por la lana, y para de contar. A ver, no es que me queje. Cuando uno se hace pastor, sabe que le pondrán el sambenito de brujo y de tempestiario. Nos tienen por nuberos y hacedores de tormentas. Y es verdad. No voy a negarlo. Yo podía alejar la tormenta de mis rebaños y dirigir la lluvia hacia mis pastos para que reverdeciesen.

»En realidad, es algo muy sencillo, cualquiera puede aprenderlo. La gente cree que increpando al viento o rogando al cielo va a conseguir algo. ¡Menuda estupidez! ¿Te gustaría que te griten que te vayas, que te supliquen que desaparezcas? Bueno, pues eso. Con las nubes pasa lo mismo. Como con cualquiera, en el fondo: hay que aprender a conocerlas. Hablarles mucho, convivir con ellas durante mucho tiempo sin exigir su compañía. Convertirse en su amigo. Quedarse desde niño bajo la lluvia pegajosa, día y noche, sobre todo sin quejarse, porque lloriquear no arregla nada. Escuchar la tormenta silbando con furia, sin responderle nunca, sin juramentos, sin maldecirla. Dejarse quemar la piel con la luz que te ciega, dejar que los brazos se oscurezcan y el pelo amarillee. Enraizar, casi, haciéndote pasar por un árbol y recibiendo rayos si llega el caso para proteger a los animales. Así, poquito a poco, el cielo te va conociendo. Sabe dónde encontrarte, el ritmo de tus pasos, la textura de tu piel, el timbre de tu voz. Y, como no le has pedido nada durante años y años, como has dejado que jarree, bufe, queme y aúlle sobre ti, si un día le dices con educación, sin gritar ni ponerte pesado, “me gustaría un

poquito menos de viento, por favor”, él no va a negártelo. Así es como uno se convierte en un tempestiario, un hacedor de tormentas. A base de paciencia y silencio. De tiempo sin techo, sin tejas y sin pizarra entre el cielo y tú. Nada más.

»Pero, por mucho que se lo expliques, la gente no escucha. Cuando llegué aquí tenía veinte años y nunca mantuve una conversación de más de un cuarto de hora —excepto con las ovejas, claro—. Me hice cargo de la majada porque estaba vacía y nadie la reclamaba por culpa de las flores carnívoras. A la aldea le encantó tener queso y echarpes de lana. Ya sé que estás pensando que, pese a ello, no me hablaban, pero al menos formaba parte de algo, aunque fuese de lejos. Me quedé así veinte años más.

»Y, luego, una noche, en plena época de parición, llamaron a la puerta. Al principio pensé que era una tormenta de marzo caída sin previo aviso. Fui a abrir. Allí, en la noche sin truenos, había una chica. Traía los colores del cielo y de los prados. “¿Vive aquí?”, me preguntó. Asentí bajando la cabeza. Ya no era yo muy hablador, pero de repente hasta las palabras *sí* y *no* me parecieron complicadas. “Voy a entrar de todos modos”, dijo.

»Me venía bien porque necesitaba ayuda con las ovejas.

»La chica plantó sin más sus dos bolsones en la casa, llenó un barreño en la bomba de agua y se lavó las manos. Como si viviese aquí y yo fuese el invitado. Esa primavera, entre los dos trajimos al mundo ocho corderos. Los ocho primeros.

»Ella no me hizo ninguna pregunta, así que yo tampoco le pregunté nada. No la miraba demasiado, salvo cuando no me veía. Tenía el porte de un hada y yo me despertaba todas las mañanas pensando que seguramente ya no estaría allí, así que nunca sabría si la había soñado o si había empezado a dormir en la paja del establo por puro desvarío, para dejarle mi colchón a un espejismo.

»Pero se quedó. Les puso nombre a los corderos. Comió ensaladas de diente de león y sopas de romero conmigo. Trasquiló y ordeñó los animales. Me contó que se llamaba Carmine, y otras muchas cosas. Bailó delante del fuego cuando yo tocaba el pífano y el pandero. Y me invitó a acostarme con ella en mi propio colchón.

»A veces Carmine tenía episodios tempestuosos. Por un moretón en el muslo, por un comentario oído en el mercado, entraba sin cerrar la puerta, se hacía un ovillo y se quedaba acurrucada en el suelo rechinando los dientes. No lloraba, ni gritaba. El cielo lo hacía por ella. Tormentas y lluvias como solo el monte Bégo sabe desatar. El restallar de un látigo gigante que golpea contra las copas de los árboles, alerces aullando como si los desenraizasen, como si les

arrancasen las piernas del suelo, animales balando en eco, pateando aterrorizados al otro lado de la pared. Y, sobre todo, relámpagos hendiendo la montaña. A lo mejor, me dio por pensar entonces, Carmine se había quedado por el tempestiario que percibió en mí, para que alejase de ella las tormentas. Sin embargo, aunque le pidiese al cielo que apaciguase su ira, nada funcionaba mejor que mantenerla abrazada contra mí y susurrarle palabras como “mi querida Carmine, mi niña bonita, mi preciosa Carmine”. Luego, ella repetía mis palabras: “Carmine bonita. Carmine preciosa. Carmine querida”. Su frente se volvía menos febril. Su mandíbula se aflojaba. Respiraba mejor y el huracán pasaba.

»Una vez, al volver a casa, la encontré sentada junto al fuego, frente a un hombre con levita negra y cuello blanco. “Este señor nos va a casar”, me dijo. “Me parece bien”, respondí, porque era lo que pensaba.

»El día que celebramos nuestra boda, al verla con su corona de abeto, su vestido de lana tejida, las pecas en la nariz y en los pómulos, pensé que acababa de casarme con un espíritu del bosque.

»No entendía por qué Carmine, la pequeña y menuda Carmine, cien veces más hermosa y veinte años más joven que yo, dulce desde la planta de los pies hasta la punta de las pestañas, morena y sonrosada, y guapísima —¿te he dicho lo guapa que era?—, decidió quedarse con un pastor gris, silencioso y tosco. Nunca me atreví a hacerle la pregunta. Tenía miedo de que ella también se lo preguntase.

»Yo me hacía cada vez más viejo, cada vez más arrugado, y ella seguía teniendo veinte años. Ya desde el principio las gentes la tomaban por mi hija y no tardaron en preguntarme si era mi nieta. Pero yo, como quien oye llover. Mientras ella permaneciese a mi lado, y mientras a ella tampoco le importase, podían decir misa.

»Se quedó embarazada, ¡y no te puedes imaginar lo guapa que estaba!, un poco antes de mi muerte. Mira que he visto alumbramientos, pero nunca un parto como el suyo. ¡Menudo caos!

»Carmine odiaba las camadas múltiples a más no poder. Temblaba de asco ante las ovejas preñadas y débiles, con las ubres deformes, las patas temblorosas bajo el peso de los pequeños. Miraba hacia otro lado. Y, luego, cuando adivinaba por el rabillo del ojo dos hocicos saliendo del mismo vientre, había que prepararse de nuevo para una noche de tormenta. Comprenderás entonces que no pudiese soportar ver su cuerpo convertido en un campo de batalla, sacudido por mordiscos y puñetazos. Aquel fue un invierno negro, lombardo, una tormenta tras otra, y las noches parpadeando, entrecortadas por relámpagos. Ni siquiera la buena de Mireille quería subir a la majada.

»Para tranquilizar a Carmine, recitaba los sortilegios que me había enseñado mi padre, palabras secretas que solo conocen los pastores. Dibujaba cruces con una pluma de avutarda. Clavaba cardos en las puertas para ahuyentar a las brujas y las sombras. Pero al cabo de nueve meses no pasó nada. No parió; al contrario, siguió engordando.

»Y luego ocurrió aquel incidente. La cosa fue que iba yo buscando una de mis ovejas que se había descarriado, no sé cómo resbalé y me golpeé la sien contra el borde de una piedra. Ni siquiera sentí dolor. Pero de noche, frente al plato de sopa, de repente lo vi todo blanco, después azul, muchas ganas de vomitar y luego nada.

»El resto ya lo sabes, porque estabas allí.

»No se me ocurre nada más, salvo que en sus delirios vuestra madre hablaba a menudo de desierto, de arena, de guerra olvidada, de rocas rojas y de estatuas. Nada que tenga sentido, qué quieres que te diga. ¡Ah!, también recuerdo que en medio de las fiebres a veces llamaba a una tal Gabrielle, pero que yo sepa no tenía ni hermana, ni madre ni tía con vida. Era huérfana y tampoco tenía amigos. Aparte de mí, creo. ¡Vaya!, o eso espero.

»¿Queda algo de té?

Al oír el nombre de Gabriel, Félicité siente el impulso de abrazarlo. Extiende la mano, que atraviesa el hombro de su padre en lugar de rodearlo.

—Entonces, ¿no sabes a qué se dedicaba hasta la noche en que apareció aquí? ¿A dónde iba, de dónde venía, por qué eligió este pueblo perdido o quiénes eran sus padres?

—Muertos desde hacía mucho —responde soñador el fantasma de su padre—. Enterrados juntos en Niza, en la colina. Adélaïde y Zacario. Ella nunca me dijo sus nombres de pila; los sé porque los escuché el día de la boda, pero no retuve el apellido. Y no sé nada más. Y te digo una cosa, Félicité: si tuviera que volver atrás, no querría saber nada de nada. Cuando tienes cuarenta años, el doble de ovejas y nadie a quien querer, si una noche un hada del bosque llama a tu puerta y quiere casarse contigo, no le preguntas nada. La verdad es una delicada pompa de jabón. Si te empeñas en cogerla, solo conseguirás que estalle.

El cuerpo y los cuervos

Convendrá usted conmigo, mi joven amigo, en que el relato de Félicité era apasionante, pero, llegados a este punto, me permití hacerle una observación: lo que me estaba contando transcurría treinta años después de los hechos. Y a mí, en los archivos, empezaban a preguntarme por el extraño abandono del pueblo de Bégoumas.

La estoy viendo como si hubiera sido ayer, sentada en el mismo sillón en el que está usted ahora. Posó la taza, muy lentamente, cuidando de que no chocase contra el platillo. Apoyó la barbilla en las manos cruzadas, me miró fijamente con aquellos ojos metálicos capaces de perforarte el cráneo y respondió:

—Ah, ¿sí?

Tragué un sorbo de té y Félicité continuó con su historia:

—Si subes a Bégoumas, encontrarás todavía hoy en medio de la plaza mayor, o lo que queda de ella, un rectángulo de flores carnívoras más altas que tú.

»Aquella tarde, antes de partir, Egonia golpeó el suelo con el pie y durante un momento creí que el sol se había puesto de repente. Una bandada de cuervos descendió como un tornado sobre el pueblo. Picotearon con tanta eficacia los adoquines que en un par de minutos habían practicado un agujero de tres metros entre el bar y la peluquería. Después, hurgaron bajo el montón de vidrios rotos, atraparon con sus garras el cuerpo de mi madre, lo colocaron en el fondo con el pico y cubrieron la tumba con las alas. Todo ocurrió tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de sentir de nuevo el olor cuando pasó mamá, ni mucho menos de despedirme de ella. Egonia escupió sobre los cascotes. Salieron esas flores enormes de colmillos puntiagudos, de un negro violáceo con irisaciones de púrpura y oro.

»Creo que a mamá le habría horrorizado.

»Pero era bastante mejor que dejar que se pudriera entre los restos de la cabina.

Derramar el té

En el viaje de vuelta, acomodada en el asiento trasero del automóvil, Agonie, que se ha negado en redondo a ponerse el cinturón, satura el habitáculo con su aliento de champiñones. En cada recodo del camino, Félicité le sugiere que abra la ventanilla, con el mismo tonillo entre tranquilizador y alarmado que utilizaba de niña para que Agonie reprimiese sus arrebatos. No quiere ni imaginarse lo que la bilis de su hermana puede hacer con sus asientos de cuero.

Cuando las curvas del valle se suavizan, mira a su gemela en el espejo retrovisor y le dice:

—No tienes derecho a guardarte eso para ti, ¿sabes? Era mi madre. Y, de todos modos, si quieres que la encuentre, tarde o temprano tendrás que decirme lo que había en el diario.

Agonie se aferra a los asientos delanteros con las manos ganchudas, la mirada frenéticamente atraída por el paisaje que desfila por la ventanilla, incapaz de fijar los ojos en el horizonte. Es la primera vez que se sube a un vehículo, ni siquiera montó nunca en burro. Por lástima, o tal vez por repugnancia, Félicité acaba bajando la ventanilla por su cuenta. El aire frío de la tarde atrapado entre las gargantas del Vésubie se cuela en el coche.

—A lo mejor más tarde —musita Agonie. El viento se lleva los cinco insectos negros que salen de sus labios.

De vuelta en lo alto de su palacio, Félicité enciende la luz del vestíbulo, se quita las botas y deposita las llaves cerca del teléfono. Su hermana se ha quedado plantada en el pasillo. Félicité suspira y la empuja como una carretilla hasta la ducha.

Egonia titubea unos segundos delante del cuarto de baño. Olores a naranja y a mango ascienden hasta sus fosas nasales solo con ver el lavabo. Pero es capaz de sobreponerse y razonar. Aquí, al menos, la puerta no tiene cerradura. Y, aunque la tuviera, su madre ya no está para echar la llave.

Después de mostrarle cómo abrir y cerrar los grifos, regular la temperatura y utilizar el champú, Félicité se dirige a la cocina.

Se frota las mejillas y los labios con detergente líquido. Deja correr el agua fría sobre la lengua durante un buen rato. Luego agarra el áspero paño de cocina que cuelga del horno y se frota con él la cara, el

cuello y los brazos, por todas partes por donde haya goteado el agua. El olor a cadaverina casi ha desaparecido. No así el recuerdo y las mentiras.

—¿Félicité? —la reclama la voz de Angèle-Victoire desde el salón—. Ya casi he terminado de beber lo que me ha preparado esta mañana. Ya hace un cuarto de hora que volvió y aún no he oído silbar la tetera…

La pasadora de fantasmas, con ambas manos apoyadas en la pila del fregadero, dirige los ojos hacia los estantes de su derecha. Su mirada se posa en las cajas alineadas.

—He preparado para nosotras dos un estupendo té reconfortante —proclama cuando la bruja sale del cuarto de baño y se asoma con cautela al salón con la piel mojada, humeante y roja. Se ha puesto la misma ropa sucia que llevaba y que hace un ruido como de triturador de basura en cuanto se mueve, pero al menos ya no huele tan mal. Félicité arrima una silla y la invita a sentarse.

Egonia se pone rígida, tensa. Salvo una vez, Félicité jamás había compartido su té con ella. Además, el servicio dispuesto en la mesa no tiene nada que ver con el juego de porcelana que le ofreció a su padre por la tarde. Son el día y la noche. La tetera es de hierro fundido, las tazas de madera tosca. Sólidas. Sin valor.

—Ven, Nanie, siéntate.

La orden, emitida con tono empalagoso, le recuerda otras: prohibiciones de tocar, invitaciones a entrar en lugares estrechos de los que no podía salir.

—Ten, toma una taza.

Las garras de Egonia se hunden en las palmas.

—Bebe mientras esté caliente.

Egonia se levanta de un brinco dando un puñetazo en la mesa. La tetera de hierro fundido da un salto olímpico.

—Cálmate, Nanie…

Con el dorso de la mano, lanza contra la pared la taza de madera, que proyecta el té humeante por el parqué, el aparador, la tapicería, y salpica a la condesa.

Félicité hace caso omiso de los gritos de indignación del fantasma. En un tono tranquilo, casi dulce, mucho más dulce que la mirada, dice:

—Lo que acabas de derramar es un té muy raro y muy valioso.

—¡Un té que hace hablar a quienes lo beben!

Félicité persigue frenéticamente las nueve mariposas hasta que salen volando por la ventana, luego se gira, jadeando, hacia su hermana menor.

Las gemelas no se dicen nada. Para qué.

No es necesario hablar para leer, palabra por palabra, el discurso interior que una y otra se dirigen.

Y, luego, francamente, ¿qué van a decirse
después de toda una vida ignorándose,
viviendo una como hija única y la otra como hija de nadie?

Treinta años después de haberse dejado, ¿qué pueden decirse?

Bajo los harapos de mi hermana
piensa Félicité
bajo esos harapos lo que se ve
es un montón de escoria de hez
una montaña
de desechos que yo abandoné
de la escalinata de mi palacio al pie
nada tan llamativo como lo horripilante
nada tan poderoso como lo repugnante
la repulsión que adrede extiende
para cabrear y merecer el odio de toda la gente
y con él regodearse
y en vista de que va a ser por ellos atacada
tanto elegir con qué daga
tanto arreglarse
para ofrecerla a cada mano que pase y guardar la ilusión
tras las cuchilladas
de que la herida no sangra
ya que en el fondo ese desgarro
solo por ella fue orquestado

Bajo los brillantes cabellos y bajo sus ropas plateadas
piensa Egonia
reconozco una sombra
la de la otra que podría haber sido
la mujer-hormigón de certezas cimentada
de rutinas acorazada
dura
sin fisuras
detrás de sus muros encerrada
ese territorio donde atesora
botines de acero porcelanas doradas cabellos teñidos
que no encuentra sitio para ninguna otra
sino ella
en esa fortaleza
no hay lugar para el desorden
para las inmundicias y la cólera
entonces
la mujer-hormigón las ingiere
y esconde todo lo que sobra detrás de las paredes
de máscaras y de espejos sin azogue

Detrás de las murallas y bajo los viejos harapos, cada una cree tener toda la razón.

Una porque, desde siempre, vive con la verdad, y la otra porque sabe que las personas que menos dudan son indefectiblemente las que se equivocan más.

Niza, ciudad marchita

En el momento en que Félicité persigue y echa por la ventana los nueve insectos negros de su hermana, en lo que menos piensa es en las plantas de los vecinos, que, francamente, le importan un bledo.

Pero a la mañana siguiente, los habitantes del barrio se preguntan por qué sus cultivos de balcón, sus albahacas y sus buganvillas se han marchitado durante la noche. En aquel entonces, el asunto causó bastante revuelo, nunca mejor dicho. La corporación municipal fue acusada de abusar de los repelentes de mosquitos. La asociación Niza Ciudad Florida se manifestó en la calle Saleya. El alcalde se vio obligado a disculparse públicamente.

En un periodicucho del tres al cuarto, un sedicente periodista escribió que todo aquello tenía mucho que ver con la brujería. Los nizardos, acodados en las barras de zinc de los cafés, se reían a mandíbula batiente de la ocurrencia del plumilla, pero, por si acaso, tocaban madera y andaban con pies de plomo al caer la noche.

El cementerio del castillo

Si visita los lugares de Niza recomendados por su guía, como supongo que hará cuando escampe, verá enseguida que en la colina del castillo no hay castillo. En fin, desde hace tres siglos. Yo sostengo que el nombre es una broma de mal gusto. Una estafa. ¡Ni que necesitásemos atraer hordas de turistas! Todo eso solo sirve para decepcionar a los veraneantes, que luego van diciendo por todas partes: «Los nizardos esto, los nizardos aquello, mucho presumir de la colina del castillo y ni siquiera tiene castillo, y encima es una gente antipatiquísima, los del norte no tendremos sol en el cielo pero lo llevamos en el corazón…». Ya sabe, esa clase de gilipolleces.

Pero qué se le va a hacer, las cosas son como son. Lo que es indiscutible es que, con fortaleza o sin ella, la colina es bonita. Allí paseamos los domingos entre los carritos de bebé y los perros, con preciosas vistas a la bahía, azul si miramos al mar, y de color caramelo de tofe hacia los tejados. Nos hacemos fotos de familia a contraluz, delante de la gran cascada, fotografías en las que siempre sale alguien que cierra los ojos emocionado, y vamos al cementerio. La vista que tienen sobre la ciudad los que están enterrados allí arriba hace pensar que algunos muertos están mucho mejor que bastantes vivos.

El exterior del cementerio absorbió todos los colores. En el perímetro de sus muros hay cipreses con aromas de ámbar y campanarios con revoques de arena y miel; en el interior dominan el blanco, el gris y el negro. Ángeles sin pupilas deslumbrados por el sol, posados en sus palacios de mármol. El silencio quebrantado solo por la gravilla bajo la suela de los zapatos.

Aquel sábado por la mañana es el tercer día consecutivo que Félicité sube a la colina a buscar allí a sus abuelos Adélaïde y Zacario. Sí, Adélaïde y Zacario a secas. Dos nombres desnudos, sin apellido que los vista, que se encuentran entre las dos mil ochocientas tumbas alineadas en catorce mil metros cuadrados de inmaculado laberinto. En los archivos ni siquiera vale la pena pensar, porque sin apellidos, sin año de nacimiento, de muerte o de esponsales, no se puede hacer nada. Por lo tanto, lo que necesita es una tumba, y eso es lo que ha venido a buscar los tres últimos días.

¡Si al menos pudiera contar con la ayuda de su hermana!

Había olvidado esa sensación pegajosa que siempre acompaña la presencia de Agonie. Cuando eran niñas, notaba sus grandes ojos siguiéndola por todas partes en la majada, devorándola con envidia desde el techo. En aquella época no la odiaba. A ella tampoco le habría gustado tener que esconderse en las vigas para escapar de los arrebatos de cólera de su madre. La pequeña Félicité tomaba por compasión aquel nudo que se le ponía en el estómago, por la tristeza de saber que su hermana estaba sola allí arriba. No le gustaba estar lejos de Nanie, porque Nanie la necesitaba.

La Félicité adulta interpreta otra cosa: lo que le pesaba en la nuca era el deseo obsesivo que consumía a su gemela de robarle la piel para hacerse un traje con ella. Cada carantoña de Carmine se tornaba molesta, teñida de vergüenza y del rechinar de las uñas de Agonie en la madera de las vigas.

Treinta años después, solo queda el malestar. Y, aunque Félicité ya no sea una niña, todavía no se atreve a sacudirse violentamente, de una vez por todas, esa sanguijuela agarrada a su brazo. Cuando se acuesta, lo hace con el estrépito de Agonie, que se agita en la sala de estar. Cuando se despierta, Agonie ya está levantada, repasando los muebles con la yema de los dedos impregnados de saliva para que crezcan en ellos sus flores monstruosas. A la hora del té, Agonie se inclina sobre las cajas de las infusiones, atraída como un fantasma por las hojas todavía secas. Félicité guarda lejos de la boca de su hermana las reservas de los tés especiales. Sobre todo el del valle de la Masque, el más poderoso de todos, que tiene una solera de ciento catorce años. Ese, en concreto, lo colocó en el fondo de la alacena.

Le haría falta un doble fondo en la alacena de los tés; en realidad, en todos los muebles. Félicité ya no sabe dónde esconder lo que para ella es precioso y que su hermana disfruta destruyendo. Primero puso candados en las puertas de los armarios empotrados, pero los insectos se posaron encima y los oxidaron hasta que se cayeron. Su pañuelo de seda más hermoso, que Marine le trajo de Suzhou, pasó a mejor vida. Las polillas lograron colarse por las ranuras del vestidor.

Acabó cubriendo con una lona todo el piso, el parqué, los muebles, las paredes, el techo. Aun así, tiene que arrancar veinte veces al día las raíces rastreras que Agonie siembra a diestro y siniestro escupiendo por doquier.

Pero es bien cierto que no hay mal que por bien no venga. Por lo menos hay alguien contenta en el piso. Angèle-Victoire se lo pasa en grande viendo cómo Egonia pone patas arriba las rutinas de su huésped. Nunca se ha reído tanto como al ver a Félicité irrumpiendo

en el salón en traje de apicultora para protegerse de las mariposas que escupe su hermana, aunque enseguida se le congeló la sonrisa en los labios cuando cayó en la cuenta de que con aquellos guantes la pasadora de fantasmas no podría prepararle ni una mísera taza de té.

Agonie, en cambio, siguió riéndose sarcásticamente.

Félicité da vueltas a las preguntas que se pasean por su cabeza: ¿por qué quieres castigarme? Durante treinta años he esperado noticias tuyas, creí que habías muerto, vale, preferí creerlo, ¿y ahora vas y reapareces con esa cara, una cara, por cierto, que no tiene nada que ver con la de mi hermana, y lo destruyes todo? Al final opta por callarse. Casi no se han dicho nada desde el episodio del té derramado.

Mejor concentrarse en las raíces de las flores, los cazamariposas y la escafandra antiira bajo las sienes.

De camino al cementerio, por las estrechas callejuelas del casco antiguo de Niza, Félicité camina deprisa. Su hermana gemela le sigue los pasos.

La pasadora de fantasmas no le había dejado seguirla los dos días anteriores. Su hermana mayor la ha acogido, le permite asearse y comer caliente. Incluso dormir en una cama. De lo que se deduce que Félicité cree que Egonia va a portarse bien, a mostrarse cortés y, sobre todo, a guardar silencio.

Pero Egonia sabe que a su hermana nunca le bastará con eso. Incluso a su espalda puede oler el ácido efluvio de exasperación que exuda Félicité.

La bruja escupe, dispara saliva al hablar, dice lo que se le ocurre y hace reír al fantasma de la condesa solo para fastidiar a la mayor. Y también para que su gemela, al salir por la mañana, deje de encerrarla tras esos cerrojos de acero inoxidable que puso por todas partes.

Félicité lo aguantó dos días.

Al tercero, tiró la toalla y accedió a dejarla salir. A condición de que —lo repitió veinte veces, que Egonia recuerde— estuviese callada o se agenciase un bozal. En caso contrario y sintiéndolo mucho, el diario de Carmine y las pistas se podían ir a tomar viento fresco. Buscaría a su madre ella sola y Agonie se podría volver por donde había venido.

Por lo que ha entendido Egonia, buscan a los padres de Carmine, es decir, a sus abuelos. ¡Menuda ocurrencia! ¿A su hermana no le parece suficiente la familia que tiene? ¡Anda que como los abuelos se parezcan a su madre!…

Félicité llega a la cima echando los bofes. Antes de entrar en el cementerio, recupera el aliento apoyada en la balaustrada, observando

los ferris que trazan cicatrices en la bahía.

El primer día se había dirigido al guardián del cementerio para conseguir un plano, tal vez alguna indicación. Pero el vigilante, sentado en su oficina bajo un águila coronada, había elegido aquella profesión porque los muertos le permitían hacer sus sudokus en paz, no para dejarse acosar por turistas convencidos de que se sabía de memoria todos los nombres grabados en las dos mil ochocientas tumbas del recinto.

Félicité le dijo con una sonrisa dónde vivía: en el palacio Caïs de Pierlas. Último piso. El guardián no entendió de inmediato por qué le daba su dirección. Al cabo de tres segundos, sus ojos se abrieron como platos y descolgó el teléfono a toda velocidad.

—Le presento mis disculpas, señora —dijo avergonzado, colgando el teléfono—. Ni siquiera en el ayuntamiento saben nada al respecto. Sin una fecha ni un apellido…

Félicité vuelve a subir el camino que bordea las lápidas de mármol. Entrada del Polvorín, calles del Brûloir y del Bon Docteur, cementerio judío y protestante, columbario; examina cada placa, incluidas las demasiado antiguas y las demasiado recientes para que sean factibles, y por cada tumba leída marca un nombre con una cruz en su cuaderno. Las estatuas encaramadas en los tejados de los mausoleos la observan, la siguen con sus ojos vacíos por las avenidas laterales, depositarias de todas las respuestas e incapaces de proporcionarle ninguna.

Agonie trata de ayudarla, por supuesto, pero tarda por lo menos un minuto en descifrar una simple línea. De todas formas, va repasando tras ella, porque, si se saltase un solo nombre, habría que empezar el recorrido de nuevo.

Hasta ahora, ninguna de las dos mil tumbas leídas lleva los nombres que busca Félicité: hay tres Adélaïdes, siete Adèles y dieciocho Zacharies, la mayoría en el cementerio judío, pero ninguno de esos nombres van contiguos. Y apenas les quedan dos pasillos por revisar. Félicité trata de no perder la esperanza y se concentra en su tarea: leer la tumba; inscribirla en su cuaderno; marcarla con una cruz.

Pero usted, amigo mío, tiene una ventaja sobre ella: usted ya sabe que ese día, por fin, Félicité encuentra algo, puesto que es el día que le estoy contando con pelos y señales.

Un cañonazo estalla a lo lejos. Es mediodía. El sol obliga a Félicité a quitarse la chaqueta y todavía no ha encontrado nada. No deja de sorprenderle que los padres de su madre hayan podido permitirse el lujo de tener aquí su última morada, en un cementerio donde los

muertos disfrutan de absurdos palacetes y de estelas funerarias dignas de reyes.

Tienen que estar ahí. Forzosamente. Su padre se lo dijo bajo los efectos del té especial. A través del guardián, los archivos municipales han confirmado que ninguna concesión con esos dos nombres fue revendida en el último siglo. Están aquí, en algún lugar, se repite Félicité. Solo hay que encontrarlos.

La pasadora de fantasmas llega al remate de la calle Alpini, encajada en el fondo del cementerio, contra el muro deteriorado que marca su final. En su cuaderno, anota la estela número dos mil ochocientos, seguida de una cruz.

Se sienta en la losa más cercana. Es la tumba de un niño pequeño, muy antigua, con el nombre casi borrado.

Algo más lejos, Agonie se ha quedado pasmada frente al muro. Félicité se enjuga el sudor de la frente. Si la tía petarda se pasa el rato admirando los muros, no es de extrañar que tarde tanto en avanzar.

Su hermana le hace señas. Que acuda a ver.

«Por mí puede esperar sentada», se dice Félicité. Hace demasiado calor para moverse. Sobre todo para mirar como un pasmarote un viejo muro.

Agonie levanta entonces una mano y, con la afilada punta de la uña amarilla, sigue el trazado de las incisiones y agujeros grabados en la superficie. De lejos, Félicité distingue el contorno impreciso de una letra. Luego otra. Y muchas más. Se incorpora y se acerca intrigada. En la pared, docenas, cientos de letras enmarañadas forman miles de nombres grabados a lo largo de decenios, difuminados por el tiempo y la pátina verdosa que tapiza las piedras.

Félicité frunce el ceño.

—Eso no significa nada.

En el caso improbable de que lograsen descifrar todo el muro, cabe la posibilidad de que los nombres que buscan no estén allí. Pueden haberlos tapado. Y, suponiendo que los encuentren, sin apellido ni fecha, no habrán conseguido nada.

Egonia enarca las cejas. ¡Cómo si tuvieran elección!

La Asociación de Leedores de Tumbas

Si usted tuviera que caracterizar a un nizardo, así, de buenas a primeras, ¿qué es lo primero que diría? Venga, hombre, no se corte. Diga lo que piensa. No me voy a ofender. Después de todo, basta con mirarme a la cara para hacerse una primera idea —bueno, si prescindimos del té y los manteles de encaje—.

Ya veo que es usted un poco tímido, o demasiado educado, o un gazmoño, así que le echaré un capote: el típico nizardo se caracteriza por un bigote poblado, una panza prominente, un vaso de Ricard en una mano, una bola de petanca en la otra, y en la boca siempre sus «cabeza de chorlito, ¿no ves el boliche?, tiene el diámetro de un limón de Menton, ¿a qué esperas?, ¿a que te lo anuncien con el cañón de las doce?».

Vale, pues ese es el vivo retrato de Maurice, presidente de la Asociación Nizarda de Leedores de Tumbas. Sin el pastís ni las bolas de petanca, excepcionalmente, aquella mañana de domingo.

Son las siete y las cigarras ya cantan bajo la atmósfera canicular. Sin embargo, Félicité apenas jadea cuando llega al cementerio y se dirige a grandes zancadas hacia el fondo, hasta alcanzar la calle Alpini.

Maurice la espera allí con una maleta.

—Es increíble el regalo que me has hecho, Félicité.

Detrás de él, sus tres acólitos asienten con grandes cabezadas. Uno parece un estibador de una empresa de mudanzas —camiseta de tirantes blanco sucio y moreno de camionero en los bíceps—; otra se parece a la reina Isabel —perlas falsas y cardado—. El último, un treintañero desgreñado, le dirige una sonrisa bobalicona a Félicité como un fan que espera a ser reconocido por su ídolo. Los cuatro miembros de la asociación lucen en el pecho una chapa con el acrónimo ANiLeTu.

—He pedido a un par de veteranos que vengan. Y, bueno, también este chavalín que insistió en ayudar. Es que hay mucha superficie que leer. Y, además, hay que espabilar antes de que la universidad, urbanismo o el sursuncorda nos cierren el perímetro al enterarse del descubrimiento.

En ese momento, la bruja se une a ellos con un estrépito de

chatarra.

—¡Caramba! ¡No me lo diga! ¡La hermana de Félicité! —celebra Maurice—. Se parecen como dos bolas de petanca. ¡Qué pavero!

No sabría decirle, amigo mío, qué molestó más a Félicité: que la comparasen con una bola de petanca o con su hermana. De lo que sí estoy seguro, como que ahora mismo está lloviendo a cántaros, es de que fue Egonia quien me comentó que le había molestado y también de que Félicité aseguró no acordarse de nada.

—Váyase preparando, señora, porque se va a armar la marimorena. Su hallazgo es la repanocha para los leedores de tumbas. ¿Y cuál es su gracia?

—Egonia.

La bruja atrapa al vuelo el insecto que sale de sus labios. Los desconocidos tienen un olor peculiar.

—Me gusta, parece el nombre de una flor. Muy original. Que este menda sepa, nunca visto en una lápida. ¡Venga, panda de gandules!, al tajo antes de que el sol empiece a picar.

Los cuatro leedores cogen sendas botellas de la maleta de Maurice y comienzan a rociar la pared. Bajo las gotas, el musgo verde se vuelve negro; con la ayuda de los dedos se desintegra.

—Si quieren, pueden participar —les sugiere la señora de las perlas.

Félicité se adelanta y contesta por su hermana:

—Ya les echo yo una mano. Mi hermana se queda al final de la calle…, alguien tiene que vigilar al vigilante.

Egonia contiene su ira. No para complacer a Félicité, sino por respeto a aquella gente, unos tipos raros cuyo olor no se parece a nada que ella conozca.

Lo peor es que su hermana, por no variar, tiene razón. No pueden arriesgarse a que Egonia destruya la pared como hizo con el diario de Carmine. Aun así, no se arrepiente: lo que vio en aquel diario es todo lo que posee, algo que, por una vez en la vida, Félicité no tiene.

De repente, Maurice emite una exclamación: acaba de encontrar un nicho. Una losa de mármol incrustada en la piedra. Le pregunta a Félicité si sus abuelos eran ricos, tal vez nobles. La pasadora de fantasmas lo ignora todo de sus antepasados. Si los busca, es precisamente para averiguarlo.

Los leedores, linterna en mano, ahora bajo un sol de justicia, se giran hacia el muro. La lectura va a empezar.

A estas y otras cosas dedican los viejos nizardos las largas horas de su jubilación, y el joven las de los domingos. A descifrar en las tumbas los epitafios borrados que ya nadie lee, los nombres de los muertos a quienes nadie lleva flores. Cada uno de ellos, frente al trozo de muro

que le corresponde, se transfigura. Tienen el semblante de aquellos cuya laboriosa y lenta tarea ataca los pies de los gigantes. Todos los que desafían a la muerte y a siglos de olvido suelen tener esa pinta, o de conquistadores o de chiflados.

Los leedores susurran el sonido de las letras que van descubriendo para darles forma. Cuando cierran los ojos para leer con los dedos, da la impresión de que estén rezando. Inclinan sus linternas para distinguir mejor el contorno de los grabados. A veces sacan una lupa y se llaman en voz baja para confirmar una palabra. Apenas se les oye bajo el incesante estridular de las cigarras.

Sentada en el banco al final de la larga avenida de tumbas, Agonie vigila a un guardián que no vendrá. La señora de la calle Saleya le ha regalado un cuaderno de sudokus. Tiene mucho en que ocuparse.

Félicité se une a ella en el banco, porque es el único lugar a la sombra y siempre es mejor que poner las posaderas en la tumba de un niño. Observa a Maurice de lejos y se pregunta si él y sus discípulos descubrirán algo. Si el leedor ha encontrado un parecido familiar entre ella y Agonie, como mínimo va a tener que graduarse la vista.

Egonia, a su vez, piensa en lo que ha dicho el bueno del hombre. De pequeña soñaba con esa frase. Cómo te pareces a tu hermana. Ahora, prefiere no parecerse en nada, y por nada del mundo, a su gemela.

Los leedores de tumbas, por su parte, continúan con sus imprecaciones a las piedras.

—Nunca había pensado en nuestros abuelos.

Félicité no se dirige a nadie. Las palabras salen solas, empujadas fuera de ella por el cansancio y el calor líquido que se infiltran en su lugar.

—Y no porque creyese que estaban muertos. No lo pensé, sin más. Como si mamá no fuese hija de nadie o hubiese existido siempre. «Un espíritu de los bosques», dijo papá. Es difícil imaginar un espíritu del bosque al que hay que cambiarle los pañales y sonarle los mocos.

Pero es más disparatado, todavía, que su madre, viuda del pastor Germain con veinte años recién cumplidos, hubiese tenido un primer matrimonio del que nadie sabía nada.

Las últimas noches, Félicité lamentó haber dejado en la majada el espejo ovalado. Lo que daría por tenerlo con ella. Y no precisamente para tocarlo como un amuleto antes de dormir, sino para hacerlo añicos y pisotearlo en el suelo con los tacones hasta dejarlo reducido a un montón de arena brillante.

—¡Vaya, vaya! Así que Carmine mentía.

Las media docena de mariposas se va volando sin que nadie se

moleste en atraparlas. Una lástima, porque todavía quedaban uno o dos ramos de flores en el cementerio que no estaban marchitos o eran de pega.

—¿Por qué has venido?

Félicité se vuelve hacia Agonie.

—Te diré lo que creo. Yo creo que, sin mamá, ya no tienes a quién culpar por lo que eres. Por la fealdad y el hedor que arrastras por todas partes como una coraza que a duras penas te tranquiliza y no asusta a nadie. Creo que buscas a alguien para reemplazar a tu madre y seguir pensando que nada de esto es culpa tuya. Así que ahora soy yo la nueva acusada. Mira por dónde, hasta estoy sentada en el banco. Pero no soy la única sentada aquí. ¿Y sabes qué, Agonie? No te daré ese gusto. No me ofreceré como chivo expiatorio de tu desgracia. Puedes irte. No te retengo. Recuérdame lo que te dé la gana de mamá: sus mentiras y lo que sacrifiqué por ella al negarme a escucharte. Trata de provocar mi odio tanto como quieras. No lo conseguirás. Si te odiase tanto como imaginas, ya estarías lejos. No tengo tu poder, pero tengo los medios para hacerme obedecer. No, te diré la verdad. Sabes que la digo siempre. La verdad, hermanita, es que solo siento una inmensa piedad por ti.

Desde lo alto de los mausoleos, los ángeles de rostro pensativo, transido por el dolor y la compasión, asienten dulcemente con la cabeza. Conocen mejor que nadie la piedad. Durante todo el día ven a los vivos demorarse con los muertos.

Félicité se alisa la blusa.

—Seguiré buscando el fantasma de mi madre. Porque sí, tienes razón, me mintió, y quiero entender por qué. También quiero saber si fui yo quien la mató, por lo que le dije poco antes de su muerte, y averiguar lo que estaba tratando de revelarme en el momento de morir. Todavía no sé por qué la buscas tú, ni siquiera sé si quieres encontrarla realmente. Solo te pido una cosa: si te quedas, al menos ayúdame.

A Egonia lo que le pide el cuerpo es escupirle en la cara.

Lo que daría por ver una flor hambrienta plantando sus raíces en el cráneo de su hermana y haciendo brotar hojas negras de sus ojos. En lugar de eso, escupe sobre el querubín afligido que adorna la lápida de enfrente. La planta crece en la cabeza del angelote como un absurdo sombrero. El cuello cruje bajo las raíces que lo atenazan.

Egonia ya ha ayudado a Félicité. Y a lo grande, nunca mejor dicho. Lo del muro es gracias a ella. Sin el muro no tendrían nada. Ni una sola pista. Si ella supiera leer bien, como saben las personas que han ido a la escuela con sus carteras, habría buscado palabras, frases con

sentido. Pero ella solo sabe cómo detectar líneas que se parecen a las letras. A veces, en su bosque, la forma de una rama le recuerda la de una *E;* un charco, las curvas de una *B.* Y para de contar. Lleva tiempo sumarlas para combinarlas hasta obtener un resultado. Quizá los niños de cinco o seis años, que corretean por allí a la espera de que termine el entierro del abuelito, también hayan visto lo que vio Egonia en el muro, unos mocosos que están empezando a distinguir una *G* de una *C,* que todavía necesitan pensar con mucha fuerza en el guioncito que hay sobre el semicírculo para notar la diferencia entre ambas, y a los que nadie hizo caso de lo que veían. Quizá. Pero es a ella a quien se le debe y es ella quien se quedará. ¡Vaya si se quedará!

Félicité ha tenido toda la vida para discutir con su madre. Para decirle todo lo que le daba la gana. Ahora le toca a ella hablar con Carmine. Es su turno, para dar por fin respuestas a la niña asustada del aprisco, la niña relegada a las sombras bajo el tejado.

Cuando retumba el cañón del mediodía anunciando las doce, los leedores de tumbas apenas se detienen para engullir un *pan-bagnat,* encasquetarse un sombrero en la cabeza y reanudar el descifrado. Para cubrir el expediente, el guardián asoma la cabeza por la hilera de tumbas contemplando de lejos lo que trama aquella gente, sin osar acercarse más. Allí abajo está esa especie de espantapájaros que funciona incluso mejor con él que con los pájaros. Y luego, el muro del fondo, que no ha limpiado desde hace bastante tiempo, de repente le parece muy limpio, de modo que para qué quejarse. ¡Como si les da por fregar todo el cementerio! Allá ellos con sus historias. Sobre todo porque tiene un nuevo cuadernillo de sudokus por resolver.

El sudor resbala gota a gota por la espalda de Félicité, desde los omóplatos hasta más abajo de los riñones. El banco ya no está a la sombra, Maurice se las arregla muy bien sin ella y el hedor que despide su hermana la aplasta tanto o más que el calor, de modo que se levanta y se dirige hacia la capilla a la entrada del cementerio.

Con sus redondeces ocres y sus cúpulas de tejas verdes, la iglesia parece una enorme calabaza decrépita. La pintura se descascarilla en los pilares y alrededor de las ventanas. Frente a la puerta, un cartel anuncia:

Servicios Oraciones Funerales por la intención de los difuntos
Bendición de sepulcros Recepción religiosa de un cuerpo
Entierros Incensaciones Cabos de año
y Misas de cuarenta días Bulas de indulgencia plenaria
Oraciones jaculatorias Dirigidas por un sacerdote
de la parroquia de

Si le hubiesen dejado alguno en el buzón, el cartel le recordaría los folletos de los morabitos; pero los chamanes de Niza no se molestan en dejarle ninguno, saben de sobra que la pasadora de fantasmas no los necesita en absoluto.

La puerta de la capilla está cerrada. Félicité está a punto de pedirle la llave al guardián cuando oye a su espalda a alguien corriendo sobre la grava. Es el joven leedor desgreñado, que la interpela, sudoroso y sin aliento:

—Doña Félicité…, hemos encontrado algo… en el muro…

La interpelada lo sigue sin dilación hasta la calle Alpini.

—Mira —le dice Maurice al verla acercarse—. Allí, la *Z* de Zacario, ¿la ves? Es la letra que mejor se lee. Y, ahora que lo sabes, fíjate alrededor. Aquí tienes el ampersand y la diéresis de Adélaïde. Son los que están enterrados aquí. Aparte de estos dos, hay cientos de nombres grabados a mano de cualquier manera. No son regulares ni muy profundos, algunos ni siquiera completos. En la placa original, tenlo por seguro, solo estaban Adélaïde y Zacario. Los otros vinieron después.

Media hora más tarde, han logrado restaurar bajo los nombres una fecha, una cruz, cuatro palabras y un poema:

ADÉLAÏDE & ZACARIO
13.01.1875 †
Nodriza-oráculo — Mayordomo-cartógrafo

Yo os bauticé con nombres
que nunca habéis llevado
y os revelé territorios
que nunca habéis visitado
Anuncio hoy mi partida
sin coronas ni boato
al río Paillon las cenizas
y los espejos velados

Archivos secretos

Félicité pidió a Maurice que volviese a comprobar la fecha en la piedra. Varias veces. ¿Es posible que hubiese confundido el 8 con un 9? ¡Ni hablar del peluquín!, está segurísimo, y los otros tres leedores lo corroboran: marido y mujer murieron el mismo día de enero de 1875.

En vista de ello, la pasadora volvió a subir el lunes hasta Bégoumas para confirmarlo. Su padre, a su vez, reiteró lo dicho: pues claro que hablaba de los padres de Carmine. Ni de los abuelos ni de los bisabuelos. Se bebió encantado otro té y repitió: Adélaïde y Zacario. Enterrados juntos en Niza, en la colina del castillo. El padre y la madre de Carmine. De otra cosa no estará seguro, pero lo que es de esa está segurísimo.

Su hermana Agonie parece pasmada.

Por más que Félicité le explique que su madre no tenía veinte años sino casi cien cuando ellas nacieron, y casi un siglo y medio cuando murió, Agonie sigue sonándose y escupiendo en el suelo y dejando que sus flores colosales le invadan la casa. No entiende nada, supone Félicité. Demasiadas cifras de golpe. La pobre nunca aprendió a contar. Sí, es eso, se dice Félicité, Agonie no logra entender que acaba de abrirse un enorme vacío. Una mentira inconcebible, absurda, más grande que el monumento Rauba-Capeù a los fallecidos en la Gran Guerra, pero sin la gloria que el cenotafio lleva aparejada.

Aunque es irónico. Su madre se iba cuatro veces al año sin dar explicaciones ni dirección alguna, vivió el doble de lo que parecía y, pese a todo, tuvo el cuajo de hacerle creer a Félicité que, sin ella a su lado, no le quedaba nada.

La primogénita recuerda muy bien todas aquellas frases que le decía Carmine cuando regresaba a Bégoumas después de sus primeros viajes: «Cuánto te he añorado, qué contenta estoy de volver a oír el sonido de tu voz, mi niña bonita, mira, te he preparado tu plato favorito». Poco a poco las palabras cariñosas se fueron transformando en ataduras que le impedían irse: «Te voy a echar muchísimo de menos, cuándo vuelves, por qué no te quedas hasta Navidad, eso me haría tan dichosa; pero, mujer, tres semanas es mucho tiempo, te necesito mucho antes para la paridera de las ovejas, no puedo con

todo yo sola, estoy cansada, a veces preparo platos que te gustan y luego recuerdo que estás lejos así que me los como sin ti, y qué comes por esos mundos, ah, por eso siempre vuelves con unos kilitos de más; no, Félicité, Carmine no está aquí en este momento, se lo ruego, señora, es mejor que se vaya, ¿dónde estabas, Félicité?, tuve hambre y no viniste».

A Félicité nadie le devolverá esos treinta años de renuncia. Es lo que pasa cuando entregas tu vida a alguien imperfecto. Esa vida que creías tan preciosa te la devuelve como un papel arrugado.

Félicité agarra el bolso y las llaves y le dice a Agonie, hipnotizada por la televisión:

—Voy a ver a una amiga. Puedes quedarte aquí o salir a tomar el aire, como quieras, pero no toques nada.

Dando un portazo tras ella, prefiere no preguntarse en qué estado encontrará el piso cuando regrese.

Para recorrer los cuatro kilómetros que la separan de su destino, Félicité se tira una hora en su Panther tocando la bocina, frenando, insultando a los conductores en el paseo marítimo, y veinte minutos moviendo una pierna espasmódicamente detrás de un camión de reparto estacionado en triple fila. Desquiciada, adelanta por la derecha a un atontado que deja pasar a toda la provincia cuando el que tiene prioridad es él, se sube a la acera con dos ruedas y desemboca, libre como un pájaro, en la avenida Fabron. Unos instantes después, estaciona en el aparcamiento de un complejo residencial feo y gris.

Los archivos municipales de Niza. Solo hay tres tipos de personas que saben de su existencia: los que trabajan allí, los que viven allí y Félicité.

Una serie de inmuebles se alza a su alrededor como murallas. Edificios de diez pisos, disfrazados con toldos a rayas para hacer creer a los pobres que respiran el mismo aire que la gente del paseo marítimo. Al menos disfrutan de una vista privilegiada de la villa de los archivos, un palacete de mármol, de lámparas de araña y molduras, escondido en medio de aquella fortaleza vertical. Con su parque salpicado de estatuas y fuentes, parece una perla en un estuche de cemento.

Ahí es adonde se dirige Félicité. No ha mentido: realmente va a ver a una amiga. Da la casualidad de que esa amiga es archivista y es quien ha transmitido a Félicité toda su ciencia de los tés especiales.

La teinóloga-archivista

Encontré a Marine —me contó Félicité— como te encuentras en la cabeza la primera cana. Sin buscarla, sin previo aviso y, fatalmente, demasiado pronto.

El año que cumplí quince, en la escuela de Bégoumas me dijeron que tenía que ir a Tende a examinarme para obtener el certificado de estudios y que, si aprobaba, iría al liceo de la ciudad. Como puedes suponer, no le dije nada a mamá, imagínate. No creo que se le hubiese pasado por la cabeza que algún día su niña del alma podría irse a ningún otro lugar y llevar una vida que no fuera la de la hija de un pastor; de un pastor muerto, que no es lo mismo. A mí tampoco, por cierto. Si no me hubieran dado la idea en la escuela, me habría quedado allá arriba hasta hoy.

¿A qué me habría dedicado? Que me aspen si lo sé. A servir té en el bar Hydra, probablemente. Así que ya ves, al final, no habría cambiado gran cosa. Bueno, el caso es que fui a Tende, me examiné y obtuve el certificado de estudios. Con el pláceme del tribunal.

Cuando recibí el resultado, una semana más tarde que los demás porque el cartero no venía a menudo a Bégoumas, me quedé patidifusa. Abrí el sobre que me entregó el cartero en la puerta. No me hizo falta leerlo hasta el final. No habría podido, si te soy sincera. Desde el «Nos complace comunicarle», ya se me había nublado la vista.

Entró mamá. Escondí la carta y parpadeé con fuerza. Se pasó la tarde preguntándome qué me pasaba, que me veía rara. Y yo diciéndole que no, que nada, que había estado tomando el sol y que estaba cansada. Era verdad: había esperado al cartero frente a la puerta desde las nueve de la mañana. Pero sobre todo quería acostarme temprano para releer en secreto mi carta, sola, en la cama que compartía con ella.

Nunca había guardado un secreto solo para mí sin decírselo a mi madre. Tampoco le hablé de ello a Nanie.

En la penumbra del altillo, mientras mamá permanecía abajo junto al fuego y mi hermana al otro lado de la pared, donde antes dormían las ovejas, saqué el papel. Lo leí tantas veces que aún podría recitártelo de memoria. Lo que aquel papel me decía era que, en algún

lugar, entre los miles de millones de futuros posibles que desfilaban ante mí, había uno, más brillante que los otros, en el que ya no era la pequeña Félicité, hija de Carmine y del fantasma de un pastor, atrapada en una montaña fría con mi aburrimiento y mi gemela. Leyendo aquel papel, me vi a mí misma —como si estuviera viendo una película en el cine— sirviendo el té en un salón abarrotado de libros y teteras. Sentado en un mullido sillón frente al mío, un fantasma que levanta su taza y bebe té conmigo.

¿Cómo supe que era un fantasma?

Porque se parecía a mi padre. No quiero decir por sus rasgos, no sé si me explico, sino por su apariencia. Un fantasma, en realidad, tiene exactamente la misma forma y los mismos colores que tú y que yo, nada de transparencias o de volar por encima de la gente, todas esas paparruchas de las que hablan los indocumentados. Tienen simplemente…, no sé cómo explicarlo, esa pinta de caminar al lado de sí mismos. Más preocupados por el espectáculo de los recuerdos representados una y otra vez en su mente que por todo lo que se mueve y pasa ante sus ojos. Algunos vivos tienen ese aspecto. A veces los tomo por espectros. La gente que los rodea también, desde luego.

Aquella versión del futuro nunca me abandonó. Soñaba con ella continuamente. Por la noche, junto a mi madre; durante el día, junto al lago donde se bañaban los niños, hasta el punto de que casi me convierto en un fantasma yo misma.

Mi hermana acabó dándose cuenta. No paró hasta que le dije lo que pasaba. Se quedó helada al enterarse de que me iba. «¿Y qué va a ser de mí ahora, sola con mamá?», me preguntó. No supe qué contestar. Le prometí volver los fines de semana que pudiese y en cuanto me diesen vacaciones. De buena gana le habría prometido escribirle, pero no sabía leer. Acabó por resignarse: «Vale. Pues, si vuelves con frecuencia, si me traes caramelos de Niza, y también buenas notas, y, si me dejas ganar alguna vez a las cartas, a lo mejor te perdono. Ya veremos».

Hasta el final del verano, pasé todas las tardes redecorando con ella nuestro refugio en medio del bosque y perdiendo adrede a las cartas.

Decírselo a mamá fue más complicado.

Al principio no dijo ni mu. Me sonrió y me acarició el pelo. Por la noche, cuando volví a casa, me dio la espalda y me preguntó con voz ronca qué tal el día. La oí sollozar aquella noche y las noches siguientes. Se despertaba con los ojos hinchados y me decía que debía de ser alérgica a algo. Cuando me cogía en brazos, sus abrazos duraban más tiempo. Me estrechaba muy fuerte.

A finales de agosto, empecé a embalar mis cosas en dos maletitas.

Cuanto más las llenaba, más se vaciaban. Desaparecían cosas que estaba segura de haber puesto: libros que me había prestado mi maestro de primaria, ropa interior, un cráneo de pájaro pintado que me había regalado mi hermana. Terminé por cerrarlas con un candado.

A mi madre, entonces, le dio por hablarme de Niza. El sábado por la mañana, mientras me teñía el pelo, sin venir a cuento. Me pintó un panorama desolador…

—Cacas de perro en las aceras, las pisarás por todas partes, no podrás esquivarlas, las suelas de los zapatos hechas un asco —me decía—, atascos, bocinazos, los coches chocando en los embotellamientos, embistiéndose, rascando las carrocerías unos a otros delante de tus narices y puedes darte con un canto en los dientes si no te embisten a ti, por no hablar de la gente, miles y miles de personas, multitudes apretujadas que te empujan, y, si tropiezas, nadie te echa una mano para levantarte, te pisotean y pasan por encima y ahí te las compongas, y qué te voy a decir de los fantasmas. ¡Ay!, ¡pobrecita mía! Si te pareció que en Tende había muchos, ve preparándote para lo que te espera en Niza, porque allí tendrás dos multitudes que se superponen, la de los vivos y la de los muertos, tendrás que pasear con las manos de los espectros tirándote de la ropa.

Le pregunté cómo sabía todo eso, porque, que yo supiera, nunca había ido más lejos de Belvédère, o si era allí adonde iba cuando viajaba a la orilla del mar.

—¡Y a ti qué te importa! Lo sé y listo. ¿No te enseñan estas cosas en clase? No, claro, estas cosas no se aprenden con un certificado de estudios, hay que salir un poco de la escuela, mi cielo, para conocer el mundo de verdad.

Aunque era evidente que exageraba, me preocupé igualmente.

Tres días antes de mi partida, mamá se quemó la mano con agua hirviendo. Aun así, intentó preparar la cena, pero se le escurría todo de las manos e iba a parar al suelo: las cucharas de madera, las ollas, las verduras bajo el cuchillo. Estuve a punto de echarme atrás. Lástima, me dije, perderé el primer mes de clases. A lo mejor también el curso, si me dan de baja por incorporarme tarde. No voy a dejar a mamá en estas condiciones, que ni siquiera puede hacerse una sopa.

Fue Nanie quien me desengañó y me echó la bronca al día siguiente, asegurándome:

—Si no te vas, me largo a Niza en tu lugar. Y no pienso volver. Mamá se las arregla muy bien solita —aseguró—, no te preocupes, lo que tiene es una venda así de gruesa, pero no es nada grave. ¿Y sabes qué? —añadió—, la mano la metió en la cacerola a propósito. La vi

hacerlo. Yo estaba allí arriba, en mi viga.

No quise creer lo que decía, pero decidí irme de todas formas.

El día que dejé Bégoumas, fui a nuestro escondite a despedirme de ella. Se había sentado en nuestras dos sillas apiladas y, cuando llegué, declamó a los árboles circundantes:

—¡Aquí estoy yo, la reina legítima del monte Bégo! ¡La usurpadora pide papas! Pero soy generosa y le concederé un lugar al pie de mi trono si osa volver aquí las próximas vacaciones. Y si me trae regalos de Niza.

En la majada, en cambio, mi madre permaneció en silencio, pintando su retrato sin responder a mi despedida. Se me hizo un nudo en el estómago y estuve a punto de vomitar. Cogí las maletas y bajé lentamente por el camino. De repente, oí gritar:

—¡Espera, Félicité! —Mi madre corría hacia mí con un paquetito en las manos.

—Toma —me dijo cuando llegó sin aliento—. Es el tinte para el pelo. No creo que en Niza tengan tintes como este. Yo me teñiré el pelo al mismo tiempo que tú, el sábado por la mañana, ¿vale? Como si estuviésemos juntas. Te llevas también mi espejo ovalado, no sé si las habitaciones del internado tienen espejos. Y un quesito de oveja al tomillo. Seguro que en la cafetería del liceo no tienen un queso tan fresco como este.

Me abrazó muy fuerte y luego subió corriendo hacia la majada.

El 1 de septiembre de aquel año me encontré, al fin, ante la entrada del liceo. Todo un periplo para llegar allí en aquel entonces, mucho más penoso que hoy. Había que contar al menos con dos días de antelación para estar tranquila. Primero a pie hasta Belvédère, luego en burro hasta Tende, después en la carreta que traqueteaba siguiendo el curso del Vésubie y, por último, una serie de ómnibus de color verde y crema.

De modo que allí estaba yo en pleno centro de Niza, de la que no conocía otra cosa que las historias de mi madre.

Era la vuelta a clase después de las vacaciones, el comienzo del nuevo curso. En la entrada del liceo había un montón de gente pero a mí no me faltaba el aire para respirar. Nadie me pisoteó. Ningún fantasma se agarró a mí. Y miré bien al suelo para no embadurnarme los zapatos con caca de perro.

Lo que sí era verdad es que el liceo intimidaba. Con sus piedras blancas tan rectas, su torre cuadrangular coronada con una hermosa pirámide de tejas y debajo cuatro relojes cuyas manecillas eran más grandes que yo. Hasta entonces, el más impresionante que había visto era el reloj de oro de mi maestro de primaria. Alrededor de las

ventanas con postigos azules, también gigantescos, las molduras y los mosaicos dibujaban pétalos y formas cuyos nombres desconocía.

Pensé en la majada, en sus agujeros a modo de aberturas, en su piedra tosca, en bruto. De pronto me di cuenta, olfateando, que me faltaba un perfume: el de la paja y las cabras. Entonces sentí vergüenza. Discretamente, me olí la manga para ver si llevaba conmigo el olor a ganado. Saqué del bolso el queso de mi madre y lo tiré a la papelera más cercana.

Luego sentí vergüenza de haberme avergonzado. De no haber entrado siquiera en el liceo y encontrar ya horribles el colchón de paja en el que dormía, los cubiertos de madera con los que me había alimentado y el ridículo espacio, apenas un banco y dos farolas, al que llamábamos plaza mayor. Más adelante habría muchos momentos como aquel. Camisas de profesores al lado de las cuales los vestidos de mi madre parecían trapos de cocina. Palabras que yo decía y de las que los demás se reían sin que yo les viese nada de gracioso.

Fue así, con una maleta y una vergüenza en cada mano, como entré por primera vez en el liceo Masséna.

Al acceder me dio la impresión de que me rodeaban los rollizos brazos de una monja. Con su aire de convento italiano, sus arcos y sus galerías, el liceo me acogió en un mundo menos frío.

Era inmenso, laberíntico, pero estaban aquellas glicinas malvas que emitían un delicioso frufrú a lo largo de las pilastras, las crujías pintarrajeadas por el sol, los balcones distribuidos a lo largo de las fachadas. Me sentí como en casa. Algo floreció dentro de mí cuando inspiré la primera bocanada de aire del liceo. No sabría decirte qué, exactamente. Yo era una caracola seca y llena de polvo, posada desde hacía mucho tiempo sobre un aparador y, por fin, me devolvían al mar.

Me dieron la llave y el número de mi cuarto en el internado y fui a dejar allí mis cosas. Primero me perdí, por supuesto. Demasiados pasillos prácticamente iguales. A través de las puertas entreabiertas, oía a los alumnos instalarse con la ayuda de sus familias. No me atreví a preguntarles el camino. Deambulé por pasillos y corredores, pasando puertas y más puertas, docenas de puertas azules, hasta encontrar la mía: al fondo de un pasillo, la más alejada de los aseos comunes. Genial, me dije, menos gente pasando de un lado a otro. Giré la llave en la cerradura y deposité mis dos maletas dentro.

Un colchón sobre un somier. Un escritorio, una silla, una jofaina, un armario. Y una cerradura. Con una llave.

Nunca había tenido nada igual, una habitación para mí sola.

A través de la ventana se veía la torre de los relojes, las glicinas y,

más lejos, al otro lado de los tejados y de los campanarios, la gran cascada a modo de brillante telón sobre la colina del castillo. Me quedé allí toda la tarde, escuchando la algarabía de los estudiantes abajo y las gaviotas peleando en los tejados. Lo contemplé hasta el anochecer, hasta que salió la luna, tornando el cielo negro, los campanarios grises y la cascada blanca.

Solo entonces me sentí preparada para explorar el liceo. Debía de estar vacío a aquella hora. Al menos no me encontraría con nadie que pudiese burlarse de mi atuendo o de mi olor —mi mayor obsesión entonces era que mi ropa apestase a cabra—.

La luna brillaba lo suficiente como para prescindir de linterna. Me eché sobre los hombros un echarpe de lana y crucé el pasillo de puntillas.

Me deslicé como una sombra por los corredores, bajé la gran escalera de madera, que crujía bajo mis pies, y observé por las ventanas el interior de las aulas. En las pizarras negras como la pez los trazos de tiza borrada dibujaban ondulaciones de olas japonesas. Docenas de pupitres alineados en el parqué esperaban prudentemente la mañana, como barcos amarrados para pasar la noche.

Atravesé el patio entre los pesados arcos de glicinas y me llevé mi primer susto: un chico tumbado en el césped miraba al cielo con los brazos cruzados bajo la nuca. Me tranquilicé cuando vi su atuendo: parecía sacado de una fotografía de principios de siglo. Su fantasma me dirigió un saludo distraído con la mano y volvió a concentrarse en las estrellas.

Enfrente, al pie de la torre, se abría una puerta a una escalera oscura. Subí en silencio, apoyando las palmas de las manos en las frías paredes. Desemboqué, en lo alto, en una estancia que me aceleró el corazón. Nunca había visto una y, sin embargo, la reconocí en el acto. En la escuela de Bégoumas me habían hablado de sus extraordinarios secretos.

Una biblioteca.

No voy a describirte lo que es una biblioteca. Para ti es una obviedad. Pero no olvides de dónde venía yo. Tienes que imaginarte lo que se puede fantasear, lo que se puede temblar al encontrarse por primera vez entre los anaqueles repletos de volúmenes cosidos, encolados, entelados, encuadernados en rústica, de tapa dura y de tapa blanda, bañados de gris por la luna a aquella hora de la noche, una especie desconocida de fantasmas que impregnaban el aire de un aroma a tabaco avainillado.

Salté por encima de un cordón suspendido entre dos postes. En ese rincón de la biblioteca, los libros parecían todavía más sabios, más

antiguos. Cada volumen de cuero estaba adornado en el canto con un dorado diferente en forma de tetera.

—¿Nunca te han dicho que la noche es para dormir?

Pegué semejante brinco que choqué contra la esquina de un mueble. Durante semanas tuve un moratón enorme en el costado.

Frente a mí estaba plantada una mujer con los brazos en jarras. Lo primero que me sorprendió de ella fueron precisamente las caderas. Apenas cabían entre los estantes. Me pregunté cómo no la había oído llegar. Lo segundo, el pelo. Mejor dicho, su ausencia. Un tatuaje de bucles enroscados envolvía el cráneo liso —volutas de humo, como luego descubriría, que salían de una tetera dibujada en la nuca de aquella mujer—. Yo, que me teñía cada sábado las canas que se multiplicaban como esporas, encontré muy perturbador, casi de mala educación, que alguien pudiera deshacerse de su mata de pelo con tanta desfachatez.

Me dije: esta mujer no es trigo limpio. En fin, no me lo dije con estas palabras. Ya sabes lo que pasa cuando ves por primera vez a alguien: hay algo en ti que reacciona más rápido que tú misma y te comportas como una reponedora histérica que estampa sus etiquetas en la frente de la gente antes incluso de haberla visto. Yo, desde niña, adecuaba mis gestos, mi voz, mi cabello, para recibir de todo el mundo un certificado en el que estuviese escrito: FAVORABLE. A aquella mujer, sin duda, le importaban un bledo las etiquetas que pudiesen pegarle en la cabeza.

Y aquello me parecía insultante.

Iba arrebujada en un chal, como toda bibliotecaria que se precie. De sus orejas colgaban dos grandes aretes de oro; gastaba anteojos redondos que le subían por la frente y le bajaban hasta la mitad de las mejillas.

—Y, por cierto, la catenaria, ese cordón trenzado rojo, con lo grueso que es, ¿no se te ocurrió que era mejor quedarse detrás?

No me lo preguntó con tono enojado, sino más bien de curiosidad, como si realmente esperase una respuesta. Así que respondí:

—No.

Porque a mí nunca me habían prohibido entrar o salir de ningún sitio ni impuesto ninguna hora en particular. ¿Qué podía importarle a mi madre que mi cuerpo estuviese de un lado u otro del muro de la majada? Y a mi profesor, si yo leía sentada en mi banco o en la hierba de la montaña, tres cuartos de lo mismo. Para mí era inconcebible que se obligase a nadie a quedarse en algún lugar o a irse de otro. Si me hubieran prohibido que me creciesen las uñas, habría reaccionado igual. Ya ves lo ingenua que era.

Me examinó a través de sus enormes anteojos. Temí que me fuese a castigar o que hiciese algún comentario sobre mi atuendo —iba despeinada y en pijama—, pero ella solo observaba mis ojos, ni una mirada a mi pijama. Debió de llegar a la conclusión de que yo no entendía mi crimen, porque asintió con un lento cabeceo y caminó hacia el fondo de la sala. Empujó una de las librerías, que se abrió como una puerta sobre unos peldaños de piedra. Luego se giró hacia mí:

—No te quedes ahí plantada como un pasmarote, ven.

Me apresuré a seguirla por la escalera de caracol, tan estrecha que había que subirla culeando como un pato.

Una vez arriba, me invitó a tomar asiento. Me senté en el borde del cojín y miré a mi alrededor. La pieza, cuadrada, de superficie minúscula, me pareció muy alta. La sala apenas contenía mi sillón, otro enorme de cuero agrietado y, entre ambos, un velador. Muy por encima de nosotras, a modo de techo, cientos de engranajes giraban y repiqueteaban en las sombras.

La bibliotecaria desapareció bajo una trampilla, para regresar al momento con un hervidor y una bandeja de plata en la que había dispuesto el servicio de té de mi infancia a tamaño real y lo posó sobre el velador. A continuación, para mi sorpresa, emitió un silbido de pájaro exótico y dio unas palmadas mirando al techo. Está como una cabra, pensé. Menuda puntería, y tenía que pasarme a mí, encontrarme en plena noche con una vieja a la que le falta un tornillo.

Ni que decir tiene que no era vieja. Como mucho, tendría unos treinta y cinco años, pero alguien que te lleva veinte años, cuando tú solo tienes quince, te parece más viejo que Matusalén.

Tres segundos después, caía en sus manos una tetera. Y digo bien, porque llegó caída del cielo, como una cagada de paloma, ¡chof!, justo entre sus dedos. Miré hacia arriba. No me había fijado antes, pero a lo largo de las paredes, hasta los engranajes que se perdían en la oscuridad, dormían docenas de teteras de todas las formas y colores posibles, cada una en su peana. Era como estar en un museo de la tetera que había que visitar levitando, o bien caminando en horizontal, con los pies en los tabiques.

—Hay que mantenerlas a raya —me dijo, sonriendo—, o estas descaradas se te suben a las barbas enseguida. Una vez que sabes cómo domesticarlas, es sencillo.

Sencillo, ya, ya. ¡Qué más quisiera yo! Lo intenté en los meses que siguieron a aquel encuentro. Me pasé las noches chasqueando los dedos y la lengua, silbando, arrullando, tarareando como una panoli «gamusino, entra al saco, una, dos, tres, cuatro», con un saco abierto

en las manos por si una tetera acababa cayendo dentro. Nada. Ni una me obedeció. A las teteras de Marine nunca les gusté. Y qué quieres que te diga, a las mías tampoco durante años y años.

La que acababa de responder a la llamada de la bibliotecaria parecía el cuello de un cisne. Dorada en el asa, blanca en el resto. La señora vertió en ella un poco de agua hirviendo, echó el contenido de un platillo, vació el agua restante del hervidor y apoyó las manos en torno a la porcelana. Respiró así, con los ojos cerrados, durante un tiempo que me pareció infinito —el chasquido de los engranajes arriba, el vapor que escapaba del pico, sus lentas espiraciones—, pero que correspondía, en realidad, como pronto aprendería, al lapso exactamente necesario para la infusión del *tamaryokucha* que me preparaba. Entonces abrió los ojos y me dijo, mientras servía el té con olor a mandarina:

—Tú vienes de allá arriba. Del valle de las cosas extrañas.

Bajé los ojos, convencida de que me había traicionado el tufo a pastora.

—No quiero decir que hayas nacido allí simplemente —continuó, posando la tetera—. Quiero decir que eres de allí como lo son las piedras grabadas, las espirales en las rocas y las tormentas que engendran. Llevas contigo ese lugar que abre puertas entre los muertos y los vivos. Tus antepasados lo sabían, son los que pasaron por el valle desde el principio de los tiempos, y se encontraron tan bien allí que algunos se convirtieron en puertas. Tú también, sin duda. ¿Cómo te llamas?

—Clémentine.

No me preguntes por qué le dije ese nombre. Me salió sin pensar. Tal vez porque el té que me sirvió olía a cítricos y, luego, porque en un lugar nuevo necesitaba un nombre nuevo. Un nombre que no apestase a felicidad obligada ni a paja de establo, un nombre más ácido y más jugoso que estallase bajo los dientes. De modo que me salió Clémentine.

Solo que yo nunca supe cómo mentir.

—¿Es verdad esa mentira? —me preguntó con una sonrisa burlona y negué con la cabeza.

—Bueno, no importa si es el nombre que te gusta. Clémentine es bonito. Y luego empieza por *clé,* es decir, «clave, llave». Muy apropiado para una chica incapaz de quedarse en su cuarto del internado.

Le devolví la sonrisa. A mí también me pareció bonito.

—Yo me llamo Marine. Ahora bébete el té, acaba de alcanzar la temperatura adecuada.

Obedecí. Al tocar la taza, hice un movimiento de rechazo.

—Oh, lo siento, Clé, he olvidado advertirte: la porcelana de este juego está mezclada con ceniza de hueso. Puede darle algo de dentera a quien como tú es sensible a lo que ha dejado de vivir.

Y, sin comprender si era el té humeante con el perfume de mi nuevo nombre, la taza mezclada con huesos o la incongruencia del lugar y el momento, en ese instante lo supe: supe que podía pronunciar las últimas palabras de los espectros y ayudarlos a morir mejor, además de verlos y hablarles. Fue, cómo te diría yo…, un descubrimiento absoluto sin ninguna sorpresa. Como encontrar una prenda caída y olvidada detrás de un armario, algo que usaste mucho en el pasado y que vuelve a ser nuevo sin serlo del todo.

Tendrían que pasar treinta años para que lograse entender, gracias a varios fantasmas y algunos seres vivos, el porqué de aquella noche del 1 de septiembre. La clave de aquel antiguo conocimiento surgido de repente en mi memoria. Pero fue allí, en la torre cuadrada de los relojes, donde supe quién era: la pasadora de fantasmas.

Terario

El sábado preparé mi cuenco de tinte. En ese mismo instante, en su montaña, mi madre estaría repitiendo en eco los mismos gestos tranquilizadores. Me puse una toalla sobre los hombros y me sujeté el pelo. Luego fijé el espejo ovalado en el alféizar de la ventana y sumergí el pincel en el recipiente. Pero, justo cuando estaba a punto de aplicar la pasta en las raíces blancas, mi reflejo me miró desconcertado. Entonces sentí una pereza inmensa, unas ganas de hacer cualquier otra cosa, incluso las redacciones que me habían puesto de deberes para el lunes, antes que perder treinta minutos de mi vida tiñéndome el pelo.

Lo amontoné todo en el lavabo, me quité la toalla y me dirigí a la torre cuadrada. Como castigo, pensé en mi madre peinándose los rizos con ternura, convencida de que, junto al mar, en un cuartito en medio de la gran ciudad, su hija cumplía con el ritual común a ambas, mientras del otro lado del espejo solo se reflejaba un cuarto vacío.

Di un vistazo en la biblioteca, buscando a Marine, inconfundible por sus grandes piernas, sus grandes anteojos, sus grandes pendientes y su gran dibujo en la cabeza, pero no la encontré por ningún lado. Me dirigí al encargado de atender a los usuarios, un joven apenas mayor que yo, y le dije muy cortésmente:

—Buenos días, señor, perdone que lo moleste, pero estoy buscando a Marine.

Me miró de arriba abajo, arrugando la nariz. El echarpe que llevaba alrededor de los hombros se parecía al de Marine y deduje que se lo había calcetado ella. Sin que haya razón alguna que lo explique, la idea no me gustó nada de nada. Lo etiqueté de inmediato: don quiero y no puedo.

—Marine nunca está presente los fines de semana.

Se me vino el mundo encima en forma de decepción, tan pesada como los grimorios alineados al otro lado del cordón rojo, más aplastante si cabe porque no esperaba sentirla en absoluto.

—¿Y usted es…? —preguntó con voz gangosa.

Dudé un segundo y finalmente decidí:

—Clé.

—Ah, bueno. En ese caso, Marine ha dejado instrucciones. Se le

permite tomar prestado un libro de su reserva personal. Uno solo. El porqué lo ignoro, pero me da a mí que tiene debilidad por los montañeses.

La última frase no la pronunció en alto, claro, pero la pensó tan fuerte que la oí. Se levantó con un suspiro y desenganchó el cordón.

—Vamos, no se entretenga, que no tengo todo el día. Le dejo dos minutos para elegir, y luego, puerta.

Apremiada por el plazo concedido, sorprendida de que se me permitiera entrar en aquel lugar prohibido, a mí, que acababa de enterarme de que había lugares prohibidos, agarré el primer libro que se me puso a tiro y lo saqué del estante. Cuando salí con aquel mamotreto, a trancas y barrancas, porque era muy pesado y difícil de transportar, el joven me espetó:

—Para devolver mañana por la noche a Marine, tan pronto como haya vuelto. Sin falta. De lo contrario, recibirá una multa. ¿Entendido?

No tenía ni idea de qué quería decir con la palabra *multa,* pero, a juzgar por la cara que puso, la amenaza parecía seria.

De vuelta en mi habitación, dejé caer el libro sobre la cama. Fuera brillaba un sol de playa. Los alumnos se habían ido a casa de sus padres o habían salido a disfrutar de las postrimerías del verano por el paseo marítimo.

Abrí la ventana de par en par para oír el chillido de las gaviotas, cerré la puerta con llave y acaricié el libro con la mano. Sentí la tela rugosa bajo la palma y tracé, con la yema de los dedos, las grandes letras grabadas en la cubierta:

Lyn Sun, Tratado de teinología, volumen XVII
MÉTODOS Y TIEMPOS DE INFUSIÓN
DE LOS TÉS AZULES,
CLASIFICADOS SEGÚN SUS EFECTOS EN LOS SABORES,
AROMAS Y COLORES DEL LICOR
Y SU INFLUENCIA EN LA MENTE
DE SUS POTENCIALES BEBEDORES.
Traducido a la lengua de Francia por Joséphine Ribotti
en el año de gracia de MDCCLXXXVII

El domingo por la tarde, a la puesta del sol, después de leer no una ni dos, sino un montón de versiones de cada té azul, sabía todo lo que se puede saber sobre las infusiones; sobre la temperatura exacta a la que calentar el agua según el aspecto de las hojas; sobre el tiempo de infusión necesario para el desarrollo de los cuatro sabores del té y sobre las cien maneras de identificar la procedencia de una cosecha

con una precisión de siete metros.

Y solo había leído la décima parte de aquel libro que era uno entre cientos.

Cuando desde mi cuarto vi que se iluminaban las persianas de la torre, en la noche malva que caía, volví a la sala bajo los relojes.

Le devolví el volumen a Marine en medio del salón cuadrangular. Olía a fresco, a viento y a algo que me recordó mi casa. Entonces me acordé de que le había prometido a mi madre que le escribiría y lo había olvidado por completo.

—¿Y de todos los libros que hay en el sanctasanctórum has pedido prestado este? —se sorprendió Marine.

—No tuve tiempo de elegir y me quedé con el primero que vi.

—¿Qué te pareció el capítulo sobre los efectos de la decimotercera infusión de *da hong pao?*

—No he llegado ahí…

—Lástima, porque es la parte más interesante.

Abrió el libro por una de las últimas páginas. Los márgenes estaban ennegrecidos, cubiertos de arriba abajo con una letra apretada. Horrorizada, me tapé la boca con las manos.

—No fui yo, se lo juro…

Marine se echó a reír.

—Estos libros son fascinantes. Esenciales, incluso. Pero no lo suficiente cuando se cultivan los tés del valle de las cosas extrañas… El té que crece en las Maravillas, te lo puedo asegurar, desafía todas las reglas que puedas encontrar aquí, de manera que tomé algunas notas, para completar.

Observé que detrás de su sillón había sacos de yute repletos de hojas.

—¿Estuvo allá arriba desde ayer?

—Y no me sobró el tiempo, no creas. Cuando echamos una pizca de hojas en la taza, no nos damos cuenta del trabajo que supone cuidar las plantas y cosecharlas. Como todo lo que vale la pena beber, mirar o experimentar.

Me senté frente a ella mientras se descalzaba y se quitaba la chaqueta.

—Cuando alguien hace el trabajo por nosotros, pensamos que debe de ser fácil. Los zapatos en nuestros pies, por ejemplo —dijo blandiendo en mi dirección uno de los suyos, completamente embarrado—, nunca pensamos en la gente que seleccionó las semillas y la tierra para alimentar la vaca, en quién eligió el mejor toro, en quién esperó a que naciese el ternero para degollarlo, desollarlo, curtir la piel, devanarla y estirarla, y en los hombres que aprendieron de sus

padres a torcer el cuero para que adopte la forma de nuestros talones, por no hablar de los que fabricaron la suela de madera, o los cordones, o el camión para transportarlos hasta aquí. Se necesitan miles de personas solo para que no caminemos descalzos. Con el té pasa lo mismo, salvo que estoy yo sola para el trabajo. El próximo sábado te llevo. Verás lo que piensas, después, cuando veas el rojo del té esparcirse en tu agua. De momento, ven conmigo al terario. Te enseñaré cómo se prepara una vez recogido.

Todo lo que retuve en ese instante es que me iba a llevar con ella. Si me hubiera dicho: tengo dos entradas para Disneylandia, volamos mañana a California, no me habría puesto más nerviosa.

Bajé tras ella la escalera que ocultaba la trampilla. Una vez abajo, mis ojos se acostumbraron lentamente a la oscuridad.

Lámparas del rastro con pantallas de flecos iluminaban puntos de luz por encima de hervidores de metal, tazas apiladas, bandejas llenas de hojas verdes y negras, y a lo largo de las paredes se alineaban docenas de cubas de madera rebosantes de té.

En medio de aquel batiburrillo llamaba la atención una mesa imponente, una pieza con la tapa esculpida por entero en un bloque de piedra tosca, enorme, que parecía imposible que hubiese sido llevada hasta allí.

—Estás en tu casa —me dijo Marine.

Al acercarme, entendí que no era solo una fórmula de cortesía. Lo que estaba esculpido en la tapa era el valle de las Maravillas. Un mapa en relieve de todas las montañas, ríos y lagos, pastores y espirales grabadas. Yo solo los había visto de frente, a la altura de una niña, pero enseguida reconocí los contornos imaginados desde el cielo. Una de las lámparas se fundió, y me pareció ver la sombra de un rebaño, como una estela de arena, avanzando por los pastos.

Levanté la cabeza y paseé la mirada por el terario. El lugar olía a hierba, a algas y a fuego.

—Sí, es mi casa.

Esa noche comenzó mi aprendizaje.

En los meses que siguieron, repasé los treinta volúmenes del *Tratado de teinología,* aprendí de memoria *El clásico del té,* leí los *Mil viajes teinológicos de lady Garway* y, sobre todo, estudié los montones de notas garabateadas por Marine en los márgenes de aquellos libros. Solo sus palabras duplicaban la suma del resto. Allí pasé las tardes —y en ocasiones el día entero, cuando tosía y me frotaba los ojos hasta enrojecerlos para no ir a clase—. Marine me obligaba a asistir al menos a las clases de química y ciencias naturales. En su opinión, las ciencias naturales eran imprescindibles para entender cómo el viento

transporta las semillas hasta las laderas del valle, cómo dicha simiente elige la tierra idónea según las lluvias que caen, los vientos que soplan y las gentes que vivieron y murieron en ella; cómo las absorbe la tierra y las nutre para esculpirlas en raíces, brotes, troncos y ramas; cómo llega después el color a las hojas y a las yemas, y en qué momento hay que recogerlas para que liberen en el agua todos los poderes con que colman la tierra de las Maravillas.

Y a las clases de química no podía faltar, ya te lo imaginas, por la infusión, porque ya puedes cosechar la mejor hoja de todo el valle, que, si la ahogas en un agua calcárea, si la cueces con agua hirviendo, si la olvidas durante veinte minutos en la tetera, en fin, si la pifias en lo que respecta a la química, tu té será bueno para las glicinas.

Y eso es lo que hice, muchas noches, en el patio del liceo sumido en la oscuridad: servirles el té a las glicinas.

Marine mimaba cada una de sus hojas; era peor que una madre que cree saber cuándo tienen frío sus pequeños. Nada más lejos de mi intención que romper una mientras la enrollaba, o dejar que el agua se calentara un grado de más, o usar la tetera equivocada. Al principio, tenía miedo de que estallase como mi madre. Pero Marine nunca me dirigió el menor reproche. Solo se entristecía, profundamente, por las hojas plantadas, crecidas, regadas, recogidas, oxidadas, enrolladas, secadas, para acabar allí, pobrecitas, cocidas como espinacas, privadas de su instante de luz. Era como si, cada vez, le hubiera arrancado las alas a una mariposa recién salida de su capullo.

Marine olía desde lejos el té abrasándose; podía escuchar desde el terario la textura demasiado espesa del agua que yo vertía en el piso de arriba. Su rostro reflejaba su aflicción al recoger en la palma de la mano el té chafado. Lo llamaba «el abortado». Yo la seguía fuera, en la noche negra y azul, y cruzábamos el patio para unirnos a la oscuridad de las glicinas. Allí, debajo de los racimos color antracita, cavábamos con las manos un hoyo en la hierba y enterrábamos al abortado. Los fantasmas del liceo nos miraban melancólicos, mientras Marine sollozaba y oraba en voz baja. Me daba palmaditas en el hombro antes de regresar al terario y me hablaba de otras cosas en el camino de vuelta.

Era la mejor manera de decirme que reflexionase un poco antes de verter el agua sobre las hojas.

En el terario, se dirigía a cada caja como si el alma de su abuela estuviera encerrada dentro —con deferencia y dulzura—; en aquella pieza estaba prohibido usar perfume o hablar en voz más alta que un susurro. Yo solo oía el roce de las hojas por debajo de nuestros dedos mientras las enrollábamos antes de ponerlas a secar. Y los murmullos,

por encima, cuando Marine me contaba las leyendas de las Maravillas.

También me transmitió, en el transcurso de aquellas noches y aquellos meses, saberes que no están escritos, que ningún libro jamás podría enseñar. Aprendí a conocer la temperatura del agua escuchando la pulsación de las burbujas. Memoricé las viejas melodías que se cantan durante la recolección para serenar la savia y conservar el recuerdo de los brotes descabezados. Observé los vapores ondulados que se producen en la superficie del té para descubrir en ellos las preguntas que han de formularse. Domé rebaños enteros de teteras salvajes. Marine me enseñó cómo unir a dos seres a través de sus tazas para que intercambien palabras que solo ellos pueden leer. Mezclé cada catorce días el té del valle de la Masque, que fermentaba lentamente, en su caja húmeda transmitida por tres generaciones de teinólogas, y que todavía tardaría otras dos décadas en alcanzar su máxima pujanza.

—Este té —me decía Marine— tienes que removerlo catorce veces en un sentido y otras catorce en el otro, cada catorce días, no lo olvides; es muy importante, solo se hace un té de este tipo una vez en la vida, o ninguna… Cuando este que estoy haciendo esté terminado, comenzaré uno nuevo y te lo daré a ti.

Como puedes suponer, yo removía y removía, contando en voz alta para no equivocarme.

Y sobre todo inscribí, en mi cartografía interior, el trazado exacto de los relieves del valle de las cosas extrañas. Los terarios silvestres que crecen allí arriba hunden sus raíces en la poderosa tierra de las Maravillas. El poder sube hasta sus brotes y el agua en que se infusiona.

Solo había tres prohibiciones terminantes con Marine: ir perfumada a su torre, obligar a alguien a beber contra su voluntad un té especial y anotar la ubicación de los terarios y los efectos de cada suelo. Temía, sobre todo, que la obligasen a utilizar sus hojas en comisarías y juzgados para lograr que los acusados hablasen.

Confieso haberla desobedecido en el tercer punto. Cuando sabes demasiadas cosas sobre el asunto de la memoria, tiendes a desconfiar de la tuya.

Porque ese es precisamente el poder de los tés especiales: reavivar los recuerdos, desatarlas lenguas. Llenar los vacíos y los silencios a los que se entregan los fantasmas, las pesadillas y los rencores. En resumen: sacar a la luz la verdad.

En consecuencia, en mi cuarto del internado fui completando en secreto, en mi diario, la lista de los tés con sus efectos.

Lago de las Millefonts — *Revelación de los secretos olvidados.*

Pas des Ladres — *Confesión de crímenes y latrocinios.*
Lago Autier — *Evocación de los hechos puros y duros sin orgullo ni mala fe.*
Las Gravières — *Vínculo eterno entre dos seres. (Beber la mitad del brebaje espalda contra espalda — intercambiar las tazas — beber la otra mitad. Separarse sin mirarse. Conservar las hojas y las tazas para el intercambio de mensajes.)*
Puente de Countet — *Reubicación de cada recuerdo en su período y en su hora.*
Cabeza de la Lave — *Chorro de palabras fuera de las bocas calladas.*
Lago de Fenestre — *Apertura de la mente a otras verdades distintas a las propias.*
Collado de Diable — *Reminiscencias de los detalles minúsculos.*
Lago del Tremblement — *Alivio de los temores que frenan las palabras.*
Collado de la Couillole — *Coraje extra para admitir la verdad.*
Pin Pourri — *Superación de los rencores y de las viejas rencillas.*
Lago Petit — *Despertar de los recuerdos desde antes del nacimiento hasta los seis años.*
Collado de Veillos — *Distinción entre sueños y recuerdos verdaderos.*
Valle de la Masque: *Reúne y multiplica por diez los poderes de todos los tés especiales. Fermentación necesaria: ciento catorce años.*
Monte Bégo, lago de las Maravillas — *Efectos desconocidos. ¿Único té sin influencia?*

Como ves, estaba demasiado ocupada para escribir a mi madre o pensar en teñirme el pelo, así que los mechones crecieron blancos hasta la mandíbula y rojos desde la barbilla hasta los hombros. Cada vez me gustaba menos aquella mata de pelo bicolor que me devolvía el espejo oval de mi cuarto. Acabé por cortármelo. Mi cabeza se volvió blanca.

Era como pasar, en los cuentos, bajo la cascada que anula los hechizos y devuelve a las criaturas su forma anterior a la maldición.

Mientras tanto, fuera, al pie de la torre del reloj, los estudiantes reían al sol, encontraban formas de copiar y se enamoraban. Yo, en cambio, prefería la penumbra del terario, el perfume verde de las hojas y los grimorios de Marine.

Alpiste para los pájaros

Un viernes por la noche, lo recuerdo como si fuera hoy, Marine había servido un Cabeza de la Lave que nos desató la lengua y las dos hablamos por los codos. Ella me contó la historia de cada una de sus teteras, la de las fundas de lana con las que cubría algunas a modo de chalecos, sus viajes a China y a Vietnam, o las ocho propuestas de matrimonio que había rechazado; yo me reía, la miraba con admiración y le hablaba de los caramelos que le robaba al panadero, del fantasma de mi padre, y servía más té en las tazas. Mejor dicho, lo intentaba: sus teteras se negaban siempre a obedecerme. Cuando las llamaba, me miraban en silencio desde lo alto, todo desdén en sus atalayas. Si las cogía y trataba de utilizarlas, se me resistían lanzando chorros de agua a diestro y siniestro.

Esa noche, Marine había bajado a la Baronesa, una tetera con un brazo de mujer por pico, la enagua por recipiente, el pecho y la cabeza por tapa. Cuando quise llenar mi taza, la señora Baronesa decidió rascarse la nariz. El líquido hirviendo me resbaló por las rodillas. Lancé una mirada iracunda a la tetera, que puso cara de mosquita muerta, y le dije a Marine:

—Bueno, mañana por la mañana sin falta, antes de la clase de italiano, voy al mercadillo de la plaza del Palacio de Justicia a comprarme una tetera. Una tetera para mí. Una que me obedezca y que pueda utilizar sin que intente escaldarme.

Hacía mucho tiempo que quería una mía y, como no hay mal que por bien no venga, la Baronesa acababa de darme una excusa estupenda. Pero Marine se irguió, apoyó los codos en las rodillas, me apuntó con el dedo índice y dijo con mucho énfasis:

—Escúchame bien, Clé. Te dejaré ir, pero escúchame con atención. Debes actuar con muchísima cautela. No lo tomes a broma y no se te ocurra adoptar la tetera más bonita del mercadillo. Si no, ¿sabes lo que pasará? Traerás una bestezuela díscola, que enfriará el té solo para cabrearte y te lo derramará un día sí y otro también. Y si no tienes cuidado, pronto te encontrarás con una horda de teteras asilvestradas.

»Porque tu primera tetera es la más importante. La tetera-madre. La que guiará a todo el rebaño y lo someterá a tu voluntad. Como el

perro con las ovejas, ya sabes.

»De modo que tienes que seleccionar una de las que se dejan acercar. Para reconocerlas, es muy sencillo. Les agarras el asa con firmeza y las inclinas hacia adelante como si fueras a servir el té. Si se te resisten, las dejas en su sitio y te olvidas, por mucho que traten de conmoverte con sus motivos coloridos y sus formas regordetas, ¿vale? No te dejes engañar. Hay un montón de hermosas teteras en el ancho mundo. Las teteras agradables y cooperativas son mucho más escasas.

»Las que tienen el plus de memoria son también las más difíciles de domar; las de hierro fundido sin esmalte, las de terracota, todo lo que conserve en sus paredes el recuerdo de pasados tés. Para empezar, atiende a un consejo de amiga, confórmate con las normalitas, sin plus de memoria: de metal, de porcelana o de cristal.

»Luego, cuando encuentres la buena, te la llevas a casa.

»Cuidado con las demás, te lo digo para más adelante, para cuando tengas tu propio rebaño. Cada tetera recién llegada la pones no muy lejos de las tuyas para que se vayan conociendo, pero tampoco demasiado cerca, para no meterles presión. Y esperas. Te fijas si se llevan bien o si discuten. Pasito a pasito la vas acercando un poco cada día, hasta instalarla con las otras. Y, finalmente, la prueba de fuego: sirves el té con ella, frente al rebaño. Aquí, mucho ojo. Tienes que tomártelo con calma, observarla para asegurarte de que no se rebele cuando comprenda su destino. A veces ocurre que algunas, hasta ese momento, no se habían percatado de que se habían convertido en teteras domésticas y echan a correr, o les da la pataleta y se ponen a chillar y a saltar. Más o menos como esos niños formalitos la mañana del comienzo de curso cuando descubren que al día siguiente tendrán que volver a clase.

»Y, luego, por supuesto, debes permanecer atenta a las teteras veteranas. Pueden sentirse traicionadas e intentarán poner fin a sus días tirándose de cabeza de su peana. Una vez perdí de esa forma, por un ataque de celos colectivos, todo mi rebaño de golpe. Horrible. Desde entonces, siempre pongo un colchón en el suelo antes de probar una nueva adquisición.

»Dicho esto, que se rompa una tetera no es lo más grave. Lo que hay que procurar es que no se pierda ningún fragmento. Si se hace trizas, sin embargo, puedes ir despidiéndote. Pero, mientras tengas todas las piezas y no falte ninguna, podrás repararla. Incluso convertirla en tu tetera más preciada, más importante todavía que la tetera-madre. Mira.

En ese momento, Marine tendió las manos hacia adelante, sin dar ni un silbido, ni una palmada ni nada. Una teterita cayó

inmediatamente desde lo alto de la torre, justo entre las palmas de la teinóloga. No me había fijado en ella hasta entonces. Era elegante, de color negro mate y atravesada por cicatrices doradas.

—El *kintsugi*. Es el arte de devolver la vida a lo que está muerto y dibujar venillas por las que circula una sangre hecha de oro. Esta tetera hace más por mí que cualquiera de los tés especiales: el agua que sirve me repara. Porque yo la reparé antes a ella, con mimo y delicadeza, y porque transformé sus grietas en tesoros.

Marine la posó entre las dos y la acarició como lo haría con un gato.

—Algún día te enseñaré los pasos lentos y pacientes del *kintsugi*. El polvo de oro y la laca, los trozos que hay que reunir, las largas esperas que colman las fisuras. Pero, en fin, volvamos a los consejos que quería darte. Resumiendo: sé prudente, Clé. No vuelvas con una tetera salvaje. Elige bien tu tetera-madre.

A la mañana siguiente, cuando el sol empezaba a calentar Niza, encontré entre los ropavejeros, los marchantes de arte y los libreros de viejo a un señor que vendía alpiste para los pájaros.

Presentaba el alpiste a la buena de Dios, metido en cestas, en regaderas, en barriles, en jaulas, en cacerolas y en teteras. Y fue allí donde compré la mía, la primera, que ni siquiera estaba en venta. Una de lo más simpática, jovial, rechoncha, de cobre, que también servía de hervidor. Y sólida donde las haya. La llevé de viaje a todas partes de misión durante años y años. Y, en mi cuarto del internado, mientras contemplaba por la ventana los tejados y los campanarios, la tenía en mi regazo. La acariciaba como le había visto hacerlo a Marine.

Sin embargo, fue muy mala tetera-madre cuando adopté a las nuevas. Las empujaba hasta el borde de los estantes y llevaba mal que no la eligiese para una infusión. El resto del rebaño, por su culpa, nunca me ha obedecido del todo. Te parecerá una tontería, pero sufrí por ello durante mucho tiempo. Una teinóloga que no es capaz de meter en cintura a sus teteras es como un pastor corrido por sus propias ovejas. Hace el ridículo más espantoso. El hazmerreír de los teinólogos. De nuevo me hicieron falta treinta años para entender lo que pasaba.

Al vendedor de alpiste siempre lo conocí por el nombre de Lucien; en su funeral me enteré de que se llamaba Julien. No le gustaba. Típica coquetería de viejo nizardo. De este tipo de cosas te enteras en los entierros. De las de los vivos, sobre todo, y de lo que se dicen unos a otros para olvidar que muy pronto serán ellos, con las manos cruzadas y los ojos cerrados, quienes recibirán elogios inmerecidos y

quienes no los escucharán. En cualquier caso, fue allí, en aquel mercadillo, donde lo conocí y se convirtió en mi proveedor de artefactos fantoprensiles.

Gracias a él finalmente entendí por qué, algunas noches, los fantasmas de los estudiantes se unían a nosotros en torno al servicio de té. Por supuesto, Marine ni siquiera sospechaba su presencia, pero yo los veía pasar a través de los muros de la torre, sentarse en el suelo cerca del velador y mirar la tetera con los ojos muy abiertos, durante horas y horas. Si hubieran sido capaces de aprender, ahora sabrían tanto como yo sobre los tés especiales.

Una noche, solo para probar, puse encima de la mesa un cuenco que le había comprado a Lucien. Me había prometido que el objeto sería fantoprensil. No mentía: los seis fantasmas del liceo me siguieron como perritos falderos tan pronto como lo saqué del bolso.

Le pedí a Marine que vertiese el té en el cuenco. Enarcó las cejas, luego se encogió de hombros y finalmente lo hizo. El espectro que estaba allí de pie, con su viejo uniforme escolar, puso las manos en el cuenco y lo levantó. Marine dejó escapar una exclamación, se precipitó debajo de la trampilla y, acto seguido, volvió del terario con una caja que yo conocía bien: el té del lago de las Maravillas, el único que crece en el monte Bégo y, sobre todo, el único cuyos efectos Marine no lograba descubrir.

La teinóloga silbó. Una nueva tetera fue a parar a sus manos: la tetera de las Maravillas. En mi vida he visto peor carácter que el suyo. Encima, el nombre no le pegaba nada, porque era fea como un cuerno, cuadrada, pintarrajeada de un verde y un rojo chillón, como una casa de pan de jengibre. Pero se sabía importante, porque estaba reservada para los tés más misteriosos y especiales, así que abusaba de su condición. Abría su puerta en miniatura mientras la llenaban, se negaba a bajar de la estantería, se tiraba al suelo a la primera de cambio… Una auténtica diva. Pero esa noche, cuando Marine la utilizó para servir el té de las Maravillas, no se movió. Apenas corrió las cortinas que decoraban sus ventanitas para ver mejor lo que estaba pasando. Marine cerró los ojos para escuchar el traqueteo de los engranajes por encima de nosotras. Finalmente vertió el licor.

El fantasma sonrió. Los relojes dejaron de girar.

Aferrada a los reposabrazos del sillón, Marine observó cómo se elevaba el cuenco y se inclinaba hacia una boca invisible. Y cómo volvía, ahora vacío, a posarse en el velador.

—Dice que es excelente.

Te puedes imaginar lo orgullosa que estaba al transmitir el veredicto.

Las semanas siguientes, lo que ocupó nuestras noches fueron las mezclas con las que Marine quería experimentar. La bibliotecaria creía que la dosis adecuada de té de las Maravillas y las otras variedades podría surtir en los fantasmas los mismos efectos que en los vivos, y que entonces seríamos capaces de reavivar sus recuerdos para hacerlos hablar de un tiempo inaccesible a los mortales.

Es exactamente lo que pasó. Desde entonces, he utilizado el té de las Maravillas mezclado con otros tés especiales para cada una de mis misiones y he corregido y completado mi lista.

Monte Bégo, lago de las Maravillas — *Efectos desconocidos. ¿Único té sin influencia? Único té fantobebible conocido.*

Todos los sábados, Marine y yo salíamos del liceo para ir tierra adentro a cultivar los tés especiales. La teinóloga tenía coche y lo conducía ella misma. Me pareció algo extraordinario. Me despertaba muy temprano, antes que las gaviotas, y ella se ponía al volante con las manos manchadas por los taninos. Enfilábamos la carretera del Vésubie, que hoy conozco como la palma de la mano, pero que en aquel entonces me hacía estremecer como si emprendiese una expedición exótica. El coche también estaba equipado con radio, cosa de la que muy pocos vehículos podían presumir. Mi misión consistía en encenderla y girar el botón para sintonizar las emisoras. Marine cantaba a voz en grito, asombrosamente afinada, con el mismo grado de precisión que ponía en sus infusiones. Trayecto a trayecto, acabé cantando con ella. Hasta la boca del Vésubie, al menos, porque las frecuencias no pasaban entre las gargantas. Penetrábamos en el territorio mineral de los ríos y las coníferas, donde no hay lugar para las innovaciones del siglo. En aquel coche, entre las frías montañas de las mañanas de los sábados, mantuve conversaciones que no voy a contarte porque no vienen al caso.

Hablar en el coche ayuda incluso más que el té. Si se pudiese montar a los fantasmas en el asiento del pasajero, no me habría hecho falta convertirme en teinóloga. Tanto el conductor como el copiloto miran de frente a través del parabrisas, y el hecho de no verse estando juntos en el silencio del habitáculo los obliga a contar cosas. Basta con hacer las preguntas adecuadas y que te dejen hablar.

Marine fue la única, ahora que lo pienso, que me escuchó sin hablar de sí misma. He conocido a pocas personas como ella, que no tengan la tentación de describirse y retratarse sin parar.

Félicité miró por la ventana hacia otro lado, para decirme:

—Sabes que no soy de las que hacen la pelota a la gente y creo que

detrás siempre hay una segunda intención, pero, bueno, lo diré: tú eres una de esas personas capaces de escuchar a los demás. Hace un montón de tiempo que hablo contigo tres tardes a la semana y no sé nada de ti, o muy poco. No te he hecho preguntas. Y, sin embargo, era mi trabajo, pero tienes que entender que al cabo de un tiempo se vuelve agotador. Como alimentar a un gato. Nos ocupamos de él encantados, pero de vez en cuando tenemos la impresión de ser unos auténticos gilipollas, siempre acariciando y dando mimos sin recibir nada a cambio.

»Marine me ofreció, por primera vez en mi vida, el derecho de hacer un poco el gato.

Me encantó escuchar ese piropo de labios de Félicité respecto a que yo sabía escuchar. Y, ahora que lo pienso, no recuerdo que me haya hecho jamás ningún otro cumplido.

Los cráneos pintados y el sueño

Carmine, mientras tanto, esperaba a que su hija subiera a visitarla.

Al principio, permanecía atenta los viernes por la tarde, pensando que volvería a casa para pasar el fin de semana.

Dos meses después, en vista de que no aparecía ni escribía, esperó a las vacaciones de Todos los Santos. Félicité tampoco hizo acto de presencia.

Su madre dejó pasar las Navidades. Félicité envió una tarjeta navideña pero no fue a casa.

Carmine no le escribió. Tal vez para no agobiar a su hija, acaso con la esperanza de que Félicité añorase a su madre. O bien porque el silencio le parecía la mejor arma. No lo sé. Vaya usted a saber lo que realmente pasaba por la cabeza de Carmine. Lo más probable es que estuviese hasta la coronilla.

Nevó en el monte Bégo. Por primera vez, no hubo iglús ni batallas de bolas de nieve delante de la majada.

La nieve y las esperanzas de Carmine se fundieron.

El agua de los lagos aumentó junto con la cólera de Agonie.

Al principio se preocupó. No entendía por qué no estaba allí su hermana para conmemorar el Día de Difuntos. Tenía que haberle pasado algo. Y su madre ni siquiera intentaba averiguar el qué… Ante la imposibilidad de escribirle, o de desplazarse, Agonie esperó. Un día tras otro entre los cráneos pintados de los pájaros y los árboles secos, jugando interminables partidas al solitario.

Luego, una mañana por Navidad, vio la tarjeta de felicitación en las manos de su madre y lo entendió. Félicité no cumpliría su promesa.

Tuvo el tiempo justo para llegar al refugio antes de explotar. Adiós a los cráneos pintados, al trono y al resto de los juegos. Todo calcinado.

Agonie dejó la majada; Carmine ni siquiera se dio cuenta. La gemela se instaló en una casucha abandonada en las afueras del pueblo de Bégoumas; la escalera apolillada y las tejas cubiertas de verdín más que un inconveniente eran una ventaja: nada que ella pudiera marchitar más. Fue por entonces cuando descubrió su verdadero nombre, aquel con el que había sido inscrita en el registro, aquel con el que la gente del pueblo solía referirse a ella: Egonia.

Y se convirtió en Egonia. Así era más fácil. Egonia no tenía que vivir cubierta de hollín a fuerza de entrar en casa por la chimenea. Y se libraba de las tormentas. Por último, ya no esperaba nada de su hermana. Sabía que Félicité, en el fondo, no decía la verdad; ni más ni menos que el resto de la gente.

—Durante aquel año —me confesó Félicité—, pasé con frecuencia cerca de Bégoumas. Todos los sábados, de hecho. Cuando recolectaba con Marine los tés especiales en el valle de las Maravillas, la teinóloga me veía lanzar miradas nerviosas a mi alrededor. Medio en broma, medio en serio, me preguntaba si tenía miedo de que un lobo me atacase.

»Aquel verano, durante nuestros viajes, logré relajarme. Me fui con ella cuando acabó el curso, a la caza de los preciosos tés de continentes lejanos, y no volví a Bégoumas hasta mediados de agosto. Por lo visto, Marine tenía asuntos que atender, mucho más lejos todavía, en algún lugar al que no podía llevarme.

»Pero en el monte Bégo no, imposible relajarme. Imposible disipar aquella sensación de empequeñecer, de ir achicándome a medida que subía hasta la majada.

»—No lo sabes tú bien —le respondía fingiendo reírme—. Tengo miedo del lobo feroz.

»Las bestias que me daban miedo, las verdaderas, tenían la forma de mi madre y de mi hermana. De mi hermana, porque me habría avergonzado con Marine; de mi madre, porque no hubiera sabido explicarle mi ausencia. Al menos de una manera que ella pudiese entender.

»Me dediqué en cuerpo y alma a la teinología, me pasaba las noches seleccionando e infusionando las hojas, leyendo los libros de los boticarios o especieros de la biblioteca y cultivando la amistad de Marine, que me iniciaba en los secretos de su ciencia. Me convertí en aprendiz de teinóloga y pasadora de fantasmas. La hija de pastores se sumió en un profundo sueño y tuve miedo de despertar a aquella Félicité, la que cargaba con el dolor de los demás, la de la ropa que olía a choto y los ojos que apestaban a vergüenza.

En el palacio de mármol

Cuando, tres décadas después, Félicité cruza el estacionamiento y entra en el palacio de mármol, parece una flecha de punta escarlata, recién arrancada del vientre de una presa.

—Carné de lectora.

—Hola, Patrick. ¿Cómo estás, Patrick? Yo también me alegro de verte, Patrick.

Había cambiado de puesto y de peinado, pero la voz seguía siendo la misma. El asistente de Marine, que había sustituido su bigote años cincuenta por un corte mullet, hacía gala de su desdén como otros lucen en el dedo un anillo con el escudo de armas de la familia.

El aludido examina suspicaz el rectángulo de cartón que le entrega Félicité, tan de cerca como le permite el enorme echarpe de lana que lleva alrededor de los hombros. Por fin, se digna a devolvérselo y luego, con una mano —la otra sostiene su taza, donde se enfría un café aguado—, deposita una llave en el mostrador.

—Casillero 12.

Hace bien en obligarla a dejar sus pertenencias en el casillero, no vaya a ser que le dé por esconder en el bolso un certificado de estado civil o sacar un rotulador para pintarrajear un mapa del siglo XII. Sin ningún motivo. Porque sí. Porque le da la gana. Porque a Félicité, como todo el mundo sabe, le encanta destruir archivos. Sin ánimo de discutir, deja sus cosas en el casillero, diciéndole:

—Seguro que necesitas un descanso después de tan tremendo esfuerzo, pero ¿podrías notificarle a Marine mi presencia? Siempre y cuando la encomienda no sobrepase el marco de tus funciones, claro.

Patrick suspira como si Félicité acabase de pedirle que le baje doce cajas de archivos de los almacenes. En noviembre. Bajo la lluvia. Sin manos.

Resignado, levanta el auricular. El teléfono parece pesar un quintal.

—Sí, Marinucha, soy Pat. Hay alguien que pregunta por ti. No sé. En el hall. De acuerdo. Genial, así lo haré, gracias, Marinucha. Besos. —Y sin transición—: Ya viene; ten la bondad de esperar en la sala de lectura, aquí no hay suficiente espacio para dos.

Patrick comparte con Agonie el podio de las pocas personas en el mundo capaces de crispar a Félicité en menos de cinco segundos. Es

superior a sus fuerzas.

Las salas que atraviesa, revestidas de maderas nobles, ahogan los ruidos de la ciudad. Todo está en silencio. En una de ellas, Félicité pasa ante un viejo ascensor italiano, madera oscura y hierro forjado, transformado en armario. Avanza por el grandioso hall, un derroche de columnas y escaleras de mármol que conduce a la sala de lectura. Espejos desazogados y cuadros apagados por la pátina del tiempo cubren hasta el techo el color verde grisáceo de las paredes. Entre las crucetas desconchadas de las ventanas se ve brillar las fuentes del parque. Es como estar en el tocador de una viuda que antaño fue rica.

Dos ancianos huronean entre legajos diseminados por las largas mesas de lectura. Más lejos, una mujer fotografía documentos.

De una puerta al fondo de la sala emerge, exactamente igual que hace tres décadas, la silueta de Marine. Anchas caderas, grandes aretes en las orejas y el característico tatuaje que le ocupa el cráneo. Apenas se le marcan unas cuantas arrugas más detrás de los dos círculos de sus gafas. Depositando un sonoro beso en cada mejilla de Félicité, pronuncia una frase que no hay que interpretar literalmente:

—Me vienes al pelo, necesito hablar con Théodore.

Marine había dejado la biblioteca del liceo unos años después de que Félicité se hubiese graduado. El nuevo director la encontraba, en sus propias palabras, «demasiado cualificada para el trabajo». En realidad —era *vox populi*—, Marine era una pésima bibliotecaria. Se lo aseguro, amigo mío, en toda Europa no ha habido nunca mejor teinóloga ni peor bibliotecaria. Supongo que no se puede ser bueno en todo. Menos aún cuando uno se pasa las noches preparando té en lugar de dormir y los días leyendo ensayos sobre teinología en lugar de poner al día los fondos de la biblioteca.

El caso es que, como todo el mundo apreciaba a Marine y al fin y al cabo trabajaba para la Administración, la ascendieron a directora de los archivos históricos, donde no molestaría a mucha gente, y le permitieron llevarse a Patrick con ella.

La mañana en que llegó Marine, su predecesor daba saltitos nerviosos debido a la preocupación que tenía por jubilarse esa misma tarde sin haber formado debidamente a su sustituta. El bueno de Théodore saltó con tanto ahínco y dedicación que le falló el corazón: a las cuatro y media en punto, justo antes de la copa de despedida con la que iba a agasajarlo su equipo.

Bien. Pues, aunque le parezca difícil de creer, pese a este infortunio, Marine se ganó de inmediato la simpatía de sus nuevos compañeros. Le aseguro que a cualquier otra persona la habrían considerado gafe y de sus bocas habrían salido sapos y culebras.

Imagínese hasta qué punto se hacía querer la teinóloga. Como un cachorrillo que se mea en tu alfombra y solo te salen palabras tiernas cuando intentas regañarle.

Ni siquiera trataron de obligarla a jubilarse más adelante, cuando cumplió la edad reglamentaria. A decir verdad, aquel lunes de julio de 1986, fecha en la que Félicité la visita, Marine ya debería haber dejado su plaza hacía unos cuantos años. Nadie quiso recordárselo. O nadie se atrevió.

Todo el mundo la apreciaba, incluido Théodore. El exdirector de los archivos municipales ocupaba cinco veces menos espacio que Marine con su delgadísimo cuerpo y sus gafitas redondas que apenas superaban el ancho de las pupilas. Pero, grosor aparte, se parecía a ella, tan alegre, servicial y sonriente. Sus compañeros le habían expresado por escrito deseos de felicidad muy sinceros y emotivos en el tarjetón que iban a entregarle cuando abriera el limoncello casero que su mujer había preparado especialmente para la ocasión.

Pero lo mollar de esta historia es que Théodore le estaba explicando a Marine cómo dirigir las visitas guiadas quincenales cuando cayó muerto. Con la palabra en la boca, imagínese.

Y, después de lo que le he contado, no hace falta ser muy imaginativo.

Podía haber elegido cualquier lugar de su vida para pasar la eternidad, pero fue en los archivos donde decidió quedarse. Hay gente que ama su oficio hasta más allá de lo razonable, qué quiere que le diga. Y menos mal que a Théodore se le ocurrió quedarse allí, porque, cuando alguien le hace una pregunta a Marine, si no atañe al registro de los comerciantes de té, es incapaz de proporcionarle ninguna información. «Me pondré en contacto con usted lo antes posible.» Es lo que contesta. Que, traducido, significa: tendrá noticias mías cuando Félicité haya hecho su pregunta a Théodore, cuando Théodore tenga a bien responderle y cuando ella me haya transmitido su respuesta.

—Ven, Clé. Acabo de recibir un *pu-erh* de una delicadeza extraordinaria y, salvo que quieras enfadarme, no me vengas con que tiene un retrogusto terroso.

En la planta en la que desemboca la imponente escalera de mármol, detrás de las columnas y puertas esculpidas, a salvo de miradas curiosas, duermen los miles de documentos de los archivos históricos. Todo el papeleo que plasma la vida de Niza desde hace mil años, o lo que queda de ellos, hiberna en aquel dédalo de cajas alineadas.

El echarpe de Marine guía a Félicité a través del laberinto de estanterías. En el gris de los túneles, la pasadora sigue la lana multicolor, cual airoso y dúctil dragón chino que le muestra el camino

entre los módulos, los vanos, las baldas idénticas y las pilas de archivadores hasta el techo.

De repente, frente a ellas, ese mundo fractal se interrumpe.

LA CASITA DEL PALACIO

El letrero está pintado a mano, ribeteado de hiedra. Se apoya en columnas de libros dispuestas en círculo. Cada pilar tambaleante de aquel Coliseo en miniatura sirve de trono a una tetera o a una lámpara con pantalla descolorida. En medio del círculo, dos sillones, uno frente al otro; y, entre ambos, la inmensa mole de la mesa de té esculpida con los contornos de las Maravillas. Visto desde fuera, con las telas de colores que rematan el conjunto, el lugar parece una pequeña carpa de circo.

Marine está muy orgullosa de su casita de té en medio de los archivos. Sobra decir que Théodore no lo aprueba: los vapores podrían dañar los documentos. Si Félicité tiene a su condesa, la teinóloga tiene a Théodore. Con los tés especiales con los que ambas los agasajan, una y otro son los fantasmas más despabilados de Francia.

Y, hablando del rey de Roma, el exdirector del lugar aparece justo en ese momento a través de una fila de cajas. Marine tiene una pregunta para él, que le transmite a Félicité, quien a su vez se la hace al fantasma.

—Definitivamente, esta mujer me toma por su ayudante. Bueno, la verdad es que estoy encantado. Al menos me siento útil. ¿Y usted? ¿Quiere que le busque algo, aprovechando que voy a investigar al depósito?

Félicité consulta su cuaderno y le lee los datos: los dos apellidos, la ubicación de la tumba y la fecha de la muerte.

—¿Y qué necesita?

—Todo lo que pueda encontrar sobre ellos.

El espectro se ajusta los diminutos anteojos en el puente de la nariz, asiente con la cabeza y desaparece detrás de una hilera de estanterías.

El *pu-erh* servido por Marine no activa ningún efecto extraño. Solo produce el mismo milagro que todos los tés servidos y bebidos desde que el emperador Shennong descubriese el primero: a medida que Félicité escucha el chisporroteo del hervidor y observa cómo Marine sumerge las hojas, y el agua humeante gotea entre los grabados de la mesa, a medida que respira los vapores emanados de su taza y nota cómo la cerámica le calienta las manos, el ciclón de los últimos días se apacigua, se repliega y se aleja fuera del círculo de la casita.

La pasadora de fantasmas prueba la infusión y susurra:

—Tiene razón. De terroso, nada de nada.

Marine exhibe una sonrisa triunfante y, a continuación, más seria, se arrellana en su sillón.

—Tienes el mismo entrecejo fruncido que el día que quemaste el té. No intentes negarlo, porque dentro de cinco minutos admitirás que tengo razón. Adelante. Te escucho.

Y, como Félicité sabe lo requetebién que la escucha Marine, se anima a hablar. Para contarle la brutal y estúpida muerte de su madre en pleno mensaje telefónico; el reencuentro con su gemela, porque no, nunca se lo había dicho pero resulta que tiene una hermana que creía desaparecida desde hacía treinta años, una chica especial que no se entendía con su madre —por decirlo suavemente— y que ahora da miedo verla cuando resulta que de niña era guapísima, y no entiende cómo se puede pasar de una cara de muñeca a la de una bruja de cuento, pero no se atreve a preguntarle, porque Agonie es muy suya, susceptible es poco, tiene unos arrebatos que causan estragos, sus explosiones pueden arrasar con toda la casa, así que es mejor no ofenderla, aunque se muestre desafiante y totalmente insoportable; pero, espere, eso no es lo peor, porque acabo de enterarme de que mi madre, a la que creía nacida entre las dos guerras, bueno, pues sus padres murieron, pásmese, en 1875 —sí, ha oído bien, en 1875— y no entiendo cómo se puede guardar un secreto como ese toda la vida, sin tocar jamás el tema y dejar a tu propia hija sin saber de la misa la media.

Marine posa la taza de té sobre la mesa y coge la mano de Félicité.

—Cuánto lo siento, Clé.

Al ver que Félicité frunce el ceño, añade:

—Lo de tu madre.

—¡Ah, eso!

Félicité esperaba ver la sorpresa dibujada en el rostro de Marine. Tal vez la ira, por solidaridad. O preguntas curiosas sobre cada uno de aquellos misterios, pero de ninguna manera esperaba compasión. Casi le dan ganas de enfadarse.

Marine levanta la taza y bebe un sorbo.

—Nunca te he hablado del día en que me afeité la cabeza.

Sus palabras tienen la virtud de calmar de inmediato a Félicité. Hace treinta años que se pregunta intrigada por el misterioso tatuaje que luce su amiga, sin atreverse a sacarle el tema.

—Sabes que rechacé ocho propuestas de matrimonio. Pero hubo una novena y la acepté. Un joven que conocí en Sri Lanka, distinto, amable como no puedes ni imaginar, nunca de mal humor pero tampoco tonto, más divertido y menos estúpido que la media. Viudo, con una hija de seis años. Por gustarles más solía aplicarme aceites de

jazmín y coco en el cabello, por entonces largo hasta las caderas. Su hija me hacía una trenza por la noche antes de irse a dormir. Le daba ese gusto por lo mucho que deseaba ganarme el afecto de la chiquilla. Preferí olvidar que los aceites dulces me hacían menos sensible a los aromas y afectaban a mi capacidad para reconocer las hojas. Sabía mejor que nadie que ser teinóloga y perfumarse es incompatible. El perfume inhibe la percepción olfativa y distorsiona los sentidos, y ya te puedes ir despidiendo de oler nada.

»Qué más da, pensé, mientras la niña me llame mamá.

»Y luego la niña cayó enferma.

»Fui a buscar las plantas que necesitaba para dárselas en infusión. Te ahorraré los detalles: la maté. No a propósito, desde luego, pero eso fue lo que ocurrió. Debido a los aceites que impregnaban mi pelo, no aprecié la diferencia entre la beliana y el medón odorífero. El mismo color, idéntico tamaño, las mismas hojas, todo igual excepto por dos cosas: el aroma y el efecto.

»Cuando sostuve la cabeza repentinamente pesada de la niña entre mis manos y cuando vi el hilillo de baba goteando de sus labios, salí como alma que lleva el diablo. Al día siguiente, en el barco que partía hacia Madagascar, me afeité la cabeza.

»La Marine de antes, la Marine arrogante de largos cabellos, murió ese día. Pero no hay mal que por bien no venga.

»Si te cuento esto es para que reflexiones. A lo largo de nuestras vidas no somos una sola persona, Clé. Muchos te dirán que cambiamos de chaqueta o de máscara cuando nos conviene. Yo te aseguro que cambiamos de piel, de carne, de esqueleto y de sangre. No mentimos mientras lo hacemos: nos transformamos. Nos olvidamos de las que poblaban nuestro cuerpo en favor de las nuevas mujeres. Más sabias. O más firmes, o más prudentes, según la suerte de las que nos precedieron.

»Antes de conocerte, fui muchas mujeres, y probablemente seré muchas más. Mírate a ti misma, sé sincera y dime que no has saldado las cuentas, fríamente, con la hija de pastores que conocí hace treinta años.

La taza que Félicité tiene entre las manos se ha enfriado. La tetera ya no humea.

Lo que Marine no sabe es que, en Carmine, las antiguas ocupantes se quedaron. Todas.

En ese momento, entre dos cajas de archivos asoma el rostro de Théodore.

—He encontrado su expediente, señorita. Es fascinante. ¿Cómo conoce a estas personas?

—¿En qué estantería, en qué balda? —pregunta Félicité levantándose de un salto.

—Espere, espere, porque he dicho su expediente, pero debería haber dicho «sus expedientes». Están repartidos por varios pasillos. No va a creérselo, es de lo más curioso, una rareza como nunca…

—Por el amor de Dios, Théodore, ¡suéltelo de una vez!

Ofendido, el fantasma se cruza de brazos.

—¿Sabe esa Adélaïde que me ha mandado buscar? Pues entre su nacimiento y su muerte median más de tres siglos.

Memoria bajo sello

Todo está allí, desperdigado por los pupitres, bajo las lámparas verdes de la sala de lectura. Una hoja por cada alegría y doce por cada cuita. Partidas de nacimiento y certificados de defunción, capitulaciones matrimoniales, direcciones sucesivas. Esto es lo que queda de una persona: un fárrago de papeles. Aunque nos pasemos la vida tratando de evitar el papeleo, al final es nuestro único vestigio en la tierra.

Los primeros documentos, los más antiguos, se remontan a cuatro siglos. Son del mil quinientos y pico. Desde los pliegos apergaminados, llenos de garabatos ilegibles y curiosas abreviaturas, hasta las cartillas más flexibles de finales del siglo XIX, se repite el mismo nombre: el de Adélaïde, nodriza-oráculo de Provenza.

Las grafías difieren, pero el resto coincide. Su nacimiento en el pueblo de Rocabiera, la actual Roquebillière. Su quinto matrimonio, en Niza, a los doscientos setenta años, con Zacario Zamora, un joven mayordomo español de veintinueve años. Su muerte juntos, en su casa de Niza, treinta y cinco años después, sin especificar la causa. Las dos docenas de partos consignados en el diario que llevó Adélaïde, hasta el último de ellos, en 1850: el nacimiento de Carmine en Niza.

Justo antes de esa página, en el diario, falta una hoja. Todo lo que queda es un borde rasgado, como el resto de una etiqueta mal cortada en la costura de una prenda. Pero esa hoja no ha desaparecido. Sabemos dónde se oculta: bajo sello, en algún lugar, en una carpeta con nombre de ecuación matemática, entre las cajas prohibidas. Para sacarla de allí haría falta la autorización de alguien, de un tipo de alto rango, muy importante, que no firma nada tan insignificante, y mucho menos nada relativo a los archivos históricos que nunca tienen urgencia, puesto que sus papeles hablan de muertos y de pueblos desaparecidos.

De Carmine, sin embargo, aparte de esa última hoja del diario que detalla el día de su nacimiento, no hay rastro en los archivos. Théodore es categórico. Si Carmine nació en Niza en 1850, no hizo nada memorable que merezca la pena guardarse aquí.

Irse cuanto antes

—¿Entiendes lo que significa?

Los campanarios de Niza empiezan a teñirse de rosa, el cielo pasa del platino al oro; al volante de sus automóviles, los conductores bajan los parasoles deslumbrados. Es el momento del día en que la fachada del palacio Caïs de Pierlas, durante unos instantes, parece recuperar sus tonos leonados originales.

Allá arriba, detrás de las ventanas del último piso, en la cocina, una bruja está sentada en una silla revestida de plástico.

Félicité no le ha mostrado los documentos que se ha traído prestados de la biblioteca, no vayan a acabar como el diario de Carmine. Pero le ha explicado lo esencial. Dos veces.

—Significa que mamá, el día que nacimos…

—Tenía noventa años, sí, sí, ya lo pillo. ¿Y entonces?

Félicité deja el cuchillo de las verduras, agarra con calma el aspirador apoyado en la encimera y pasa el tubo por el aire hasta que se traga las diez mariposas de su hermana.

Lo apaga y lo deja en reposo. Antes de contestar, se acomoda detrás de las orejas el cabello granate con raíces plateadas, que no ha teñido desde la llegada de Agonie.

—Pues que entonces, durante esas nueve décadas, mamá pudo vivir y andar de la ceca a la meca, a lo ancho y largo de este mundo. En cualquier lugar. Su fantasma puede estar en cualquier parte.

Félicité vuelve a cortar los tomates, chaca, chaca, chaca, más brutalmente de lo necesario. Pica la albahaca. Zas, zas, zas, zas. Despunta y pela las judías verdes, ras, ras, ras.

Egonia, sentada detrás de ella, la observa preparar la sopa al pesto. Desde su llegada, Félicité le ha cocinado un montón de cosas ricas. Bueno, eso se imagina, porque en el momento en que tocan el paladar, los labios ya lo han vuelto todo rancio. Su madre solo le dejaba las mondas y los mendrugos de pan duro. Egonia lo entendía. Habría sido una bobada echar a perder aquellos manjares. En el fondo, daba igual.

Pero Félicité no. Su hermana no le compra porquerías en lata y tampoco se reserva para ella la sopa casera. Sigue cocinando para las dos unos platos cuyo sabor Egonia nunca conocerá. Le gustaría decirle: «No te molestes, ¿no ves que es como tocar conciertos para

sordos? Hagas lo que hagas, no me va a saber a nada».

Pero la verdad es que, aunque fuera sorda, le gustaría que tocasen conciertos para ella. O que le hablasen del mar si fuera ciega.

Ver la espalda de su hermana, que a pesar de todo cocina para ella, vaya usted a saber por qué, le trae el recuerdo de su bosque. Aquí no hay un árbol a cien kilómetros a la redonda. Aquí solo hay hormigón, piedras, agua. Y plástico, por supuesto. Por todo el piso. Un material grueso y translúcido que cubre cada centímetro cuadrado. Por su culpa, claro, así que no puede quejarse.

Sea como fuere, Egonia prefiere los árboles.

Y, además, empieza a cansarse de fastidiar a Félicité. Se ha divertido escupiéndole flores y esparciendo mariposas por todas partes. Pero es agotador estar siempre fingiendo enojo. A veces solo tiene ganas de dormir, o de decir: «Añoro mi bosque», o: «¿Por qué me dejaste sola con nuestra madre?».

Tal vez ya haya llegado el momento de encontrar el dichoso fantasma y volver a casa.

Egonia se remueve en la silla, haciendo tintinear su ropa. Inspira profundamente para susurrar:

—Enciende el aspirador. Tengo una idea para encontrar a Carmine. No es por ayudarte; es porque quiero irme cuanto antes.

El cuchillo se detiene en el aire cuando estaba a punto de decapitar una judía. Félicité se gira, blandiendo el aspirador.

—Adelante. Y bien alto, para que pueda oírte con este ruido.

El zumbido del motor invade el apartamento. En la sala rezonga el fantasma de la condesa, pero las gemelas la ignoran.

—Verás, en el libro… O sea, en el diario…

A Félicité le gustaría sacudir a Agonie para sacarle las palabras más rápido, pero se contiene. Sitúa el tubo del aspirador cerca de la boca de su hermana y se inclina hacia ella para captar mejor sus palabras. Quién sabe cuándo se decidirá a hablar de nuevo.

—En el diario estaba escrito… España, creo. O español. Varias veces. Y el desierto también. El desierto, seguro. Pero eso tal vez no signifique nada… No lo sé.

Félicité ya ha oído eso en alguna parte… A su padre. Sí. Su padre recordó que en sus delirios febriles, Carmine mencionaba el desierto. La pasadora de fantasmas apaga el aspirador.

—¿Ves como cuando quieres y te esfuerzas todo es más fácil?

El silencio de Egonia es elocuente. Félicité añade:

—Gracias.

Y luego:

—Aunque tampoco es como para echar cohetes. España y el

desierto… No es precisamente una banderilla bien colocada en un mapa.

Y luego:

—Pero bueno… Menos da una piedra. Sí, puede valer. Lo que sí sé es qué pregunta hacerle a Adélaïde y a Zacario si encuentro…

Agonie dirige una mirada significativa a su hermana. Félicité cambia el singular por el plural.

—Sabremos qué pregunta hacerles si encontramos sus fantasmas. Les preguntaremos si su hija pasó por España o por un desierto. ¿Te parece bien?

Agonie asiente con la cabeza:

—Sí, mucho mejor.

Atrapa entre las encías los tres insectos que intentan levantar el vuelo y mueve los labios, con las mandíbulas apretadas:

—Qué pesadas estas mariposas. Dale al aspirador.

Félicité disimula una sonrisa girándose hacia la encimera.

Debe admitirlo: vivir con su hermana es un infierno, sin duda, pero a veces resulta bastante útil. Primero, descubrió la tumba. Y respecto al diario… Es evidente, a pesar de lo que quiere hacer creer, que no sabe por dónde tirar. Su hermana nunca aprendió a leer como Dios manda. Estará tratando de descifrar palabras cuyo sentido se le ha escapado. Las dos saldrían ganando si Agonie se dejase ayudar para recordar mejor, pero tendría que tener la suficiente humildad y sentido común para pedirlo.

Mientras va agregando las verduras al caldo, plof, plof, plof, Félicité afirma en un tono lo más despreocupado posible:

—Estoy segura de que vamos a encontrar a mamá muy pronto. Lo presiento. Estamos cerca. Y, ya que estás aquí ahora…, quiero decir, no me molesta que te quedes un poco más. Siempre y cuando dejes de escupir por todas partes esas flores que me miran como si fuese un aperitivo.

Desde la sala, el fantasma de la condesa exclama indignada:

—Incluso yo, que estoy en un semi descanso eterno, querida, encuentro agotador verte vivir.

Félicité se alegra de que Agonie no oiga a los fantasmas.

Su hermana, ahora lo sabe a ciencia cierta, no calla a propósito lo que sabe. En realidad, no se atreve a confesarlo, sin más. Félicité lo sabe porque ella tampoco se atreve a contarle todo. No en vano son gemelas.

En la alacena a su derecha, coge discretamente una de las cajas revestidas de papel japonés, la que contiene el té del valle de la Masque. El más poderoso de los tés especiales, el que necesita ciento

catorce años para existir y cuyas últimas hojas le confió Marine.

—La sopa está lista, Nanie.

Cuatro. Quedan cuatro hojas del precioso té del valle de la Masque en el fondo de la caja de metal.

—Por cierto, quería decirte…

Sirve un cucharón de sopa humeante en cada plato y lanza una mirada a Angèle-Victoire. El fantasma se ha puesto a bailar un vals al fondo del salón.

—… has hecho bien tirando el bozal. El aspirador es más práctico.

La bruja de terciopelo

Por supuesto que sí, amigo mío, puede repetir sin miedo. ¡Pida otra tetera! No se corte, que la jefa no se come a nadie.

El retrato que le pinto de Egonia no es tan terrible, hasta ese punto por lo menos… Piense que hoy, en comparación con la época de la que le hablo, es tan delicada como el terciopelo del sillón en el que está usted sentado. Mientras que hace casi cincuenta años, cuando murió su madre, era una bruja. No solo por su atuendo, sino porque era una prolongación del personaje que lo vestía.

Vale, pediré el té en su lugar. No se preocupe, estoy acostumbrado.

¿Quiere una prueba de lo de Egonia? Espere. Debo de tenerla en alguna parte… Aquí está. Lea. Lo entenderá rápidamente.

Matutino de NizaMartes, 29 de julio de 1986
EL PRIMER DIARIO DE NOTICIAS DEL SUDESTE Y CÓRCEGA

CASCO VIEJO DE NIZA: LA MISTERIOSA FLOR GIGANTE APARECIDA ESTA MADRUGADA
¿Vandalismo o publicidad?

Los floristas del casco viejo de Niza tienen desde esta mañana un competidor añadido. El tejado del palacio Caïs de Pierlas, abandonado tiempo ha, ha amanecido atravesado por una flor gigantesca de horribles matices. Los comerciantes afirman no conocer la especie ni su origen y se niegan a responder las preguntas de nuestros reporteros. Una extraña omertá parece reinar entre ellos. ¿Podría la planta gigante ser artificial y su instalación un truco publicitario destinado a atraer más turistas al mercado de las flores? Entre los vecinos circulan todo tipo de hipótesis.

→ Más información pág. 11

Hipódromo. Turf. Cuatrifecta: resultado en pág. 15
Obituarios: pág. 18

Escupir en la sopa

Ha pasado una semana desde que murió su madre.

Félicité recorre con la yema de los dedos las crestas del monte Bégo en la mesa de té de Marine. Sobre el tejado de los archivos se oye la lluvia, que cae a cántaros.

Con una mano en la boca y la otra en el corazón, Marine hace esfuerzos para no llorar. O tal vez para no gritar. Félicité la entiende mejor que nadie. Ella también duda entre las dos opciones.

—¿Toda tu reserva? ¿Absolutamente toda?

—No queda ni una mísera hoja. Y el polvillo que queda ni siquiera sirve para ponerlo en bolsitas.

Marine niega lentamente con la cabeza.

—Lo siento muchísimo, Clé. Venga, toma una taza y cuéntame cómo ocurrió.

Félicité cruza las piernas y se arrellana en su sillón.

—Aunque —insiste Marine—, si prefieres un poco de Couillole… Ya sabes lo mucho que ayuda. Tengo una caja entera. Solo es poner el agua a hervir.

—No, por favor, no es nada del otro mundo. Mi hermana, para variar, que decidió que sus insectos pusiesen sus huevos en la alacena del té.

—Pero… ¿por qué?

—Si cree que necesita una razón, es que no entiende muy bien de quién le estoy hablando.

Marine se inclina hacia adelante, con una tierna preocupación entre las pestañas.

Félicité se rasca las palmas de las manos. Ahora sabe lo que es sentir lástima por alguien, conmoverse por su suerte y reconocerse, treinta años después, burlada. Si hay alguien a quien se niega a infligirle semejante decepción es a Marine.

Pero descubre, frente a su mentora que tanta confianza le prodiga, una sensación nueva, ese miedo monstruoso que se insinúa en ella frente a la verdad, cuando puede rasgar las cómodas etiquetas que lleva pegadas en la frente: discípula fiel; teinóloga prodigio; mujer íntegra.

Félicité no quiere que Marine la catalogue de otra forma.

Aunque, en el fondo, ella ya no es nada de eso. Y luego que, de todos modos, Félicité no sabe mentir.

Marine la observa desde el otro lado de la mesa de té, con una taza caliente entre las manos, el echarpe sobre los hombros y los grandes anteojos sobre su cráneo redondo. A su alrededor, los libros y las cajas de archivos forman una muralla que atenúa las voces y ahueca los murmullos.

Entonces Félicité respira hondo, cierra los ojos y confiesa lo que hizo:

—Ayer por la tarde, desmenucé en la sopa al pesto todo lo que me quedaba del té del valle de la Masque y se lo serví a mi hermana sin avisarla previamente. Agonie se dio cuenta. Me había olvidado de que lo percibe todo. Principalmente los efluvios de traición y desconfianza que flotan en el aire. Como era de esperar, le molestó muchísimo. Me acusó de mentirle, además de haberla abandonado. «¿Cómo que te abandoné, si fuiste tú la que se largó?», le respondí. Porque se fue y yo tuve que sacrificarlo todo, me dejó sola cuidando de una madre que no me reconocía, que desaparecía bajo sus innumerables personalidades mientras mi hermana andaba por ahí tan campante sin preocuparse de lo que me pasaba. Sin utilizar nunca la taza para contactar conmigo. Creí que había muerto.

—Creí que habías muerto —le dije.

—Como si tú hubieses utilizado alguna vez la puñetera taza —replicó ella.

—No —admití—, pero la miraba todos los días. Esperé un mes y otro mes, y luego un año y otro año, a que apareciese una palabra en el fondo de la taza. Eras tú quien se había ido, y era cosa tuya volver. Si es que querías. Y preferiste quedarte lejos. Lejos de mamá, vale, ¿pero lejos de mí? Al cortar el cordón, rompiste con todo lo que había alrededor. Así que guardé la taza bien guardada en la alacena.

Supuse que había entendido, porque se quedó callada un momento. Pero volvió a la carga:

—¿Romper qué? —rezongó—. No había nada que romper, Félicité. Ya estaba roto. Oh, gracias por las mondas de fruta y las sobras de comida, gracias por las migajas. Gracias por tu enorme generosidad, santa Félicité… ¿Sacrificar tú? Tú no has sacrificado nada en tu vida. Lo poco que me concedías lo hacías a escondidas. Félicité, la santurrona, jugando siempre con dos barajas. Así que sí, me marché. Me largué de aquel nido de dos avispas. Y, a juzgar por el abejorro en el que te has convertido, es lo mejor que pude haber hecho.

Luego soltó tres escupitajos en la sopa y se fue.

Toda la casa empezó a temblar. Una flor gigantesca extendió sus

raíces sobre la mesa, bajó a lo largo de las patas, atravesó el parqué hacia el piso de abajo mientras el tallo crecía hasta reventar el techo y eclosionar en la noche, con sus inmensas mandíbulas temblando a la luz de la luna. La condesa pegó un grito que estuvo a punto de perforarme los tímpanos.

Esta mañana, en la calle Saleya, no se hablaba de otra cosa: la flor gigante con forma de sombrilla que atraviesa el tejado del palacio de los fantasmas. Pero, mira por dónde, en la calle Saleya los comerciantes dicen que no hay mal que por bien no venga. Al parecer, es publicidad gratuita para el mercado. He tenido que llamar a un par de leñadores para que me sacaran del medio ese monstruo que no va a dar habichuelas mágicas precisamente. En el tejado hay un agujero así de grande, ¡y justo el día en que le da por llover a cántaros! He tenido que recabar la cooperación de mis teteras. Han accedido a regañadientes, como de costumbre. Esta vez me dan pena, pobrecitas mías, empapándose con la lluvia helada que cae en el piso.

Marine se quita las gafas. Sin los cristales mira a ojos cegarritas. El diluvio en el techo redobla su tamborileo.

—¿Has obligado a alguien a beber sin pedirle permiso?

¡Pero bueno!, se dice Félicité. ¿Eso es lo único que le importa de todo lo que le he contado?

—El té que maduró durante más de un siglo, que me fue transmitido por tres generaciones de teinólogos, ¿lo has desperdiciado en una sopa? Al pesto. ¡Una sopa, Félicité!

Hacía treinta años que Marine no se dirigía a ella con otro nombre que no fuese el de Clé.

Su voz tiembla de cólera, sin duda. Aunque tampoco hay que descartar la decepción.

—Y ahora me vas a preguntar por qué la tomo contigo y te echo las culpas a ti, cuando es tu hermana quien destruyó mi trabajo. También me preguntarás si puedo reponer tu alacena con más té. A lo primero te responderé que te culpo a ti porque conoces el té, conoces el valle de las cosas extrañas y aun así decidiste infusionarlo en una sopa. No por despiste ni por confundirlo con una hojita de laurel, ¡qué va!: simple y llanamente por codicia. Premeditada, además…

—¡Ella tenía ganas de decírmelo! —la interrumpe Félicité—. ¡Se lo juro, Marine, se veía a la legua! Pero no era capaz, no se atrevía, solo necesitaba…

—¡Basta! Pensé que entendías… Debí haber sido precavida. Desde que murió tu madre no eres Clé, no eres una llave, eres un pie de cabra. Por una vez que la puerta entre el mundo de los muertos y el de los vivos se te resiste un poquitín, no puedes soportarlo e intentas

reventarla. No hacen falta palanquetas ni tacones de metal para descerrajar puertas y echarlas abajo. Basta con un alma de acero, un corazón sin paciencia ni ternura, sin compasión por los más lentos, por las hermanas que no saben leer bien, por las que tienen mala memoria, por las que no tienen ganas de hablar o de beber té, por los fantasmas que no se dejan descubrir muy rápido, sin gracia ni indulgencia para nadie salvo para ti y tu paupérrima miseria. Y te responderé a continuación, porque no debes creer que me has conmovido hasta el punto de perder el hilo, para nada en absoluto, que sé muy bien adónde quiero llegar y lo que tengo que decirte; te responderé por último que tu alacena seguirá vacía hasta que no hayas cambiado el corazón por otro más dulce. Hazte perdonar. Solo entonces podrás volver a visitarme. Y de paso tráete a tu hermana, que tengo que hablar con ella.

La teinóloga se sirve una taza de té y posa la tetera con brusquedad. Con la mirada fija en el vapor que se eleva entre las manos, concluye:

—Hasta entonces, arréglate como puedas con tus fantasmas, pero aquí no vuelvas.

Si la mesa de té no fuera tan pesada, Félicité la habría volcado. Mal que le pese, la piedra sigue siendo más densa que su rabia.

Solo se levanta cuando las piernas logran sostenerla de nuevo. Intenta cruzar la mirada con la de Marine, pero la bibliotecaria no aparta los ojos de su té.

La pasadora de fantasmas sale de la casita de colores, dejando que su taza se enfríe en la mesa de té.

Se pierde entre las estanterías. Está desorientada. Nunca se había percatado del frío que hacía en aquel laberinto de papel. Se agarra los hombros; ha olvidado su fular de lana.

—Buenos días, Théodore. ¿Sería tan amable de indicarme la salida?

Pero el fantasma, que ha escuchado su conversación con Marine, se aleja por los pasillos sin dirigirle la palabra.

Félicité deambula durante mucho tiempo entre los túneles caleidoscópicos tapizados de cajas de cartón. Tal vez, piensa, tal vez me pierda para siempre, me siente entre dos archivadores, mujer gris entre las cajas grises, hasta convertirme yo misma en una caja. Me encontrarán en el suelo y me subirán a un estante. Me encantaría convertirme en una caja. Una simple caja gris que no piensa en nada, entre miles de cajas grises que no piensan en nada.

Sería un alivio quedarse posada ahí, en una balda metálica. Y dormir. Solo dormir. Permanecer gris e inmóvil, sin pensar en nada, y olvidar a los fantasmas.

Espejos rotos

Félicité ha vuelto a su casa, donde ya no queda nada. Ni hermana. Ni té. Solo un inmenso vacío que desgarra el tejado, la lluvia cayendo a través de él y el fantasma de la condesa durmiendo la siesta en el sofá, acribillada por las gotas.

De repente, la pasadora de fantasmas ya no se siente temible en absoluto.

Su sillón se ha convertido en una gruesa esponja empapada de agua. Se sienta con un ruido de succión en el frío tejido que se le pega a la espalda y las piernas. La llovizna rocía de antracita su ropa gris perla. Por el rabillo del ojo ve un rimero de sobres mojados delante de la puerta. Unas cuantas horas más y se habrán transformado en un mazacote húmedo de pasta de papel. Mejor.

Mira el caos y el caos no la asusta. Al contrario, piensa, menos mal que está ahí.

Quién quiere orden y limpieza cuando todo en su interior se ha resquebrajado.

La que estará más contenta que unas pascuas es Angèle-Victoire cuando despierte. ¿No quería que Félicité cambiase un poco sus hábitos? A lo mejor ahora comprende que no estaba tan mal tener algo a lo que aferrarse cuando todo lo demás se tuerce, se deforma y se fragmenta como los reflejos de un espejo roto.

La casita en el palacio: un espejo roto.

Una alacena repleta de tés especiales para pasar a los fantasmas al otro lado: un espejo roto.

Alguien que la acoja en torno a una tetera y la llame Clé: un espejo roto.

Su hermana gemela esperándola, con naipes y caramelos en las manos, entre los cráneos de pájaros pintados.

Un espejo roto.

Lo que tiene de bueno la lluvia es que te pega el pelo a la cara, te hace moquear la nariz y empalidecer las mejillas, y luego te ves tan miserable y tan fea que ni siquiera te das cuenta de que estás llorando.

Un rebaño de teteras asilvestradas

Las teteras también han desaparecido.

Félicité no puede culparlas. ¿Habrá algo más insultante para un rebaño de teteras escogidas y mimadas que utilizarlas como cubos para las goteras? Sobre todo cuando no tienen tetera-madre que las anime, como haría un general exhortando a sus soldados con lo noble que es morir por los delirios de otro, con las heridas llenas de agua arenosa.

Lo más probable es que las teteras se hayan mirado elevando los picos en el aire y se hayan dicho que lo de los sacrificios no iba con ellas. Supongo que bajaron las escaleras y salieron a las calles de Niza, convertidas en una gavilla de teteras asilvestradas, saltando y traqueteando por los adoquines. Sin madre, sin pastor. Libres, en definitiva.

El mayordomo-cartógrafo

Félicité tarda varios días en hacer acopio de fuerzas para levantarse del sillón.

Entretanto, llega el mes de agosto con sus sombrillas, sus neveras portátiles y sus turistas todavía más ruidosos que los de julio. Se les oye desde aquí, ahora que el tejado está agujereado. Al menos, el calor que se cuela a través del boquete seca un poco las tazas colmadas de lluvia, los libros hinchados, las estanterías vacías.

Por fin, la mañana del octavo día, la pasadora de fantasmas sale a la calle. La condesa, que hace mucho tiempo que no ha bebido ni una gota té, la toma por una criada.

Félicité va adonde sabe que debe ir desde hace ocho días: al encuentro de sus abuelos.

Eso, al menos, es lo que me contó.

Y no es una mentira, ojo, pero digamos que falta un poco a la verdad. Usted, amigo mío, ya empieza a conocerla. Como comprenderá, no iba a contarme con pelos y señales todos los traspiés que había dado antes de tener éxito. Ni a hablarme de todos aquellos días en pleno verano encadenando callejones sin salida, siguiendo pistas que no eran tales, persiguiendo muertos sin fantasma o fantasmas que no conocían a Carmine, rebuscando a lo largo y ancho de las ruinas del antiguo Roquebillière para que los pocos fantasmas que quedaban le hablasen siempre de Adélaïde, sí, y dale con Adélaïde, pero nunca de Carmine.

Así que, como le decía, del que me habla es del octavo día, la jornada en la que, entre sus otras tentativas, decide visitar el domicilio nizardo de su abuela.

Muy a su pesar, imagina la conversación que Agonie y ella tendrían si la bruja de su hermana fuese de copiloto en su coche. ¿A quién crees que se parecen nuestros abuelos? ¿Crees que se han convertido en fantasmas? Sí, nadie vive trescientos años para acabar muriendo así, tontamente… Si haces lo imposible para mantenerte en pie durante tres siglos es porque te aferras a la existencia. ¿A ti que te parece?, ¿sabrían lo de España?

En su imaginación, Agonie saca la cabeza por la ventanilla para respirar mejor, hace un ruido de tazas que se entrechocan y responde

algo así como: «Deben de ser personas encantadoras, en cualquier caso, considerando la madre que nos dejaron».

Pero Félicité está sola, sin té ni hermana, y sola es como llega al lugar donde, según los archivos, Adélaïde da Rocabiera vivió la segunda mitad de su larguísima vida.

La casa abandonada domina la esquina de dos calles, detrás del Negresco. El palacio la cubre con su sombra; existía antes que el hotel y lo sobrevivirá. Su fachada ocre de falsas columnas está ennegrecida, sus molduras de estuco, desmoronadas. En el tejado, la claraboya se ve opaca debido a los excrementos de los pájaros. Todo el perímetro de la casa está rodeado de una verja herrumbrosa de la que sobresalen ramas secas de palmera.

A pesar de su decrepitud, el lugar tiene ese aire tan preciosista y pretencioso, tan burgués, incluso después de ciento cincuenta años de telarañas y de lluvias, tanto es así que Félicité se pregunta cómo pudo su madre haber nacido ahí y llevar después una vida de pastora en una montaña azotada por las tormentas.

Apoyado en el portalón, un fantasma fuma con la mirada perdida. Si nos olvidamos del detalle de la muerte y de las odiosas patas de gallo en el rabillo del ojo, podremos apreciar que su belleza juvenil no lo ha abandonado del todo. Tiene los ojos negros como el azabache y una nariz que guarda la proporción áurea. El espectro da una calada a su cigarrillo con tremenda indolencia, haciendo reverdecer de golpe las hojas de la palmera que lo espían desde arriba.

Félicité comprende por qué su abuela lo eligió como su último marido.

Al acercarse, el fantasma le pregunta haciendo rodar la erre y canturrear las vocales:

—¿Ve usted aquel enorme abeto a lo lejos?

Le señala con el mentón las montañas, que parecen gruesos fantasmas grises en el aire brumoso por el calor.

—Un poco de musgo al pie, tres gorriones revoloteando en torno al tronco. Es soberbio, ¿lo ve? Lo planté el día que nació mi hija. Pronto cumplirá ciento treinta y seis años. Es hermoso, ¿no le parece?

Félicité está a punto de preguntarle por su acento español cuando de repente el fantasma se estremece y grita una advertencia. Solo el silencio le responde. El fantasma suspira.

—Oigo cómo se desmorona la piedra de la colina día tras día. Está a punto de desprenderse un trozo de roca. No hago más que repetirles que no deben pasar por allí, pero la gente no hace caso. Y venga otra vez a rehacer mi mapa. Tengo que ponerlo al día. Está obsoleto. Siempre está obsoleto. No se acaba nunca.

Félicité conoce a los fantasmas lo suficientemente bien como para saber que este quiere que le haga una pregunta.

—¿Qué mapa?

Sin mirarla, siempre ojo avizor, recita:

—El que recoge todos los caminos, las plantas, las piedras, los animales que viven, vivieron, están o estuvieron en este territorio, desde la frontera italiana al este, la entrada al valle de las Maravillas al norte y el macizo de los Alpilles al oeste. Todo excepto los hombres. Hay que ponerlo todo en el mapa, siempre, las cosas minúsculas y las que nos sobrepasan, los vientos que asesinan y los que alborotan el cabello, debemos nombrarlos; tenemos que revestirlos, tatuarlos en la memoria, escribir las cosas y dibujarlas, y fotografiarlas para que nos pertenezcan un poco, de lo contrario, su desmesurada belleza nos aplasta y nos violenta. Es demasiado. Demasiado para mí. Entonces lo pongo todo en el mapa, porque, si no, las bellezas se desbordan y se desdibujan y…

Se lleva el dedo índice a los labios. El gesto de silencio es elocuente. Félicité no mueve un músculo. Al cabo de un rato, el fantasma se relaja y continúa:

—La gente no sabe estar en silencio. Fíjese, la cierva moteada de once manchas, nacida hace dos veranos, la más hermosa del año… Parió bajo el abeto hendido que silba en sol bemol cuando sopla la tramontana. Llovía, la tierra estaba empapada, casi un río de lodo. Aplastó bajo sus pezuñas babosas y lombrices; treinta y siete, creo. No, treinta y ocho. La última, gorda y larguísima, de dieciséis centímetros, arrastrada bajo el arado, podría haber abonado la tierra, o fertilizado varios palmos de bosque… En fin. Le hablaba de la cierva. Sufrió demasiado. Tenía dos fetos en el vientre. Una cierva con dos cervatillos. Casi nunca ocurre. Porque siempre hay uno que toma el control, ¿sabe? Entonces sale el primero, envuelto en un líquido pegajoso, rojo y blanco, y echa a andar sobre sus patas, temblando de un modo que parece que se va a caer. La pinaza se quiebra bajo sus pies, descubre el ruido de los pinos, el olor de la tierra, no le preocupa el dolor de la madre, que aún tiene que expulsar a su hermano y no tiene tiempo de lamerlo. La cierva resopla, jadea, el sudor le empapa los belfos y la frente. Un gorrión de garganta azul la observa desde arriba con la cabeza ladeada. A él tampoco le importa que sufra. El pardal solo mira porque no tiene nada mejor que hacer. El árbol donde está posado huele a savia y ese aroma penetrante le da a la cierva algo de fuerza.

Zacario —porque es él, Félicité reconoce ahora los rizos negros y la boca de fresa de su madre— sacude la cabeza y frunce el ceño. La

frente se le arruga en un lindo mohín de cólera:

—Me costó tachar esa cierva de mi mapa. Con un poco de silencio y el aroma de la savia, podría haber sobrevivido. Pero los coches subieron y bajaron, monte arriba y monte abajo toda la noche, por todas partes, sin disminuir la velocidad. El rugido de los motores y el chirrido de los frenos resonaron en los alrededores de la ciudad y hacia la montaña. Y la cierva, privada de silencio, murió. Con el segundo cervatillo a medio salir del vientre. El primero, sin una madre que lo alimentara, murió la noche siguiente. Por eso digo que hay que guardar silencio. En algún lugar siempre hay una cierva pariendo.

La mirada del fantasma se pierde de nuevo en la lejanía. Sacude con unos golpecitos las cenizas del cigarrillo y empieza a fumar de nuevo. Félicité toma la palabra:

—Vengo a ver a Adélaïde da Rocabiera, si está aquí.

Zacario la mira fijamente.

—Nos conocemos, ¿no?

—Todavía no.

El fantasma expulsa otra bocanada de humo.

—Y, el niño, ¿dónde está?

—¿Qué niño?

—¿No ha venido aquí para darle nombre a un niño? Adélaïde no puede trabajar sin verlo.

Félicité extrae entonces de su maletín una cuchara fantoprensil de plata labrada con flores de lis. Zacario frunce el ceño inmediatamente. Pero sus ojos no se abren como platos ni se quedan prendidos en el objeto como los de otros fantasmas.

Tira la colilla al suelo, la aplasta con el tacón y atraviesa los barrotes del portalón sin abrirlo.

—Venga. Adélaïde está dentro. Pero no vaya a molestarla: está pendiente del regreso de nuestra hija.

Y velos en los espejos

Félicité empuja el herrumbroso portalón y sube los tres peldaños que conducen a la entrada. La puerta está cerrada a cal y canto, cruzada con tablones y un cartel en el que se lee:

PROPIEDAD PRIVADA
PROHIBIDO EL PASO
LOS INTRUSOS SERÁN DENUNCIADOS

La pasadora de fantasmas echa una ojeada por encima del hombro; no ve a nadie por la acera. Con tres taconazos desfonda la puerta y el batiente cruje. Detrás aparece una estancia sumida en la oscuridad.

Entre las tablas clavadas en las ventanas se infiltran algunos rayos de luz. El paisaje que revelan está formado por sombras, cuadros antiguos y grandes sábanas que quien nunca haya visto un espectro podría confundir con una asamblea de fantasmas.

El suelo gime bajo sus pies cuando se acerca a un cuadro cubierto con un paño blanco, que levanta por una esquina.

Lo suelta dando un respingo. Algo se ha movido.

Con el brazo extendido, alza la sábana de nuevo, con muchísima cautela, y mira hacia el techo desconchado. No es un cuadro; es un espejo. Se ha dejado sorprender por su propio reflejo. Su reflejo en el que su cabeza, como hace treinta años en el internado de Masséna, ha vuelto a ser bicolor. Cabellos rojos en la parte inferior, blancos en las raíces. Mitad y mitad. Los últimos días han pasado demasiado rápido para su melena, que crece al galope. Se ha olvidado por completo del tinte.

—Esta casa apesta a humedad.

Pronuncia su observación en voz alta para poblar la estancia con sus palabras, como si el sonido pudiera devolverle un poco de vida al habitarla. Detrás de las sábanas que va quitando a su paso, lo que encuentra son espejos punteados de manchas negras y plateadas.

—No hay más que moho.

En esta casa, desde luego, Nanie podría cotorrear lo que le diese la gana. No necesitaría ni bozal ni aspirador. Es la ventaja de los lugares putrefactos.

De modo que es aquí donde nació su madre. En esta villa, entre cuadros y espejos, lejos de las ovejas, lejos de las montañas. En medio de esta ciudad cuyos olores, multitudes y bullicio detestaba.

Félicité ve una escalera y sube los peldaños a oscuras —una oscuridad que se acrecienta a medida que las ventanas de la planta baja se alejan—. Desde allí no se oye nada, no llega ni un ruido de la carretera que pasa justo por delante de la casa. La oscuridad se traga los ruidos.

Si Nanie estuviera aquí, le diría para advertirla: «Está oscuro como boca de lobo». Y tendría razón.

Rebuscando a ciegas en el fondo de su bolso, Félicité encuentra por fin una caja de cerillas. Desliza la tapa en la palma de la mano, saca un fósforo de madera y lo rasca contra el costado.

Un rostro surge, muy cerca de ella, en el resplandor de la llama.

La nodriza-oráculo

Recordará, mi querido amigo, que le había dicho que Félicité no le tenía miedo a nada. Aquel día, frente a su abuela, le faltó poco para prender fuego a la casa. Es de justicia señalar que ese fantasma se lleva la palma entre los más horribles que hubiese visto en su vida la pasadora de fantasmas.

¡Quia!, Adélaïde no era fea en ese sentido. Nada de muerte violenta ni miembros mutilados, en absoluto. Además, Félicité estaba acostumbrada a todo eso. Era más bien por cómo se acercaba, en un silencio que le daría escalofríos al más pintado. Y en la forma en que miraba fijamente, sin moverse, con aquellos ojos móviles en medio de un rostro cimentado de un emplasto blanco.

Félicité la saluda y se presenta con la mayor tranquilidad de la que es capaz.

Adélaïde observa con atención todo lo que hay entre las arruguitas y bajo los cabellos rojos y blancos de la pasadora de fantasmas. Le olfatea lentamente el cuello, le pasa los dedos por los ojos, y Félicité, que ha sido atravesada por tantísimos espectros, siente por primera vez un escalofrío helado en medio de las costillas. Pero se deja examinar sin un pestañeo. Los tiempos de tener miedo han pasado a la historia. Sabe de sobra que, si hay que temer a alguien es a los vivos, no a los muertos.

Finalmente, la anciana alza los hombros en una serie de espasmos: se ríe. Su rostro se relaja y declara con una voz autoritaria, sorprendentemente cálida:

—Si mi oficio se enseñase en un centro educativo, su connombre sería un ejemplo clásico, de manual. Venga conmigo; tengo que volver allí arriba a vigilar. Estoy esperando el regreso de mi hija.

A la luz de un nuevo fósforo, Félicité, precedida de la anciana, sube un tramo de escaleras que desemboca, detrás de una puerta entreabierta, bajo el techo de cristal de la azotea.

Los cristales agrietados dejan que la luz se filtre a través de los excrementos. El musgo y las malas hierbas de las paredes transforman el lugar en un invernadero olvidado, una minúscula jungla sobre la ciudad. Zacario las espera allí, con su sempiterno cigarrillo en los labios.

Adélaïde se sienta en una silla de metal oxidado como si se tratase de un trono. El fantasma de su traje de seda rasgada deja ver los muslos, enfundados en medias blancas. Unos guantes morados suben a lo largo de sus brazos flácidos casi hasta los hombros. Bajo el collar de amatistas que adorna su escote, se adivina una piel marchita, plagada de manchas de la edad. Su rostro es una máscara de pasta de yeso y polvos de arroz. Parece una escultura demasiado retocada.

El tinte escarlata de su peinado le resulta familiar.

Antes, Adélaïde no tenía esa pinta de muñeca diabólica. O por lo menos es lo que Zacario le aseguró a Félicité, cosa que la pasadora de fantasmas puso en duda. En su opinión, las personas, una vez muertas, se recuerdan más vivas de lo que nunca estuvieron.

Los dos fantasmas, sin parecer impresionados en absoluto, posan los ojos en la cuchara que Félicité coloca sobre la mesa. Adélaïde cruza las manos sobre los muslos y pregunta con fingida inocencia:

—Esa clase de cubierto suele hacer juego con algún tipo de taza, su tetera y su té. ¿Verdad?

El fantasma sonríe al ver la expresión de sorpresa en el rostro de Félicité. Una sonrisa triunfante y casi cruel, que a la pasadora de fantasmas le recuerda las que antaño esbozaba Carmine al ver a Nanie temblando bajo los rayos que su madre le dirigía.

Félicité ha hecho eso mismo mil veces: interrogar a los fantasmas para encontrar un nombre, un lugar, un recuerdo. Pero nunca como ahora, sin un té especial. Hay cajas de té por un tubo en los archivos, tantas que no saben qué hacer con ellas, y resulta que ella se encuentra allí, sin una mísera hojita, sacando su pobre cuchara fantoprensil con la esperanza de captar la atención de sus abuelos y desarmarlos, al menos un poco, para obtener algunas respuestas.

Empieza a pensar que era demasiado optimista.

—Esta señora no está aquí por un connombre, Caro. Está aquí para arrancarnos nuestros secretos. Es lo que ha venido a buscar, ¿verdad? Eso es lo que le interesa, ¿no?, nuestros sucios secretitos que solo nos pertenecen a nosotros.

Y, de pronto, como tocada por una revelación, Adélaïde abandona sus aires misteriosos y su mirada cruel para abrir con candor unos ojos como platos.

—Espere un momento, ¿usted no tendrá algo que ver conmigo por casualidad?

¡Ya está!, piensa Félicité, la vieja cae de la burra.

—Verá, es que, discúlpeme, en lo tocante a descendencia, lo que se dice vástagos, en Europa los tengo a porrillo. Y, como su apariencia me resulta familiar, me pregunto si no tendrá algún parentesco

conmigo, eso es todo.

—Bastante más que un poco. Soy la hija de Carmine.

Al oír el nombre de Carmine, los dos ancianos tratan de agarrarse pese a sus cuerpos sin consistencia, de aferrarse el uno al otro, como si toda la casa se balancease de repente. Zacario balbucea:

—¿Eres la hija de Carmine? ¿Naciste en España?

Félicité decide no responder. Si los viejos quieren creer que viene de España, allá ellos. Sin té para hacerlos hablar, necesita encontrar otra cosa.

—Siéntate, Dios mío, siéntate; Caro, hazle sitio, deja que tu nieta se siente, ve a buscar las galletas que hice ayer y ponlas en el plato blanco, ya sabes cuál, ese tan bonito con el orillo de las malvarrosas, sí, ese, anda, no tardes.

El fantasma de Zacario desaparece por la escalera mientras el de Adélaïde se pasea atolondrado, sin motivo aparente, bajo el techo de cristal.

Zacario no encuentra ninguna galleta; ni falta que hace, porque un siglo es tiempo suficiente para que estén rancias. Pero el hombre sube igualmente con el plato de flores amarillentas y agrietadas, y lo presenta como si estuviera lleno.

—Gracias, Caro. ¡Qué buen mayordomo mi Zacario!, ¿no te parece? Así fue como lo conocí, al principio. Yo necesitaba un asistente, alguien que me ayudase a recibir a la gente, a ponerla en lista de espera, a organizar mi agenda, a anotar mis nombres y mis connombres… Porque yo sola no puedo hacerlo todo, a veces estoy indispuesta o algo débil, y prefiero que me ayuden. Así que vino de Andalucía, sin saber una palabra de nuestra lengua, al principio, pero, con lo listo que es, aprendió rápidamente a hablar un francés casi perfecto.

»Y qué quieres que te diga, hija mía, con un mayordomo tan guapo en casa, no hay quien se resista mucho tiempo. ¡Y no vayas a pensar que no tenía pretendientes apuestos que me cortejasen! Pero eso no bastaba para casarme con ellos, aunque, por supuesto, no te voy a mentir, es una ventaja.

»Zacario tenía algo más: un nombre propio, que yo no le había dado, y un connombre que tendría que descubrir. La belleza, para que dure, precisa de algo de misterio, qué quieres que te diga. A los maridos anteriores los había visto nacer y berrear, les había puesto nombres y connombres, así que lo sabía todo de ellos. Podría decirse incluso, hablando en plata, que me los reservé desde su nacimiento. Plantados como es debido para que creciesen locos perdidos por mí, por así decirlo, para que se formasen una idea de la belleza que

coincidiese exactamente con los rasgos de mi rostro.

»Pero Zacario me encontró hermosa y me amó sin que yo urdiese nada. Cuando se tienen doscientos sesenta años, un amor como el suyo rejuvenece el alma. A decir verdad, es tan sorprendente que al principio me costó creerlo. Así que cuando después de veinte años de matrimonio tuvimos a Carmine, nuestra preciosa y adorable Carmine, con los rizos negros y la nariz perfecta de mi Zacario, ¡imagina mi alegría! De todas formas, tú no te pareces mucho a tu madre. Aparte del aire de familia que te decía y tal vez el color de los ojos, ese verde pálido que tira a plateado en vez de dorado… Del resto, nada. Por eso me costó tanto reconocerte; estoy segura de que me perdonas.

Félicité nunca recibió unas disculpas que sonasen tanto a insulto.

—Y luego tuvimos que mantenerla alejada. En España, en casa de un tío de Zacario. Carmine tenía ocho años. No paraban de sonar tambores de guerra, ya sabes. Habíamos sido provenzales, saboyanos, casi españoles, franceses, sardos, y ahora querían volver a hacernos franceses. A nosotros nos importaba un comino mientras siguiésemos siendo nizardos. Pero, con todo lo que estaba pasando, Zacario prefirió enviar a Carmine a España, con su familia, donde no corriese peligro. Era la decisión correcta. ¿A que sí, Caromío, a que lo hicimos bien? Fue idea tuya, ¿verdad?

Zacario asiente con tristeza.

—¿Sabes si va a volver?

Hace la pregunta en voz baja, con un dolor que obliga a Félicité a mirar hacia otro lado. Su nieta no puede responderle: «No, Zacario, su hija no volverá». Tampoco puede decirle otra cosa, de modo que opta por callar.

El exmayordomo añade:

—La esperamos aquí, bajo la marquesina, porque tiene la mejor vista de la ciudad. Para verla llegar, entiendes, por si se pierde o se despista… Por si no es capaz de encontrar la casa después de tanto tiempo fuera. Conozco todos los caminos y los árboles y los ciervos del campo, pero a mi propia hija no la reconocería si se acercase.

En un mueble polvoriento, detrás de ellos, Félicité observa entonces un pequeño marco dorado que rodea un retrato sepia. Allí está su madre, sentada delante de un lecho que Félicité no reconoce, que no pertenece a la majada, al lado de un hombre que no es su padre, porque está vivo y porque no tiene el porte de garza, alto y delgado, que heredó Félicité; y en su regazo, un bebé gris que no es ni ella ni Agonie, porque es uno solo.

Un niño nacido tal vez en España.

Félicité se acerca y coge el marco.

—Esa fotografía es todo lo que nos queda de ella —asegura Adélaïde—. Carmine nos la envió sin ningún mensaje ni sello. Pero ahora sabemos que eras tú… Porque eres el bebé de la foto, ¿no?

El retrato hipnotiza a Félicité. No puede dejar de mirarlo. Allí hay una niña, una hija de Carmine. Una hermana. Otra hermana que no es su gemela.

Félicité niega con la cabeza.

—No. No, no soy yo. Es… mi hermana.

—¿Tu hermana? Por Dios santo, pero… ¿hay otras? ¿Otros hijos?

Adélaïde parece histérica. Se ha levantado de la silla y se engancha los pies en la seda de su vestido.

—Sí. También está mi gemela.

—¿Y cómo se llama?

Félicité duda unos segundos qué respuesta dar. Su hermana ha tenido tantos nombres… Parpadea y aparta la mirada de la fotografía.

—Egonia. Se llama Egonia.

La abuela aplaude, brincando como un chiquillo frente a un carrusel de feria.

—¡Caramba! Egonia, casi begonia… Es un connombre perfecto. A Carmine le encantaban los nombres de flores; a sus dos muñecas les puso Ciclamen y Hortensia. ¿Te acuerdas, Zacario?

Hay algo que irrita a Félicité. No sabe muy bien de qué se trata. Probablemente, sea esta hermana mayor de la que no sabía nada. Debería haberlo imaginado. En los noventa años antes de ella, su madre tuvo tiempo… Pero de ahí a ver esa carita tonta que le sonríe en la foto, su arrogante inocencia…

Abate el marco sobre la superficie del mueble, del que se dispersa una nube de pelusas y motas de polvo.

—Acabo de deciros que Egonia es el nombre de mi hermana. ¿Entendido? Su nombre. No su connombre o no sé qué chorradas.

Adélaïde se echa a reír. Una risa joven, casi infantil, impropia de un fantasma tan viejo.

—Un connombre, mi querida nieta, te hace y te dirige por entero. Es a tu alma lo que la sangre a tu cuerpo. No puedes escapar de tu connombre: es la etiqueta pegada en el frasco de tu destino.

Los connombres

Veamos, pues, amigo mío, lo que es un connombre tal como se lo habría explicado Adélaïde da Rocabiera, nodriza-oráculo de Provenza.

El nombre de Adélaïde no aparece en ninguno de los libros de historia de Provenza. Porque no le hace falta. Es completamente dueña de su nombre. Le pertenece solo a ella.

Todos en la región conocen a Adélaïde y ella sabe el nombre de quienes la conocen. Normal, me dirá usted, porque es ella quien se los pone. Y tiene usted razón. Porque durante los tres siglos que duró la vida de Adélaïde da Rocabiera, aquí no nació ni un solo niño al que ella no hubiese puesto nombre.

En tiempos de Adélaïde, por supuesto, todos los bebés eran bautizados. Pero el verdadero bautismo se llevaba a cabo ante la chimenea de su casa gris a la entrada de Rocabiera, en el corazón del Vésubie, y más adelante en su villa de Niza. Era en su casa donde Adélaïde le ofrecía a cada niño un nombre y un connombre. Ninguna madre se habría atrevido a llamar a su hijo de forma distinta a la ordenada por la nodriza-oráculo.

Los curas lo sabían, pobrecillos, y habrían preferido inscribir a los niños en el registro con nombres del santoral. Pero ellos también habían sido bautizados por la vieja Adélaïde, así que, por la cuenta que les traía, se aseguraban de darles un nombre y un connombre, lo que les impediría traicionarla.

Para explicar todo esto, la hermosa Adélaïde te miraba por encima del hombro, con los ojos helados como una tramontana y su autoridad de reina y señora de los nombres. Y como ella también te había impuesto tu propio nombre, te examinaba de arriba abajo, con el mentón levantado pero sin orgullo, soberana en su reino, y te decía con voz imperiosa mientras Zacario se afanaba en torno a ella, poniéndole un echarpe sobre los hombros y acomodándole un escabel bajo los pies:

—¿Me escuchas?

»Bueno, pues es muy sencillo.

»Cuando alguien nace, no tiene nombre. Es un libro en blanco, sin tinta en las páginas. Ahora bien, no se puede escribir una novela sin haber ideado primero el título; y todo lo creado a continuación está

condicionado por el título. ¿No lo sabías? Pues ahora ya lo sabes: nunca te acostarás sin saber una cosa más. Sin título no hay historia. Equilicuá. Pero ¿cómo se encuentra el título de un libro o el de un hombre?

»Es una buena pregunta. Y hay tres respuestas para ella.

»En primer lugar, podemos mirar a los que nos precedieron e imitarlos para reproducir los éxitos o conjurar los fracasos. Este tipo de nombre es apropiado para personas sin imaginación ni futuro. Les endilgamos el nombre de pila de un abuelo, ya sea por el cariño que le profesamos o porque es lo que espera el viejo. Es la costumbre de reyes y papas, y mira tú adónde los ha llevado.

»En segundo lugar, podemos buscar en otra parte. El ancho mundo está lleno de millones de sílabas que no significan nada y que forman nombres que todos reconocen. Mira, fíjate, te daré dos palabras de una lengua exótica: *altavantha* y *amativya.* Una de las dos es un nombre de pila; la otra significa carretilla. ¿Cuál? Claro, no lo sabes. Y, sin embargo, en tu lengua, incluso un nombre que nunca has oído sabes que es el nombre de alguien y que no significa cabra o nabo… Los nombres están en el origen de la mayoría de los destinos. Solo hace falta saber dónde y cómo buscar el bueno entre los miles y miles que pululan por ahí.

»A veces, aunque es extremadamente raro, ningún nombre existente parece encajar. En dichas ocasiones, presiento que el niño podría convertirse en el receptáculo de un gran poder, de modo que le fabrico un nombre a medida. Pero no al tuntún, porque es un asunto muy serio. De ese título dependerá todo el relato del libro. No puedo coger una letra por aquí, o una sílaba por allá, pegarlas y a ver qué pasa, como han hecho algunos sin pies ni cabeza. No. Es toda una búsqueda y un ritual. Cuando funciona, da como resultado un nombre perfecto, que parece haber existido siempre. En el oído suena como es debido y en la lengua tiene un gusto a la vez familiar y nuevo. Entonces sé que el nombre ha triunfado.

»Comprenderás entonces por qué la gente viene a mí para dar nombre a sus hijos. No puedes equivocarte dando un nombre corriente y moliente a un conquistador, ni un nombre muy pomposo en el que se pierdan los chisgarabís.

»O eso es lo que ellos creen. La verdad es que los chiquillos que me traen no son otra cosa que lo que yo deseo, con todas las pasiones y glorias que les impongo. No elijo un nombre para que se adapte a ellos, sino que forjo los destinos por los nombres que les doy. ¿Lo entiendes?

En ese momento del relato, Adélaïde le ofrecería un dulce —era

una pésima repostera, pero le aseguro, amigo mío, que no se le pasaría por la cabeza rechazarlo—.

—En fin —reanudaría ella el relato comprobando que su interlocutor saboreaba con fruición el pastel demasiado seco—, nada de esto te dice lo que es un connombre.

»No basta con crear el río para que fluya en la dirección adecuada; debe ir acompañado de un lecho para contener las crecidas. O, si lo prefieres, hay que rodear la luz de una sombra para que tome su forma y su sustancia. Doy a cada niño su connombre, indisociable del nombre con el que los padres, el alcalde y el cura lo inscribirán en todas partes. Reúne en sí mismo todas las sombras bajo la luz, todo el lecho del río donde no se desbordará ni una gota de agua. Se lo soplo al oído al recién nacido, a él solo, para que quede marcado en lo más profundo de su memoria lo que no será jamás.

»Deja que te lo explique mejor.

»Pregúntate por lo que no sabes, por lo que te niegas a creer, a saber, a ver; por lo que se te escapa y que no tratas de recuperar. Las vidas que no has vivido. Los gemelos de ti mismo que has atravesado. Esos otros que te repugnan y en los que te conviertes en tus sueños, el que surge entre tus noches y que olvidas por la mañana, el reflejo de tu alma que niegas poseer y que te horrorizaría encontrar en el espejo.

»Todo eso te constituye a ti también. Tanto como lo que es visible para los demás.

»Pues todo eso es lo que contiene tu connombre.

»¿No conoces el tuyo? Di mejor que todavía no lo has encontrado.

»Algunos no lo recuerdan jamás. Permanecen ignorantes de sus sombras a lo largo de su simple y luminosa vida. Y otros lo recuerdan un día, a menudo en el umbral de la vejez.

»Hay quienes se mueren de eso, de hundir la mirada en semejantes profundidades.

»A algunos los toman por locos, porque deciden que el río de su alma no debe permanecer encorsetado por riberas tan estrechas. Para el resto de los hombres es insoportable contemplar a alguien dejándose llevar voluntariamente por su propia locura, sin ver en ello inconveniente alguno. Así se forma el innumerable pueblo de los chiflados, de los imbéciles felices, de los tontos del bote.

»Hay quienes, sin saberlo, un día rompen las esclusas de su connombre, casi por azar, o porque fue mal elegido. Un día, vete a saber por qué —te aseguro que yo misma ignoro la razón— haces algo que pertenece a la otra cara de tu alma. Pronuncias una palabra que debía permanecer en la sombra; dejas que tu reflejo ponga un pie fuera del espejo. Entonces tu alma se expande, desgarrada, sin forma

ni contorno.

»Te dirán que los que dan ese paso ya estaban trastornados antes. No discuto que sea así a veces. Pero te digo lo que yo creo: es el hecho de romper la barrera de su connombre, el hacer ese gesto prohibido, lo que después los volvió locos.

»Y luego están aquellos a quienes se les revela su connombre, y lo adoptan, y le dan la vuelta como un calcetín para hacerse un nombre. Un nombre real, por el que todo el mundo a su alrededor los conoce. Si alguien te llama en voz alta por tu connombre, y si al llegar a tus oídos no te rechina, si no daña tu alma hasta desparramarla, entonces ya nada podrá constreñirte. El poder que habita en tu interior se despliega como una hoja que se desarruga.

»Es lo que yo le ofrecí a mi Zacario: le revelé su connombre de Caro: el preciado, el querido —el *caro,* en nuestra lengua vernácula—. Cuando lo escuchó, cuando lo llamé por ese nombre secreto que de pronto salió a la luz, sus sentidos hasta entonces reducidos a los límites de su piel se expandieron por toda la región y se convirtió, poco a poco, en el mapa mismo del país.

»Qué hermoso poder escondía mi Caro en su interior.

Tal vez entonces, mi querido amigo, en un arranque de familiaridad, ya que al fin y al cabo Adélaïde lo había invitado a un té pésimo y a unos pastelitos aún peores, usted le habría preguntado si ella sabía su propio connombre y, ya puestos, el de usted, por qué no.

—¿El tuyo? Por supuesto, si pasaste por mis manos al nacer. Recibo a todos los niños que ven la luz entre la frontera italiana y el macizo de los Alpilles, al pie del monte Bégo. ¿No? ¿Eres de Perpiñán? Ah, bueno, pues es una lástima. Haber nacido aquí, como todo el mundo.

»Pero sí, tienes un connombre, no lo dudes. Solo que nadie se tomó la molestia de dártelo, así que te será algo más trabajoso encontrarlo. Dicho sea de paso, yo soy la única nodriza-oráculo que sigue ejerciendo el oficio. Antiguamente, había una en París, el siglo pasado. La conocí y la traté.

»¿Qué no aparento mi edad? ¿De veras? ¡Qué encanto! Anda, coge otro pastel.

»Por cierto, que la tipa esa de París era una arpía. Vestida como una pordiosera y con la cara más fea que he visto en mi vida, parecía una especie de buitre —ella sí que aparentaba su edad—. Se encaramaba en el Puente Nuevo y repartía nombres a diestro y siniestro entre los transeúntes de los muelles, incluso a los que no los querían, mal que les pesase, les imponía su nombre, su connombre, su destino y toda la pesca. La llamábamos la tarasca-oráculo, con eso te digo todo. Acabó empujándola al Sena un erudito de la Sorbona al que

había bautizado mal, por lo visto. A mí nunca me pasaría una desgracia semejante… En primer lugar, porque yo no voy por ahí motejando a nadie. Y, en segundo lugar, porque con los adefesios te tomas unas libertades que jamás te permitirías con la gente guapa.

»¿Quieres averiguar tu connombre? No te lo aconsejo. Quítatelo de la cabeza. No a todo el mundo le sienta bien descubrir sus sombras. Es como levantar una roca que ha estado posada demasiado tiempo. Lo que sueles encontrarte es un hervidero de cochinillas y gusanos y no un lingote de oro.

»En fin, si te empeñas, empieza por mirar tu nombre. Contiene necesariamente tu connombre, igual que tu alma contiene su sombra y su reflejo. Caro, por ejemplo, existe dentro de Zacario. Las combinaciones son múltiples; solo hay que encontrar la buena, es esencial. No querrás imponer un nombre falso como un dique al río de tu alma. Te expondrías a que se desbordase.

»Pero, si eso te tranquiliza —le habría dicho ella—, viendo tu rostro se nota inmediatamente que eres de esos tipos cuyo connombre es tan banal que nunca se les presentará. Puedes descansar tranquilo hasta tu postrer día. Relájate.

»En cuanto al mío, en primer lugar, no es asunto tuyo.

»En segundo lugar, soy una de las pocas mujeres en el mundo que no ha recibido un connombre, porque nuestra misión es fabricarlos para los demás, no para nosotras mismas. Estaba aquella loca de París, y unas cuantas más, un puñado, y para de contar.

»Y luego está Carmine. Mi adorada Carmine, a quien le ofrecí ese regalo.

»Aun sin connombre, yo no me desbordo. No me dejo llevar por la corriente. Porque, verás, yo no soy precisamente un río que necesita un lecho: yo soy el océano donde van a dar los ríos. Nada de mí está agazapado en las sombras. Todas las posibilidades que bullen en mi alma están al alcance de la mano. Nada me guía, nada me encauza, nada esclaviza mi destino.

Adélaïde le habría servido más té y usted se habría preguntado cómo un océano de poder, que elige el futuro de todos los niños del país, puede hornear unos pasteles tan horribles.

Cuando Adélaïde murió, al cabo de trescientos años y pico, sus cenizas y las de Zacario fueron esparcidas en el Paillon. Hacía falta un río que fuese hacia el mar.

Gentes de toda la región vinieron a rendirle homenaje para grabar su nombre —y su connombre, los que lo habían encontrado— en la colina del castillo, en torno a la placa de mármol que llevaba su último poema.

Adélaïde es más necesaria que nunca. La gente la añora, se lo puedo asegurar, aunque la hayan olvidado. La prueba la tenemos en esos padres que vemos ahora, a los que les da por inventar por su cuenta unos nombres sacados de no se sabe dónde para su prole, nombres que no significan nada, que no están vinculados a ningún recuerdo, sin raíces ni ramas, que no han sido forjados conforme a ningún ritual secreto, demasiado cortos para contener su sombra. Nombres-polvo, despojados de cualquier herencia, de cualquier destino, de cualquier camino trazado. Solos. Efímeros. O tal vez libres, quién sabe.

Hoy, la nodriza-oráculo sigue deambulando por su casa de Niza, pero la pasadora de fantasmas ya no está allí para consultarle en su lugar, querido amigo. Su espectro sigue esperando a su hija, inventando nombres todo el día para los niños que se le escapan, para los recién nacidos que ya no verá.

La hermosa Adélaïde no aparece en ningún libro de historia y quienes conocían su nombre y su belleza han ido muriendo poco a poco a su vez.

Preguntas de neón

Félicité, como habría hecho usted, escucha la explicación de la nodriza-oráculo y, como usted, rebusca entre las letras de su nombre para encontrar en él su connombre.

—Tú, por ejemplo, chiquilla, ¿dónde naciste? —le pregunta su abuela—. ¿Y en qué año? Puede ser que te haya puesto un nombre.

Ese es el inconveniente de los fantasmas sin té especial. Olvidan su estado y hacen preguntas embarazosas. Félicité sabe mejor que nadie que, si le recuerda a Adélaïde que está muerta, sin la ayuda del té, tendrá que enfrentarse a un ataque de pánico de su abuela, seguido de gritos de rabia, lágrimas de decepción, un conato de depresión y un nuevo olvido.

Por lo tanto, hace oídos sordos a la segunda pregunta y responde:

—En Bégoumas-sous-Mont, en el valle de las Maravillas. ¿Lo conoce?

Adélaïde se cruza de brazos y se recuesta en la silla. Su espalda de espectro atraviesa el respaldo desfondado.

—¡Ah, vaya! ¿De veras? ¿Naciste en el monte Bégo?

Por la forma en que se lo pregunta, con el labio fruncido y la barbilla hacia arriba, Félicité deduce que no le gusta demasiado la idea de tener una nieta procedente de allá arriba —y como Adélaïde está acostumbrada a que el mundo sea exactamente como a ella le gusta, que se estire y se despliegue a su antojo, le cuesta creer lo que le dice—.

—Sí, se lo aseguro. Es lo que mi madre, su hija Carmine, me contó. Y lo que leí en mi certificado de nacimiento.

El viejo fantasma de Adélaïde la olfatea guardando las distancias, la observa ladeando la cabeza, como quien investiga cómo ha podido volcarse la jarrita de la leche. Detrás, Zacario sigue fumando. La vidriera bañada de oro y verde los enmarca a los dos en un cuadro.

—Bueno. Si tú lo dices, será. Pero viéndote, nadie lo diría. ¿Verdad, Caro? ¿A que no se le ha pegado? ¡Qué! ¡Es verdad! Tómalo como un cumplido… Hummm, Félicité, ¿no? Félicité, eres la descendiente de Adélaïde y Zacario. La hija de Carmine. El monte Bégo imprime carácter, pero, gracias a Dios, no ha hecho mella en ti. Excepto por el cabello, deberías teñirlo o pronto parecerás mayor que yo. Te lo digo

porque tienes una cara muy linda, sería una pena estropearla.

»Pero te mantienes erguida y orgullosa, como tu madre, como tu abuela, el gesto elegante, la mirada felina —por eso te reconocí hace un momento, gracias a tu porte—. Elegancia, hija mía, eso es lo que le falta a la gente nacida allá arriba, en el país de los grabados y las cabras. Hay algo en esas montañas, un no sé qué, algo que… apoca el espíritu, que…

—¿Que lo contamina? —termina la frase Zacario, envuelto en una nube de humo.

—Exactamente. Me has quitado las palabras de la boca. La gente del valle de las cosas extrañas se ha dejado contaminar. Han pasado por allí demasiados pastores, demasiadas ovejas. Demasiados seres primitivos han ido dejando allí sus estúpidos grabados, sus espirales ni siquiera muy redondas, sus animales con cuernos y sin ojos, sin perspectiva, nada de nada. Tanta simplicidad deja su huella en el aire y en la tierra. Con el paso de los siglos eso se sedimenta, se convierte en rocas y montañas, se filtra en el agua que bebemos y rocía las plántulas de tomates, y luego no hay nada que hacer, porque lo bebemos, lo comemos y uno se vuelve simple a su vez. En una palabra: maravillado.

—Su país no obedece a las mismas leyes —confirma su marido—. Los animales y las plantas y el cielo del valle de las Maravillas son un gran lago negro en mi mapa. Una tormenta constante que ningún viento barre.

—Claro que —sigue Adélaïde como si Zacario no la hubiera interrumpido—, tampoco hace daño un poco de simplicidad. No es culpa suya, pobrecillos. Pero tampoco se parecen a la gente de las ciudades. Son diferentes, eso es todo. Para empezar, comen demasiado: no han aprendido el valor de la contención. Y eso es terrible. Les ofreces un pastel y se lo zampan… Sin hacer ni un amago de rechazo… ¿Te das cuenta? Lo que hay que hacer, lo que no hay que hacer…, no tienen ni idea. Las normas de urbanidad les importan un bledo. No les enseñan esas cosas allá arriba. Esas que a nosotros nos parecen tan naturales.

Félicité escucha a Adélaïde. Le oye cacarear sus palabras y ve gesticular sus guantes. Y, cuanto más la escucha y más la observa, su fantasma más se le parece al de un pavo con peluca escarlata, disfrazado con un retal de seda malva. Incluso la piel del cuello, bajo el collar, se asemeja a las carúnculas rojas que le cuelgan en racimo al pavo bajo el pico.

—Y, luego —continúa con su retahíla de quebrantos—, que no tienen idea de lo que es bello o vulgar. Su ropa, ¡santo cielo!, habría

mucho que decir de su ropa. Las mujeres, lo peor. Gordas o delgadas, se visten igual. ¿Es que nunca se les ha ocurrido preguntarse si el mundo que las rodea necesita verles la grasa blanca en los brazos y las venas moradas en las pantorrillas?… Y, para más inri, la mayoría no saben leer. Hace un siglo o dos, vale, pero hoy en día… No; una de dos: o es por cabezonería o porque son incapaces. Yo prefiero creer que no alcanzan, porque es gente muy brava.

»En cualquier caso, bravos o no, me niego a darles nombre. Ah, no. De ninguna manera. Por de pronto, ellos no se dignan a bajar hasta aquí. Por lo visto, la ciudad les da miedo. Sí, es lo que me han dicho, imagínate. Es demasiado grande, demasiado hermosa para ellos, no están acostumbrados, creen que han llegado al paraíso, entonces sufren palpitaciones y empiezan a delirar. ¡Sí, te lo juro, a delirar, y les da por desgarrar sus chaquetas al ver las catedrales y los palacios! ¡Tú imagínate!…

»Bueno, pues, si creen que voy a ser yo la que suba allá arriba, pueden esperar sentados. Yo no pongo un pie allí ni loca. Habrá a quien le guste, no me cabe duda, pero a mí, personalmente, me parece que falta, cómo lo diría, que carece de…

—¿De elegancia? —ofrece Félicité.

La abuela extiende ambas manos hacia adelante, como para decir: «Exactamente. Me has quitado las palabras de la boca».

—En fin —concluye la anciana—, tú te has librado. Puedes dar gracias a que la sangre de la nodriza-oráculo corra por tus venas. Te ha protegido de muchas miserias. Tú, al menos, sabes cómo combinar la ropa y rechazar los pasteles que te ofrecen. Estás algo flacucha, es verdad, pero te pareces a tu madre, Félicité, es evidente. Y como ella, como mi Carmine…

La difunta se incorpora. Lentamente, Adélaïde avanza hacia Félicité, coloca las manos incorpóreas alrededor del rostro de su nieta y susurra:

—… eres perfecta.

En el silencio que sigue, Félicité cree oír un ruido. Llega desde las profundidades de su memoria: un cloqueo ahogado.

Es su hermana riéndose.

Y Félicité, que siempre sabe dónde está la verdad, comprende que la verdad está ahí. Ahí, entera y verdadera, en esa tos ronca que se parece a una risa. El siseo hilarante de Egonia desciende sobre su frente, le contamina los pómulos, le contrae los labios. Gana la garganta.

Su risa estalla bajo la vidriera.

Ah, mi joven amigo, no he tenido muchas ocasiones de oír la risa

de Félicité. Aunque la recuerdo muy bien: clara como los cubitos de hielo cayendo hasta el fondo de un vaso; clara como un vaso que estalla al romperse.

—¡Perfecta! —exclama Félicité cuando logra dominar el ataque de risa—. Por supuesto, Félicité es perfecta. Félicité tiene que serlo, puesto que lo lleva inscrito en su nombre, ¿no?

De nuevo, Adélaïde levanta las manos para confirmar lo obvio. No entiende a qué viene esa reacción extemporánea de su nieta.

Zacario posa el cigarrillo por primera vez. Del cenicero sube una columna densa y opaca de humo antes de desvanecerse. Nada que ver, lamenta Félicité, con el vapor de anchurosas curvas que nubla la superficie transparente de los tés. Con los ojos en el hilillo blanco que se eleva de la colilla y un resto de sonrisa en los labios, dice:

—Conozco muy bien a los niños nacidos en el monte Bégo; los he tratado, a ellos y a los simples pastores que cruzan el valle de las Maravillas. Es cierto, tiene razón. Han de apañarse con lo que les dejan. Con tormentas que tienen que amansar y ovejas que hay que buscar cuando se pierden. Con los grabados de un pueblo olvidado por único museo. Con una escuela sin biblioteca, llena de libros que la gente de abajo, los del pueblo, ya no quieren. Nunca un libro nuevo, con un lomo rígido, que cruje al abrirlo. ¿Y qué más da, si total, no saben leer? Lo que leen es el camino que trazan las nubes antes de la tormenta y luego el futuro en las cagarrutas, ¿no? Además, las cagarrutas las llevan encima, porque a los niños de allá arriba, los de la montaña, se les huele llegar de lejos con su olor a paja y a lana. El olor a los quesos que venden los domingos en los mercados y arrojan los lunes a la basura, cuando se acercan a las ciudades, para que los de abajo, los que les han comprado queso y les han mandado libros con páginas desencuadernadas, no arruguen la nariz. Para hacer como si ellos también estuviesen acostumbrados a las escuelas de piedra, con cristales, torres y columnas. Las chaquetas, por cierto, siento decepcionarla, no las rasgan, es que las han comprado así. Y no vaya a pensar que es por falta de ropa, porque tienen los armarios llenos de pellizas y tabardos más gruesos y resistentes, prendas cosidas a mano con puntadas de las que su costurera nunca ha oído hablar, pero les han dicho que para bajar a la ciudad hay que parecer más frágil, menos sólido, menos voluminoso. Más fluido para confundirse con las multitudes. No salen de su asombro, les parece una gilipollez, se ríen de esas tonterías en los taburetes de los bares, pero se prestan a ello. Porque, por mucho que detesten que los de abajo los miren por encima del hombro, no pueden evitarlo: quieren ser como ellos.

»¿Y quiere saber algo más de lo que pasa con los niños de allí, con

los que tienen que ir a la escuela? Pues que, a veces, una pastora demasiado ocupada se olvida de matricular a su hijo y entonces el niño se va al bosque. Aprende lo que puede de lejos. En los ecos. Se queda tanto tiempo allí que acaba pareciéndose al bosque: rudo, imprevisible y salvaje. Entonces, hasta la aldea de la montaña le parece extraña, tanto como las ciudades que nunca ha visto o como la gente bien vestida que se pasea por ellas, y esa belleza que le venden como una perfección le repugna. Los pasteles esos de los que hablaba, pues no, no espera a que alguien se los ofrezca para rechazarlos, los coge donde los encuentra, los arranca de las bandejas de los hornos, se escapa con ellos y los devora corriendo no vaya a ser que lo persigan y lo atrapen. Los del pueblo les tienen lástima, o miedo, depende, y los miran como los de la ciudad los miran a ellos.

»Y, encima, con vergüenza.

»La vergüenza que nadie confiesa pero que todos sienten, de saber que ese niño que no va a la escuela, tenga o no biblioteca, que no se viste como es debido, aunque lleve pieles, siempre demasiado bastas, que no sabe leer, ni siquiera en un libro desencuadernado, ese niño es de los suyos. Y, por mucho que intenten dárselas de guapos, por mucho que bajen a la ciudad, por mucho que cambien de ropa, y tiren sus quesos, y se vuelvan unos perfectos imbéciles, hay una cosa contra la que no pueden hacer nada: ese niño se les parece.

Adélaïde no ha escuchado ni una palabra.

Se ha pasado el rato observando las sortijas que lleva sobre sus guantes, soltando y volviendo a atarse el cabello, cruzando y descruzando las piernas, alisando la seda sobre sus muslos y acariciando las piedras de su collar. En medio de la máscara de yeso del rostro, los ojos de Adélaïde lanzan miradas inquietas a las calles vacías.

Zacario simplemente se ha cruzado de brazos. Él también observa el exterior. Pero, cada vez que sus ojos oscuros vuelven dentro, se posan en su nieta.

Es casi mediodía. El sol ha subido justo por encima de ellos y sumerge la vidriera en un calor de horno de pan.

Félicité está deseando irse de allí. Necesidad imperiosa de respirar. De desahogar en otra parte su disgusto hacia estos dos viejos espectros atrapados en sus certezas idiotas. Pero antes debe obtener las respuestas que ha venido a buscar. Lo más rápido posible.

—Tengo algunas preguntas que hacerles.

Los dos fantasmas la miran, esta vez sorprendidos. De nuevo en su labor de detective, Félicité saca de un bolsillo interior el libro de familia encontrado en los archivos.

—Por ejemplo —lo abre por la hoja que falta—, ¿qué es lo que estaba escrito en esta página? ¿Quién la arrancó y por qué? ¿Fue usted, Adélaïde?

Adélaïde no responde.

Su fantasma deja de moverse, de admirarse. Mira fijamente lo que le muestra Félicité. Su labio inferior tiembla.

Zacario tiende el brazo para cogerlo, pero su mano pasa a través del libro. De repente, su afable rostro se endurece. Se interpone entre las dos mujeres; dando la espalda a Félicité, se inclina sobre su esposa y le susurra palabras tranquilizadoras.

—Necesito saber. Es muy importante —insiste Félicité, tapando con su voz los susurros de su abuelo.

El fantasma de Adélaïde tiembla como un flan. Zacario intenta sujetarla por los hombros; las manos espectrales pasan a través de su esposa.

Félicité alza los ojos al techo inundado de luz. Forzosamente, sin té especial para soltar la lengua y reavivar los recuerdos, sus preguntas no tienen la dulzura de una bujía que el caminante seguiría de buen grado al final de un camino oscuro. Caen en la conversación como el centelleo de un anuncio de neón en una noche de hospital. Violentas, sin calor.

Qué se le va a hacer. De todos modos hay que intentarlo.

—Por favor, Zacario, si sabe algo, yo podría… Su hija, Carmine…

Tras un titubeo, Félicité decide decirle la verdad:

—Carmine ha muerto. Necesito averiguar su origen para encontrar su fantasma.

La nariz de Zacario está de repente a dos centímetros de la suya. La divina proporción de belleza del exmayordomo tan solo es un recuerdo. Sus facciones están desfiguradas por una furia ardiente que Félicité siente latir incluso fuera de ese cuerpo sin pulso.

—¿Ves lo que has hecho, estúpida?

Señala detrás de él, apuntando con el dedo índice a Adélaïde, presa de un escalofrío que la sacude con violencia. Tiene la mirada vacía, clavada en un punto que no existe. Zacario querría acariciarle las manos, estrecharla entre sus brazos. Sus cuerpos se superponen sin tocarse nunca.

—Tengo una pregunta más —continúa Félicité, a la que es difícil desarmar con tan poca cosa—. Están esperando a su hija, pero ¿adónde fue? ¿A España? Y, en España, ¿dónde, exactamente? ¿Y por qué los dejó?

—¡Cállate!

La orden de Zacario llega demasiado tarde. Un gemido

ensordecedor sale de la garganta de Adélaïde hasta taladrar la bóveda craneal de Félicité.

Zacario levanta los brazos para protegerse la cabeza. Su nieta lo imita, justo a tiempo.

Lo que queda de la vidriera estalla en mil pedazos. Los fragmentos vuelan, brillan un momento a la luz del mediodía y luego caen con estrépito contra el suelo polvoriento. Atraviesan a los espectros, pero caen con violencia sobre Félicité. Al mismo tiempo, el grito de Adélaïde crece y crece hasta convertirse en un aullido penetrante que invade la ciudad de Niza con una estridencia capaz de hacer sangrar los oídos.

Son las doce del mediodía del primer miércoles de agosto. Los nizardos levantan la cabeza en los puestos de los mercados; los veraneantes se miran extrañados en las playas. Los gestos quedan suspendidos en el aire unos segundos, propios y extraños sorprendidos de que el ensayo de seguridad civil que se pone a prueba el primer miércoles de cada mes haga sonar la sirena más fuerte que de costumbre; luego regresan a sus flores de calabacín unos y a sus castillos de arena los otros.

Las esquirlas de cristal se deslizan por el cuello y las mangas de Félicité, pinchándola y lacerándola por todas partes. Corre agachada hasta el velador, coge el marco en el que posan imperturbables Carmine y su primer marido con esa hermana desconocida, y sale pitando hacia la salida.

Zacario no hace nada para detenerla. Su rabia se ha esfumado. El rostro del fantasma solo refleja una inmensa tristeza. Desde el rincón en el que se ha refugiado, en cuclillas en el suelo, levanta una mano hacia la fotografía que se lleva Félicité, como un mendigo que pide una moneda.

Le suplica sin palabras que encuentre, a pesar de la muerte y de demasiados siglos, a aquella niña que perdió entre los pliegues, las sombras y los relieves de su inmenso mapa interior.

Noches errantes

Félicité da dos pasos en la acera. El grito de arriba se ha apagado.

Cuando reanuda la marcha, lenta, rígida, va dejando a su paso un reguero de cristalitos. Con cada movimiento, las esquirlas de vidrio se hunden más profundamente en su piel.

La seda de su fular, perlada de cristales diminutos, es una constelación de gotitas de sangre. Qué bonito, piensa. Parece un campo de amapolas. Se toca el cuello. Los dedos retornan húmedos y cobrizos.

Félicité hace caso omiso de la gente que se detiene a su paso, de los que le preguntan si necesita ayuda, de los que bajan los ojos y se pegan a la pared. Ahora conoce las miradas que recibe su hermana cuando chacolotea y tintinea.

Paso a paso, se dirige calle abajo hacia el Negresco, camina bajo la sombra maciza del palacio y desemboca en el paseo marítimo, envuelto en una luz cegadora y en ruido de olas y automóviles. El brillo del sol en el agua y en las sillas de metal azul la deslumbra hasta marearla. Las palmeras alineadas a lo largo de la orilla no proporcionan ningún frescor.

Las va siguiendo lentamente, una tras otra, como señales que indican la dirección del casco viejo de Niza, de la calle Saleya y de su palacio inundado.

Sobrepasa una palmera. El sudor le pega la camisa a la espalda y al vientre.

Segunda palmera. No se arrepiente. Espera que Adélaïde sufra durante mucho tiempo. Esa vieja gallinácea se merece todo el dolor que le ha infligido.

Tercera. Por lo menos, sacó algo en limpio: tiene que ir a España. Es un país grande. Se seca el sudor mezclado con sangre que le gotea en la nuca.

La cuarta palmera, no sabe muy bien por qué, frena su marcha. Su tronco le parece extraño. Félicité pone la mano en la frente a modo de visera y levanta los ojos al cielo con mucha cautela. Entre los rayos incandescentes, las hojas de la palmera están secas. Quemadas.

Baja lentamente el brazo y se gira hacia la orilla. Mientras que en todas partes las sillas azules frente al mar han sido tomadas por

decenas de jubilados untados de crema bronceadora, aquí permanecen vacías.

En el medio hay una, oxidada, cuya pintura descascarillada se cae a pedazos. Sentada en ella, se recorta una ancha silueta a contraluz.

Félicité avanza hacia ella con su andar de muerta viviente, ni mujer ni fantasma, o ambos a la vez, y toma asiento, al ralentí, a una silla de distancia de su hermana.

Durante varios minutos, observan en silencio los miles de cuerpos congregados en la playa, que se agitan o descansan, se bañan y se queman, se embadurnan de crema mezclada con arena áspera, meten el vientre bajo trajes de baño elásticos y consuelan a niños que han tragado agua.

Egonia y Félicité saben que nunca pertenecerán a esta colorida multitud. Nada les espera en ese mundo rutilante. Las gemelas del monte Bégo son el cuervo y el gato negro que solo salen al anochecer, trozos errantes de noche, agujeros en la luz que preferimos sortear para olvidar que hay algo más que el sol y los gritos de los niños.

—Te has quedado en Niza.

Egonia responde sin apartar los ojos de los bañistas:

—Sí.

Una mariposa con tonalidades moradas y verdes revolotea hasta la palmera que tienen a su espalda.

—Creí que te habías ido para siempre.

¿Usted se las imagina a los dos, una al lado de la otra, después de treinta años de rencores que acaban de estallar en fauces demenciales por encima de un techo reventado?

Tendrían que hablar, sí. No se lo discuto, amigo mío. Tiene usted toda la razón.

Pero ¿para reprocharse qué?

¿Un juego de té roto?

¿Una desaparición nunca explicada?

¿Un silencio de tres décadas?

¿Para decirse que, en el fondo, la amargura, la soledad y los remordimientos agitaron todas sus noches desde aquella noche?

¡Quia! Las dos hermanas nunca necesitaron tantas explicaciones.

Nacieron del mismo cuerpo, de la misma mente.

¿De qué les iba a servir perderse en palabrerías?

Cada una oye perfectamente los recuerdos que pasan por la cabeza de su gemela
como si sobre los guijarros de la playa,
frente a ellas,
un virtuoso de la guitarra decidiese interpretar

un concierto para dos en la ribera

Te llevaba regalos que yo misma empaqueté,
recuerda Félicité
cajas de colores en las montañas desconocidos
alpiste para alimentar a los mirlos en nuestro nido
Pero lo habías prometido, recuerda Egonia
lo habías prometido
mientras te esperaba comía
para llevar cuenta del tiempo una perla azul cada día
se me acabaron las perlas
tú no habías venido
y yo dejé las cuentas
aquel día del mes de agosto con la piel bronceada
por el verano de viajes y tés recogidos
con el corazón encogido
tras un año de ausencia por fin en mi majada
estarías muy ocupada allí abajo
con un montón de cosas preferibles a mí
tu ausencia
hermana mía
tu ausencia como un miembro amputado
dolores fantasma me producía
cada sábado espiaba tu paso por el camino
que sube del mar
cada vez el silencio dejaba en mi paladar
un resabio de hierro salino
al fin mi madre al fin mi hermana
pero en mi mente vuestras sonrisas y vuestros brazos abiertos
en reproches se cambiaban
cómo podría haceros entender
el té la torre cuadrada
los grimorios las glicinas
al anochecer
tan lejos de vuestras ovejas tan lejos de vuestros alerces
me fui al pueblo poco después de tu partida
y allí encontré mi propia morada
abandonada sucia húmeda sombría
pero mía
y sobre todo con un techo sin vigas
había preparado muy bien todo lo que os diría
un discurso sin Marine para mamá

borrada Marine cuyo nombre al suyo tanto se parecía
y a la que a veces llamaba mamá por desliz
como un niño al llamar a la maestra despistado
para ti
hermana mía para ti había preparado
mis aventuras en los continentes de tesoros robados
en las fronteras
y tanto para ti como para ella
excusas bien pensadas
muy fundadas y certeras
exámenes deberes monografías
quería creer que vosotras lo creeríais
por el nombre de Egonia todos en el pueblo me conocían
cuando por primera vez con ese nombre me llamaron
algo en mi interior
floreció
no sabría cómo explicarlo
de golpe y porrazo dejaba de ser Agonie
o en ambas mujeres convertirme podía
Egonia es bonito
casi parece un nombre de flor
y es lo que los chicos del pueblo me ofrecían
lilas en el porche todos los días
hasta que un día mi belleza en vejez se transformó
dejaron de traerme ramos de flores
y prefirieron las teas y hachones
para quemar mi casa enardecidos
cuando por fin llegué a casa había atardecido
había olvidado cuán largo es el camino que va
desde el mar a Bégoumas
muy pronto no lo olvidaría jamás
me imaginaba que mi cara de bruja alejaría
a los moscones
comprendí mi error enseguida
todos aquellos galanteadores
ahora querían mi piel
y acudieron todos en tropel
detrás de las ventanas brillaba una luz amarilla
más linda que el portal de Belén
de este a oeste ciento veinte metros medirían
aquellos parajes que me vieron nacer

menos habitantes que ovejas
un poco más alto, después de un gran agujero de negras
tinieblas
nuestra majada
supe antes de abrir la puerta que no estabas
como sabemos reconocer si hace frío o calor
mamá no se movió
pensé que dormitaba
luego vi el retrato frente al sillón donde mamá
lloraba

hola he vuelto, mamá
    mamá no se movió
no pude venir antes perdón te pido
te prometo pasar dos semanas enteras aquí contigo
    mamá no dijo nada
¿qué te pasa?
¿estás bien, mamá?
sí, me responde, claro que lo estoy
Félicité de mi alma y de mi corazón
porque ahora estás conmigo
ven que te quiero abrazar

    avanzo a la luz del hogar donde siempre hay un fuego encendido
incluso en estío
porque el frío
el frío
jamás deja el monte Bégo en el olvido
entonces veo el horror en aquel rostro tan lindo
con las manos delante tapando la boca abierta
pareces una vieja
en la agonía
y lo entiendo enseguida
a mí ya no me preocupaban mis blancos cabellos
sentí sus ramalazos de odio el aliento de terror
conocía demasiado bien esos olores
que al final me habían atrapado
porque te acaban atrapando
sin remisión
porque no es esa clase de perfumes
que deja atrás el que huye
el terror en su rostro cambió a disgusto

luego a algo mucho más duro
a inquina
o a herida
    por lo que veo
balbucía mamá
no te teñiste el pelo
los sábados por la mañana frente al espejo oval
en cuyo borde nuestros dos nombres mandé grabar
    no le contesté
entonces cuando yo buscaba
en el fondo de mi reflejo el de tus propios gestos
cuando nuestros signos rituales realizaba
los lazos solemnes en lo más hondo de nuestros espejos
    como pasar el brazo por nuestras ventanas y cogerte
la mano
estaba sola
sola frente a un cristal
y tú
en otro lugar
donde yo no podía estar
    no le contesté
y si hasta del carmín de tus cabellos te has despojado
qué otras cosas no habrás borrado
qué has olvidado aparte de la montaña que te ha hecho crecer
    no le contesté
bueno se acabó por hoy
    negó con la cabeza y sonrió
ni mis lágrimas ni mis quejas te molestarán más
al fin y al cabo es natural
vida mía
no pensar en la que te ha nutrido
y para una madre es normal
esperar eternamente el regreso
de la carne que ha parido
que es su mazmorra y su torre
y cuya ausencia es un invierno
una tetera sin té
                cerré la puerta de aquella morada
                abandonada húmeda sucia sombría
                pero que había sido la mía
                durante una buena temporada
miré a mi madre

su cara todavía tersa de niña
un rostro como el mío de dieciséis años recién cumplidos
su sonrisa era amplia sus ojos suplicantes y conmovidos
alguna cosa
entonces
cedió detrás de mi tórax
una fisura en los huesos un chasquido
vi imágenes de mamá
sola
frente a su espejo por la mañana
sola
de noche cerca del hogar espiando las ventanas
vanas
mientras que alegre y cruel
yo la olvidaba
encantada e infiel
mientras dejaba mi vergüenza mi montaña y mi pena
al pie de una torre de relojes con aromas de hierba
y canela
donde no se hablaba
de cabellos rojos o blancos de talle fino o echado a perder
de chaquetas de lana o de piel
en un lugar donde solo existían el té
los libros
la noche bajo las glicinas
los relatos de Marine
y los aparecidos
que no necesitan de los vivos
delante solo la noche ante mí
sus gritos empujados por el viento detrás de mí
tuve que huir
dejé en el suelo las dos maletas
que aún tenía en la mano
cuando el cuero tocó el suelo
lo supe
supe que jamás volverían a Niza

volver al liceo para regresar aquí
encontrar cada vez en pago por mi ausencia
esas lágrimas y esa sonrisa
en mis pulmones esa daga
ese aplastamiento de mi alma
partir

regresar
lágrimas
partir
regresar
daga
cada partida más dura que el regreso anterior
no
francamente
quién lo ama tanto como para infligirse tan a menudo el dolor
y luego marchar de nuevo para hacer qué
porque todo tendría un gusto amargo de té
infusionado en el agua salobre de mi madre
sola
con su retrato enrojecido por las llamas

que conste que lo intenté
sin embargo cogí vuelos
con menos frecuencia cada vez
atravesé los mares y dejé los puertos
menos alegremente cada vez
para volver siempre y seguir dando vueltas
a lo que aquella noche pensé
a eso es a lo que se parece pues
la libertad que se nos pinta como un tesoro
de poder elegir
gracias pero
habría preferido que alguien eligiese por mí
una de las dos salidas fuera del intrincado laberinto
de los sentimientos de culpa
ya sea
irse hacia el olvido gozoso y cruel
cortar amarras para siempre cambiar de piel
y de nombre renacer entre camelias sin recuerdos lejos
sin madre sin raíces sin tierra y sin espejos
o bien quedarse
y apurar el té hasta las heces

si subo hasta allí
pensaba
no me seguirán tan cerca de la majada
mis verdugos tienen miedo de Carmine
aunque no tanto como el que me inspira a mí

seca los ojos mamá
no es tan terrible allí abajo

tampoco hay nada tan sorprendente
ni tan hermoso como nuestros alerces
ni tan cálido como el hogar donde se apagan las brasas

¿de verdad, Félicité?
¿te quedarás?
me quedaré
—y el pelo, ¿te lo teñirás?
me lo teñiré
¿no te importa el liceo? ¿No te vas a matricular?
no me importa el liceo
no te sientas obligada
no me siento obligada
prométemelo
prometido
mamá
no me iré lejos durante tanto tiempo para estar contigo
corriendo subí
el aliento entrecortado
hasta aquel montón de piedra
dirigido por mi propia madre mi orfanato
me cogió de la mano
respirando como si acabase de salvarla ahogada
y puse el agua a hervir
llamé y llamé a la puerta
y yo dentro me asusté
si me veían me podía dar por muerta
tus golpes en la madera me dijeron que eras tú
grité detrás del batiente Soy yo
Agonie
déjame entrar por favor
no me quedaré en tu casa
prometido
para pasar esta noche solo un techo necesito
mamá se incorporó tan rápido que el sillón
volcó
su voz desde el interior me gritó que me callara
tu presencia al otro lado del muro le provocaba
crepitaciones
después oí la tuya diciendo
cálmate mamá estoy aquí no es nada
entonces me di cuenta
me di cuenta de que todo saldría bien

mi gemela esa otra parte de mí por fin cerca
de mis brazos
de vuelta
un poco tarde sí pero de vuelta
y mantenida su promesa
me llamaste desde fuera
ábreme la puerta, Félicité
porque esos de abajo
esos me quieren coger
o mucho mejor aún
sal tú
sal de aquí que nos vamos hace meses que lo he
pensado
ahora entiendo por qué no habías regresado
mucho antes
las gentes de aquí se aburren tanto
que para ocupar su tiempo se entretienen siendo malos
venga vámonos tú y yo somos demasiado grandes
para un agujero como Bégoumas
me muero de ganas de ver los edificios de Niza
y sus turistas
en el internado dormiré en el suelo
al pie de tu cama con el bozal puesto
te prometo que no voy a hacerme notar
el domingo iremos a nadar a la playa y tanto tú
como yo nos bañaremos en el agua
blanca
y azul
estaba de pie y sentí escalofríos
mamá a mi izquierda
desesperada por que me fuera tan pronto la dejase y le mintiera
sentíamos contra los postigos
revolotear mariposas a patadas
a mi derecha la puerta de donde salía
tu voz que sonaba como la mía
sofocada
sugestiva
por qué no ir pensé
tendría el liceo Masséna a mi hermana y a Marine
y mis viajes al país de los árboles de té
venga vámonos
todo ese mundo todos esos colores a cambio

de Carmine
no esperes una hora ni esperes a mañana
a quien acababa de jurar
partir no espera a la mañana
que nunca más la iba a dejar
tú no contestaste
dentro tu voz le susurraba a tu madre palabras
reconfortantes
y para tu hermana
de muerte amenazada
nada
solo un silencio
glacial y luego oí
detrás de la puerta cuchicheos
Nanie
no puedo
deja a Carmine
estás ciega o qué
otra vez el numerito de la mano quemada
no lo ves
puede ser
pero no puedo hacer nada
le funciona conmigo
te lo suplico Félicité llévame a Niza contigo
o por lo menos déjame entrar porque si esos me atrapan aquí
me van a
no puedo
Nanie
y si me quemase las manos adrede
también curarías mis quemaduras
o la piel de una madre es la única herida
que te duele
entonces por la chimenea
sentí el aleteo
de dos alas oscuras
lentas
más anchas que las de un cuervo
las de una mariposa demasiado pesada buscando
posarse
silencio entre las dos
y después de tres
latidos

de corazón
la hecatombe
mamá golpeó corrió lanzó gritó todo lo rompió
embistiendo
como un descomunal macho cabrío suelto entre los muebles
para escapar aterrorizada del insecto atolondrado
que parecía decir con su torpe vuelo
anda muévete
escóndete donde quieras
lánzame tus sartenes si te apetece
me sobra tiempo
aquí te espero
comiendo un huevo
creí que su tormenta se abatía sobre ti hermana
grité tu nombre asustada
mientras mamá rompía todo lo que encontraba
y la mariposa la seguía lentamente
saqué corriendo dos tazas de porcelana
y el té de las Gravières
por fin se abrió la puerta
y creí que
pero no
dejaste la cadena puesta en el batiente
vertí el agua caliente
y a través de la abertura te di una taza de té
para decirme sin abrir
con una voz muerta de miedo
una voz que no había oído jamás
ponte de espaldas a la puerta rápidamente
y bébete la mitad
lo bebí
era dulce y casi ardiente
devuélvemela
ahora coge la mía
y bébete el resto
intercambiamos nuestras tazas y bebí
ya ves hermana incluso así
incluso traicionada
incluso sin entender
confiaba en ti todavía pensando que tal vez
cuando Carmine estuviese calmada
guarda mi taza

susurraste por la abertura
vete ahora guarda las hojas con premura
te servirán de tinta para escribirme
pero al irte
no me mires
la puerta se cerró
para no volver a abrirse
la rendija de luz se apagó
solo había noche alrededor
y gritos llevados por el viento
un cuervo en los árboles graznó su queja
y tuve que huir
no dormí aquella noche allí
ni las noches siguientes
miré la taza
mucho tiempo
con frecuencia
pero tú nunca escribiste nada dentro
el bosque me dio aquella casa con imágenes
de lindos personajes
la gente pintada en la pared no apesta a resentimiento
al principio creí
el agua debió de hervir demasiado el té mal infusionado
el té de las Gravières no ha funcionado
escribir
y para decirte qué
demasiado tarde hermana
no hay nada que hacer
no queda ninguna cosa
solo la hiel
el silencio
y la casa mohosa
nunca volviste para ver qué había sido de mamá
después de aquella noche
envejecida de repente
su nombre medio olvidado
el pueblo desierto donde quiso quedar
le tuve que explicar
muchas veces
frecuentemente
que al menos de vez en cuando tenía que irme
porque allí no había

ni gentes en las calles ni comida
de estos troncos no hay por qué salir
porque me protegen
al menos nadie tiembla aquí
por mis estúpidos hechizos
no guardé mi taza hasta que pasó un año
entero
no hubo más tormentas
volví a teñirme el pelo
puesto que mi madre
es a quien por cierto debo
el nombre de Agonie
como un niño calificado sin leer su examen
mi madre se multiplica se desvanece
porque ese nombre
ese nombre-maldición
en el fondo es verdad porque
y mi gemela estará muerta
de lo contrario habría vuelto
a ver cómo me encuentro
tuve que salir de mi juventud
privada de todo en una noche
amargo rencor en el hueco del colchón
culpando a otra de todas mis debilidades
mis viejas promesas
mis angustias y mis insomnios
si mi hermana
me hubiese abierto
me hubiese escrito
si mi hermana hubiese vuelto
si mi hermana hubiera visto a su madre
débil y envejecida
violenta
frágil inofensiva
perversa
vulnerable rota
falsa
si mi hermana me hubiera sabido traicionada
huérfana
casi casi fantasma alma en pena
si hubiéramos sido dos para llevar esta carga
si hubiéramos estado juntas ella y yo

me habría convertido
en qué
en algo distinto a esta especie de osa domesticada
algo distinto a esta máquina de pesadillas
en otra cosa distinta a mí
en qué exactamente
no lo sé
en nuestro decimosexto cumpleaños la puerta se cerró
sobre aquellas vidas de humo
sus volutas habrían podido dibujar la montaña china de Yao
antes de la hora de la labranza
la niebla atrapada en perlas en un capullo de plata
las fragancias del *sencha* en el río Uji
o en el Mediterráneo de los grandes domingos
azul
y blanco
tal vez llenos de juegos de hijos y de primos
o en cualquier otra cosa tal vez
no lo sé
porque esos vapores perdidos
esos *y si*
esos *tal vez*
no nos han dejado
al fin y al cabo
más que sus espectros

Domesticación

El aire azotado por las olas comienza a oler a tormenta. Abajo, en la playa, los bañistas recogen toallas y niños al ver galopando en el horizonte nubes amenazadoras.

Sin embargo, no se desata ninguna tempestad.

La cólera ha pasado. Solo queda el cansancio. Un cansancio para tenderse sobre los guijarros ardientes y olvidarse de una vez de los fantasmas.

Cuando eran pequeñas, antes de las trombas de agua, mientras los pájaros huían hacia el recodo de los alerces, Nanie y Félicité salían. Les encantaban las tormentas. Era la presencia de una madre sin el dolor de los relámpagos.

Empieza a caer una llovizna vaporosa. Un casi nada, lo justo para lavar la sangre de las manos de Félicité.

—Estás sangrando —se limita a observar Egonia.

—He conocido a nuestros abuelos —dice a su vez Félicité, sin despegar los ojos del mar de un color cobre viejo—. A ti te habrían encantado.

Egonia levanta entonces un índice ganchudo de bruja. Con la punta de su garra traza el contorno de las heridas en los dedos, las muñecas, el cuello y el rostro de Félicité. La epidermis envejece rápidamente bajo la uña, los fragmentos de vidrio caen, las heridas se cierran y cicatrizan. Cuando retira la mano, la piel de su hermana parece unos días más joven. Curada.

Félicité deja escapar un escueto «Gracias».

Cuando la lluvia se hace más densa, se levanta. Cambia de silla para sentarse al lado de su gemela. Y despliega sobre sus dos cabezas un gran paraguas negro.

—Tengo una cosa para ti.

Han hablado al unísono. Félicité alza una ceja, Egonia un hombro.

—Yo primero.

La pasadora de fantasmas saca de su bolso la foto de Carmine y de esa familia que no es la suya. La prueba de aquella vida secreta, muy antigua, a la que ellas no pertenecen. Las tres caras aparecen deformadas bajo la lupa de las gotas. Egonia coge el marco y murmura:

—Podría haber doce o tres mil niñas nacidas antes que tú. Qué más da. Yo vi con mis propios ojos cómo te adoraba. A su manera, extraña y enfermiza, pero te quería y punto. No sé si más o menos que a la de la foto, pero ¿qué cambia eso?

Las bestezuelas que salen arracimadas de entre los labios de Egonia se deslizan bajo la lluvia, entre las gotas, hacia el mar. Como si acabasen de coger una borrachera.

Ambas hermanas miran fijamente la foto durante varios minutos hasta que Egonia de repente repiquetea con la uña amarilla en el cristal del marco. Justo encima, hay tres letras muy pequeñas, entrelazadas en un matasellos: JPA.

Félicité agarra el brazo de su hermana.

—Fíjate en estas tres letras, Egonia, ¿aparecían en el diario? ¿O un nombre con esas iniciales?

Se arrepiente de inmediato. ¿Cómo se le ocurre sacar a colación el diario, justo ahora que acaban de reencontrarse? Pero su hermana no ha venido en pie de guerra: Félicité acaba de llamarla Egonia.

Por primera vez desde que se sentaron una al lado de la otra, sus miradas se encuentran. Son tantas las cosas que encierra esa mirada, cosas sin palabras que difícilmente podría contarle, que Egonia acaba parpadeando y girándose hacia el brumoso horizonte gris azulado. La bruja susurra en una nube de diminutas polillas que en realidad no se acuerda de gran cosa. Nunca aprendió a leer bien. Solo retuvo un puñado de palabras, ni siquiera frases completas, nada importante. Lo suficiente para despertar en ella un motivo que abrasó las hojas.

Félicité se lo temía, pero aun así está decepcionada. Y un poco más desesperada.

Han pasado dos semanas desde la muerte de su madre. Siempre ha hecho salir a los fantasmas en unas pocas horas, como mucho un día. Sus intuiciones y su té nunca le han fallado. Pero con su madre, a cada nueva respuesta, a cada puerta abierta, le siguen cien más, y cada una cerrada con un candado distinto.

—De todos modos, me acuerdo de una cosa —añade Egonia—. No me refiero a esas tres letras, sino a otra palabra que leí.

Félicité no muestra reacción alguna, ni de sorpresa ni de ansiedad. No se da por aludida. Actúa como hice yo con un gatito que pasaba por mi jardín el año pasado. Tendría usted que ver qué cosita: una bola de pelo gris. Cada vez que abría la puerta, se escabullía. Yo lo que quería era que entrase y me hiciese compañía, como un vecino que hubiese venido por la tarde a tomar el té. Así que puse unos cuantos platillos con leche en el porche. Dejé que se acercara. Fui abriendo la puerta con precaución y ya no huyó. Y el día en que, por

fin, entró en casa y se reunió conmigo en la cocina, me cuidé muy mucho de moverme. Seguí con lo que estaba haciendo, como si tal cosa. Para no asustarlo. Para hacer como si el gato siempre hubiera estado allí y que también él se lo creyera un poco.

Cuando su hermana se dispone a revelarle lo que encontró en el diario de su madre, Félicité hace lo mismo que yo: nada de nada. Actúa como si hubieran mantenido aquella conversación cientos de veces. Pero, ¡ay, amigo mío!, bajo la piel apenas curada de su rostro, los nervios estaban más tensos que las cuerdas de un arpa, se lo aseguro.

—Carmen.

—¿Carmen?

—Sí, Carmen. En el diario. Me acuerdo de eso.

—¿Estás segura? ¿No sería Carmine y lo leíste mal?

El tono desconcertado de su voz roza la exasperación. Egonia hace caso omiso y continúa:

—Yo también tengo algo para ti.

La bruja hurga en los pliegues y bolsillos de sus capas de ropa superpuesta desencadenando una cascada de tintineos. Al cabo de dos minutos, ciento veinte interminables segundos de exploración, saca una caja de metal oxidada. Cuando se la da a su hermana, los ruidos salen más nítidos, más claros sin la amortiguación de la ropa. Egonia ya no suena como un carillón.

Hay que forzarla un poco para abrir la tapa agarrotada. Félicité descubre dentro un montón de fragmentos nacarados. Los trocitos de una tetera minúscula. Rota, en un tiempo y unos parajes que ya no existen, por una niña explosiva.

A Félicité le basta con tocar uno.

De entrada, imagina entre sus manos las vetas de oro, colmar los vacíos, reunir los fragmentos, dibujar las fisuras, reparar la porcelana al mismo tiempo que todo lo que se mueve en su interior, el tumulto de trozos esparcidos en una caja oxidada.

Félicité ha encontrado, por fin, la tetera-madre de su rebaño.

Solícitamente, como si tuviese entre las manos el nido de un pájaro, cierra la tapa y guarda la caja en su bolso. De ella surgirá en adelante el sonido de trituradora de basura que le evoca, ahora que lo piensa, el tintineo de un instrumento lleno de tubos y cuerdas.

Félicité querría dar las gracias de nuevo, pero se le hace un nudo en la garganta.

—Venga —dice Egonia en su lugar—. Volvamos.

Envueltas por la tormenta que estalla y hace correr a los veraneantes con las toallas sobre la cabeza, las gemelas caminan

tranquilas por el paseo marítimo, daga gris y masa negra apretadas bajo el paraguas. En torno a ellas cae la lluvia de aquí, una lluvia como es debido, una lluvia que no engaña.

Tetera-madre

Es bonita esa historia, ¿no le parece? La que se cuentan las dos hermanas para explicarse toda una vida de amarguras.

Vale, tal vez *bonita* no sea la palabra adecuada. Bien hilada en todo caso.

Encaja, se hace eco, se aúna, parece una coreografía con puntas y tutús. Solo que en medio de ese traje de ballet, bonito o no, como usted prefiera, hay un agujero. Y no es un agujero de polilla. Ni uno por el que digas «¡bah!, un par de puntadas con un hilo del mismo color y no se nota nada». No, le hablo de un buen siete, de ese tipo de rotos que aparecen en medio de la chaqueta. Ya puedes ir despidiéndote de ella. La clase de roto que haría un alambre de púas. O unos dientes muy afilados.

El caso es que yo, inicialmente, había venido a buscar el porqué y el cómo del abandono del pueblo. Y resulta que, mientras tanto, les fui cogiendo cariño y me alegré de aquella tregua entre las hermanas. Pero me esperaban en los archivos. Precisamente para llenar un agujero en ellos.

Incluso me pregunté en algún momento si Félicité y Egonia me habrían mentido. O si habrían acabado creyéndose aquel relato lleno de lagunas de una noche demasiado violenta para ser recordada.

Y, poco a poco, escuchándolas, lo entendí.

La memoria es una tetera rota. Para encontrar la entera y servirse de ella, se necesita paciencia, pedacitos que ensamblar, oro para señalar los defectos y tiempo para reunir las piezas. Tiempo y una laca, tóxica hasta que se seque. Por tanto, no hay que tener prisa. No hay que empeñarse en recuperar la memoria demasiado rápido, de lo contrario la tetera se romperá o te envenenará.

Félicité y Egonia me habían dado los fragmentos de sus recuerdos. Pero aún me faltaba la laca.

Las grietas solo serían restañadas por el relato de Carmine.

A Félicité le harán falta varios meses para reparar su tetera-madre según el arte del *kintsugi*. Para reencontrar poco a poco a esa vieja amiga perdida, juntar las piezas una a una, dejar respirar y secar la laca, pulir lentamente las asperezas con una piedra de ágata y esperar.

A lo largo de esas semanas, al despertar en su palacio a cielo abierto, cada mañana encontrará una nueva tetera salvaje, orgullosa y silenciosa de vuelta en su estante.

Las acogerá como se acoge a un gato al fin domesticado. Sin efusiones ni reproches, como si nunca se hubieran ido.

Solo Angèle-Victoire saltará de alegría con cada una, como una madre de hijos pródigos.

La Masque

A la mañana siguiente, de camino a los archivos, las hermanas compran un paquete de collares de caramelo. Estiran las gomas y van mordisqueando los dulces. Del hilo que Félicité le entrega a Egonia todavía cuelgan cinco o seis perlas de color azul pálido.

—No, gracias. Cómetelas tú.

—Ah, por fin admites que todas saben igual…

—Para nada. Es que volverme invisible me interesa cada vez menos.

Cuando Félicité mastica las cuentas de caramelo haciéndolas crujir entre las muelas, nota un sabor a frambuesa.

En esta ocasión, las hermanas van a los archivos a pie: Egonia no da su brazo a torcer. El asunto no es negociable: no soporta el coche. Y menos mal, porque habrían quedado atrapadas en cualquiera de los embotellamientos que hay por todas partes. La bruja va sembrando flores por el camino, que son engullidas por las gaviotas demasiado curiosas.

—¡Vaya! —se sorprende Félicité—, ya no haces ese barullo de cacharrería.

—¿Lo echas de menos?

—Casi.

Es verdad. La calma entre ellas es extraña. ¿Qué decirse cuando ya no tienen más reproches guardados en los bolsillos?

Al llegar a la valla gris de la entrada al palacio de mármol, la pasadora de fantasmas ralentiza la marcha. Teme lo que le espera. Su hermana pasa delante decidida:

—Hala, vamos. Hay que poner el pie en la arena para saber si quema.

Félicité levanta la barbilla y sube los tres escalones que conducen al interior, al otro lado de las puertas de hierro forjado. Nada más entrar, la voz de Patrick se eleva detrás del mostrador de recepción.

—¿Qué es eso?

La bruja se da la vuelta, consciente de que se refieren a ella, y responde:

—¿Esto? Soy yo.

Tres mariposas de cuerpo peludo salen disparadas de la boca de

Egonia. Revolotean un instante en el aire inmóvil de la recepción y luego se posan. La primera en la cerradura de un casillero cuya puerta se abre con un chirrido. La segunda en la taza de Patrick, que tapiza con una película verduzca.

El ayudante de Marine lanza un chillido estridente cuando el último insecto aterriza suavemente sobre una pila de papeles llenos de anotaciones. En un instante la pila se endurece, se agrieta y se desmorona hecha trizas. Refugiado detrás de su sillón, Patrick le ruega a Félicité que saque al monstruo de su vestíbulo.

—Oh, lo he intentado, créeme. Y es imposible. Ella es más terca que tú, que ya es decir. ¿Y Marine? ¿Anda por aquí?

Patrick no contesta, obsesionado con la enorme mariposa que abre y cierra las alas tranquilamente en el borde de su taza. Con un tono de maestrilla que se dirige al más torpe del grupo, Félicité le explica que va a coger dos llaves y a depositar sus pertenencias en sendos casilleros.

El bueno de Patrick asiente con la cabeza frenéticamente. Con tal de que esa aberración abandone sus dominios…

A Félicité el aire de los archivos nunca le pareció tan respirable.

—Ven, Egonia. Es ahí arriba.

Con sus columnas, sus escaleras, su cúpula, sus vidrieras, sus dorados y sus cuadros, el vestíbulo del palacio supera en fasto y majestad todo lo que Egonia haya visto en su vida. Félicité sonríe como si hubiese sido ella la encargada de esculpir las estatuas y los pilares.

—No está mal —responde Egonia cuando su hermana le pregunta qué le parece—. Pero tampoco es para tanto. Para desgarrar la ropa no, desde luego.

Suben juntas las escaleras hasta la puerta que esconde, tras su hoja, el laberinto de paredes de cajas grises.

El aroma del té las guía entre los bloques de estanterías. Un perfume con efluvios de humus y hierba fresca. Japonés. *Kyushu.* Félicité adivina qué tetera está humeando en ese momento, en algún lugar entre los pasillos. Pequeña, redonda, de terracota, asa de corneta en el costado. También sabe que encontrará a Marine inclinada sobre su taza en medio de la casita de libros y porcelana, bajo la carpa de velas, con el cráneo tatuado coloreado por sus luces translúcidas.

Pese a ello, cuando la ve, exactamente como la había imaginado, la bibliotecaria le causa la misma impresión que la primera vez que la vio.

No se atreve a interrumpirla. En los vapores del agua caliente, las pilas de grimorios coronados por teteras forman una muralla en torno

a su cuerpo. Félicité carraspea para anunciar su llegada; la teinóloga alza la cabeza y se levanta de su sillón.

—Mucho gusto, Egonia. Encantada de conocerla. Pase, pase. ¿Le apetece tomar un té?

La bruja asiente con una inclinación. Jamás le han hablado así. Como si la esperasen y fuese bienvenida. Sabe cómo debe contestar, la fórmula la ha oído antes, pero en su lengua de bruja las palabras adquieren una textura extraña.

—El gusto es mío.

Con las manos delante de la boca, atrapa el cuarteto de polillas antes de que se escapen.

—Siéntese, por favor. Hum… ¿Qué puedo ofrecerle?… Ah, ya sé. Lago del Tremblement. ¿Un dulce con el té? Es una receta de Patrick, una auténtica delicia.

Félicité se siente tan corpórea como el fantasma de Théodore, que en ese mismo momento atraviesa la estantería vecina y desaparece detrás de la siguiente.

La pasadora de fantasmas carraspea de nuevo. Esta vez, la teinóloga la mira a los ojos.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto. Si tienes la contraseña.

Un rictus nace y muere al instante en los labios de Félicité. Marine no sonríe. En absoluto.

—¿Perdón?

—La contraseña. En realidad, acabas de decirla, pero no en la entonación adecuada. Y la entonación es fundamental, ya lo sabes.

Félicité, desconcertada, sacude lentamente la cabeza.

—Muy bien. Vete a dar una vuelta por ahí. Seguro que si caminas un poco acabas encontrándola.

La teinóloga se desentiende de Félicité y se dirige a su hermana:

—Bueno, Egonia. Estaba deseando conocerla. Ah, sí, estoy al tanto de su pequeño problema de insectos. Mientras tenga cuidado, no se preocupe, no debería haber problemas. Y, después de todo, entre usted y yo, una caja más o menos, nadie se dará cuenta. Ni siquiera yo sería capaz de ver la diferencia. Aunque Théodore, mi predecesor en la dirección de los archivos…

Con paso enérgico, Félicité baja hacia la entrada, casi sin perderse esta vez. En el laberinto de cajas, en las escaleras de mármol, en el vestíbulo de las columnas, por todas partes resuenan la risa de Marine y sus exclamaciones de alegría.

Una vez abajo, se apoya en el mostrador de recepción, ahora sin mariposas. La misma conmoción se refleja en el rostro de Patrick,

frente a ella, acomodado de nuevo en su silla. Nunca han visto a Marine reírse de semejante manera.

—Se nota que es forzada.

En los archivos resuena otro grito hilarante. Félicité recupera sus pertenencias en el casillero y posa en el mostrador la fotografía de su madre.

—¿Y ese marco? —pregunta Patrick para tapar el eco de las risas.

—Es una foto de familia.

—Hermosa imagen.

—Si tú lo dices.

—Anfossi, diría yo…

—¿Anfossi?

—JPA, Jean Pasquale Anfossi. El fotógrafo de la calle Miralheti…

Félicité saca una libretita y está a punto de tomar nota cuando unos pasos apresurados resuenan en el hall. Marine aparece, radiante y sin aliento, con una caja de té en las manos, seguida por Egonia.

Al ver a su discípula, siente el impulso de hablarle, pero cambia de opinión. Deja la caja en el mostrador, al lado del marco, y pregunta anhelante:

—¿Qué? ¿La has encontrado?

Félicité se cruza de brazos. El silencio es tenso.

La pasadora de fantasmas nunca aprendió a decir esa clase de cosas. Al contrario: levantar la barbilla, no disculparse por existir, eso es lo que ha heredado de su madre.

—Creo que quiere que le pidas perdón —susurra Patrick parapetado en su taza de café.

Inspiración, exhalación. Félicité abre la boca, cierra los ojos y suelta:

—Lo siento mucho, Marine. Perdóneme.

La teinóloga levanta las manos y las deja caer sobre sus grandes muslos.

—¿Ves qué bien lo haces cuando quieres? Bueno, Clé, mira lo que te he traído, no te lo vas a creer…

Lo que hay en la caja es el té del valle de la Masque. El que Marine recolectó hace unos doce años y el que debía esperar ciento dos años más antes de alcanzar su pleno efecto.

En catorce segundos, una sola mariposa de Egonia lo llevó a la madurez.

Cuando Félicité piensa en las tardes pasadas, cada catorce días durante años, removiendo las hojas, catorce veces en un sentido, catorce en el otro, y cuando recuerda los gritos de alegría de la teinóloga hace unos instantes, se pregunta cómo es posible que Marine

logre mantener la calma.

Las hojas están ahí, entre sus manos, perfectamente secas, como después de ciento catorce años de repetidos cuidados. Una piedra filosofal, una flor de ambrosía, un milagro con aroma a musgo y cuero viejo.

Bajo la maraña de las cejas, Egonia esboza una sonrisa, o algo que se le parece.

El pan y la batalla

Antes de dejar los archivos, Félicité caminó un rato largo por el jardín de las fuentes resguardado entre los edificios. Tanto ese día como los siguientes intentó que Egonia le explicase lo qué había hecho reír a Marine.

—Tú no lo entenderías —respondió su gemela—. Es una cosa entre ella y yo.

Lo que Egonia y Marine pudieran tener en común se le escapaba a Félicité, por supuesto. Pero le aseguro, amigo mío, que puedo imaginar perfectamente cuáles eran las miradas y las palabras que ignoraba Félicité y que las otras dos conocían.

A ella, en el fondo, eso le gustaba: la sororidad entre aquellas dos, verlas entenderse y ligar como pan fresco mojado en aceite. Y pensó en su madre. Si Carmine hubiera sido capaz de concebir la alegría profunda y apacible de sus hijas unidas fraternalmente, no les habría puesto nombres en orden de batalla.

El jardinero-fotógrafo

¿Ha estado ya en la calle Miralheti? No se preocupe, muchacho. Lo mejor es que vaya cuando haya escampado y brille el sol. Verá los platos de *socca* humeantes, los pasteles de acelgas saliendo del horno, los buñuelos de calabacín y las porciones de *pissaladière* alineados en grandes bandejas de aluminio, junto con los clientes pidiendo a gritos su consumición por encima de las vitrinas y empujándose unos a otros como si eso los hiciese avanzar más rápido. La calle Miralheti siempre está atestada de gente hambrienta que acude a buscar su *pan-bagnat* cotidiano.

Si se fija bien en el escaparate, detrás del cartel dorado de ESPECIALIDADES NIZARDAS, verá una inscripción más antigua: JEAN PASQUALE ANFOSSI, JARDINERO-FOTÓGRAFO. Y todavía más atrás, si se es una pasadora de fantasmas, podrá ver a un hombre que no pertenece a aquel universo de sal y humo.

Sus patillas y sus antiparras lo delatan. Entre dos hornos de pan, se limpia las manos manchadas de tinta y luego la cara. El trapo le deja un rastro negro en la frente. Está allí parado, una silueta tranquila entre el vaho y el bullicio de las cocinas, como un tren de vapor en el andén un instante antes de la salida.

En la terraza llena hasta los topes, Egonia ha ahuyentado de una mesa a una familia de turistas apretujados como sardinas en lata y, acto seguido, Félicité coloca encima su servicio fantoprensil. El espectro, magnetizado por la curiosidad, atraviesa la pared y se sienta frente a ellas.

El nuevo té del valle de la Masque aún no ha acabado de infusionar cuando Anfossi, con un mohín de orgullo en los labios, señala el marco colocado cerca de la tetera.

—Esa fotografía la saqué yo. Reconozco perfectamente la majada de detrás.

Félicité se inclina hacia delante apoyando los codos en la mesa pegajosa.

—¿De verdad? ¿Y reconoce a los que están ahí?

Pero el té aún no ha terminado de infusionar y Anfossi pasa olímpicamente de la segunda pregunta.

—Por supuesto que la saqué yo. Ustedes han entrado en mi tienda.

Han visto mis fotografías de flores. Pero ¿sabían que una vez cultivé flores-fotografía? Flores con contornos tan precisos que parecen imágenes. Lograr que crezcan esas plantas requiere comprender dónde está la belleza y cuánta luz hay que darles. Jardinero y fotógrafo, tanto monta, monta tanto. Es el mismo oficio, ¿saben?

—¿*Possibile* comer al lado con ustedes? —pregunta un caballero bronceado, toalla al hombro, y los brazos llenos de niños y de *farcis*.

—No, lo siento —responde Egonia en un tono que desmiente sus palabras.

Le puedo asegurar, mi querido amigo, que la reacción del turista es la de refunfuñar por refunfuñar. Porque el susodicho es italiano, es decir, más o menos nizardo, pero se va rapidito a buscar otro lugar, y lo más lejos *possibile*.

El fantasma continúa impasible:

—Eso lo aprendí enseguida. El día en que mi madre me trajo una bolsa de semillas del mercado, en realidad. Dentro había amapolas, lavandas y ranúnculos. Primero fotografié las semillas y luego la tierra donde las había plantado. Mi madre puso el grito en el cielo porque la placa de vidrio era muy cara y porque, francamente, una imagen de la tierra sin nada era un desperdicio. Ella no entendía que la belleza nace bajo tierra; bajo la mirada paciente de quien la crea y le ofrenda cosas que le son especialmente queridas.

»Observé cómo despuntaban del suelo los brotes, cómo se estiraban cada día hacia el sol, y día a día fotografié los retoños. Crecieron así hasta convertirse en un auténtico jardín de rojo, amarillo y azul, solo porque los miré. ¿Entiende? Para hacer una flor hermosa no necesitas agua ni mucho menos estiércol. Solo luz y mirada.

»Todas las señoras que pasaban se detenían ante mi jardín, allá arriba, en Roquebillière. El azul, el rojo, el amarillo se mezclaban en una nube de luz blanca que te hacía soñar por la noche. Incluso los colores invisibles, esos que solo existen para las abejas y las víboras, podían vislumbrarse mirando de reojo.

—¿De qué demonios está hablando? —pregunta Egonia.

—Nada. Un rollo de jardinería. El té de la Masque tarda catorce minutos en infusionar como es debido.

—Una amiga de mi madre —continúa Anfossi sin ofenderse— me pidió que escogiera un ramo para ella. Dudé, pero me dije: bueno, Pasquale, siempre tendrás tus fotografías. Porque en el papel, incluso en blanco y negro, en el blanco había una luz de arcoíris, y en el negro, el recuerdo de la blancura. Y, luego, que me ofrecía cinco francos por diez flores. Así que las corté.

»Me llovieron los encargos. No solo de las amigas de mi madre,

¡eh!, también de las damas del Paseo, tanto inglesas como parisinas, que subían a propósito hasta el fondo del Vésubie. No se imaginan la cantidad de gente que desfilaba por nuestra sala. ¡Y qué gente!: notarios con bombín, reporteros… Mis padres se escondían en la cocina. Para aquellos burgueses, venir a nuestra modesta casa y beber un chupito de *génépi* sin hielo era una salida exótica. Se extasiaban con nuestro dialecto como si fuese el canto de las aves del paraíso. Supongo que nuestros modales rústicos formaban parte de la excursión. Por eso, incluso cuando pude comprarme trajes tan finos como los de ellos, nunca los usé en su presencia. Les habrían arruinado la experiencia.

»Y, luego, una mañana, mientras miraba ardientemente mi jardín para que tuviera algo con lo que embellecerse, apareció un individuo.

»—¡A ver, zagal! —me llamó—. Por lo visto, vendes tu cultura a la gente de la ciudad y a los extranjeros.

»Me froté los ojos para borrar el deslumbramiento de los pétalos. Entonces lo reconocí porque llevaba una cinta tricolor en la solapa: el alcalde del pueblo del monte Bégo.

Félicité le da una patadita a su hermana por debajo de la mesa.

—Sí, señor —le respondí—, es verdad.

»Apoyó el puño izquierdo en la cadera, me apuntó con un dedo acusador de la mano derecha y refunfuñó:

»—Bueno, pues no debes. Esas flores crecen con la tierra del país, gracias a las manos y los ojos de un niño del país. Pertenecen a las gentes del país. Y, por país, me refiero a lo que se encuentra entre Roquebillière, Tende y Bégoumas. Ni más ni menos lejos. Y de ninguna manera a Niza, menos aún a esos ladrones de allende las fronteras que saquean nuestro campo para plantar allí sus palacios de varios pisos y disponer sus ejércitos de mayordomos. Tus flores dejarán de crecer enseguida porque se habrán llevado toda el agua del valle. E incluso su aire. Sus torres serán tan altas que tus plantas ni siquiera verán el sol. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo, zagal?

»—Entiendo —respondí—. Pero eso me permite comprar ropa más bonita y comer algo más que tomates. Y también me gusta fotografiar vestidos de mujer —confesé.

»En las imágenes no se apreciaban los colores, pero sí el plisado de las telas, del que carecían los delantales de mi madre.

»El alcalde me agarró por los hombros y me dijo:

»—Hay un montón de hermosos tejidos en Bégoumas, tierra fértil para tus flores y dinero si fotografías nuestras calles, nuestras casas y a nuestra gente. Te pagaremos, zagal, no te preocupes por eso. Menos que otros quizás, pero así no tendrás que mercadear con el tesoro de

tu país.

»—¿Y mis flores? —pregunté.

»—Bueno —respondió él—, pues con tus flores coges esquejes o semillas o lo que te haga falta para volver a plantarlas en Bégoumas y listo. Serás un hombre rico.

»Se rascó la barba y añadió:

»—Por cierto, a mi esposa no le gusta esperar. Quiere su parterre arcoíris cuanto antes.

»Así fue como, antes de cumplir los dieciséis, me instalé en Bégoumas con mi equipo. Me recibieron como un sultán, me ofrecieron una casita cerca del lago y un taller en la majada abandonada.

El té de la Masque, por fin, termina de infusionarse; el líquido es tan denso como la tinta o la sangre negra. Mientras lo sirve, Félicité pregunta, por encima del vapor oscuro que se arremolina entre ellos:

—¿Fue allí donde conoció a la pareja de la fotografía?

—En efecto. Mi jardín resplandecía allí con sus dondiegos de noche, sus acianos y sus caléndulas. La mujer del alcalde se pasaba el rato mirándolas, en un banco grabado con su nombre, justo delante del seto.

»Cuando no estaba ocupado fotografiando mis flores para que se atrevieran a sentirse hermosas, respondía a los encargos. Lavanderas y pastores capturados bajo la luz; bodas y bautizos; abetos para el concurso del mejor decorado. Me recibían en todas las casas y me invitaban a todas las fiestas. Compré el pan a diario y jugué a las cartas como todo el mundo. Me convertí en uno más del pueblo.

»Y, luego, un día, van y se mueren mis flores.

Listo. El fantasma bebe un sorbo de té. La pasadora de fantasmas lo mira intensamente, tanto como el fotógrafo debe de haber mirado su propio jardín.

—Todo empezó con la llegada de los españoles. Los que están ahí en la foto. Se instalaron en el refugio anexo a la majada, es decir, en mi taller; traían de su país una nueva especie que lo canibalizó todo. Todo extinguido. Las amapolas, las caléndulas, todo se marchitó en una mañana. Por mucho que las mirase, por más luz que les ofreciese, mis flores se oscurecían. No lograba entenderlo. Normalmente bastaba con creer en la belleza para que existiese.

»El prado se cubrió de aquellas plantas enormes, aquellos monstruos oscuros donde el blanco no tenía cabida y que incluso comían pájaros. Las arrancaba todos los días, las empapaba en alcohol, las quemaba. Maté la tierra del país. Y, a pesar de todo, volvían a crecer durante la noche.

»Al dejar mi jardín, la belleza también me dejó a mí. Ya no supe fotografiar a nadie. En tres meses me volví pobre, en seis meses, odiado, y en un año, fui expulsado del pueblo.

»Nunca encontré, en ningún herbario, la huella de aquellas ogresas que me lo arrancaron todo. Fui a Niza y me establecí en un nuevo estudio. Hice retratos de reinas y fotografié a algunos emperadores cubiertos de condecoraciones, tejidas, bordadas, forjadas. Feas. Les faltaba la luz de mis flores.

El espectro se calla. Dirige la mirada a los tejados, hacia la montaña en la que murió su jardín fantasma.

—Y los… españoles —aventura Félicité—. ¿Qué fue de ellos?

—No paró de llover aquel año. La gente decía con cierto cachondeo: «Los españoles trajeron la lluvia en lugar del sol». En fin, nos reíamos con la boca pequeña, porque cada vez que un trueno resonaba en la montaña, nos preparábamos para una noche de gritos enloquecedores, furibundos, que resonaban desde la majada hasta el pueblo. Aparecieron un día, ella embarazada, él hecho polvo por la guerra. Fue entonces cuando empezó a llover. El año de las flores ogresas. Trajeron la lluvia y, con ella, mi ruina.

—¿La guerra? ¿Qué guerra?

—¿Y cómo voy a saber yo qué guerra? ¡Espere! Deje que haga memoria, era una guerra en el sur de España. Exacto. En el desierto de Almería. Creo que la chiquilla y su madre volvieron allí más adelante, cuando murió el padre. Bueno, decíamos «los españoles», pero la madre hablaba francés como usted y como yo. Lo recuerdo porque, al poco de nacer la niña, cuando llamó a la puerta del estudio desde su salón y me dijo: «Señor jardinero-fotógrafo, tiene que fotografiarnos a mi marido, a mi hija y a mí», todo eso sin ningún acento, me dejó gratamente sorprendido. Yo diría que era oriunda de aquí, que debió de estar fuera mucho tiempo y que luego volvió.

Félicité señala a su madre en la fotografía.

—Sí, son ellos. Carmen, Gabriel y Vera. La lluvia no paraba de caer. Un diluvio espantoso. La ropa no se secaba. Nos la poníamos mojada.

—Vera —repite Félicité mirando a su hermana—. La niña nacida antes que nosotras se llamaba Vera y vivió en el desierto de Almería.

La pasadora de fantasmas guarda su servicio de té frente al decepcionado jardinero-fotógrafo. Antes de irse, le pide a Egonia una cosa: que escupa en el suelo. La bruja, sorprendida pero encantada, obedece. Entre dos adoquines crece entonces un tallo más grueso que un fémur, coronado por pétalos mustios donde inmediatamente van a morir tres gorriones.

—¿Las plantas que destruyeron su jardín —pregunta Félicité— eran

como esta?

El fantasma asiente en silencio. Los pistilos negros ondulando como algas en el aire inmóvil lo han hipnotizado.

La pasadora de fantasmas suspira. En su fuero interno, Félicité piensa que con una hermana capaz de escupir flores ogresas tenía de sobra.

Nueva orden

El lunes siguiente, antes de partir, Félicité clavó en las dos puertas del palacio Caïs de Pierlas —la de los vivos y la de los muertos— un cartelito garabateado a mano:

Detective ausente hasta nueva orden
Sírvanse pasar más adelante

Todavía hoy, si coge usted un tren en la estación de Thiers, se encontrará en la ventanilla a un viejo factor que le contará cómo el lunes 11 de agosto de 1986 —lo recuerda porque era su primer día de trabajo— vio entrar en el vestíbulo a dos mujeres de aspecto extranjero pero que no lo eran: una, larguirucha y gris, de cabellos mitad blancos mitad rojos; y la otra, negra y chepuda, que desprendía un olor en torno a ella como de tierra mojada; ambas con docenas de collares de caramelos multicolores alrededor del cuello y las muñecas, que le compraron dos billetes a Almería.

Los sultanes perdidos

Yo nunca he estado en Andalucía. No se me ha perdido nada allí. Ya nos morimos de calor en Niza, así que por ahí abajo…

Me imagino desiertos rojos, palacios de sultanes perdidos entre montañas y gente de ojos negros.

Poblaré, pues, nuestra Andalucía con esas imágenes. Aunque no lo sean, se volverán verdaderas.

Los titanes encerrados

El tren avanza rápido y el traqueteo de las ruedas arrulla a Félicité. Le gustaría dormir, pero los destellos de óxido, miel y helecho que desfilan al pasar atraen su mirada del otro lado de la ventanilla. Corre el mes de agosto y los colores del otoño ya prenden en los Pirineos. Los bosques de Provenza son otra cosa, ya estén quemados por los incendios o reverdecidos por el verano. Este le recuerda los bosques eslavos y canadienses donde hace años ella y Marine persiguieron tés, seres vivos y fantasmas.

Pero nunca fueron a España. Y su madre allí se llamaba Carmen.

Se le hace raro vestir a su madre de Carmen, aunque sea mentalmente. A la imagen de Carmine se superponen una bata de cola, roja y negra, una mantilla de encaje negro que identifica con un velo de viuda sobre un moño bajo y tacones cuadrados que repiquetean contra el suelo. Así es una Carmen para una oriunda de Niza.

Le resulta difícil ver a su madre disfrazada de esa guisa. Carmine llevaba vestidos de campesina que adornaba con violetas frescas, se cortaba los rizos a la altura de la nuca y escondía las uñas mordidas bajo sus guantes de encaje. Una Carmen debe tener uñas larguísimas pintadas de granate.

Félicité no se acostumbra a aquella vida de su madre, aquella vida anterior a ella, vivida en un viejo siglo al lado de flores fotografiadas. Creía ser ella ese jardín mimado, cubierto de miradas y de luz, llegada como un milagro a una triste majada. Creía haber llenado de colores las mañanas de una mujer harta del mundo, haberle quitado las penas y haber decorado su casa de pomelos y porcelanas.

Y resulta que antes que ella hubo felicidades a las que Félicité no pertenecía. Una niña que no era ella, que había sido para su madre ese milagro, ese jardín mimado.

Mientras Carmine y Carmen entran en colisión proyectadas en su mente, Egonia dormita en su asiento. Tienen el vagón para ellas solas: al ver a aquellas dos extrañas mujeres cubiertas de joyas de caramelo, los viajeros prefirieron ir apretados en el siguiente vagón.

Egonia cierra los ojos. Ella, en cambio, conoce ese tipo de bosques. El suyo, que añora, tiene los mismos colores. Respira mejor a medida

que el tren se aleja de Niza, del monte Bégo, de la majada.

—Egonia —murmura Félicité en su duermevela—, ¿por qué no pareces tú? ¿Qué te ha pasado?

Es un lugar común creer que hay que armarse de valor para pronunciar ciertas palabras. Espera a que los titanes salgan una vez sin destrozar a todo el mundo a su alrededor y de repente parecerán insignificancias.

La pregunta en cuestión llegó como cuando uno pregunta qué hora es o si mañana hará buen día. Allí, las dos solas en el tren, con Félicité, que ha encontrado su tetera-madre, y Egonia, a la que por fin se la llama por su nombre, las cosas no parecen tan complicadas.

Bastaba con preguntar y bastó con que su hermana respondiese.

Egonia

Para esta parte de la historia, joven, me hará el favor de inclinarse un poco hacia mí. Escuche atentamente, porque tengo que bajar la voz.

Egonia está sentada muy cerca, justo detrás de la caja registradora. Parece dormitar, pero es una treta. Lo oye y lo escucha todo. Y no quiero que me escuche.

No, no se preocupe, porque tampoco es un secreto. De lo contrario, no me lo habría contado y yo no lo habría incluido en el informe para los archivos. No es eso.

Es que recuerdo que Egonia temblaba un poco el día que me lo explicó. Eso es todo. No quiero hurgar en la herida.

Después del nacimiento de las gemelas, tan pronto como vieron que la partera regresaba al pueblo, la gente la acribilló a preguntas. Y ¿qué?, ¿cómo están las pastorcitas? Y la madre ¿qué tal está? Mireille no respondió. Su silencio, por supuesto, fue la chispa que prendió la mecha y el combustible perfecto que alimentó un incendio de conjeturas disparatadas en la aldea. Los nombres de las dos niñas se supieron rápidamente gracias al registro municipal. Tras varias semanas de elucubraciones en los taburetes del Hydra, los rumores se consolidaron. Se alcanzó un consenso.

Félicité, salida del vientre de su madre desgarrándolo con sus colmillos, adoptaba la apariencia de una mansa ovejita para llevar sus presas a la montaña, donde se transformaba en lobo y les devoraba las entrañas. Egonia, con patas de cabra y miles de víboras en lugar de pelo, se había arrojado sobre su padre nada más nacer para partirle la cara a puñetazos.

Historias muy eficaces para entretener a los niños. Durante un tiempo, desde luego, ningún chiquillo miró hacia la majada sin temblar de miedo y grima.

Y luego, unos años más tarde, las dos llegaron a la escuela. Normales, o casi. ¿Se imagina usted la decepción de los niños? ¿Y las serpientes de la cabeza? ¿Y las patas de cabra? Tenían la humillante sensación de que se habían burlado de ellos con uno de los cuentos del dahu.

Las gemelas jugaban aparte en un rincón del recreo. Félicité hablaba con gente que no estaba allí; Egonia no hablaba con nadie.

Pronto, solo quedó Félicité, con la cabeza blanca y luego roja. Su hermana volvió allá arriba, a las sombras a las que pertenecía.

Asimismo, cuando quince años después de su nacimiento vieron a Félicité irse a la ciudad y aparecer en su lugar una bella adolescente que bajaba del aprisco, cierta perplejidad recorrió el pueblo de Bégoumas. Seguía sin serpientes en la cabeza. Tampoco tenía pezuñas en los pies. Incluso el jabalí de Espigoule, que ya no asustaba a nadie de tantas patrañas que los cazadores contaban de él, comparado con ella era un monstruo que hacía honor a su nombre.

La chica era tan guapa que no tardaron en cortejarla. Egonia, porque se trataba de ella, se dejaba querer y aceptaba gustosa los presentes con que la agasajaban: diademas de margaritas, pañuelos bordados, tartaletas de moras. Sin esbozar una sonrisa ni decir una palabra, por supuesto, para no escupir mariposas y porque, no lo olvidemos, solo tenía un diente.

Las mujeres del pueblo, reconcomidas por los celos pero llenas de sentido común, trataron de advertir a sus hijos y hermanos: aquella chica era demasiado guapa para ser honesta. Todo aquello iba a acabar muy mal.

Al atardecer de un día de comienzos de primavera, el cielo estaba despejado y el aire era vivificante. Nada presagiaba la tormenta.

Egonia estaba a punto de cerrar la puerta después de recoger los regalos depositados en el umbral cuando un zapato se interpuso entre el batiente y el marco.

—¿A quién estás esperando, Egonia? —preguntó una voz ronca.

Luego, como ella no respondía:

—Solo quedo yo, los demás se han ido. Incluso el que le gusta a mi hija y que te ha dejado un ramo de jazmines. Ese asqueroso borrachuzas que le hizo promesas y pensaba cumplirlas hasta que tú asomaste las narices por aquí. Solo que, verás, mi hija lleva un pequeño en el vientre desde hace un mes y su prometido está pensando en cancelar la boda del próximo domingo. ¿Entiendes, Egonia? ¿Entiendes por qué habrías hecho mucho mejor quedándote con tus cabras? ¡Venga, arreando! Aún puedes volver allá arriba, si quieres. Te dejo ir. ¡Vete! ¡Sal de una vez!

El hombre la invitó con grandes gesticulaciones a pasar la puerta. Egonia no se movió. El hombre la asustaba, pero no tanto como aquella madre que la esperaba allá arriba, más terrible que nunca desde la marcha de Félicité a Niza. Y, con quince años, las vigas bajo el tejado ya no podían acogerla.

—¿Te niegas?

Egonia dejó caer los dulces, el ramo y el pañuelo, y se tapó la boca

con las manos.

—Bien. Como quieras.

Permítame que sea discreto, joven, porque a ella no le gustaría que le contase aquí cómo transcurrió el minuto siguiente. Solo le diré que el hombre, casi con parsimonia, sacó una de sus herramientas —no recuerdo si era carnicero o zapatero— y, con más o menos arte, le cuadriculó la cara con ella.

Egonia ni siquiera gritó. Creo que se desvaneció enseguida.

Más tarde, durante toda la noche, las lágrimas quemaron los surcos de las mejillas y lavaron la sangre seca del cuello. Fuera, la gente de Bégoumas charlaba en las terrazas.

Esa noche, Egonia comprendió que su madre tenía razón. La cara es el espejo de alma y ella no merecía la suya. Por eso la maltrataban. Porque sus rizos y sus pecas volvían celosas a las mujeres y crueles a los hombres. Era una belleza robada, una belleza maldita.

La joven estaba sentada en medio de su casa destartalada, con los ojos cerrados. Bajo los párpados hinchados, sus facciones la suma de los rasgos más horribles que podía recordar de niña: los de una bruja. La que ondeaba en las páginas que veía pasar de lejos, encaramada a las vigas, en el libro de cuentos que Carmine le leía a Félicité. Aquella historia que a ella nadie le leía, en la que unos niños valientes vencían a la horrible, la atroz, la repugnante ogresa.

Egonia la pintó de memoria: harapos oscuros; encorvada bajo el peso de la joroba; nariz ganchuda; casi calva; verrugas en las mejillas y, como ella, un solo diente.

Entonces, Egonia dejó escapar un gemido profundo, un grito reprimido durante demasiado tiempo y, con él, nubes de polillas y mariposas la envolvieron rodeándola por todas partes, posándose en las cicatrices todavía en carne viva y en el cabello, por miríadas en las palmas de las manos y las uñas, en el vientre y los muslos, por todas partes.

Luego, los insectos, uno a uno, se arrojaron a la chimenea casi extinguida. Cuando el último desapareció, Egonia ya no era ella. Se había convertido en la villana de un cuento que nunca había leído.

Esa noche, Egonia abrazó su naturaleza de bruja.

Creyó que su nueva piel disuadiría a la gente de acercarse a ella. Y al principio funcionó. La novia embarazada, al enterarse de la vileza que había cometido su padre, acudió por la mañana con paños y agua caliente para limpiarle las heridas. Al verla por la ventana, dejó caer el balde y se escaldó.

Se casó el domingo con todas las de la ley y vendas en los pies.

Luego, el aspecto de vieja de Egonia, sin que se sepa cómo ni por

qué, convenció al pueblo de que debía de ser partera, ensalmadora o curandera. Algo útil, por fin. Pronto, los adolescentes con espinillas y las mujeres estériles, los constipados y los cojos, todos los necesitados de los alrededores acudieron a pedirle ayuda.

Para ellos Egonia ya no existía. Tal vez había huido después de causar tanta desgracia. Tal vez había perdido su belleza a fuerza de perversidad. Sea como fuere, el pueblo bailaba de contento: ganaban con el cambio, una vieja cuyo rostro no tentaba a ningún marido y cuyos conocimientos superaban con creces los de los médicos que subían hasta allí de higos a brevas.

Egonia no les hacía caso, o muy poco. Durante un tiempo, casi la dejaron tranquila.

Luego, una tarde del mes de agosto, alguien llamó a su puerta con golpes más apremiantes.

—Mi hijo se muere, vieja. Ven rápido y dale tu medicina.

—Tarde o temprano morirá, puedes estar seguro —gritó Egonia desde el interior.

No ocurrió nada más. Creyó que se había deshecho de él.

Un cuarto de hora después, treinta hombres, antorcha en mano y el odio reflejado en el rostro, rodeaban su casa.

—Va a morir un niño, vieja —gritó una voz—, y tú con él como no lo salves.

Egonia suspiró. Acababa de cumplir dieciséis años, era vieja, fea y estaba sola. En lugar de apiadarse de ella, le atribuían extraños poderes.

Y no se equivocaban.

Cuando abrió la puerta de golpe, los treinta hombres se sobresaltaron. Caminando en medio de aquella horda, fue directamente hacia el cuarto donde agonizaba el niño. Lo encontró postrado en la cama y blanco como un sudario. Su madre, con un bebé en brazos, miró a la bruja con los ojos llenos de angustia.

—El mayor lleva ocho días sin comer… Se lo ruego, haga que recupere el apetito…

Egonia miró al niño. Debía de tener cinco o seis años. Casi sentía lástima por él, pero más por sí misma. Se lamió un dedo y lo pasó, lentamente, por los labios del niño.

Y eso fue todo.

Salió de la casa bajo la mirada suspicaz de los hombres que la rodeaban. Pero no regresó a la suya; acababa de dejarla para siempre.

Solo le quedaba un lugar adonde ir. Desde allí podía ver las ventanas brillando con una luz pálida, una luz de viento que lleva la tormenta en su interior.

En menos de un minuto, el niño recuperó el apetito. Tanto que, tras haber vaciado la despensa, devoró a su hermanito y a sus padres. Las antorchas de los hombres no tuvieron tiempo de apagarse ni Egonia de refugiarse en la majada.

Mientras llamaba a la puerta, los oyó a lo lejos, a sus espaldas, prendiendo fuego a la casa que acababa de abandonar.

Pero la puerta a la que llamaba, como usted ya sabe, joven, permaneció cerrada para ella.

Entonces la bruja, perseguida por los gritos y las antorchas, siguió su camino, más arriba, hacia la profunda oscuridad entre los alerces, allí donde no hay hombres ni mujeres, allí donde los animales que corren son invisibles y ciegos los que se arrastran.

Compartimento familiar

Sentadas en orden escalonado en el compartimento familiar de segunda clase, las dos hermanas observan por la ventanilla el bosque que se va aclarando para dejar paso, entre los troncos, a deslumbrantes destellos de mar.

Es posible que, después de oír esta historia, Félicité, sin mediar palabra, haya cogido de la mano a Egonia y se hayan unido en sus soledades.

O, a lo mejor, clavaron cuidadosamente los ojos en el cristal, evitando mirarse por reflejos interpuestos, y mordisquearon sus collares de caramelo elucubrando al mismo tiempo sobre la tercera hermana que había habitado antes que ellas las piedras de la majada.

Tren fantasma

En el andén, el calor cae sobre Félicité con un espesor de aceite derramado. Se ha mareado a causa del interminable viaje y el empacho de caramelos; el suelo todavía se balancea un poco bajo sus pies. Con el dorso de la mano se limpia una gota de sudor en la sien.

Al desvencijado tren que las ha traído hasta aquí desde la estación de Almería no subió ningún pasajero excepto ellas. El maquinista tampoco dio señales de vida.

Los raíles acaban allí, en medio del polvo amarillo. Una plancha de madera, otra, y luego nada. El desierto.

Nadie se bajó en la terminal. Nadie subió. Tan pronto como salieron de su vagón, bolsa de viaje en mano, el tren se fue marcha atrás con un estrépito herrumbroso. Se alejó en el aire, que ondula como mercurio líquido, y desapareció.

En la estación, no mayor que el apartamento de Félicité, tampoco hay nadie. Una ventanilla vacía, un quiosco cerrado, dos bancos de madera. Y alrededor, al otro lado de las ventanas, nada. Arbustos, piedra, silencio. Aquí y allá, enormes rocas que se alzan solitarias. Sus siluetas parecen espejismos de castillos.

Egonia suda bajo su grueso sayón de bruja. Se abanica con el billete, pero su gesto no la refresca.

—Aquí la palmo.

Tres mariposas se posan en un cuadro de horarios de trenes obsoleto. La bruja añade:

—Allí hay una placa con algo escrito.

Félicité se acerca y alza una mano para quitarle el polvo al rectángulo que en su día debió de ser dorado.

EN MEMORIA
DE QUIENES LA HAN PERDIDO
POR UNA GUERRA OLVIDADA

—La guerra… —recuerda Egonia—. Leí esa palabra en el diario, cerca del nombre de Carmen.

—¡Y dale con la guerra! —murmura Félicité—. Pero ¿cuál es esa dichosa guerra?

—No sé. Solo decía «la guerra».

—La guerra —refunfuña en eco un hombre delante de la estación.

Está sentado en los peldaños de madera a la entrada del edificio. Envuelto en tela blanca, acaricia un fusil mirando al vacío. Le falta la mitad del cráneo.

—La guerra y los guerreros. Ahora me acuerdo.

—Pero ¿qué guerra? —insiste Félicité.

—La del desierto.

El hombre guiña los ojos como si quisiese escrutar el fondo tembloroso del paisaje.

—Puedo morir hoy, ¿sabe? Es lo único que siento. Que hay enemigos y que pronto me matarán.

Félicité se quita el fular gris del cuello empapado de sudor, se ata la chaqueta a la cintura y se arremanga la camisa. El soldado continúa:

—Puedo confesárselo porque lo olvidará; aquí se olvida todo. Tengo miedo de morir.

Traga la poca saliva que le queda.

—Tengo miedo porque la siento llegar. La muerte está por todas partes. Sin embargo, aun sabiendo que va a suceder, no puedo pensar en ello. Es como saber que te vas a dormir sin darte cuenta de lo que realmente hace el sueño. Veo morir a otros, sé que están muertos, observo sus cadáveres, los huelo, me imagino en su lugar, incluso podría dibujarle mi propio cuerpo cubierto de moscas. Pero, realmente, estar muerto, ¿yo? Apagarme, dejar de respirar, y… ¿y qué? Ya ve, es imposible. No puedo imaginarme muriendo. Sin embargo, tengo miedo igualmente. Tengo miedo, Dios mío, tengo miedo de ese momento que se lleva a los demás, que se me echa encima y se niega a que me prepare para recibirlo, a que al menos le estreche la mano antes de que se me lleve para siempre.

Félicité se pregunta qué pensó en el instante en que, finalmente, la mitad del cráneo le voló de la cabeza. Tal vez pensó: «¡Vaya!, ¡así que morir era esto! ¡Mira tú por dónde!». O quizá: «Tengo miedo, la muerte está aquí, no hay escapatoria, al final me ha encontrado y sigo teniendo miedo».

—¿Conoce a una mujer llamada Vera? ¿O Carmen?

—No. A lo mejor. No lo sé. El único nombre que queda es el de Caridad. Está en las placas y en las estatuas, Caridad. Da de beber a los refugiados del desierto. Huyó con Gabriel. Eso sí que lo sé.

De pronto, el hombre se estremece. Los ojos se mueven frenéticamente de izquierda a derecha. Se echa el fusil al hombro.

—Gabriel, traidor asqueroso… Te encontraremos. Te perseguiremos el tiempo que haga falta, pero te cogeremos.

Gabriel. El marido. Félicité trata de entender lo que dice el fantasma, intenta hacerle preguntas, pero el espectro se deja arrastrar en su propio bucle de recuerdos. No puede sacarle nada.

—Tengo que prepararle un poco de té…

—No hace falta.

Félicité levanta la cabeza y cree ver un espantapájaros; es Egonia estirando el brazo y señalando a lo lejos, en el horizonte, una casa que nada tiene de espejismo.

Vera

A lo lejos, en la blancura ardiente y en el aire que tiembla febril, se divisa la casa de Vera.

En realidad, lo que aparece primero no es la casa, sino una nube incongruente en medio del desierto, una mancha con centelleos de luz que hace resonar el eco del trueno en el pedregal. Bajo su sombra, el viento sacude a ráfagas un minúsculo bosque.

La arena del desierto, un metro más allá de la nube, está seca y silenciosa.

Egonia y Félicité aceleran el paso sin ponerse de acuerdo. Lluvia, sombra, un bosque: es el refugio perfecto.

El maletín que contiene el servicio de té nunca había pesado tanto en la mano de Félicité. Tiene la impresión de avanzar por el fondo de una inmensa marmita.

Cuando llegan a la arboleda, se detienen un minuto para respirar el aire puro. El frescor, en contraste, les da escalofríos. Egonia toma entonces la delantera y traza un camino entre los árboles, al abrigo del viento que agita las copas, entre las gotas que crepitan pacíficamente sobre la superficie barnizada de las hojas. En el suelo, grandes redes retienen los frutos caídos de las ramas.

Pomelos y granadas.

—Te dije que Carmine no olía a mar.

A sus pies, un conejo sale disparado para refugiarse detrás de un tronco. El aire húmedo está cargado de aromas verdes y rosas.

Egonia se detiene tan bruscamente que Félicité choca con ella. Por encima del hombro de su hermana, lee en voz alta en un letrero de madera:

LA CASA DE LA NUBE DIVINA

Por encima del letrero asoma la cabeza de una mujer.

—¿Quiénes son ustedes?

Egonia casi se muere del susto y Félicité, durante un segundo, cree haber encontrado el fantasma de su madre. Es lógico: parece la Carmine de la foto, solo que un poco más morena. Los mismos pómulos redondos sobre la barbilla puntiaguda, los mismos rizos

rebeldes, la misma cintura de hada, todo dejado en el horno durante diez minutos más.

La pasadora de fantasmas recupera la compostura y responde en un castellano aceptable:

—Yo soy Félicité. Y ella es Egonia. Nosotras estamos buscando a Vera o a cualquiera que la haya conocido.

La mujer enarca las cejas. Su rostro se ilumina cuando exclama, con marcadas y melodiosas erres:

—¡Pero vosotras sois las mielgas!

Las dos hermanas se miran. Luego, sus rostros también se iluminan cuando entienden: «Vosotras sois las gemelas».

—Venga, pasad dentro —continúa la española—. Cuando no se está acostumbrado a esta lluvia, te cala los huesos.

Entre dos troncos, empuja una puerta que se abre a una luz cálida. Félicité se precipita dentro.

Egonia vacila en el umbral. Su hermana siempre ha sido muy confiada. La confianza es privilegio de personas muy enteras. Plenas. Sin fisuras. Pero es cierto que esta mujer no huele nada mal. Lleva el perfume de su jardín, el de las hojas de pomelo. Y después de todo Egonia es una bruja. ¡Si sabrá ella cómo defenderse!

De modo que entra, a su vez, en «la casa de la nube divina».

Pantalla en negro

—Espero que no os cueste trabajo entenderme. Carmen me enseñó vuestra lengua hace años, pero han pasado los suficientes para haberla olvidado.

Vera las ha sentado con autoridad alrededor de una mesa sin mantel y les ha servido té helado. Félicité se temía lo peor, pero el sabor no deja de ser interesante: una infusión de higos secos, mondas de cítricos y una flor que no reconoce. Le lava la lengua del azúcar de los collares.

Frente a Vera, se sorprende de sentir algo así como una molestia, una cortedad que le impide expresarse. Félicité, que siempre fue la primogénita, se siente la hermana pequeña de esta nacida mucho antes que ella, a la que su madre quiso hace un siglo.

Sin embargo, Vera no parece una anciana. Por de pronto, está viva. Félicité esperaba encontrar, en el mejor de los casos, a su fantasma. O, con suerte, a uno o dos descendientes. En ningún caso a una mujer viva, de unos ciento quince años si sus cálculos son correctos.

Pero, al menos, de lo que no cabe la menor duda es de que Vera es hija de Carmine.

Incluso parece mucho más joven que Félicité —y no digamos que Egonia, que aún no ha abierto la boca ni tocado su vaso—. La bruja está esperando a ver a quién se parece realmente esta hermana desconocida que ha pronunciado en unos minutos más palabras que ella en toda su vida.

—Supongo que la razón de vuestra visita se debe a que mi madre, nuestra madre, está muerta, ¿no?

Vera hace la pregunta con solemnidad.

—Hace treinta años que no viene, así que me lo temía. Tenía que pasar antes o después, al cabo de… , ¿cuánto?, casi ciento cuarenta años, ¿no?

—¿Usted lo sabía? ¿Que era tan mayor?

—Claro. ¿Por qué si no iba a venir aquí a comer mis flores al comienzo de cada estación?

Félicité trata de disimular su perplejidad, pero la expresión desconcertada de Egonia las delata a ambas: no sabían nada al respecto.

—Gracias a Dios —se explica Vera—, desde que era pequeña cultivo unas flores que nos mantienen jóvenes cuando las comemos. Infundí un poco en vuestros tés helados. Buenísimas para la salud. Os las mostraré más tarde en el jardín.

Félicité mira de soslayo el vaso intacto de su hermana y lentamente deja el suyo, ya casi vacío. Aprovecha para hurgar en su bolso y sacar la fotografía.

—¡Pero si soy yo! —exclama Vera agarrándola—. Con mamá y papá… ¡Dios mío, cuántos años!…

La mujer sonríe; las lágrimas perlan el rabillo de sus ojos.

—¡A que era una preciosidad de bebé! Nunca había visto una foto mía tan pequeñita. Mamá siempre decía que yo era su vivo retrato. Ahora veo por qué.

Las gemelas escudriñan discretamente las uñas, las pestañas, los labios de Vera, atormentadas por las mismas preguntas. ¿Sería ese el rostro de Egonia si no se hubiera revestido de esa cara de bruja? En aquella voz profunda y cálida, ¿reconocen los acentos de Félicité? ¿O la ha heredado del extranjero que está de pie junto a Carmine en la foto?

En el fondo, ¿qué tienen en común con esta hermana, sino una madre; una madre de otro nombre, de otro tiempo y de otro lugar?

—Carmen, en realidad, se llamaba Carmine. Para nosotras, quiero decir. Encontré esta fotografía después de su muerte, con toda esa vida de la que nunca habló. Tampoco sabía nada de las flores. Y necesito averiguar quién era para encontrar su fantasma y hacerla pasar. Ella quería morir para siempre.

—La muerte es forzosamente para siempre.

Vera cierra los ojos un momento antes de ponerse de pie y tender una mano hacia el revellín de la chimenea, donde campea una gran cruz de madera adornada con un sudario púrpura. Coge una fotografía en la que se ve a una joven Carmine frotando una camisa en el lavadero de Bégoumas. La lavandera observa el objetivo desde abajo, sonriendo apenas, con una mirada cáustica.

—Aquí, los muertos son queridos como si estuvieran vivos —susurra Vera al rostro de su madre en el papel—. Yo prefiero dejarlos donde están. Y espero que, a mi vez, se me permita permanecer muerta en paz.

Vera susurra una plegaria, besa la fotografía y luego la arroja al fuego. La cartulina se quema hasta consumirse en unos segundos. Todo lo que queda en las brasas son fragmentos ennegrecidos y temblorosos.

En el exterior, bajo la lluvia que silba y el viento que aúlla, pasan

sombras entre los árboles. A veces espectrales, a veces corpóreas, siempre con canastas de frutas bajo el brazo. En el interior, la chimenea ilumina toda la casa con un halo dorado. Es como si, pese a la pertinaz tormenta, quedasen impregnados fragmentos de sol en las paredes.

Vera les sirve más té helado; las manos son vivaces, los hombros están desnudos.

—Si queréis, os puedo contar la historia de Carmen, que también se llamaba Caridad. O lo que me dijeron y lo que he retenido de ella. Esta historia nació mucho antes de que yo naciera; los que me la contaron la recibieron de sus padres, quienes a su vez la recibieron de los suyos. Y en medio está la guerra, y el desierto, y los agujeros que esas cosas perforan en los recuerdos, y los que han tratado de enmendarlos. Es una leyenda de una joven convertida en esclava, y de esclava en ídolo.

—¿Le apetece un poco de té? —le propone Félicité—. Tengo un té caliente que reaviva y desata la memoria. Podría servirle de ayuda.

Vera se sienta frente a las gemelas con los dedos cruzados bajo el mentón.

—Gracias, pero no creo que me sea útil.

En ese momento las pupilas se le dilatan, se tragan el iris, invaden el blanco del ojo y su mirada se convierte en una inmensa pantalla negra, un teatro de sombras donde las guerras y los guerreros danzan como un infierno.

La leyenda del desierto

No se preocupe, mi joven amigo, porque esa leyenda, la del desierto, no voy a contársela con acento. Luego, si lo prefiere, imagine que pronuncio *bes* en lugar de *uves* y que emito las erres con un redoble de la lengua en los alveolos. Pero esa música, en realidad, desapareció de la historia hace mucho tiempo.

Vera la contó así, por supuesto, pero no es así como me la transmitió Félicité. Y luego, como ya le he dicho: nunca he estado en España. Yo me limito a contarle la historia tal como le fue transmitida a Vera, que se la contó a Félicité, quien la hizo llegar a mis oídos; una historia recordada, corregida y aumentada por la memoria y las palabras de todos esos transmisores.

Usted solo tiene que tomar la historia y dotarla del acento que le plazca; cuál sea ese no me corresponde a mí decirlo. Y, cuando le toque repetirla, haga lo que su buen saber y entender le dicte. Al fin y al cabo, será la suya.

Caridad

Hubo una vez en este desierto una guerra que ningún libro registró.

Quienes la libraron se olvidaron del color de su uniforme y del peso de sus armas. O, si lo recuerdan, es como un mal sueño, una pesadilla lenta, dolorosa e incomprensible. Tejieron aquella leyenda en medio de incesantes batallas, disparos al amanecer y silenciosos ataques nocturnos en la más profunda oscuridad. Necesitaban una figura, un nombre como título del relato.

Caridad fue el que eligieron.

Para ganar aquella guerra, no había tierras que conquistar, ni ideas que defender. Solo enemigos. Imprecisos, cambiantes, innumerables. Bastaba con entrar en el desierto para ser enrolado, para sumergirse por entero en la guerra como quien se bautiza en el agua hasta ahogarse en ella. El guerrero olvidaba que había tenido un nombre, una familia y una casita con un rosal delante. Uno se convertía en guerrero con solo sentir el sol en la cabeza y el polvo bajo los pies. Se encontraba con alguien, un combatiente vestido de blanco, el primero que pasaba, y se unía a su campo para convertirse en el adversario de todos los demás.

Las gentes de Almería vieron desaparecer poco a poco a sus vecinos. Los ciudadanos decían que se habían ido a América. No hay peor ciego que el que no quiere ver. No quisieron saber que el desierto y su guerra interminable se los había tragado.

Las rocas de formas extrañas que se alzan en medio de la llanura no siempre han existido: son ruinas de castillos, los de los señores del desierto.

Carmen entró en uno de ellos a los ocho años.

Llamó a la puerta, pero su tío no le abrió. Desde los torreones, solo era un tallo borroso en el aire caliente, semejante a todos los que recorrían la extensión roja. Su tío se acordó de la guerra y le disparó.

Entonces, bajo las balas, la niña creció y creció, su cuerpo traspasó el castillo y se transformó en tormenta, los brazos se convirtieron en relámpagos y la voz en truenos, el aliento en huracán y los gritos en arena contra arena. Luego, cuando la ira se disipó y solo quedó el miedo, Carmen decreció, reduciéndose hasta recuperar el cuerpo de niña. Una lluvia copiosa cayó sobre el castillo.

Su tío la acogió y le dio la bienvenida. Reservó para ella su habitación más oscura y fresca, donde no sufriría los rigores del calor durante el día. La llamó Caridad, porque le traía agua y viento y porque siempre se le olvidaba el nombre que le había dicho la niña, algo parecido a un amuleto y que se le escapaba como un sueño cuando trataba de cogerlo.

Carmen se convirtió en Caridad y Caridad fue su fuente en medio del desierto.

Al cabo de un mes, la chiquilla ya había perdido el recuerdo de su madre y la voz de su padre. Solo quedaban los combates, el calor, el castillo mineral. Y, cuando la guerra a su vez se perdía en el olvido, tan pronto como cesaban los disparos, su tío le servía el té infusionado en su propia lluvia y le tocaba melodías de tres notas en una armónica.

A la niña le encantó aquella vida de princesa de las arenas, de cuentos repetidos sin fin, de sueño profundo. Por la noche, en el interior del castillo, el fuego se reflejaba en escamas rojas sobre la roca.

Algunos días, sin embargo, Caridad asustaba a su tío.

Durante las batallas, bajo la luz vertical, su sombra se extendía por el suelo adoptando formas enormes e imposibles, como un monstruo marino cuyos tentáculos se estiraban hasta detrás de los arbustos secos, atrapaban a los guerreros por los tobillos y los sacudían hasta que el cráneo se estrellaba contra una piedra. Luego se retraía de repente y Caridad volvía al castillo, con su sombra de niña prudentemente alineada detrás de ella.

Otras veces, cuando la niña se quedaba dormitando en el salón, el tío sacaba su armónica. Entonces, detrás de su somnolienta sobrina, veía crecer la sombra proyectada por la chimenea, extenderse hasta formar la de una mujer de tres cabezas inclinada bajo el techo y bailar al son lento de la armónica.

Caridad y su sombra se convirtieron en una joven mujer.

Una noche, durante la cena, después de una jornada de guerra ya olvidada, Caridad y su tío parpadearon sin dar crédito a lo que veían sus ojos.

A su alrededor, el castillo había desaparecido.

No se había evaporado durante ese parpadeo, pero el efecto fue el mismo. Día tras día, durante años, los enemigos habían desmantelado los castillos, piedra a piedra, un lento trabajo de deconstrucción iniciado por los padres de sus padres. Llevándose un pedrusco por semana, tal vez por luna, habían deshecho los palacios, igual que un cuerpo que se marchita continuamente, sin avisar, y un día, de

repente, uno se da cuenta de que ha envejecido.

Cuando la última piedra fue retirada, todos los señores del desierto abrieron los ojos al mismo tiempo sobre su propia ruina: estaban cenando en el mismísimo polvo.

Los señores cogieron las armas; el tío de Caridad, a su sobrina. Pero, con gran clamor, los combatientes salieron en masa de los arbustos circundantes y se arrojaron sobre ellos. El hombre fue asesinado; Caridad, secuestrada.

Le taparon la cabeza con un saco y la arrastraron al medio del desierto. No podía ver a dónde la llevaban, pero sentía el calor en su cuerpo, el olor a cuero de sus captores, el sudor en la nuca. Luego, chasquidos, un frescor brutal y la luz extinguida a través de los párpados. Le quitaron lo que le cubría los ojos.

En una gruta donde brillaban algunas antorchas, gentes envueltas en tela y polvo la contemplaban.

—Es la niña —susurraban—, la que posee una sombra y una lluvia.

Las antorchas multiplicaban en las paredes su sombra temblorosa de tres cabezas.

—Sí —dijo en un susurro que llenó todo el espacio—, soy yo. ¿Qué queréis?

Los combatientes querían que les ofreciera su lluvia y los cubriera con su sombra. No recordaban gran cosa, pero sí que se acordaban de eso: de su sombra, de su lluvia. Y las querían para ellos y no para sus adversarios.

Caridad ya se había olvidado de su tío y del castillo desmantelado. Se convirtió en una diosa subterránea y encadenada para un puñado de guerreros del desierto.

Por la mañana, atada de pies y manos, partía con ellos al combate con la misión de proyectar su sombra sobre sus soldados. Cada noche le llevaban higos chumbos y serpientes con sabor a pollo, que comía esposada. Salía a la luz de la luna y daba vueltas alrededor de una hoguera, con herropeas en los tobillos y la cabeza adornada con coronas de aguavientos y hojas de laurel. Mientras los fieles comían su plato cotidiano de lentejas, su sombra se transformaba en hadas y en fantasmas y les contaba historias que no tenían nada que ver con el desierto. Los combatientes, durante un instante, se acordaban de su nombre y su pasado. Lloraban. Luego, la hoguera se apagaba, Caridad volvía bajo tierra y cada uno de ellos recuperaba su máscara de guerrero y su sueño sin dudas.

A veces, la empujaban para que cayera en medio de las llamas o le quemaban la planta de los pies con una brasa mientras dormía. En lugar de higos, la obligaban a comer arena. Y sus tempestades, sus

temporales de miedo y de rabia, les traían la lluvia para alimentar las lentejas.

Pero olvidando sus crueldades, Caridad seguía dando vueltas en torno a las brasas por la noche y dejaba que su sombra danzara al ritmo de las historias que pasaban por sus manos.

Los hombres tallaron estatuas en las rocas del desierto para su ídolo-esclava: una mujer coronada de hojas, un rostro con seis ojos y un haz de rayos en los brazos. En su frente estaba inscrito: *Caridad.*

Cuando conoció al objeto de su amor, no era de día ni de noche. El sol se estaba poniendo, o quizá se levantaba. Ambos momentos se parecían demasiado. Más tarde solo recordaría la silueta negra contra el fuego del cielo.

—¿Es usted la mujer de las tormentas? —preguntó el hombre.

Ella no supo responder. Había tenido tantos nombres que no estaba segura.

—¿Es usted Caridad?

Los combatientes aún no habían vuelto de su batalla. Ese día, Caridad estaba sola, encadenada al campamento. El hombre portaba armas y municiones en las tiras de tejido enrollado al cuerpo.

—He venido para llevarla conmigo. Me ha enviado mi clan porque soy el más valiente. Hay que serlo para enfrentarte a Caridad.

Sin embargo, el hombre la miraba y nada lo asustaba. La joven tenía unos ojos grandes y febriles bajo los rizos y las hojas marchitas de su corona. Cuando se acercó a él, el hombre no desenvainó su arma.

Regresó al día siguiente. Entre el primer encuentro y el segundo, lo olvidaron todo —los combates, los enemigos, el pasado—, pero él se acordaba de ella y ella se acordaba de él. Ninguna otra cosa se aferró a su memoria salvo eso. Sus voces, sus rostros y sus cuerpos. Y, al mismo tiempo que crecía bajo sus costillas ese embrión de memoria, renacían en ellos otros recuerdos: ella se llamaba Carmen, o un nombre parecido, había tenido un tío, existía una vida más allá del desierto.

El hombre volvía cada noche, o quizá cada mañana.

Pero los guerreros, pese a su incierta memoria, no olvidaban a los traidores. Si no hubiera huido, nunca habrían recordado su nombre. Gabriel fue declarado desertor del desierto. Lo buscaron por todas partes, sobre la arena y bajo la arena, detrás de las estatuas y en los arbustos.

—Habrá que matarlos —le dijo Carmen en voz baja—. O nos matarán a los dos.

—Será mejor huir —repuso Gabriel—. Tú no serás su esclava, y yo

no seré su guerrero.

Dicho y hecho: abandonaron el desierto en plena noche. Caminaron, se subieron a un tren que se dirigía al norte y llegaron a un país extranjero, donde Carmen conocía el nombre de un lugarejo, una guarida de pastores en un valle con fama de maravilloso, no lejos de los veranos de su olvidada infancia, cuando todavía se llamaba Carmine.

Allí se casaron, entre ovejas, cigarras y gentes que hablaban muy alto.

El nombre del fantasma

Cuando Vera se calla, Félicité sale del relato como de un profundo lago: necesita un momento para emerger de él. Fuera, las ráfagas de lluvia golpean de vez en cuando contra las ventanas.

—¿Dónde están las ruinas del castillo?

—A una media hora al oeste —responde Vera—. No tiene pérdida: parece un enorme castillo de arena devorado por el reflujo.

Félicité se cruza en el camino con fantasmas de soldados. Algunos andan errantes, despavoridos, con la mirada perdida, buscando el recuerdo de lo que cazaban. Intentan atacarla y pasan a través de ella llevados por su impulso. Reptan entre los arbustos, con las armas a cuestas, escondiéndose de enemigos inexistentes. Todos tienen la mirada del combatiente de la estación. Únicamente les queda, incluso después de la muerte, el miedo a morir.

La imagen de la bailaora de flamenco ha sido sustituida en su mente por la de una niña envuelta en tela blanca, con el rostro cubierto de polvo, tranquila en medio de los cañonazos. Esa niña no tiene nada que ver con su anciana madre de manos arrugadas, acento provenzal y mente obsesionada con la recogida de basura y las habladurías de Bégoumas. O tal vez sí. Tal vez tengan en común el olvido, los nombres y los rostros sin contornos que luchaban en ella. Carmine, Carmen, Caridad, la alcaldesa, la madre, la camarera, la jefa, la pastora, la guerrera, la esclava, la diosa. Tantas vidas y máscaras amontonadas que ni siquiera ella, al final, sabía cuál ponerse.

El viento abrasador que barre el desierto le susurra preguntas que Félicité no sabe responder: ¿Cómo se llamaba tu madre en el momento de morir? ¿Qué nombre tendrá su fantasma cuando lo encuentres?

Cerca del castillo, que no es más que una roca, no descubre ningún rastro del fantasma de su madre. Solo piedras, arena, un pasador de metal perforado de agujeros y, a su lado, un servicio de té, sucio pero intacto sobre el suelo rocoso.

Félicité conservó las tazas y la tetera. La armónica me la regaló Egonia. No supo qué hacer con ella cuando murió Félicité. A Egonia, conservar las reliquias de su madre no le hacía mucha gracia que digamos.

Fíjese, joven, todavía la tengo. Si se sopla dentro, se oye el canto del desierto.

Carmen

—Yo he contado muchas cosas —retoma Vera su relato tras la partida de Félicité— y tu hermana ha hecho preguntas. Pero tú guardas silencio.

Egonia permanece inmóvil en su silla. Sus ojos saltan de un rincón a otro.

—Te da miedo abrir la boca —dice Vera— por culpa de las mariposas.

Por supuesto. Egonia siempre ha medido cada una de las palabras que pronuncia. Hablar es disolver. Hablar es matar. En la majada le regañaban por las mariposas que le salían de la boca —y también por las demás, por cierto, como si fueran culpa suya—. Hasta las mariposas normales desencadenaban los pánicos tempestuosos de Carmine. Incluso en su casucha de Bégoumas se obligó a guardar silencio. Más que nada, porque no podía pasarse la vida comprando ropa y utensilios. Tampoco es que fuese un gran sacrificio para ella, Egonia sabía cómo guardar silencio. Pocas veces le ocurría verse tarareando una canción sin darse cuenta. En esas ocasiones se tapaba la boca con una mano y se propinaba un coscorrón, pues ya no estaba su madre para recordarle los buenos modales. Y, luego, durante aquella eternidad de aislamiento en el bosque, no había tenido a nadie con quien hablar, ni una canción en la punta de la lengua. Su voz se había apagado.

—Vamos —dice Vera levantándose.

Egonia la sigue fuera. En medio de los árboles mojados, una niña y un niño en cuclillas arrancan bayas moradas del suelo. La bruja querría advertir a Vera de que le están robando las plantas, pero su hermana saluda a los niños con un ademán y sigue adelante sin detenerse. Los pequeños le sonríen y su sonrisa también va dirigida a Egonia, puesto que acompaña a quien crea la lluvia.

La bruja aparta la vista. La sonrisa de un niño, cuando no se tiene costumbre, produce la misma sensación que un hachazo en un candado.

Vera señala el suelo detrás de la casa. Allí, entre el cuadrado de vallas pintadas, se agolpan decenas de flores que se alzan hasta la altura de los hombros, gruesas y flexibles como serpientes de la

jungla.

Egonia reconoce perfectamente la primera mitad de aquel jardín. Las hojas negras y los pétalos con los colores de los ojos a la virulé, en medio de aquel oasis, parecen haberse equivocado de lugar.

—Tenemos la misma madre —dice Vera—. Damos las mismas flores y emitimos las mismas mariposas.

En ese momento, Egonia se fija en las minúsculas criaturas que revolotean en la comisura de los labios de la andaluza. Invisibles hasta entonces en la semipenumbra de la casa, parecen burbujas chispeantes en un vaso de sidra. Flotan bajo la lluvia hacia los pétalos y se dejan tragar por las elásticas mandíbulas.

—Aquí tenemos el basurero del desierto. Todo lo que los demás no quieren, lo que antes quemaban entre dos rocas, lo arrojan aquí y las flores se lo comen. Desde que existen estas plantas, gracias a Dios, el desierto huele de maravilla. Y, pese a la humedad, no hay un solo mosquito.

—¿Y aquellas? —pregunta Egonia señalando hacia el otro lado del seto.

La segunda mitad de la parcela no tiene nada que ver con la primera. A lo largo de los tallos se eleva un gigantesco lirio del valle en racimos. Las campanillas translúcidas emiten un halo lento que irradia su luz sobre el jardín, lo caldea y se reabsorbe poco a poco antes de crecer de nuevo, sin extinguirse nunca. El jardín respira en su sueño. A Egonia le dan ganas de desnudarse, de acostarse en la hierba y de dormir larga y profundamente.

—Es el lirio del valle de la juventud, como lo llamaba mi madre. Por lo que me contó, su propia madre habría podido vivir para siempre, incluso sin flores. Yo tampoco envejezco y, además, cultivo estas plantas que dan la juventud a quien las come. Pero nuestra madre tenía que beber mi té de lirio para mantenerse bella y sin arrugas. Tu hermana, en cambio, no posee nada de eso, ni flores ni eternidad. En cuanto a ti, yo diría que es otra cosa. Tienes la eternidad, creo, pero solo escupes las flores de la muerte.

Vera se encoge de hombros, con la mirada perdida en su jardín luminiscente de lirios del valle.

—Las mujeres como tú, como yo, como nuestra abuela, solo podemos morir si elegimos hacerlo. En cambio, a nuestra madre y a nuestra hermana, la vejez les pesa y se las lleva. Mis flores dan la muerte y la vida, las tuyas solo el ocaso de la vida. Vete a saber por qué. El de la eternidades un gen extraño.

»En nuestra familia brilla con más fuerza, pero toda la humanidad tiene ese punto ciego que nos dice: siempre has existido y siempre

existirás. Es ese orgullo de no poder imaginar un mundo en el que uno ya no esté. Se dicen las palabras, por supuesto. Para parecer fuerte, se dice: “Me iré”, o bien: “Me dormiré”. Pero como si se dijese: “Me voy a dar un paseo por la luna”. Los que dicen esas cosas no tienen ni idea de lo que eso significa. Tienen teorías, deciden creer en la oscuridad y la nada, y esa ilusión les proporciona paz. Pero, en el fondo, se sienten eternos. Los que no tienen miedo a morir, sencillamente, carecen de imaginación.

Con los cabellos perlados de llovizna, Vera aparta la mirada de las flores de la juventud. La bruja sigue observando las apacibles plantas que sus escupitajos nunca han hecho crecer. Si Egonia piensa en ese momento que la hierba es más verde en otros lugares, le aseguro, amigo mío, que no sería yo quien le quitase la razón.

Y, sin embargo, Vera no piensa como yo. A ella no le parece que su hierba sea más fértil que la de Egonia. Viéndola cabizbaja, celosa y triste, la coge del hombro y le dice:

—Escucha, hermanita. Cuando vine al mundo, fui declarada maldita: jamás vería el sol. A mis padres les dijeron que tendría reumatismo, la piel translúcida y los ojos delicados. Y ya ves: mi lluvia es una bendición para el pueblo del desierto. Recibí de Dios un don que los demás tomaron por una carga. Lo que debería haber acarreado la muerte irradia la vida en abundancia. ¿Te puedes creer que tenemos calabazas que crecen aquí? Mientras yo viva, nadie en el desierto pasará sed y la guerra no se reanudará. Con mi oasis les he dado un punto de referencia en medio de la llanura, un clavo en el que colgar su recuerdo y no dejarse llevar por el viento del olvido. Ven mis nubes, mi jardín, y sus ansias de guerra desaparecen. Recuerdan que no existimos solo para matar. Por eso el pueblo del desierto me quiere. Y, mientras me ofrezca de qué vivir para mantenerme aquí durante mucho tiempo, no tengo que preocuparme de nada.

Tras un momento de vacilación, Egonia pregunta:

—Pero ¿no te gustaría pasar calor de vez en cuando?

Vera se echa a reír a carcajadas.

—Mira, cuando era pequeña, a menudo le rogaba a Dios que me librase de mi lluvia, de mis mariposas, de mis flores. Él me respondió al revés y no hizo nada de lo que yo quería: multiplicó tanto mi lluvia como mis flores. Lo odié. Lo maldije. Le escupí mis mariposas en la cara con la esperanza de que me escuchara. Me fui de Bégoumas, pero me siguió hasta aquí. Entonces se sirvió de mi desventura para darme lo que realmente estaba pidiendo sin decírmelo ni a mí ni a él: el amor de los demás. Y un basurero para los horribles insectos que yo

detestaba.

Vera le muestra los pétalos que tiemblan bajo las gotas.

—Y qué quieres que te diga: las mariposas tampoco son tan malas. Tú ya lo sabes. Cuando tengo un tarro de mermelada que no se abre o un cajón que se atasca, solo tengo que hablar y sus alas negras hacen polvo lo que los obtura. Porque las he domesticado. Las tuyas son grandes: las has dejado crecer dentro de ti sin domarlas nunca. Eso también significa que son muy poderosas.

Vera hace una breve pausa y continúa:

—Te diré una cosa. He vivido más de ciento quince años, o eso creo, porque ya he perdido la cuenta. Calculo que nuestra madre tenía unos ciento cuarenta años y que podría haber envejecido aún más si hubiera vuelto aquí a comer mis flores. He visto morir a tres maridos, a dos de los cuales adoraba, que se llevaron con ellos una parte de mí, pero también a once hijos, cinco nietos y dos bisnietos, algunos muy viejecitos. Hoy la casa está vacía, pero en los viejos tiempos, no podías dar un paso sin tropezar con un niño; estaban debajo de las mesas, del techo, de los árboles… Una invasión encantadora de mofletes sonrosados y ojos muy abiertos. Ahora me queda un puñado de descendientes en algún lugar del mundo. Se han olvidado de quién soy. Sufría tanto con cada muerte que le pedí a Dios muchas veces que me dejara envejecer como el resto de las mujeres. ¿Y sabes lo que me dijo?

Egonia sacude la cabeza. Las gotas de agua le resbalan por las cejas y la nariz hasta caer en el musgo empapado. En la piel de Vera, la lluvia brilla como un barniz.

—Que cada mujer no es más que un soplo. Va, viene, es una sombra. Su tumulto es el viento. Aunque me sienta saciada de mañanas, de esas mañanas lluviosas con sabor a té frío, él ha dado a mis días la holgura de una mano. Y, si viviera mil años, ¿a qué equivaldría en la inmensidad del tiempo? A un hálito, una sombra, un tumulto del viento. Yo no estaba allí cuando forjó el mundo ni cuando sopló y de su boca salió el ejército de estrellas. Fue mucho antes de que yo existiera. Entonces, si Dios no se queja de ser demasiado viejo, él, que vive sin haber nacido nunca, decidí que yo no tenía derecho a quejarme. Me moriré cuando me toque y seguiré todo el tiempo que haga falta, bebiendo mi té frío y cultivando calabazas para los hijos del vecino.

Los aludidos pasan muy cerca de las dos hermanas, las saludan y se alejan hacia el desierto.

La guapa y queridísima Vera puede decir lo que se le antoje. Es fácil para ella aceptar la existencia tal como viene. Su madre no la

condenó a sembrar carroña.

—Mi madre me puso un nombre de muerte —replica Egonia—, atado a los pies como una rueda de molino, cuando apenas estaba aprendiendo a nadar. Y tú, que estás cómodamente en el puente, ¿pretendes explicarme desde ahí arriba cómo dar una elegante brazada?

Esta vez Vera no se ríe. Tampoco se ofende; asiente gravemente con la cabeza.

—Te responderé cuando haya vuelto tu hermana. Antes quiero acabar de contarte la historia de nuestra madre, tal como la conozco.

Vera reanuda su paseo en torno a la casa, agachándose aquí y allá para recoger un hierbajo, una baya… Egonia, discretamente, saca la lengua por detrás de ella para saborear el agua pura y fresca que corre en regueros sobre los troncos. Sus zapatos hacen succiones de esponjas en la tierra.

Cuando Vera le tiende un lichi sin cáscara, el gesto de Egonia se congela en el aire un instante: la fruta no se deshace entre sus dedos. No se pudre en el paladar; al contrario, conserva un sabor prodigioso, un sabor a… No sabe a qué, nunca ha probado nada que no estuviera podrido y esta fruta tiene las rayaduras blancas y los cascos salados de los veleros en el puerto de Niza, la música de perfumes preciosos en pomos ambarinos, la textura de una palabra nueva que rueda por la lengua.

Mientras caminan, Vera le va ofreciendo fruta y contando que Carmine y Gabriel, durante los veinte años que pasaron en Bégoumas, vivieron todos los días juntos, literalmente, juntos de noche en la cama, en la cocina durante las comidas, en la huerta por la tarde y al amor de la lumbre por la noche, sin alejarse nunca más de cinco metros, hasta que Gabriel se murió de unas estúpidas fiebres. Carmine le sostuvo la mano, le acarició la frente y musitó poemas de adoración. Enterró su cuerpo bajo una roca grabada del monte Bégo, sin estela, sin epitafio ni cántico fúnebre, aparte del canto profundo que entonaba alrededor de su gran pira de reina sin súbditos, por los guerreros vueltos a las arenas del desierto, la noche en la que él se había acercado a ella por primera vez.

En Bégoumas, empezaban a tildarla de bruja porque no envejecía y semejante rareza a las gentes de Bégoumas no les hacía ninguna gracia, una reacción que a usted y a mí no nos sorprende en absoluto, porque ambos conocemos el caso posterior de Egonia, a la que desfiguraron. Que tienen una bruja a mano, la cazan; que no la hay, la inventan. Usted ya me entiende, muchacho.

Entonces tuvieron que volver a Almería, porque ella no conocía

otro lugar donde refugiarse y porque Vera quería sentir bajo los pies la tierra de su padre.

—Cuando huimos, mientras el tren avanzaba, mi madre se mantuvo en silencio. En la frontera española, se quitó la falda de paño de color mostaza y envolvió su cuerpo en holgadas tiras de tela blanca. Una vez aquí, era Carmen de nuevo. Su voz más profunda y cálida. Carmine había desaparecido.

»Si le hablaba de Bégoumas, de la majada, del pobre fotógrafo que había perdido todas sus flores por culpa de las mías, no me escuchaba. De su vida como Carmine recordaba muy poco, aparte de mí, que todavía estaba ante sus ojos, y de mi padre, que la había amado con la misma pasión bajo sus tres nombres.

»Un día le pregunté por su infancia. Ya me había hablado de mis abuelos y yo quería saber si tenía en alguna parte tíos, tías y primos hermanos.

»De repente, no era ni Carmen ni Carmine. Ni siquiera Caridad, en quien se convertía un poco, algunas noches, cuando su sombra salvaje se desplegaba en torno a ella mientras dormía. Se transformó en una mujer desconocida para mí, oculta bajo sus otros nombres y que solo esperaba ser liberada. Por primera y última vez, me vi envuelta en una tormenta salida de su cuerpo; era incapaz de contener el trueno que brotaba de ella, como una lámpara que no puede hacer otra cosa que proyectar la luz. Todavía recuerdo el calor en torno a mis muñecas cuando sus rayos me atraparon. En aquel huracán se entremezclaban las voces de Carmen, de Carmine y de Caridad, suplicándole que volviera a su jaula, que volviera a dormirse. Ellas consiguieron hacer entrar en razón a la mujer-tormenta. Jamás la volví a ver ni le hice preguntas al respecto.

»Cuando regresó a Bégoumas, volvió a visitarme en cada estación para comer mis flores y mantenerse joven. Se quejaba de que tus flores no le daban una tez fresca ni un cabello sedoso. Y también cogía mi fruta para llevárosla. ¿A que estaban ricos mis pomelos?

—No lo sé —responde Egonia, y sus palabras alzan el vuelo sin herir a nadie—. Nunca los probé. Habría sido un desperdicio.

Félicité ha vuelto empapada de lluvia y sudor. Las tres mujeres se han reunido entorno a la chimenea, descalzas; sus zapatos empapados se alinean delante del fuego como en una mañana de Navidad. Esta vez, Vera ha aceptado el té de Félicité, sobre todo porque está caliente. Sostienen sus tazas humeantes entre las manos.

Vera las observa primero a una y luego a la otra; mueve la cabeza y toma la palabra:

—Queridas hermanas, prestadme atención.

Las gemelas alzan los ojos hacia ella.

—Nuestra madre me dio el nombre de Vera porque quería una hija pura, veraz, una hija sin máscaras, que no supiera ser otra cosa que ella misma. Y eso es lo que fui durante mucho tiempo. Pero Carmen regresó un día a Francia dejándome aquí. Entonces aprendí cómo cambiar. Cómo revestirme de pieles que no eran exactamente la mía cuando era necesario. No para gustarles a los demás o engañarlos, es solo que… a veces es más práctico, ¿no os parece?

Ni Egonia ni Félicité se atreven a responder.

—Soy Vera, sí, soy veraz. Pero no soy solo eso. Félicité, tú has recibido un mandato de felicidad, pero también eres temible y feroz; eres más plena, más amplia que tu nombre. Egonia, has recibido la orden del desastre. Pero también sabes cómo curar, y florecer, y madurar lo que debe ser madurado. Eres más plena, más amplia que tu nombre.

»Hermanas, comprendedme. Una mujer infeliz, obsesionada con su cuerpo sólido, su cuerpo asible, finito, palpable, ese envoltorio firmemente sellado que contiene todos sus nombres, tan numerosos que ya no sabe realmente cuál es el suyo, ¿cómo podría ponerles a sus hijas nombres que no son sino prisiones?

»Y una madre en lucha consigo misma, ¿cómo podría labrar la paz para sus hijas? Ella os ha puesto en guerra. Tatuadas con armas que no habéis elegido, señaladas como enemigas. Y vosotras no parabais de oírlo. Os metisteis tanto en el molde de vuestro nombre que surgisteis de él monolíticas. Daga y piedra, la daga orgullosa de estar afilada, la piedra orgullosa de sus asperezas, chocando la una contra la otra sin ver vuestra armonía.

Su voz se ha elevado tanto que las gemelas casi tienen la impresión de que ahora las está regañando.

—¿Y qué me dices de los connombres? —pregunta una indignada Félicité.

Se ha inclinado hacia adelante, dispuesta a defender con uñas y dientes sus años de rencores comunes, sus razones de haber sido, tanto la una como la otra, las que su madre esperaba que fuesen.

—Nuestras sombras nos rodean. Hay barreras que no se pueden cruzar…

—¿Quién te ha dicho eso, nuestra abuela?

—Su fantasma.

Vera suspira.

—Nuestra madre me explicó esa historia del connombre. Supuestamente mi abuela no lo tenía… No me lo creo. Si lo que he oído de ella es cierto, conozco el suyo. Y puedo decíroslo porque está

muerta. Y también que es insultante y facilón. Es curioso lo ciegos que estamos ante nuestras propias sombras. Fijaos cómo termina el nombre de Adélaïde, porque era lo que ella temía por encima de todo: *laïde,* «laida» en castellano, una palabra que ya no se usa, es decir, fea.

»No conozco los vuestros. Tampoco sé el mío. Y, francamente, no me interesa. Un connombre es un reflejo: ocupa el espacio que se le otorga. Puede ser más amplio que tú, o tú más grande que él.

Vera bebe un último sorbo y mira con escepticismo el fondo de la taza. Es evidente que eso del té especial no la convence.

Levantándose para poner las tazas en el fregadero, añade:

—Nuestra madre era una gran mujer. Pero eso es todo lo que era: una mujer. No una diosa. Sus palabras sobre ti no tienen el poder de encadenarte, a menos que las dejes atadas en las muñecas.

Silencio y arrugas

Mientras Vera friega la vajilla canturreando, Egonia y Félicité se miran de hito en hito, casi sin moverse, solo un leve pestañeo, cada una convencida de estar siendo discreta.

Incluso Vera, pese a estar de espaldas a ellas, podía darse cuenta de ese ingenuo tejemaneje.

Lo que cada una busca en la otra es lo que tienen en común con esta hija del desierto, esta mujer lluvia de piel morena con frases de profetisa —su hermana, aunque cueste creerlo—.

El canturreo feliz de Vera todavía resuena en los tímpanos de las gemelas. Miran a esa vieja mujer que parece tan joven, de pie junto al fregadero, con las manos en la espuma. Y, por primera vez, en su silencio y en sus arrugas, las gemelas encuentran cierto parecido.

Egonia siente agolparse en la garganta palabras que había olvidado, que habían sido enterradas desde la infancia, después de los fríos fogonazos de Carmine en sus labios para impedirle gritar de dolor, o tras sus propias manos sobre la boca para evitar reírse cuando jugaba sola. Egonia recuerda, en esta jungla en medio del desierto, bajo esta lluvia y este viento, que en ella hay ruidos y palabras; que su madre está muerta. Su retrato ardió en el fuego de la chimenea de Vera. Y que, si sus mariposas pueden volverse inofensivas, ya no hay ninguna razón para permanecer en silencio.

Solo que, de momento, no se le ocurre nada.

Su silencio, por lo menos, ya no tiene ese sabor acre de hiel.

Donde comienza la flecha

Durante una semana con sus siete días, tal vez un año, porque el tiempo no pasa igual en el desierto, Egonia y Félicité se quedan con Vera, en su casa sin espejos y llena de ventanas. Los días transcurren entre la chimenea encendida y la lluvia, entre las flores y los frutos, bajo la gran cruz con el sudario rojo, contándose historias de infancia, de collares de caramelo y juegos, de juventudes en Provenza y vidas en España.

Cuando Egonia sale al bosque para aprender a domar sus mariposas, Félicité acribilla a Vera con preguntas sobre su madre. Con esos intercambios susurrados, se van llenando los agujeros, explicando las ausencias. Esos días en que desaparecía para irse junto a Vera y su oasis, esos meses en el monte Bégo donde volvía a ser Carmine; dónde era Carmen, dónde no lo era, poco a poco el tejido desgarrado de su vida se va remendando…

Y sigue siendo un vestido vacío. Sin carne dentro.

—Mamá solía hablar mucho contigo y conmigo. Y, al mismo tiempo, no nos decía nada. Nada íntimo.

Esta es también la conclusión de Félicité.

—¿Cómo se puede vivir tanto tiempo sin dejar que nadie acceda a tu interior?

Vera se limita a enarcar una ceja. Félicité tiene la fugaz impresión de que los tabiques se han cubierto de espejos.

Al cabo de una semana, o tal vez un año, la vida de su madre se dibuja con nitidez en la mente de Félicité. La ve cada vez que cierra los ojos, como una línea de tiempo. Y, en cada ocasión, la flecha comienza demasiado tarde: le faltan ocho años.

Los primeros.

Félicité no encontró en ninguna parte el fantasma de la Carmine del monte Bégo, ni el de la mansión de Niza, ni el de la Carmen enamorada, ni el de la Caridad del desierto ni el de las que habitaban su cuerpo en el pueblo abandonado. El fantasma de su madre no es ninguna de esas mujeres. No ha elegido los lugares en los que ellas han vivido.

Solo queda la Carmine de la infancia.

—Vera…

De repente, en ese desierto donde la memoria vacila, Félicité resopla. Algo, quizás un viento llegado del otro lado de la nube, la despierta y le dice que su tiempo aquí ha llegado a su fin. Del fondo de su bolso, saca un viejo libro de familia.

—¿Mamá nunca te dijo que hubiese tenido una hermana o un hermano?

La pasadora de fantasmas le entrega el libro. En cada página nace y muere un niño de Adélaïde, hasta la que ha sido arrancada antes de la página que corresponde a Carmine.

—Todos los demás ya habían muerto cuando ella nació. Pero aquí, tal vez… Si pudiera encontrar a una tía o a un tío que aún viva, incluso un fantasma…

Egonia aparece en la puerta, se limpia los pies, huele a lluvia y viento, y dice:

—Félicité, ahora que lo pienso… Tu pregunta, la de los hermanos y las hermanas, me ha recordado las páginas que leí.

Huelga decir que Egonia había oído lo que Félicité le decía a Vera. Egonia lo oye todo, lo escucha todo. Por eso le daba igual que sus hermanas esperasen a que ella se fuera para hablar de Carmine. Yo la entiendo muy bien, ¿sabe?, y me imagino que usted también, joven. Todos los niños fingen dormir precisamente para sentir a los adultos a su alrededor ralentizando sus movimientos y bajando la voz por miedo a despertarlos.

—En realidad, lo recordaba. Pero no dije nada, porque… pensé que hablaba de mí.

—¡Vaya! —exclama Félicité asombrada—. ¿Y eso por qué?

Egonia desplaza el peso del cuerpo de un pie al otro.

—Porque eran páginas tachadas. Reescritas encima. Difíciles de leer por la rabia, casi agujereadas por la pluma. Páginas enteras sobre una hermana gemela que no debería haber vivido.

La piel y el contrato

A Félicité le costó Dios y ayuda convencer a Egonia de que había que irse. No podían eternizarse allí, aunque las frutas de aquel lugar por fin tuviesen sabor y su caos no corrompiese nada. La paz no sería completa hasta que Egonia le hiciera su pregunta a su madre.

La bruja asintió con tristeza e hizo el equipaje.

Se despidieron en el lindero del bosquecillo.

Vera le regaló a Egonia unos guantes, tejidos con la piel de las piñas cultivadas en su jardín, para que pudiera tocar el mundo fuera del desierto sin marchitarlo. Luego la abrazó estrecha y largamente. Como para impregnarla de su lluvia y su calor.

La bruja no le devolvió el abrazo; tampoco lo rehuyó. Cerró los ojos y apoyó la frente en su hombro.

Félicité y Vera no se mostraron tan efusivas. Se limitaron a intercambiar un gesto solemne, una mirada en forma de despedida y de contrato tácito.

La hermana sin resabio

Con el tiempo, Egonia regresaría varias veces al desierto de Andalucía.

En primer lugar, por la fruta. De vez en cuando, era agradable comer un pomelo repleto de azúcar, romper los granos de una granada con su incisivo y sentir la acidez azotarle la lengua sin regusto a rancio.

Y sobre todo por Vera. Por aquella hermana recién estrenada, tan llana, sin fisuras doradas entre ellas.

Félicité nunca la acompañó.

El río y la ribera

—Ten cuidado.

—No te preocupes.

—Lo intento.

No hay espejo frente a las gemelas, solo la ventana ante la cual planea una gaviota. Más allá se extienden los tejados rosas, los toldos de rayas de la calle Saleya, el mar, hoy azul glaciar, agitado por un viento que les roba los sombreros a los últimos veraneantes.

Las hermanas han vuelto de España tras cuatro días de viaje en tren. Agosto casi ha acabado. En las tiendas, el olor a plástico nuevo de los estuches ha sustituido al de los flotadores. Y esta mañana, en el desayuno, Félicité le pidió a Egonia que le cortase el pelo por encima de la mandíbula, justo en la línea que separa las raíces blancas de las puntas escarlata.

Egonia, enfundada en sus guantes de piel de piña, se concentra. No quiere hacerle escalones. A su lado, la condesa refunfuña:

—Me pasé todos esos días deambulando sin té. Sin memoria. Un vulgar fantasma que olvida su propia muerte. Haga el favor de decírselo a su hermana, quiero que ella también lo sepa: dígale que las he esperado en vano.

—Angèle-Victoire está encantada de que hayamos vuelto, Egonia.

—La cantinela de siempre.

La pasadora dirige a su fantasma doméstico un gesto de falsa disculpa. Es la gota que colma el vaso y la condesa replica ofendida:

—Bueno, me alegra ver que han acabado entendiéndose, aunque sea para mortificarme. A lo mejor también pueden unir sus fuerzas para reparar el tejado. He tenido que sufrir la lluvia y soportar la canícula, además de quedarme sin té.

Y con estas palabras atraviesa el suelo para aislarse en el piso inferior.

—Mira, pues yo el piso lo encuentro bonito sin tejado, es más luminoso —dice Félicité—. Me gustaría instalar una marquesina de cristal. ¿A ti qué parece?

—¿No cabreará eso a una asociación de protección de tejados nizardos o a cualquier otra por el estilo?

—No te quepa la menor duda.

—Pues adelante con la marquesina.

Desde su vuelta de Almería, Egonia luce una corona de florecillas carnívoras. Forman un sombrero vivo, coloreado con todos los matices que va tomando un moretón. Cuando los insectos brotan de su boca, se refugian de inmediato entre los pétalos.

Al mismo tiempo que el peine pasa derechito por los mechones mojados, Félicité pregunta:

—¿Recuerdas cuando te expliqué lo de los connombres?

—Mmm…

—¿Cuál crees que es el mío?

Egonia y todas las teteras alineadas en las paredes contienen un instante la respiración. Luego reanuda su meticuloso peinado y reflexiona. No tiene ni idea, pero seguro que su hermana sí; rara vez se atreve a hablar de temas que no domina. Y, de hecho, un minuto después, Félicité responde a su propia pregunta. Le habla a su gemela de la noche en que cumplió quince años, en la torre cuadrada de los relojes, la noche en que bebió su primer té especial y descubrió, sin sorpresa, que era pasadora de fantasmas.

—Recuerdo que aquella noche Marine me llamó Clé por primera vez.

A su espalda, Egonia asiente con la cabeza. Sí, es lógico. Clé.

—Ya oíste a Vera. Lo de los connombres no es tan importante.

—¿No te preguntas cuál es el tuyo?

—Cállate. Voy a cortar.

La gaviota, frente a la ventana, se queda casi inmóvil. No agita las alas, no lucha contra el viento; se posa en él como en un nido invisible.

Por supuesto que Egonia se lo ha preguntado un montón de veces. Pero en el fondo lo conoce desde hace mucho tiempo. En un suspiro apenas audible por encima del roce de las tijeras y la caída de los mechones al suelo, dice:

—A mí me lo dio Mireille. Lo inscribió en el registro. Me llaman así desde que cumplí quince años. Después de tu marcha, cuando bajé al pueblo. Nunca supe si el nombre me pertenecía realmente o si solo era una máscara más cómoda.

Egonia deja las tijeras. Félicité sigue mirando los borreguitos sobre el mar y responde:

—Creciste con tus dos nombres y elegiste uno de ellos. Cuál sea el río, cuál la ribera…, poco importa.

Ah, amigo mío. Le diré lo que yo creo al respecto.

Creo que Adélaïde se equivoca. Convertirse en su sombra y su reflejo, no ser solo el río, sino también la ribera que lo encauza y el

mar adonde lleva…, eso no pasa de un día para otro. No es un dique que cede y se lo lleva todo por delante. Ocurre pacientemente, con un dedal de coser, añadiendo agua al río hasta que se desborda, sin aspavientos, sin fecha señalada, y un día los mapas solo muestran un océano, como si siempre hubiera estado allí. Un connombre se domestica poco a poco. Se aprende a vivir con su sombra y con su luz y a beber en sus dos fuentes. Descubrir su connombre es una cosa. Pero no basta con saber cuál es para convertirse en él.

Le aseguro, muchacho, que yo tardé lo mío en aceptar que me convertiría en el único narrador de esta historia que me legó Félicité, quien, por cierto, se levantó, se quitó la toalla de los hombros y se giró hacia su gemela.

—¿Qué tal?

Los ojos de la pasadora parecen dos perlas de color cardenillo bajo el cabello plateado.

—Cuando te veo así, vuelvo a tener quince años.

—Mejor. Vamos a necesitar la energía de unas adolescentes para prepararnos.

—¿Prepararnos para qué?

—Para conversar con nuestros queridos abuelos. Y, esta vez, para arrancarles toda la verdad.

El pájaro se zambulle airoso entre los tejados.

El vendedor de alpiste-chamarilero

Es imperdonable, pero ni siquiera le he explicado cómo conocí a Félicité. Creo que ahora es un buen momento para presentarme, puesto que, disculpe la inmodestia, desempeñé un papel crucial en sus planes para tirar de la lengua a sus abuelos.

La primera vez que la vi, yo tenía seis años y ella casi dieciséis. Lo recuerdo como si fuera hoy. Ella, en cambio, no lo recordaba.

Era la hora de las gaviotas. Aparte de uno o dos camiones de basura y algunos panaderos que amasaban a puerta cerrada, no había un alma en toda Niza, salvo los chamarileros de la plaza del Palacio de Justicia y las gaviotas. El eco de su estridente palabreo se oía en todo el casco viejo de Niza. A veces venía alguna y daba vueltas sobre nosotros, sobre el mar y las calles de la ciudad, hasta los puestos de las pescantinas todavía vacíos. Son ladinas las gaviotas de Niza. Para qué matarse pescando pudiendo cotorrear en la playa mientras esperan a que abra el mercado.

Vi a Félicité llegar un sábado por la mañana a la plaza del Palacio de Justicia. En esta plaza, antes del amanecer hace un frío que pela; luego, cuando el sol está en su cénit, no se aguanta de calor. A ella el frío no parecía molestarla. Eso es lo primero que me llamó la atención. Observaba los puestos sin tocar nada, muy tiesa, muy digna. No como yo, que daba saltitos y me entretenía haciendo dibujos con el vaho que me salía de la boca. Con su ropa gris podría mimetizarse hasta desaparecer entre las baratijas de chatarra, las cuberterías de plata y las soperas. Pero resulta que no, de ninguna manera. Más bien, formaban una estela de joyas a juego.

Se acercó a nuestro puesto, a mi padre y a mí. Dejé de saltar por el frío. Mi padre preguntó parapetado tras su periódico:

—¿Qué pájaro tiene, señorita?

—Ninguno.

Mi padre dobló su periódico y se levantó de su silla suspirando.

—Pues no puede darles alpiste a los gatos. No son croquetas. Pueden enfermar.

—Tampoco tengo gato.

Félicité contestaba sin mirarlo, mientras escudriñaba nuestro puesto. Mi padre se sentó de nuevo y volvió a coger su periódico, pero

ya no leía.

Al cabo de un momento, Félicité dijo:

—¿Esos recipientes están a la venta, señor?

Mi padre frunció el ceño.

—¿Y para hacer qué, si puede saberse?

—Necesito una tetera. Me gustaría probar esa. ¿Podría vaciar el alpiste?

Mi padre se puso manos a la obra. Me fijé en que estaba sorprendido. No tanto por el asunto de los recipientes como por aquella chiquilla que le hablaba como a un subalterno y a la que, encima, obedecía sin rechistar ni sentirse ofendido.

La chica agarró la tetera vacía y la inclinó varias veces como si fuera a servir el té. A esas alturas de la historia, mi padre ya no fingía leer. Incluso el vendedor de al lado miraba con curiosidad.

Yo también la observaba. A través del pálido vapor de mi aliento, parecía una aparición.

—¿Cuánto pide por ella?

Mi padre se cruzó de brazos.

—Eso depende. ¿Para qué la quiere?

—Para el té, lógicamente. Té para los fantasmas. Y para algunos vivos, sobre todo para mí. No está contraindicada para ese uso, ¿verdad?

Miraba a mi padre, que impresionaba lo suyo con aquellos hombros de camionero que tenía, directamente a los ojos.

—Señorita, creo que usted sabe de sobra lo que tiene entre las manos.

—Pues sí, es una tetera de cobre, sólida y simpática, que también sirve de hervidor y…

—Me ha entendido perfectamente. Es una tetera fantoprensil. Que los fantasmas pueden atrapar.

—Exacto. Me ha quitado las palabras de la boca.

—Entonces se imaginará que no cuesta lo mismo que una tetera corriente y moliente.

La negociación duró mucho tiempo. Si Félicité no hubiera tenido que ir al liceo para asistir a su clase de italiano, seguiría allí todavía.

Así es como mi padre, que se divertía convirtiendo sus cachivaches en objetos fantoprensiles para verlos levitar cuando un fantasma los encontraba por azar, consiguió su primera y única «fantocliente», como él la llamaba.

Por cierto, mi joven amigo, si no lo he mencionado antes, lo hago ahora: también su madre, es decir, mi abuela, era pastora y tempestiaria en el lado italiano del valle de las Maravillas.

Después de este episodio, por muy cansado que estuviese y aunque nada me obligaba a ello, me levanté temprano todos los sábados para acompañar a mi padre al rastro de los anticuarios, con la secreta esperanza de volver a verla. Fue en vano, porque nunca volvió; trataba directamente con él por teléfono.

Unos años más tarde, me di cuenta de que yo tenía el mismo don que mi padre. Me desveló cómo encontrar un artefacto que pudiera recibir ese regalo y cómo sentarse encima, o bañarse con él, o deslizarlo bajo las sábanas, dependiendo del tamaño y utilidad del artilugio, de modo que al recibir un poco de nuestra vida que se agota cada segundo, un poco de nuestra muerte constante, en el fondo, el objeto también se volviera un poco muerto y un poco vivo, y por tanto tangible para los espectros.

A ver, qué quiere que le diga, muchacho: era divertido, pero no era un oficio. Así que estudié historia, arqueología concretamente, y entré a trabajar en el Ayuntamiento de Niza. Servicio de Patrimonio Histórico y Archivos.

Un título rimbombante, no me lo diga. En realidad, me ocupaba principalmente de la administración de dos o tres museos. Fue en esa época cuando conocí y me uní a los leedores de tumbas. En mi descargo le diré que nos pasábamos el tiempo encima de los objetos, literalmente, como si los incubásemos para que las personas pudiesen usarlos, y resulta que a esas personas jamás las veíamos. No podíamos hablar con ellas ni saber si apreciaban el gesto. Entonces, ante la imposibilidad de tratar con los muertos, quise reavivar su memoria. Al fin y al cabo, descifrar tumbas borradas para catalogarlas era un pasatiempo como otro cualquiera.

Es cierto que yo ni siquiera tenía treinta años y la asociación estaba integrada principalmente por jubilados. ¿Y entonces? Era divertido. Cuando hacía demasiado calor para los cementerios, jugábamos a la petanca bajo los plátanos.

Y, luego, un día, treinta años después de mi primer encuentro con Félicité, nos cruzamos de nuevo. Incluso de lejos, incluso con treinta años más, la reconocí. Ella a mí no. Al menos ayudé un poco a encontrar la tumba de Adélaïde y Zacario, aquel verano de 1986, en la colina del castillo.

Mi padre recibió una llamada un mes más tarde. Como él se había ausentado, cogí yo el teléfono. Félicité habló alto y claro. Quería algo especial, muy grande, más grande que todo lo que mi padre le había hecho hasta ese momento. Le dije: «Muy bien, señora, lo haremos lo mejor que podamos, ¿para cuándo lo necesita?», ella respondió: «Para anteayer», yo dije: «Muy bien, señora, entonces queda anotado para

anteayer, la llamo tan pronto como esté listo».

Cuando le repetí a mi padre la petición que había hecho, pensó que yo había entendido mal. Pero no, lo cierto es que lo había entendido muy bien. Estaba seguro al cien por cien.

Cómo diablos íbamos a encontrar un armario ropero lleno de espejos y meterlo en nuestro baño o debajo de nuestras sábanas para hacerlo fantoprensil. De eso, en cambio, estaba mucho menos seguro.

Adolescencia tardía

Las playas ya no parecen una acera cubierta de confeti al día siguiente del carnaval. Han recuperado su color de guijarro. La mayoría de los turistas se han ido; en las escasas toallas extendidas solo quedan los viejos y los ricos. Los demás han vuelto a sus casas, sus hijos a los colegios, soñando con nuevas vacaciones.

Han pasado más de dos meses desde la muerte de Carmine. Félicité y su pijama de seda han sustituido a la condesa como ocupantes asiduos del sofá.

—Cuando le aconsejé que se sacudiese un poco sus rutinas, querida, quería decir lo que dije: un poco.

Angèle-Victoire, muy digna en su sillón, bebe con remilgos el té apenas pasable que ha aprendido a preparar. A fin de cuentas, los platillos y las tazas son fantoprensiles, como le recordó Félicité.

—¿Y si rompo una tetera, qué? —adujo el fantasma.

—El resto del rebaño se lo hará pagar caro —respondió la pasadora de fantasmas—. Y, entonces, ya puede despedirse para siempre de su té. Una lástima.

Egonia no deja ni a sol ni a sombra su corona. Los pétalos ambarinos, azul pastel o rojo vino, tonalidades resaltadas por el negro de los pistilos, chocan con su mísero aspecto. No solo la toman por una mendiga cuando pasea por las calles de Niza, sino por una loca que anda suelta, otra loca en libertad.

Y lo que Egonia siente nacer es precisamente ese nuevo perfume, sin que nada a su alrededor haya cambiado salvo las flores en su cabeza: la libertad.

Si su hermana tuviese a bien dejar su sofá, disfrutaría un poco más de esa libertad. Pero obviamente Félicité no tiene ninguna intención de moverse, arreglarse o pagar las facturas.

Al principio estaba tan nerviosa esperando su armario, yendo y viniendo del balcón a la cocina, que más de una vez casi derriba los andamios instalados por los obreros para montar el tejado de cristal. Llamaba a Lucien a todas horas para saber si el ropero estaba listo. Y Lucien, mi padre, invariablemente le respondía:

—Todavía no, Félicité. Estas cosas llevan su tiempo. Cuando se trabaja para los muertos, se aprende la virtud de la paciencia.

Primero le dio ánimos, después lo amenazó, luego le suplicó y, al final, decidió obedecer, armarse de paciencia y esperar. Nada de recibir clientes para hacer tiempo ni dedicarse a las tareas del hogar o hacer *footing* por el paseo marítimo. No: solo armarse de paciencia y esperar.

Los obreros se fueron con sus andamios. El teléfono suena, pero la pasadora de fantasmas ya no contesta. Es Egonia, que ha aprendido a usarlo, quien coge los recados, incluso los de Marine, cuya voz parece cada día más preocupada.

Félicité nunca se había divertido tanto.

El mundo no la necesitaba, después de todo. La condesa puede infusionar su té. Su hermana, con sus guantes y su corona, puede hacer la compra. ¿Sus clientes? Los muertos están muertos, ¿no?, pues que esperen. Mirar las nubes a través de la marquesina, escuchar el repiqueteo de la lluvia en los cristales, sestear al sol que caldea la estancia, beber litros de té y zamparse collares de caramelo mirando en la tele *Tournez manège!,* un *reality* de juegos matrimoniales al que está enganchada.

Félicité descubre algo tarde el *dolce far niente,* y Egonia, el divertido fastidio de sentirse imprescindible.

Pero este mes extemporáneo pronto llegará a su fin.

Félicité sestea frente a un programa de cocina: *La vérité est au fond de la marmite.* Egonia la anima a sentarse con ella en el sofá; en sus manos, un montón de facturas por descifrar.

Qué bonito y qué raro es ver aquí las dos mitades de un mismo vientre, y no bajo un círculo de árboles muertos, o en un establo que huele a choto; aquí mismo, sin una madre a la que temer o mantener con vida, mientras en la pantalla una voz las arrulla salmodiando una receta de endivias con huevos al plato.

Disfrutad, gemelas, aprovechaos de estos últimos segundos de adolescencia recobrada. Dentro de un minuto sonará el teléfono. Al otro lado del hilo estaré yo, el hijo desgreñado de Lucien. El armario está listo y ha llegado el momento de terminar vuestra búsqueda.

Laberinto de espejos

El camión se aleja con un zumbido de motor y las deja allí, en el umbral de la casa abandonada, cada una a un lado del ropero, un mueble enorme de nogal, encontrado en un anticuario, con molduras de estilo provenzal, tapizado interiormente con grandes espejos. Y, ahora, enteramente fantoprensil.

Félicité ha cambiado el pijama por su larga chaqueta de lana y seda, su sombrero gris ratón ahora a juego con el tinte narciso de las nieves de su cabello y sus botas de tacón de acero. Se presenta así ante la puerta de Adélaïde y Zacario, dispuesta a descerrajarla de nuevo para entrar.

Pero, desde entonces, la puerta ha sido sustituida por una pila de bloques de hormigón, una barra de metal cerrada con candado y un nuevo letrero:

PELIGRO
ACCESO ESTRICTAMENTE PROHIBIDO AL PÚBLICO
SO PENA DE PROCESAMIENTO

—¡Esta sí que es buena: un obstáculo impenetrable! Me pregunto qué vamos a hacer para entrar.

Egonia muestra su único diente —sin duda es una sonrisa—, inspira hinchando el torso y, cual lobo feroz frente a la choza de paja, sopla con todas sus fuerzas. Una nube opaca de patas y batir de alas brota de sus labios como un torrente que castañetea, zumba, chisporrotea y crepita.

En un abrir y cerrar de ojos, los insectos se abalanzan sobre una enorme flor escupida por Egonia. Los bloques de hormigón, la barra y el letrero ya no existen. Con el camino expedito, el armario es empujado al centro de la planta baja. En la oscuridad de la sala de estar, apenas unos rayos de luz se cuelan por los resquicios de las ventanas.

El plan funciona exactamente como lo habían previsto. Ocultas tras las sábanas que invaden la estancia, linterna en mano, las gemelas esperan a que los espejos atraigan a Adélaïde. La abuela no tarda ni cinco minutos en bajar.

Se acerca lentamente al armario abierto de par en par. Hace más de un siglo que no ve su reflejo. Los espejos le devuelven su imagen, real, casi sólida.

Se admira sin recato, subyugada por su silueta y su rostro, repetidos bajo todos los ángulos por los espejos, multiplicados hasta el infinito en sus profundidades laberínticas.

Y, de repente, la oscuridad. Y un chasquido de cerrojo tras ella.

Encerrada en el armario consigo misma, Adélaïde ni siquiera intenta escapar.

—Nada de vidrios rotos esta vez —murmura Félicité subiendo la oscura escalera—. Y nadie para impedir que mi abuelo se beba su té.

Carmine

Arriba, en la terraza donde todavía yacen los restos destrozados del techo de cristal, el fantasma de Zacario escucha y espera.

Zacario escucha, pero ya no oye nada. Cree que sí, pero solo es el eco de las cosas que oía cuando estaba vivo. Nunca más sabrá lo que el gran sol de invierno ilumina en los cerros, ni la dirección de los perfumes que transporta el mistral ni lo que quieren decir los mirlos cuando trinan al mediodía. Huele a zorras recién paridas, pero esas zorras están muertas; sus zorreznos también. Viven solo en su espíritu suspendido, apegado a la tierra donde su cuerpo bailó, amó y sufrió. Hasta los caminos del país que cartografió se le escapan. Aún los conoce todos, pero hace mucho que han cambiado sin que él los vea, de modo que sueña con caminos que ya no existen, en los que han crecido zarzas o edificios, caminos que vuelve a trazar porque no sabe hacer otra cosa.

Y espera a su hija.

Su mirada se pierde calle abajo, a través del humo que se eleva de su cigarrillo. Distraídamente, sin moverse, le pregunta a Félicité, que se le acerca:

—¿Es por un niño?

—Por una niña; la suya. Estoy aquí por Carmine.

Zacario se gira hacia ella.

—No, no está aquí. Pero volverá; si quiere esperarla conmigo…

Viendo su sonrisa triste y dulce, su fe en el regreso de una hija que se fue hace tantos años, a Félicité le habría gustado cogerle la mano como quien tranquiliza a un niño perdido. Sobre la mesa cubierta de moho instala su servicio, un hervidor eléctrico, y pone a calentar el agua que ha traído. Espera que abajo, apostada frente al armario, Egonia se las arregle bien con Adélaïde.

—¿Puedo invitarlo a tomar el té, Zacario? Me gustaría hablar de Carmine.

El abuelo apaga la colilla de su cigarro y asiente cortésmente.

—Sí, claro. ¿Por qué no? Tal vez eso la haga venir, quién sabe.

Zacario observa con curiosidad a Félicité: cómo deposita las hojas en la tetera, cómo vierte el agua humeante, cómo desgrana en silencio los minutos para la infusión, cómo llena la taza con el líquido que ha

alcanzado el espesor del fueloil. Su rostro se refleja en la superficie opaca del té de la Masque.

Zacario se rinde al tercer sorbo. La cabeza parece pesarle demasiado entre las manos. Cuando termina la taza, una lágrima fantasmal se desliza a lo largo de la mandíbula.

—No debería llorar. A Adélaïde no le gusta.

—¿Por qué está triste?

—Mi hija está muerta. No debería llorar, fue hace mucho tiempo. Además, nos queda una. Podrían haber muerto las dos.

Se seca los ojos y estornuda. Félicité no pregunta nada más. Sabe que está listo para hablar: parece un hombre que arrastra a través de los siglos una maleta demasiado pesada con las ruedas rotas.

—Antes que conmigo, Adélaïde tuvo montones de niños, tantos que, según ella, ya ni sabía dónde ponerlos. Dada su edad, imagínese… A lo largo de los siglos, acabó confundiéndolos; menos mal que tenía su libro de familia para guardar su recuerdo. Y luego llegó Carmine.

»La habíamos esperado veinte años y ya habíamos perdido la esperanza. La comadrona nos dice que hay un bebé, siente palpitar su corazón; ¡no, vienen dos!

»Pero se tomaron su tiempo para salir. Adélaïde estuvo encinta once meses por lo menos. Oíamos insultos resonando en su vientre, no entendíamos las palabras, pero semejantes gritos, aun ahogados por la sangre y las membranas, no eran precisamente palabras de amor.

»A Carmine, la primera, la comadrona la dejó caer al suelo sin miramientos cuando la sacó del cuerpo de Adélaïde, porque —usted puede creerlo o no, pero yo sé lo que vi—, Carmine la miró a los ojos y le prohibió taxativamente traer al mundo al otro bebé. Después no dijo una palabra y se echó a llorar como cualquier bebé recién nacido. Entonces la partera se desmayó. Tuve que ayudar a mi esposa a sacar al segundo bebé, mientras el primero berreaba en el suelo.

»Carmine creció. No era uno de esos bebés ordinarios que muerden y babean y se asombran por cualquier bobada. A los dos años, regalaba guijarros que le parecían bonitos, y quienes los recibían se embellecían. Literalmente: narices más refinadas, labios más carnosos, pestañas más brillantes. A los cinco años daba órdenes a hombres hechos y derechos y le obedecían. No los obligaba: ellos querían con todas sus fuerzas que los guiara. Su cuerpo irradiaba una luz estelar, un calor que alejaba de los cazadores el deseo de sangre y de los pescadores el recuerdo de los ahogados. Se agrupaban en torno a ella, jugaban con la niña, la seguían en sus andanzas, escuchaban sus historias. Carmine, nuestra Carmine, ese pequeño sol magnético que

atraía a las almas atormentadas, a los espíritus desolados, sin connombre que limitase su encanto.

»Pero su hermana… Debo confesar que me daba miedo. Era demasiado callada para su edad. Parecía una profetisa muda que sabe lo que va a venir sin poder anunciarlo. Lanzaba intensas miradas a su alrededor, cargadas de un conocimiento que se nos escapaba, observando el mundo desde abajo.

»A veces, para liberarla de las cadenas que se había forjado, Adélaïde espoleaba su ira. La llamaba con nombres que no existían. Le preguntaba por qué no decía nada, por qué no sonreía, por qué no se parecía más a Carmine, que sabía hablar y sonreír y tenía a todo el mundo a sus pies.

»Y a veces Adélaïde tenía éxito.

»La pequeña dejaba escapar un gemido largo y agudo que se transformaba en un grito de desesperación, un bramido atronador. Las llamas de las lámparas parpadeaban, agitadas por la tempestad. Entonces, en la penumbra trémula, en pleno fragor de la queja, la sombra de mi hija se desplegaba bajo sus tobillos, extendiéndose como una mancha de sangre hasta tomar el tamaño y los contornos del espacio.

»En esos momentos, me parecía terrible. Cada vez que trataba de ir junto a la niña para calmar el dolor que crispaba todo su cuerpo, Adélaïde me lo impedía, diciendo: “Déjala. ¿No ves lo hermosa que es? Al fin y al cabo, es lo que hace falta que sea: poderosa”.

»Sin embargo, no lo era tanto. Su sombra gritaba y hacía temblar las luces, pero nunca nos hizo el menor rasguño. Debería haber dicho con más firmeza, más a menudo, que la niña era demasiado delicada para eso. Después de todo, Adélaïde había trenzado su nombre de pureza, de gracia y de ternura…

—¿Cómo se llamaba?

—Adélaïde le puso el nombre de Carine.

Félicité siente reptar bajo el relato de su abuelo un persistente olor a quemado. Como un hervidor de recuerdos que se deja al fuego demasiado tiempo.

Le sirve más té; Zacario lo bebe y se hunde en sus pensamientos un poco más.

—El verano de su séptimo cumpleaños, en nuestra casa de Roquebillière… las dos se fueron a jugar a lo más alto del valle. Carmine no volvió. La descubrieron dos días después en el fondo de un pozo. Muerta.

El viejo fantasma llora en silencio. Esta vez, no reprime las lágrimas. Félicité cree haber oído mal.

—Perdóneme… Se refiere a Carine, ¿no? Carine se cayó al pozo.

Zacario niega con la cabeza:

—Encontramos a Carine a su lado, pegada a su cuerpo. Fría e inconsciente, pero viva.

Dos gaviotas vuelan en círculos sobre ellos.

—Mi esposa no quiso creerlo. O no pudo. Creyó, como usted, que Carine se había ido y Carmine era la que había quedado.

Félicité se levanta. Le falta el aire. Necesita respirar. Ha rebuscado bajo la inmundicia y ahora emerge la verdad y su hedor le da náuseas.

—¿Usted sabía? Usted lo sabía y…

—No, no dije nada. ¿Para qué?

La voz del fantasma se endureció al mismo tiempo que los ojos hinchados de dolor.

—¿Para perder a mi esposa además de a una hija? Ella necesitaba creerlo y el mundo la necesitaba a ella. Yo habría llamado Carmine a todas las hijas del valle si con ello hubiera podido devolverle a mi bienamada las ganas de vivir, en lugar de las de morir. Pero la gente empezó a hablar. Entonces…

—Usted la envió a España —apunta Félicité.

—Tenía que protegernos a todos. A su madre de la verdad, y a ella de su madre. ¿Lo entiende?

Su tono se vuelve suplicante, pero Félicité no siente más que una tremenda inquina hacia él.

—Es esa Carmine, la Carmine que murió mucho antes que nosotros, a quien Adélaïde ha estado esperando. Durante tanto tiempo que se cansó de todos estos siglos de vida y de espera. Y, como su inmortalidad la atrapaba como una maldición, me pidió que la ayudase a irse. Pero yo no quería quedarme sin ella y ella me prohibía morir: tenía que esperar un poco más, por si Carmine regresaba… Así que reuní lo necesario para prepararnos una eternidad de paciencia: un cigarrillo fantofumable, algunos enseres y dos o tres muebles. Y un veneno tragado juntos mientras nos declarábamos nuestro amor.

»Desde entonces, Adélaïde espera aquí a su Carmine, la que nació con su *m* en medio del nombre. Y yo, yo ya no sé. Espero a mi hija. Eso es todo. No importa con qué nombre haya nacido; me habría gustado volver a verla, al menos una vez, ver qué ha sido de ella.

Cuando se van, Egonia deja la llave fantoprensil en el suelo, delante del armario. Zacario podrá venir a liberarla, si su mujer encuentra un camino fuera de aquella multitud que se le parece.

Dos horas más tarde, en el coche que se dirige hacia el valle del Vésubie, cortando las curvas y acelerando el motor entre las gargantas, Félicité le repite a su hermana todo lo que acaba de

escuchar.

Egonia, entre dos arcadas, recuerda.

Diario de Carmine.

En la tapa, solo la *m* se había repasado con tinta nueva.

Enterrarse

En realidad, no es nada urgente. Dondequiera que esté su madre, no se moverá de allí. Pero, después de dos meses de investigación y toneladas de paciencia, ni se les ocurre ir despacio. Sería como irse a la cama dejando el último minuto de la película para el día siguiente.

La verdad está allí, muy cerca. A unas pocas curvas más.

Y, además, conducir rápido, hablar rápido, permite no pensar en el resto. En la inevitable conversación que tendrán que tener una vez finalizada la búsqueda. Una vez que ya no tengan ningún pretexto fácil para permanecer juntas.

Mientras las gemelas van a toda mecha por el valle, lejos de ellas, en Niza, en el último piso del palacio Caïs de Pierlas, suena el teléfono. Salta el contestador automático, un pitido pone en marcha la grabadora y una voz se alza en el piso vacío:

—Sí, hola, Egonia, soy Marine… No sé si Felicité está ahí, despierta, durmiendo, frente a la tele… Clé, ¿estás ahí? Bueno, si me oyes, te llamo porque, cuando supe que tu madre había pasado un tiempo en Roquebillière, le pedí a Patrick que se informara. Sin explicarle que era para ti, por supuesto, de lo contrario podía esperar sentada, ya lo sabes. Bueno, el caso es que rebuscó en algunas cajas —cómo dio con ellas entre semejante casa de Tócame Roque es cuando menos extraordinario—, así que escucha lo que me sacó de allí. Un artículo del 26 de mayo de 1909 en *Le Petit Niçois,* que dice: «Escarmentados en cabeza propia de las instalaciones duraderas y decididos a dormir en adelante con un ojo abierto y un pie siempre levantado, los habitantes de Roquebillière se instalaron en la orilla izquierda, sin orden ni concierto, a la par que sin fe en el futuro, porque era provisional; tiene gracia porque entre nosotros lo provisional dura más que lo definitivo, es casi la eternidad». Y el artículo sigue diciendo que el pueblo se ha movido por lo menos seis o siete veces a causa de los derrumbes, temblores de tierra, inundaciones y toda la pesca… Te doy el título del artículo, por si quieres venir a leerlo completo: «Roquebillière, un pueblo itinerante: una huida frente a los cataclismos de los siglos». Ha de haber alguna cosa que te sirva para lo de tu mamá, ¿no? ¡Hala!, sal a tomar el aire, que te vendrá de perlas. Adiós, Egonia; trata de espabilar un poco a tu

hermana. Un abrazo.

Bip.

En ese mismo instante, en lo alto del Vésubie, las puertas del coche suenan sobre el arcén. Egonia y Félicité han cruzado Roquebillière-Vieux, sus fachadas ciegas y sus ventanas condenadas. Han pasado la roca de la fotografía descolorida del niño y el ramo marchito. Han girado hacia lo más alto y rodado sobre una, dos, tres curvas más. Y esta vez, cuando Félicité ve la pequeña silueta en el espejo retrovisor, se detiene.

Allí, en medio de un campo de acebuches, sigue estando un viejo pozo medio derruido. Detrás se esconde el fantasma de una niña que las observa desde lejos. Los ojos sobresalen apenas de la gravilla.

Esos ojos son exactamente los de Carmine. Los de Vera. Los de Egonia sin su piel de bruja.

—No la asustes —murmura Félicité—. Es muy asustadiza.

—¿Yo asustar a un niño?

La pasadora de fantasmas saca de su bolso una marioneta fantoprensil.

—Hola, Carmine. Me llamo Félicité. Te he traído un regalo, mira…

Con un sobresalto, la parte superior de su cabecita desaparece detrás del pozo.

—Solo quiero hacerte una pregunta. Me envía Zacario, tu papá. Le gustaría saber dónde estáis tú y tu hermana.

Mentira mentira no es, se dice convencida Félicité. Estrictamente hablando.

Del lado del montón de piedras, una mano diminuta sale lentamente, despliega el dedo índice y lo dobla dos veces; luego vuelve a esconderse. Félicité le susurra a su hermana:

—Me hace señas para que me acerque. Voy hasta allí y tú…

—Yo también voy.

—Alguien tiene que quedarse aquí, no vaya a ser que llegue mamá.

—Ya. ¿Y cómo crees que voy a saberlo?

—Te dejo un objeto fantoprensil que delatará su presencia.

—¿De verdad crees que va a venir estando yo aquí?

—Baja la voz, Egonia, que vas a asustar a la niña…

—En serio, Félicité. Nuestra madre, que ha pasado de mí toda su vida, de repente, ahora de muerta, va a decir: «¡Vaya!, aprovechando, ¿por qué no ir a echar una parrafada con la pequeña Agonie?».

Suena una carcajada cruel e infantil que Egonia no puede oír. La pasadora de fantasmas ve a la niña saltar sobre los pedruscos, hacerle una mueca y desaparecer en el pozo. Félicité corre entre los acebuches y se inclina hacia el agujero donde antes estaba el brocal. Es más

profundo de lo que imaginaba.

—Egonia, ve y abre el maletero. Coge las dos linternas y también la cuerda. Desátala de la caja de metal.

—¿Qué?

—¡Venga, muévete! ¿Carmine? Carmine, ¿estás ahí?

Una nueva carcajada, más parecida a un cloqueo, asciende del pozo. Su eco resuena desde las profundidades.

—En el fondo. Está en el fondo del pozo: debe de haber una gruta, o una cámara…

Egonia, sin aliento, le entrega a Félicité los objetos que ha traído del coche. Mira a su hermana atar la cuerda al acebuche más cercano, probar su solidez y lanzarla al agujero.

—No estarás pensando en bajar ahí…

—Puedes estar segura de ello. Y tú también, a menos que ya no quieras encontrar a tu madre.

Lo que menos le apetece a la bruja es enterrarse para seguir a un fantasma al que ni siquiera puede ver. Ella creció en las vigas del techo, no en las profundidades de una cueva.

—Pero si ni siquiera sabemos si…

—Escucha, Nanie —Félicité se vuelve hacia ella, con los brazos en jarras—. Has dejado tu bosque después de treinta años de exilio, te has pateado los cementerios de Niza bajo un sol de justicia, me has odiado y me has perdonado, has recorrido un desierto y has sobrevivido, has encerrado a tu abuela en un armario de espejos, ¿y me vas a decir que ahora, después de pasar por todo eso sin recular ante nada, te vas a negar a bajar a un ridículo pozo que tienes bajo los pies?

Egonia aprieta los párpados. Félicité se tensa, lista para desactivar el amago de explosión. Luego, sin apartar los ojos de ella, la bruja carga con las dos linternas, agarra la cuerda que descansa sobre las piedras y sube al pozo. Con los pies en el borde y la cuerda tensa entre los dedos, sisea:

—Ilumíname. Tengo que visitar un ridículo pozo.

El pueblo itinerante

—¿Algo ahí delante?

—Todavía no.

La espesa capa de tierra que pesa encima amortigua sus voces. El pasaje es estrecho, apenas el ancho de los hombros. Se deslizan por él como el guache por el tubo de pintura. Un guache negro como la pez, iluminado entrecortadamente por los haces de las linternas.

Imposible saber cuánto tiempo llevan caminando. En un momento dado, les dio la impresión de que pasaban bajo el río. Están muy lejos, en las profundidades de la montaña; se sumergen en el vientre de un ogro dormido.

Solo el fantasma de la niña surge a veces en un destello de luz y desaparece con un paso de baile y una sonrisa. Félicité da un respingo cada una de las veces y en cada ocasión Egonia le aprieta la mano con más fuerza.

—Espera…, creo que he visto algo.

La luz acaba de reflejarse contra un objeto metálico.

—Hay una escalera.

—¿Y a qué esperas para subirla?

Félicité suelta la mano de Egonia, se pone la linterna entre los dientes y empieza a trepar. La galería por la que sube es apenas lo bastante ancha para ella y su mochila. Peldaño a peldaño, pie-mano, mano-pie, sube sin saber el qué ni hacia dónde, pero sigue subiendo, mano-pie, pie-mano, seguida por su hermana, que no va tan rápido; por falta de dientes, Egonia tiene que sostener la linterna con la mano, pie-pie, mano.

La cabeza de la pasadora toca techo.

Félicité palpa a tientas la pared por encima de ella. Una trampilla. La empuja con un golpe seco. La portilla cruje, cede y se abre con un chasquido cuyo eco resuena como en el coro de una catedral. Sale del túnel vertical, seguida inmediatamente por su hermana.

La conmoción ante lo que descubren les impide hablar. Dejan pasar varios minutos en silencio hasta que Egonia susurra:

—¡Anda la osa! ¡Lástima de chaqueta para poder hacerla trizas!

En el templo en el que se hallan no entra ni un rayo de luz. La tierra que ha sustituido a las vidrieras obstruye los rosetones y los

lucernarios. En el haz de luz de sus pobres linternas apenas vislumbran la locura de lo que las rodea.

Por todas partes, desde cada arco y cada pilar, desde el más pequeño arbotante y las minuciosas molduras, los bancos y los mosaicos del suelo, los techos y más techos que se suceden, una multitud las ve entrar, una multitud de gentes pintadas, esculpidas, innumerables, ataviadas con colores más vivos que los de la corona de Egonia. Todos están congelados en sus gestos suspendidos. Dos hombres de luengas barbas miran irritados a varias mujeres gráciles que se aburren en un jardín con aromas de albaricoque; a sus pies duermen unos niños más arrugados que los viejos; sobre sus cabezas, ángeles severos tocando la lira, la viola y el tamboril para emperatrices con atuendo primaveral que suplican como escuálidas mendigas de costillas de xilófono; algo más lejos, un esqueleto dirige a dos bailarines de tango hacia la boca de un lobo que se traga un osario de bañistas; un cartero con su gorra y alas de dragón que los sobrevuela reparte oro en lugar de cartas y entrega su lingote a un guerrero que, gajes del oficio, por cumplir el expediente alancea a un enemigo escéptico, soñando en realidad con la sopa de rancho; jubilados en taburetes leen el periódico, sin inmutarse por el alboroto, cerca de una secretaria con mono de leopardo que anota cada detalle de la escena al dictado de un ahorcado; y, en medio de aquella multitud paralizada en su frenesí, dos estatuas de vírgenes blancas frente a frente: Nuestra Señora de las Trombas y Nuestra Señora de las Esclusas.

Ambas se señalan recíprocamente con un índice acusador. La primera tiene algas en el pelo y la boca abierta en un grito silencioso; el rostro de la segunda se muestra sereno, casi sonriente, con los pies acribillados de flechas.

Entre ellas, detrás del altar, se alza un trono de oro y púrpura. La niña fantasma está sentada de lado, con una pierna cruzada sobre el reposabrazos.

La mente de Félicité superpone a esta imagen, como un calco, la de Nanie majestuosamente sentada en su silla desfondada, entre los árboles secos y los cráneos de los pájaros. La sobrina y la tía se parecen; mejor dicho, se parecían. Pero la niña muerta tiene la expresión seductora de los niños mimados. Idolatrados, incluso. No hay sombra de duda en esta chiquilla. La clase de alma-armadura maciza que atrae a los sedientos, a los vanos, a los fanáticos. Esa coraza de poder que su madre intentó construirse de imitación; y, detrás, pese a todo, el vacío, la sed, la duda, perceptibles, transparentes. Porque ninguna capa de pintura, por espesa que sea,

puede imitar por completo el anclaje tranquilo de quienes se saben amados.

—¿Dónde estamos?

La niña espera a que los ecos se apaguen bajo las bóvedas para responder sonriente:

—En mi reino.

Sus palabras de espectro no resuenan, no reverberan en los muros de la iglesia enterrada. Cuando habla, lo hace solo para Félicité.

—Y encima de nosotros, al aire libre, ¿qué hay?

—La montaña. La que se tragó Rocabiera.

El rostro de la niña se ilumina ante la expresión desconcertada de Félicité. Se yergue y exclama:

—¿No has oído nunca esa historia? Me la contó mamá. Una historia terrible.

Salta de su trono y recita en voz baja, rodeando el altar:

—Fue hace demasiado tiempo para que lo recuerdes. Los que no fueron devorados por la montaña aquel día murieron luego de viejos. Roquebillière se llamaba entonces Rocabiera. Su escuela y su campanario no estaban aquí; se alzaban en otra parte, más arriba. Nadie recuerda dónde. Para qué molestarse en escribirlo, si cambiaba todo el tiempo. Dos veces cada cien años, por lo menos, el valle se enervaba, la montaña temblaba, el río se desbordaba, el pueblo se derrumbaba y la gente se mudaba. Pero allí, hacía algún tiempo que el Vésubie permanecía dormido. Los habitantes perdieron el recuerdo del peligro. Construyeron una iglesia más grande, más hermosa, con colores muy caros porque iban a durar para siempre. Y, entonces, de repente, ¡pataplán!

La niña salta sobre el presbiterio.

—Se les vino encima mientras dormían. La montaña se despertó en plena noche, con hambre canina, y los devoró. Solo a los que vivían a la izquierda de la iglesia; los otros abrieron los ojos por la mañana y vieron la mitad de su pueblo —bueno, hablando con propiedad, ya no lo vieron— engullido. Digerido por la montaña, como si nunca hubiera existido. Excuso decir que se fueron como alma que lleva el diablo, a excepción de dos o tres ancianos que ya no tenían ganas de correr y quedarse les ahorraba los gastos del entierro. Porque, dicho y hecho, la noche siguiente no falló: el estómago de la tierra volvió a rugir y se tragó el resto. Los habitantes que ya no habitaban ninguna parte descendieron más, mucho más abajo del valle, e iniciaron de nuevo la reconstrucción. Recordaron que era necesario que el pueblo fuese itinerante, que estuviese siempre en movimiento, bailando continuamente de un lado a otro de las gargantas para evitar los

colmillos de la montaña.

A pesar de que la niña se esfuerza en imitar los colmillos de la montaña poniendo los dedos a ambos lados del rostro, las dos mujeres no parecen muy impresionadas. La fea ni siquiera la ha escuchado. Así que abandona su aura de misterio, se incorpora y concluye con hastío:

—Yo descubrí este lugar. Los demás no pueden ni imaginar que exista un palacio así bajo sus pies, porque los demás son más gallinas y menos audaces que yo. Mamá siempre lo dice.

Carmine, la auténtica Carmine, la que nació con ese nombre color carne viva y no lo usurpó, se acerca a Egonia y la olfatea.

—Tú eres como mi hermana. Tú necesitas una de mis piedras de belleza.

Y, con estas palabras, el fantasma desaparece a través de un fresco. En la parte posterior del cráneo de la niña, Félicité ve un manchurrón de sangre negra.

—La niña se ha ido. Por lo visto, a buscar una piedra para ti.

—¿Para mí? —pregunta Egonia sorprendida.

Como prefiere no dar detalles, Félicité se aclara la garganta y llama:

—¿Mamá? Mamá, soy yo. He venido a verte…

Su voz, multiplicada por las ojivas, se eterniza en la catedral. Nadie responde. El haz de luz de su linterna barre a la multitud intrigada en las paredes y proyecta sombras desproporcionadas en la sacristía.

A continuación, la pasadora de fantasmas se agacha y vacía su bolso lleno de objetos fantoprensiles.

—Venga, ayúdame a poner todo esto bien a la vista por todas partes.

—¿Para qué? Esto no es tan grande, basta con buscarla…

—Si a ella no le da la gana de mostrarse, puedo perseguirla cuanto quiera, atravesará los tabiques antes de que la encuentre. Hazme caso. Ese juego del escondite puede durar mucho tiempo. Los muertos se aburren y nunca tienen prisa.

Félicité y Egonia reparten por los bancos las tazas, las cucharas, el espejo, el peine, las joyas y la caja de música fantoprensiles.

Nada perturba el solemne silencio de la iglesia. Nadie aparece.

Las dos hermanas se retiran a una de las naves laterales con las linternas apagadas. Apostadas en los pilares esperan durante largos minutos a que un ruido traicione una presencia. Se mantienen en silencio y aguardan pacientemente.

Clic. Félicité enciende la linterna, agarra el bolso y le da la vuelta.

—Cuidado, tu tetera…

—Debe de estar aquí. Mamá, ¿estás ahí? Estoy segura de que está

aquí. Solo hay que encontrar el modo de hacerla venir. ¡Mamá! Soy yo, soy Félicité…

Hurga frenética entre el revoltijo de tiques, lápices y monedas esparcidas por el suelo donde miles de ojos pintados la escrutan. Pero no le queda ningún cebo atrapafantasmas.

Y, de repente, bajo las bóvedas resuena un breve canto. Tres notas simultáneas, secas, como un coro a tres voces atacando en sinfonía.

Egonia deja con cuidado la armónica que encontró en el suelo.

—No —susurra Félicité—, eso es… Cógela…

—¿Qué?

—Es la armónica del desierto, la que convocaba su sombra… Vuelve a tocarla. Venga, sopla.

La bruja obedece perpleja. El acorde silba entre sus labios y se hincha, invade todo el espacio, se pasea a lo largo de la girola, trepa por las columnas, se infiltra en los altos cruceros a los que no llega la luz y se extingue.

De un confesionario oculto entre tinieblas sale, sin prisas, el fantasma de su madre.

Cri

Félicité agarra el brazo de Egonia, que contiene la respiración. Todos los personajes de los frescos se tapan la boca.

La que avanza es su madre y no lo es. No del todo ni todo el tiempo. Su fantasma chirría y anda a saltos, inestable, como una cinta de video revisada demasiadas veces. En sus convulsiones relampaguean innumerables siluetas, Carmine arrugada, marchita en su vejez; la pequeña Carine, casi idéntica a su hermana; Carmen, mirada lejana y cuerpo momificado de guerrera; Caridad la diosa y Caridad la esclava, con las pestañas cargadas de arena, y múltiples mujeres cuyos nombres Félicité ni siquiera conoce, vestidas de cazadora, de costurera, de camarera, de pastora, incluso una cuyo rostro se asemeja al retrato deforme, pintado y repintado en su lienzo. Todas esas mujeres caminan con el mismo paso, dentro del mismo fantasma compartido, sin mostrar ninguno de los estigmas de la muerte violenta que ellas mismas se infligieron.

¡Ah, amigo mío! A menudo me pregunto qué habría sentido yo en su lugar. Después de tantos días de buscar en el desierto y la montaña, de descubrir una nueva máscara detrás de cada puerta, después de haber agujereado un tejado y de haberlo reparado, después de haber perdido y reencontrado mi té, después de que me hubiese estallado un techo de cristal en la nuca y hubiese cicatrizado y después de cruzarme con tantos fantasmas en el camino. Todo eso por una muerta que ahora está ahí, para siempre, y por fin se presenta ante mí.

Ya lo creo, muchacho, lo que habría sentido es indescriptible. En mi opinión es esa clase de momentos que no se pueden imaginar antes de haberlos vivido. O, si se imaginan, es organizando grandes discursos en la cabeza, viéndose en grandes efusiones, montándose películas con el corazón palpitante y sin aliento y con palabras que nadie se atreverá a decir y, luego, al final, haciendo algo totalmente distinto.

Además, es que yo, si tuviera que buscar a mi madre, tardaría media hora como mucho, porque mi madre vive en Le Cannet. A un tiro de piedra. Treinta y cinco minutos, si me apura, contando con lo que me lleva aparcar.

Pues a Egonia y Félicité les pasa tres cuartos de lo mismo. Ellas también se han montado cientos de escenarios, todos parecidos, todos

ligeramente distintos. Y, por supuesto, ninguno se asemeja al que se despliega a medida que se acerca esa mujer que tan poco conocían.

Egonia no siente hormiguear las manos de cólera. Félicité no se derrumba aliviada ni corre hacia su madre. Ni siquiera le apetece pedir perdón. Y, sobre todo, a ninguna de las dos se le ocurre echar un vistazo a su gemela para ver cómo se lo toma.

La pasadora de fantasmas tiende el brazo hacia el maletín, pero Carmine y compañía niegan con la cabeza. Nada de té.

—Sentémonos de todos modos, mamá. Tengo preguntas que hacerte. Y me gustaría… Por favor, me gustaría que las respondieras. De verdad.

Esta vez, el fantasma asiente con una triste sonrisa.

Félicité se sienta en un banco, con su hermana a su lado. El espectro busca un sitio al otro lado del pasillo. Entre las vivas y la muerta, una linterna ilumina el altar y el ábside frente a ellas. Por todas partes, en las paredes y en el retablo, en las bóvedas y en los cuadros, las figuras pintadas se acomodan para escuchar, con los codos en las rodillas y la barbilla entre las manos.

—Hazle mi pregunta —susurra Egonia—. Y repíteme lo que te dice.

Pero la detective especialista en espectros sabe que no es necesario. Por lo menos de momento. Y la hija de Carmine tiene otras frases que le rechinan entre los dientes, cientos de preguntas que se empujan, apiñadas bajo el paladar. Ninguna, sin embargo, tiene el coraje de salir.

Félicité mantiene los ojos fijos en las estatuas de las dos vírgenes que la observan, ahora sentadas de piernas cruzadas en sus pedestales, cada una extendiendo todavía un brazo acusador hacia la otra. Acaba soltando su pregunta, que apenas resuena entre los bancos:

—¿Por qué no me dijiste nada?

Entonces, el fantasma de su madre, que también es el de decenas de seres, empieza a hablar.

Habla y su timbre es el de una coral
completa de mujeres,
el de un canto para cincuenta y siete voces que aspiran
y espiran
a coro conjuntadas.
Habla el fantasma
y Félicité en resonancias susurradas
reproduce la voz para su hermana,
para su gemela Egonia a la que
tan necesitada de respuestas ve.

No mentiré
Félicité
es verdad por qué mentir
pues no nacimos con el nombre que nos ha visto morir

nuestro fantasma no es Carine ni Carmen Carmine
o Caridad
porque todas nosotras somos mucho más
que esos trozos de mujeres
las que se enfrentaban reunidas sí
bajo la sílaba de un solo nombre

Cri

es preciso arrancar la corteza para comprender
hundirse en el tronco hasta la raíz
remontar el árbol de la historia para comer de él
los frutos acres

sucedió al comienzo
cuando le pusieron a nuestra hermana por ser la primera
el de Carmine
como nombre de pila
tejido de encantos e himnos y del color de las cerezas carmesí
arrojándonos a nosotras los restos del nombre vacío de sustancia
un nombre que repica
y suena hueco

porque nos faltaba la *m* de morder y de mamar
de materia de masticar
de amar
con esa *m* habríamos tomado consistencia y cuerpo
y encontrado el sabor la textura y el olor de las cosas
Carmine con su *m* tenía un connombre ignoto
que no nos quería decir
o bien sabía extenderse en aquel océano sin diluir
puesto que no buscaba en su reflejo el día
la noche en sus pesadillas
sus propios contornos
los bordes de su alma
aquella alma tan bien bordeada

como el edredón con que mamá la arropaba
mientras el nuestro estaba desbaratado
sin perfil
un pantano desorillado
la cuerda rota de un violín

porque siempre preferíamos esperar la autorización
raspar nuestras rugosidades para agradar
aguantarnos las ganas y circunscribir nuestros huecos
como busca su sombra el dios Pan
para coserla a sus pezuñas

Adélaïde nos encontraba irrespirable

las manos que jamás se demoraban al vestirnos
los ojos al cielo por nuestros dibujos demasiado amables
los silencios que seguían a todas nuestras cortesías
los juguetes ordenados hallados en anarquía
nosotras únicamente éramos Carine y eso era demasiado poco
para que la exigente Adélaïde da Rocabiera por satisfecha se diera
la que esperaba siempre más
sin nada suficientemente preciso que esperar

nos habría hecho falta un camino una guía
un espejo una receta cualquier cosa en fin
que nos mostrase paso a paso bajo qué forma existir
sin dejarnos en aquella vorágine de ser y estar sin límites
de tener que dibujarse sola
sin modelo ni lecciones
su propio perfil
bosquejar en el espacio infinito nuestras demarcaciones
de aquellas que podíamos ser

sin ataduras algunas se despliegan
otras se pierden

cómo saber cuando únicamente tienes tres años
si tienes que bailar o tocar para los que bailan
si tienes necesidad de sueño
o lo que necesitas es otro cuento
si hay que reír en la mesa o quedarse callada

no sabes nada de nada
pronuncias una frase y escrutas las caras
para discernir de la arrugada o la lisa
una mueca una sonrisa
y así es como muy poco a poco
un deseo tras otro

se edifican sus hastíos sus sedes
lo que hace decir a las gentes
Aquí está esta es la Carine que yo conozco

pero nuestra madre quedaba opaca
observando de lejos los caminos que nosotras tomamos
de entre el inmenso mapa donde nos dejó
sin brújula ni siquiera una señal
al considerar que así nos ofreció
la última libertad

para Carmine aquella sonrisa orgullosa desplegaba
que pregonaba
Esta es mi hija
la que sabe ocupar por completo
cada rincón de su alma
y gracias a esa sonrisa Adélaïde le daba al menos
el contorno el límite
de ser la digna hija de la nodriza-oráculo
sublime intrépida superiormente libre
con sus ataques de risa en el desayuno
embadurnando de barro las paredes con sus dibujos
con su canto ronco y poderoso hasta altas horas de la noche
sus órdenes tranquilas siempre obedecidas
sus sollozos por los pinos hendidos
sus faldas al viento revoloteando

cuando en el mercado a nuestros padres alguien decía
qué guapa es tu hija
todos sabían exactamente de qué hija estaban hablando
la nariz las manos la voz eran idénticas
pero Carmine tenía a mayores su *m* y su libertad plena
brillaba por dentro como una luciérnaga
mientras había que buscar un connombre para su gemela
sin encontrar entre las letras de Carine

más que la Necia Caín o la Crin

es en eso en lo que nos hemos convertido
en un conjunto de cerdas punzantes en la cerviz
en una mentecata que envidia a su hermana

nadie en el mundo quiere a un niño infeliz
que jamás hace nada sin permiso

tantas veces hemos mentido para merecer el favor
de todos los demás
poniéndonos un disfraz
una piel que les guste
que en el fondo de nosotros se formó
el ojo ardiente de un ciclón
la hiel que noche tras noche nos tapizaba la lengua
por más que lavásemos la boca con jabón negro
o por ejemplo nos diese por trillar los dedos
en el quicio de las puertas
el veneno venía de vuelta

nada en el mundo más difícil de amordazar que ese odio
el de uno mismo hacia sí
que se arrastra repta y se insinúa por la mínima fisura

no había odio en Carmine
tenía hambre de todo y a todo el mundo amaba
y a sí misma más que a nada

a nosotras eso no nos pasaba
cómo amar si nadie nos quería enseñar
en vista de que la hiel se empeñaba en quedar
hubo que tragarla
y encerrarla en un cofre con el ciclón
en lo más hondo del vientre donde no heriría a nadie
una caja de espejos en la que encerrar
las deformidades de nuestra alma

lo peor
ya sabes
lo peor fue creer

que con estar sin odio y con mentir sería suficiente

luego vino el día de nuestro séptimo cumpleaños
en el mes de agosto en Roquebillière
en aquella casa fresca donde nuestra madre
bautizaba a los hijos de otras mujeres
donde nuestro padre miraba ido
al otro lado lejos de los postigos
escuchando la pinaza crujir bajo la pezuña de los gamos

mis propias espinas
las que se abrasaban entre mis pulmones

y mi hígado
nunca jamás logró percibirlas

para huir de aquel ir y venir de niños Carmine
se iba sola de exploraciones
trataba de despistarnos
ocultándose detrás de un árbol acelerando el paso
para perdernos
pero éramos hermanas gemelas
sabíamos bien adónde iría o de dónde volvería Carmine
sin necesidad de que nos contase su idea

corrió hasta el viejo pozo entre los olivos todo lo que pudo
piedras cubiertas de musgo
balde carcomido

danza salvaje alrededor de la ruina grito de nerviosismo
respiración frenética mofletes arrebolados
Carmine que acaba de subirse al balde y nos ha ordenado
Bájame al fondo ahora mismo

ella quería ver
cómo sería observar el mundo
a través de un agujero de luz que vendría desde arriba
gritar a pleno pulmón sin que nadie pudiese oírla

dudamos apenas unos segundos

entonces nos insultó
que no osaríamos nunca que a nada nos atrevíamos

que incluso a nuestra triste sombra temíamos
que no existía
que por eso a mamá no le gustaba arroparnos
que prefería a Carmine
igual que todo el mundo la prefería
Carmine que brillaba por dentro y a nada ni a nadie temía
mucho menos a un ridículo pozo
donde había que bajarla de inmediato o se arañaría
con cardos y espinas y le diría a mamá que la habían atacado
y miedosa como éramos no habíamos movido un dedo
que acabaría arañada por nuestra cobardía
de arriba abajo como aquel señor el año pasado
que había caminado sobre un clavo
mentir así no la asustaba
puesto que era por nuestro bien
logró romper al fin todos nuestros obstáculos
recordándonos quiénes éramos
la hija que no tiene connombre
la hija de la nodriza-oráculo
la hija más libre de toda Provenza
no una cabra atada a una estaca por la cabeza

por nuestro bien

y qué diablos iba a saber
ella
de lo que nos haría bien
ella que no me dejaba dormir con sus cantos
que embadurnaba con su barro las paredes de mi cuarto
escaparse por la ventana volcando su plato
sin recibir el menor reproche
su luz al fin y al cabo la volvía hermosa

qué diablos sabía ella de mí para tildarme de cabra
hubo que tragar litros y litros de veneno
bebernos la hiel a buchadas
cofre interior resquebrajado chispas espinas en llamas
un seísmo en las manos

luego Carmine se rio
la suya fue una risita piadosa
ráfaga
los espejos de la caja se hacen añicos salta la tapa
el ojo del ciclón se abre de par en par
despertado de golpe y porrazo por ese torrente de rabia
de la garganta un estruendo de tormenta ha brotado
de todo el cuerpo un viento violento de relámpagos salpicado
nuestros rayos pulverizaron el balde donde se había sentado

su faz por primera vez desfigurada
por tanto horror que la aterrorizaba

es así como mueren las niñas
seguras de su poder en demasía
el verano de sus siete años en un pozo de montaña

si se rompió el cuello en aquel preciso instante
si gritó pidiendo ayuda antes de apagarse
eso nadie lo sabe
puesto que allí nadie podía oírla
tal como lo había deseado
porque todos sus deseos se cumplían

la luna apareció con gritos de lobos
descendimos por el resto de la cuerda
a aquella catedral de la que se creía reina

una noche
una mañana

por fin nos encontraron
cerca de las doce del mediodía
yaciendo muy cerca de ella y prácticamente sin vida
papá nos llevó hasta nuestra casa
nuestra madre se quedó al lado del pozo muy callada
esperando a que subieran el cuerpo de su hija

cama
fiebre
consomés

vahos de tomillo

a lo largo de aquellos largos días mamá no decía nada
nos miraba sin vernos verdaderamente
los fantasmas pasaban por el fondo de su mirada

después se incorporó
y con la voz más normal del mundo la oímos decir
queridísima Carmine el sol de invierno
solo espera por ti para salir

al principio pensamos que se había equivocado
nada se parece más a un cuerpo inconsciente
que el de un gemelo
pero cuando por fin nos llevó al cementerio
a visitar una piedra tumbal
que llevaba el nombre de
Carine

nada más
un nombre
dos fechas
ni un triste epitafio

allí pudimos leer la verdad
tal era el deseo de mamá de que Carine hubiera muerto
y de que Carmine siguiese con vida
que decidió creerlo a pies juntillas
ya sea por error ya por elección
se construyó ese mundo suyo donde vivir es soportable
y papá que tanto la amaba no quiso contradecirla
nadie deberá entristecer a nuestra grandísima Adélaïde
toda Provenza tiene necesidad de ella
tanto para prodigar sombras a todos los recién nacidos
como para no propagar esas tragedias secretas
de niños sin su connombre
que se transforman en tormentas
no hemos cogido la máscara de Carmine
únicamente como una piel que nos ha recubierto
es que nos hemos convertido en sus entrañas y en su nombre
en su *m* y sus recuerdos

su locura su belleza

nos hemos convertido en Carmine

tanto las tormentas como la hiel ya no nos alcanzaban
nos llenaban de cumplidos y piropos sin fin
y por fin nuestro rostro a todos les encantaba

pero en lo más hondo de la jaula se debatía Carine
a veces hacía falta
en plena conversación
borrar rápido de nuestros ojos la sombra
de aquella que ya no éramos
encerrar a aquella furia a punto de huir

entonces los niños pequeños
tan lúcidos y crueles
dijeron en voz alta muy sorprendidos
en medio de aquel enorme salón atestado de espejos
que era a Carmine a quien venían a ver
Carine no sabe transformarlas alcachofas en cetros
ni un salvamanteles en castillo
el cantero se equivocó le falta una *m* a vuestra tumba
o a lo mejor enterraron a la otra niña rabuda
así que se marcharon a otros salones con sus juegos
todos sus reflejos dejaron nuestro palacio de espejos
papá no quería que nuestra madre los oyese
la terrible verdad la habría destrozado

hasta que recordó que en España tenía un primo lejano
en medio del desierto
allí por lo menos
las preguntas
que también les espetarían
el calor asfixiante las ahogaría
antes de que ellas se subiesen al tren

papá escribió una carta y la envió a Andalucía
y sin esperar la respuesta
nos envió allí también

un año después de la muerte de nuestra hermana
nos fuimos de Niza en una diligencia que se dirigía a España
entre hombres sebosos que despedían acres olores apretujada
haciendo noche en posadas donde una niña de ocho años
jamás habría debido dormir sola
por aquel camino que de nuestra propia tumba nos alejaba

Carine se despertó
la jaula en lo más hondo de nosotras no pudo retenerla
su desesperación su necesidad de anclaje
se tradujo en golpes sordos contra sus barrotes

apareció otra carcelera para ayudarnos en el trance
más grave

más sabia
nacida en el camino de España
que llevaba el nombre de
Carmen
en Andalucía fue quien tomó el relevo de Carmine
para retener a Carine
completar el trayecto
atravesar el desierto
y llegar hasta el castillo que nos habían prometido

una vez allí los guerreros sin memoria nos enrolaron
así que para sobrevivir a la guerra
para sobrevivir al olvido
al devenir diosa
esclava con cadenas
tuvimos que convocar a otra nueva fuerza
Caridad
nacida entre los disparos y las canículas
su sombra tomó la magnitud de nuestros nuevos contornos
ídolo monstruoso
deidad cautiva
y ya casi eterna

en el monte Bégo después de nuestra huida
Carmine reclamó aquel reino de tres reinas
ordenó a Carmen y Caridad que cubrieran la caja de los espejos

con un pesado velo negro
igual que se cubre la jaula de un pajarillo
para hacerle creer que es de noche
obligarlo a dormir y amordazar sus gritos
al lado de Vera y de Gabriel
nos hicimos la ilusión de encontrar el sueño y la paz
incluso ahuyentada incluso injuriada por Bégoumas
volvimos sin cólera y sin ninguna ira al desierto a reinar

las hijas de nuestra hija aprendieron a llamarnos abuela
aunque siempre aparentásemos veinte años

no aquella no era una belleza caprichosa
se alzaba como una muralla levantada
alrededor de Carine
haciendo de dique de llave para su jaula
ya nunca se nos diría que éramos apagada

ese cuerpo nuestras sombras cimentaba
y nuestros nombres cambiantes
un reflejo siempre liso siempre semejante
sin arrugas ni achaques
y aparte de esa única imagen
de nosotras solo quedaba
una nube de fragmentos de alma dispersos
cuarenta años de Provenza
cuarenta años de desierto

a medida que nuestros ochenta y siete años se acercaban
acudieron a hostigarnos
el recuerdo de un pozo
una soga cortada

una vieja pesadilla
con ocho decenios menos

nuestros pies dejaron el oasis y las flores de Vera
costearon caminos acantilados negras riberas
guijarros y arena
para llegar por fin
ya algo envejecida

a la tumba grabada con las letras de Carine

muerta
la prueba en la piedra
muerta con sus pesadillas sus recuerdos
su cólera y su hiel
y su rostro apagado para siempre infantil

nos volvimos de espaldas

frente a la estela en todo el muro se podía leer
una inscripción nueva
con los nombres que desde hace ochenta años callamos
Adélaïde y Zacario
De manera que sí
han fallecido
Eso fue todo lo que pensamos
de esos padres jamás amados
jamás conocidos

una segunda estela nos llamaba junto a ella
en medio de las Maravillas solo una roca grabada

para nuestro Gabriel
buscamos refugio en la majada

vuestro padre se ha ido y ahora vosotras dos nacéis
y para cada una hay que encontrar un nombre
bien ajustado bien prieto pero eso sí con distinto connombre
que os ofrezca confines bien claros y reconocibles
fuera de esas profundidades donde los espíritus se pierden
y en trozos se dividen

La primera recibió el bellísimo nombre que nos haría feliz
y el connombre de Clé para que no se pudiese ir
lástima
porque se fue a abrir puertas entre los mundos con esa llave

y a ti
a ti que no deberías haber nacido
te impuse el connombre que tu ego negaría

y un nombre de muerte para revivir a Carine
Todo el mundo detesta a las segundas gemelas
lástima
tus dos nombres se han invertido
tus flores han traído muerte
y has despertado a la que duerme

ese rostro tuyo al nuestro tan parecido
tu boca en la que salió un diente único
nuestro reflejo desfigurado
ese don tuyo capaz de desvelar cualquier cosa
tu envejecimiento prematuro
todo en ti reavivaba lo que reptaba entre nuestras costillas
y pretendía escalarlas

el rasguño en nuestro retrato
la llamada a la cautiva en el fondo de nuestras fracturas
aquellas dos flechas clavadas atravesando nuestra armadura

Carine estaba inquieta exigía su liberación
le hacía falta un receptáculo para no arrasar con todo
pero créenos
Nanie
durante cada una de las tormentas
Carmine Carmen y Caridad se apuntalaban sin descanso
para contener a Carine y sus destellos violentos

más valía ignorarte
porque si tú no existías no existía Carine
porque si tú no hablabas ella no podía oírte
porque si ella no oía nada la despertaba

y luego aquella noche
exactamente dieciséis años después
la noche en que Félicité impone a nuestras miradas
su pelo blanco
esa noche en que tu insecto negro entra y nos persigue
como la fealdad
como la vejez
como las frentes que se apagan
cuando se posa sobre nosotras cuando este cuerpo de repente

este cuerpo sólido y familiar de repente
se vuelve polvo se seca se rarifica se marchita
venas a través de las manos
manchas en las mejillas labios apergaminados
surcos rasguños arañazos en la piel
cabellos secos blancos a su vez
cuando nuestro propio reflejo nos resulta extraño
no es nuestra vanidad la que se lamenta
la que se fisura es nuestra coraza
nuestro envoltorio el que se desgarra
la cola evaporada que deshace nuestros pedazos

el rasguño en nuestro retrato
la llamada a la cautiva en el fondo de nuestras fracturas
fueron dos flechas clavadas atravesando nuestra armadura

la sangre que sale es la de un cuerpo mutilado
nuestra belleza marchitada sangró nombres
que pasaban por muertos
aquella noche nuestro huracán asoló todos los bosques
los campos el pueblo y expulsó a todos sus habitantes

después de la tempestad
reconstruyeron la jaula Carmine Carmen y Caridad
remendaron el velo
encerraron a Carine más hondo
y solicitaron la ayuda de otros muchos nombres
luego una mañana Félicité
después de treinta años de sueño del dragón en su cueva
nos dispara en el cuello como un arco con tres flechas
espejo bajo la nariz reflejo decrépito
un retrato olvidado sobre su viejo lienzo
recuerdo brutal de una hermana gemela

rozadura
deriva
liberada la cautiva
fracturada nuestra armadura
la prisión de Carine la retenía desde hacía tanto tiempo
que su ciclón desbordaría
esta vez por todo el valle
el barro en las habitaciones de los niños ahogados

de los viejos sorprendidos en su sueño
y cuando la tierra se llevase a todos los animales salvajes
arrastrados hacia el mar de las ciudades engullidas
Saint-Martin-Vésubie Lantosque Venanson
La Bollène-Vésubie Utelle
Levens Roquebillière
Niza
a sus veraneantes a sus mendigos a sus obreros
a sus multimillonarios sus fantasmas
a sus borrachos a sus policías a sus heladeros
a sus maniquíes rusas
a sus corredores de las cinco de la mañana
sus cigarras en los cementerios a sus estudiantes somnolientos
a sus barrenderos a sus pintores de veleros
sus barcos en el puerto

y a ti

entonces igual podría morir
después de esta vida ya demasiado larga

pues contigo Félicité
contigo nosotras éramos
plenamente Carmine
la mejor parte de nosotras mismas
y no queríamos ofrecerte a ninguna otra
que no fuese aquella Carmine de Bégoumas esposa del pastor
sin mentiras
cuando las dos juntas nos teñíamos de rojo el cabello
cuando leíamos cuentos juntas las dos
no había verdad mayor

tienes que creernos Félicité
tu madre
era Carmine
y esta verdad
no precisa de ningún té

Clé

Las dos estatuas blancas han bajado los brazos. La boca de la que gritaba en silencio ha encontrado la paz. Los pies acribillados de la otra ya no sangran.

El espectro parpadea cada vez menos y pronto se estabiliza en forma de niña.

Parece el fantasma de la pequeña Carmine, pasado por una eternidad de fatigas y de temores. El rostro es el mismo, pero los párpados están hinchados, los ojos suplicantes, los hombros encorvados. En realidad, se parece mucho más a Nanie que a Carmine. Viéndola, Félicité piensa en la abuela encerrada en su armario. Un final demasiado dulce para quien tanto daño ha causado, tantos destinos ha pisoteado bajo su galopante vanidad.

Ese día, mi joven amigo, le dije a Félicité:

—Adélaïde también tendría una historia que contarle. Un relato bajo sus polvos de arroz y la seda de su vestido. Con suficiente té para remontar sus siglos de memoria, usted podría…

Pero Félicité me cortó en seco:

—No. No quiero explicaciones. No quiero encontrarle excusas.

Así que respondí:

—La entiendo. No estoy de acuerdo, pero la entiendo.

El silencio que sigue a la diatriba de Cri se alarga.

Egonia se mira las manos enguantadas. Ha recibido una respuesta que no esperaba. ¿Qué es lo que esperaba exactamente? No tiene ni idea. En su recuerdo, Carmine siempre adoptó los rasgos de una pesadilla; de una madre que se le acerca por la espalda y que, cuando se da la vuelta, tiene los ojos rojos y los dientes afilados. Sin embargo, mientras escuchaba a su hermana contándole su historia, en dos o tres ocasiones sintió enternecerse el corazón de bruja que creía tan seco como un tocón de madera muerta.

En la catedral cargada de solemnidad y recuerdos de Cri, concluye en voz baja:

—Y yo que pensaba que había tenido una infancia de mierda.

A su lado, Félicité prorrumpe en una risa seca e incontrolada. Se tapa la boca con la palma de la mano. Entonces se le escapa la risa, un cloqueo infantil que resuena como un vuelo de cuclillos y cuyo eco se

mezcla hasta el techo con la risa burlona de Egonia, las dos juntas en la oscuridad como la melodía de un órgano mal afinado; se ríe hasta el punto de tener que apoyarse en el banco delantero, dando rienda suelta a las lágrimas que ruedan por las mejillas, buscando un pañuelo en el *totum revolutum* de su bolso volcado y haciendo sonreír contagiosamente incluso a los personajes desnudos, sumergidos hasta la cintura en las llamas del infierno.

Solo el fantasma de Carine, un poco molesto, mira hacia el altar esperando que cese aquella hilaridad. Sus piernecitas se balancean bajo el banco.

Ya casi no hay necesidad de linternas: la risa de Félicité y sus centenares de ecos lo han iluminado todo. La pasadora de fantasmas suspira, enjugando las mejillas. El espectro aprovecha la calma para decir:

—Quiero que me hagas pasar.

Félicité todavía luce una enorme sonrisa en el rostro, pero ya no se ríe. Ese timbre. Lo reconocería en medio de una multitud vociferante. Lo ha oído demasiadas veces como para no recordarlo. En el suelo del pasillo, con el teléfono pegado al vientre, escuchó esa voz una y otra vez durante toda una noche.

La frase interrumpida no venía de su madre. Pertenecía a esta niña de párpados hinchados y dedos inmóviles.

—¿Y qué querías decirme en el momento de morir?

—Nada. Le hablaba a Nanie.

El cartero alado en el muro deja caer su cargamento de lingotes de oro. La mandíbula del esqueleto se descuelga del cráneo.

Félicité se limita a tragar saliva. Luego, lentamente, se vuelve hacia su hermana para transmitirle el mensaje.

A Egonia le gustaría esconderse debajo de la madera rugosa del banco. No quiere esas últimas palabras. No las quiere. Llegan a los oídos de Félicité. Le da la impresión de arrebatárselas.

—No tienes que hacerlo.

Las bocas pintadas de la iglesia se mueven sin ruido; mendigos y reinas se susurran preguntas. Puede que la pasadora se reserve ese fantasma. Quizá tengan pronto una compañía nueva entre los muros del templo, una mujer gris que no dirá nada y volverá, cada martes, a bajar al pozo igual que subía a la montaña, tratando de distinguir a su madre entre todos los nombres que lleva.

Las preguntas cruzan por la mente de Egonia. No está resentida con Félicité. Si ella pudiese guardar en lo más íntimo de sí misma una dosis de maternidad subterránea, ofrecida constantemente en caso de carencia, no se privaría de ella.

Pero Félicité no duda. Al fin y al cabo, aunque los últimos meses le han enseñado un par de cosas, sigue sin gustarle decepcionar.

No permitirá que su madre siga siendo durante toda la eternidad la carcelera de la niña que no quería ser. Una belleza muralla que esconde cerrojos a punto de saltar, una parte de un todo, un grito mal contenido. Una tetera rota, en el fondo, una mujer *kintsugi* atravesada por demasiadas fracturas.

Félicité hará pasar al fantasma y lo devolverá allá arriba, hacia un mundo de color. Un mundo de iglesias secretas por descubrir, de nuevos tés que beber, de domingos de blanco y azul. Cri se desvanecerá sin truenos ni relámpagos. Después de una existencia de giganta, cargada de rayos e incendios, Carmine y sus huéspedes se irán como se extingue una llama al ser soplada.

Afortunadamente, los ojos de Félicité todavía están húmedos por su último ataque de risa.

Las dos vírgenes descienden de sus pedestales y entrelazan los dedos en medio del coro. Cuando Carine habla, su voz es joven y su tono el de una mujer muy vieja.

Yo soy
Carine
soy quien te atravesó con rayos
te azotó con huracanes
Carine la niña de siete años
a la que tú te parecías tanto
si Carmine y Carmen Caridad y las demás hubieran hallado
la forma de amarme
podrían haberte amado también ti
ahora es demasiado tarde
son mis últimos momentos ya casi las tengo encima
los aprovecho para decirte antes de que me asesinen:
no las dejes encerrarte.
No dejes nunca más
el recuerdo de Carmine
encerrarte bajo llave.

Informe del 1 de junio de 2005

Señora directora de los Archivos Provinciales de los Alpes Marítimos:

Tengo el honor de presentarle el informe sobre el abandono del pueblo de Bégoumas que su predecesor me había encomendado por carta fechada el 1 de abril de 2003, día de la toma de posesión de mi cargo.

Nadie me ha pedido cuentas desde la marcha de la señora directora, de modo que ni siquiera sé si el presente informe interesará a alguien todavía. De todos modos, lo he terminado igualmente, porque se lo debía a Félicité, quien se encargó de transmitirme todo lo que va usted a leer, o casi.

Solo quería advertirle que nadie en el equipo dispuso de tiempo para corregirlo y que he tenido que arreglármelas con mis notas y la grabación de mis conversaciones, amén de mis recuerdos, porque a veces, debo admitirlo, me dejaba llevar tanto por lo que me contaban que olvidaba presionar la tecla del dictáfono. O me quedaba sin pilas. (Aprovecho para informarle de que, desde entonces, el dictáfono del servicio pasó a mejor vida y necesitamos uno nuevo.)

Como podrá comprobar, encontré a numerosos antiguos habitantes de Bégoumas, ninguno de los cuales me recibió con mucho entusiasmo. Me hice acreedor, sobre todo, de pimenteros en la ceja y unos cuantos insultos peculiares, cuyo glosario encontrará en el anexo 2.4 del informe. A pesar de todo, saqué adelante el trabajo, y los funcionarios noveles, si fuere el caso, pueden agradecerme que ya no tengan que temer el lanzamiento intempestivo de molinillos de pimienta o cualquier otro objeto contundente.

Sea como fuere, logré reunir los hechos relatados en estas páginas, cuya síntesis procedo a exponer:

La noche del 15 al 16 de agosto de 1956, el hasta entonces floreciente pueblo de Bégoumas, la única aldea habitada del valle de las Maravillas, fue abandonado por la totalidad de sus ocupantes. La red meteorológica del departamento no registró terremotos ni tormentas eléctricas esa noche. Sin embargo, la mañana del 16 de agosto, el pueblo fue asolado: paredes derrumbadas, ventanas reventadas, alerces arrancados de cuajo fueron

catapultados a través de los tejados.

Tras la investigación, parece que varios hechos sucesivos ocurridos la misma noche desencadenaron el abandono del pueblo:

—la muerte de una joven familia devorada por un niño antropófago;

—un poderoso relámpago caído sobre la majada;

—un viento violento capaz de levantar tejas y adoquines y de arrancar de cuajo los árboles del bosque hasta catapultarlos sobre las viviendas;

—la invasión de una niebla negra, cargada de relámpagos, en las calles y bajo las puertas;

—un apagón repentino, que añadió la oscuridad al pánico general;

—un trueno ensordecedor, que se filtró por las chimeneas y estallando en el corazón de los hogares;

—una detonación en el bosque, que empujó a los animales salvajes a huir de la protección de los árboles y asaltar el pueblo.

Espero que encuentre útiles los detalles de mi informe. Porque, a tenor de lo que se me ha dicho, el misterio del abandono de Bégoumas dejaba un hueco insondable en nuestros archivos, lo que incomodaba sobremanera a su predecesor. Doy por supuesto que también a usted le agradará poder leer y disfrutar por fin de un archivo ordenado y sin vacíos.

Sin otro particular, señora directora de los Archivos Provinciales, le ruego reciba…

Bueno, no voy a leerle el resto, amigo mío. Tenga, quédeselo, tengo varias copias en casa. Lléveselo de recuerdo.

De la explosión de la bruja en el bosque, que sobrepasó cualquier tormenta de su madre, cuando quemó para siempre el bozal y desató la fauna contra el pueblo, me enteré mucho después a fuerza de preguntas. De ahí que lo haya añadido a mano en la versión que tiene ante los ojos. De hecho, no hace tanto tiempo. Hasta la muerte de Félicité, Egonia se negó a admitir que había sido partícipe de aquel desastre.

Pero, en mi opinión, incluso sin Egonia, se habrían ido igual de rápido. Ahora entenderá por qué no querían hablar conmigo. Los otros pueblos abandonados, Rocca Sparvièra, Tournefort, sufrieron una plaga, un siglo después una inundación y, cien años más tarde, una hambruna. Allí, en el monte Bégo, les ocurrieron cosas mucho peores en apenas media hora.

Después de todo eso, ¿qué hacer sino callar, caer en el olvido y encender velas, esperando que las calamidades no encuentren su nueva dirección?

Sobre todo porque yo no tenía ningún té especial para ayudarlos a explayarse. Acababa de entrar en los archivos, no en los bonitos archivos municipales del palacio de mármol, ¡qué va!; yo trabajaba en los provinciales. En el edificio moderno, cerca de la salida de la autopista. Muy feo, de acuerdo, pero más cómodo que el viejo palacio donde la pintura se agrieta y la calefacción en diciembre se escapa por cualquier rendija.

Y donde estaba Marine, es verdad. Marine, a la que le importaba un pimiento que hiciese un frío polar en invierno y que nos asfixiásemos en verano. Falleció poco después de mi llegada. No tuve ocasión, y lo lamento, de tratarla.

Yo acababa de celebrar mi quincuagésimo tercer cumpleaños. El nuevo cargo venía a ser un premio previo a la jubilación después de treinta años de servicio municipal. Entonces, cuando me encomendaron la redacción del informe, no me di cuenta inmediatamente de que, bajo el envoltorio, lo que había era un regalo envenenado.

Después de varios meses de fracasos y algunas cicatrices, terminé recurriendo a Félicité. Ella siempre se surtía de objetos fantoprensiles gracias a mí; me dije que, interrogando a los muertos, quizás ella tendría más suerte que yo con los vivos. Y, además, Mireille acababa de revelarme que Félicité había nacido en Bégoumas.

Cuando le pregunté si podía ayudarme, se echó a reír.

—Resulta que yo puedo, pero los fantasmas no. No para esa historia. Siéntate, que te cuento. ¿Te sirvo una taza de té?

La última carta

La tumba de la niña es la más florida de la colina. También es, bajo los pétalos de colores tumefactos, la más desnuda. Un nombre y dos fechas borrosas.

CARINE
1850-1857

Unas semanas después de su bajada al pozo, Félicité recibió una llamada. Marine acababa de obtener la autorización para consultar el documento guardado bajo sello. Qué raro. Por lo general, el Tiburón de la Costa nunca firmaba nada tan insignificante. El fax llegó con esta nota:

Con mi más sincero agradecimiento,
el Sr. presidente del Consejo Regional
de Provenza-Alpes-Costa Azul

En la caja que Marine abrió cuidadosamente había una simple hoja. El papel indicaba la fecha de nacimiento de Carine y, con otra letra, la fecha de su muerte con la ubicación de su tumba, frente a la de sus padres. Zacario debía de haber usado toda la influencia de la nodriza-oráculo para asegurarse de que aquella página permaneciera allí preservada, lejos de los ojos y de la memoria de Adélaïde.

Las gemelas salen del cementerio y vuelven a bajar la sombreada escalera de la colina. Cuando pasan a su altura, la bruja grita números al tuntún, solo para fastidiar al guardián, que está rellenando las cuadrículas del sudoku de turno.

Félicité saca un llavero del bolsillo y se lo da a Egonia. Mañana partirá hacia Bangkok para reunirse con un nuevo productor.

—Los tés tailandeses son buenos para los clientes vivos. Pero lo que necesitamos es un té especial. Hay que decírselo a Marine: los muertos empiezan a protestar. Sobre todo la condesa.

—¿Quejarse Angèle-Victoire? Imposible.

En la calle Saleya, algunos nizardos toman el sol en las terrazas antes de que lleguen los primeros turistas de abril a robárselo. El palacio Caïs de Pierlas conserva su aspecto de girasol descolorido; solo

se ha transformado la planta baja. En letras compuestas por extrañas flores, una palabra se despliega por la fachada:

FÉLICITÉ

Era eso o *Tégonia.* Afortunadamente, se jugaron a las cartas el nombre del salón.

En el umbrío y fresco vestíbulo del edificio, Félicité abre el buzón y le entrega a su gemela un sobre con su nombre de pila en el membrete antes de subir las escaleras. Qué novedad: el ascensor está averiado.

La carta viene de España. Y no será la última; ese día de primavera, a Egonia le quedan muchos años que compartir con esa otra hermana de la carta. Pero ella dejará de visitarla poco tiempo después, cuando la línea de tren sea suprimida. Usted sabe muy bien, amigo mío, cómo son estas cosas. No se permite que circulen trenes que no llegan a ninguna parte. No gustan los raíles que llevan al desierto.

De modo que optan por escribirse. Puedo decirle de buena tinta, o de primera mano, puesto que es la mía, quién garabateó para Egonia al dictado. Mes a mes, por cada carta recibida, una respuesta enviada. Un intercambio muy lento y lleno de silencios entre dos mujeres que, si algo tenían, era tiempo.

La última llegó una mañana, mezclada entre recibos, facturas y catálogos de supermercado. Un sobre pequeño, con la tinta desvaída, combado por la humedad. La mano de Vera había escrito:

Ya está, hermana mía, el momento ha llegado. Todos los vecinos se han ido. Ya no hay pueblo del desierto que espere mi lluvia. No busques mi fantasma: no existirá.

Y como posdata:

El mundo necesita tus flores, Egonia.
No dejes que se marchiten.
El mundo necesita tus flores para recordar
la belleza y el peligro, y lo que por venir está.

El té, los fantasmas y la noche

Ha anochecido; el salón está a punto de cerrar. Si le sirve de consuelo, querido amigo, yo tampoco tengo ganas de irme.

Dos años escuchando a Félicité, justo ahí en ese sillón en el que se sienta usted. A cambio, yo le hacía de catador de las añadas que traía de Asia.

Estar aquí con Egonia, en medio de las teteras y los fantasmas, entre los efluvios de aromas verdes y rojos, es casi como estar de nuevo con Félicité.

Incluso después de entregado el informe, volví todas las veces que pude.

Al entrar en este lugar, encontré algo más que un bonito documento para llenar un vacío en los archivos. Recibí laca y polvo de oro. Retazos de historias, savia para repararlos y gestos aplicados para que ellos a su vez me reparen.

Le di a Félicité tantos artefactos fantoprensiles que la buena de la condesa no sabe qué hacer con todos ahí arriba. El salón está repleto de ellos. Incluso las bombillas de las lámparas, si a un fantasma le diese por desenroscarlas, no serían ningún problema.

Lo que quería era darle las gracias a Félicité, imagínese. Porque hablar de los demás es mi fuerte, pero, cuando se trata de mí, no me salen las palabras.

Me habría gustado poder explicarle lo que significó para mí que me contase su historia *kintsugi;* que eligiese al chaval desgreñado del fondo del escenario y lo convirtiese en un contador de historias.

No hubo tiempo para encontrar las palabras adecuadas. El año pasado, Félicité se calló para siempre.

Aquel día, en el cuarto piso del palacio Caïs de Pierlas, sostenía una taza humeante entre los dedos. Tenía las manos pobladas de arrugas,

un vestido de lana plateada y sobre los hombros un echarpe calcetado por Marine. Egonia, sentada con ella en el sofá, leía una antología de cuentos. Movía los labios y apenas tropezaba. El fantasma de la condesa dormitaba bajo el rebaño de teteras.

Las gaviotas volaban en círculos bajo la lluvia por encima de la marquesina de cristal. A lo lejos, detrás de los tejados mojados de Niza, el mar y las nubes se mezclaban con los cantos rodados de la playa. Y, más lejos todavía, más allá de los caminos y las ruinas, bajo un cielo sin tormentas, la tierra profunda de las Maravillas veía nacer nuevos brotes de tés especiales.

Félicité cerró la boca. Inspiró aquellos aromas y abrió los ojos de par en par.

La taza se le cayó de las manos y rodó sobre el parqué sin hacer ruido apenas.

El charco de té en el suelo fue su único espejo.

Agradecimientos

A ti, que tienes por connombre la Magia, la de nariz de proporción áurea y ojos negros como el azabache, la de los viajes suspendidos a nuevas islas, la de los pasillos nocturnos del liceo Masséna, y aquella sin la cual yo estaría harta de mañanas;
a ti, que tienes por connombre las Manos, las que plantan y recogen el té, y que me revelaste los verdaderos aromas del *pai mu tan,* menos delicados que los de una amistad que el tiempo no ha alterado;
a vosotros, que le habéis proporcionado a este texto un espejo a la medida, lúcido y transparente, y revelado qué fragmentos pegar y cuáles descartar, que me ayudasteis a encontrar las fisuras y a colmarlas de oro;
a mi padre cartógrafo, que conoce todos los caminos del país y que me llevó al palacio de mármol; a mi madre-nodriza, que acogió a tantos niños y me transmitió el amor de su ciudad de ángeles;
y a vosotros, cuyo connombre espero saber pronto, que habéis escuchado pacientemente esta historia como Félicité escuchaba las de sus fantasmas, que sois pasadores de historias y buscadores de la verdad:

gracias.

Índice

El salón de los tés especiales
Monstruos
Advertencia
La casa de la pasadora de fantasmas
Segunda advertencia
Bosque de mármol
Última advertencia
Corona de rubíes
Cómo empezó todo
Plañidera
El reino de las mentiras
El mensaje en la taza
La casa de la bruja
La porcelana y el bozal
Cuatro pájaros de mal agüero
Verdad coloreada
Agonie
Dos hermanas
La niña bajo el tejado
Cien reflejos en las ruinas
El pastor-tempestiario
El cuerpo y los cuervos
Derramar el té
Niza, ciudad marchita

El cementerio del castillo

La Asociación de Leedores de Tumbas

Archivos secretos

La teinóloga-archivista

Terario

Alpiste para los pájaros

Los cráneos pintados y el sueño

En el palacio de mármol

Memoria bajo sello

Irse cuanto antes

La bruja de terciopelo

Escupir en la sopa

Espejos rotos

Un rebaño de teteras asilvestradas

El mayordomo-cartógrafo

Y velos en los espejos

La nodriza-oráculo

Los connombres

Preguntas de neón

Noches errantes

Domesticación

Tetera-madre

La Masque

El pan y la batalla

El jardinero-fotógrafo

Nueva orden

Los sultanes perdidos

Los titanes encerrados

Egonia

Compartimento familiar

Tren fantasma

Vera

Pantalla en negro

La leyenda del desierto

Caridad

El nombre del fantasma

Carmen

Silencio y arrugas

Donde comienza la flecha

La piel y el contrato

La hermana sin resabio

El río y la ribera

El vendedor de alpiste-chamarilero

Adolescencia tardía

Laberinto de espejos

Carmine

Enterrarse

El pueblo itinerante

Cri

Clé

Informe del 1 de junio de 2005

La última carta

El té, los fantasmas y la noche

Agradecimientos

Créditos

Título original: *Du thé pour les fantômes*

El fragmento del poema «Envelhecer» de Mário Quintana, que aparece en la página 9, publicado en la antología *Canções* de la Editora Alfaguara, se reproduce con la generosa autorización del autor y de su agente, agência Riff.

Edición digital: 2024

© Éditions Denoël, 2023
© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2024
© AdN Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-10138-17-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.